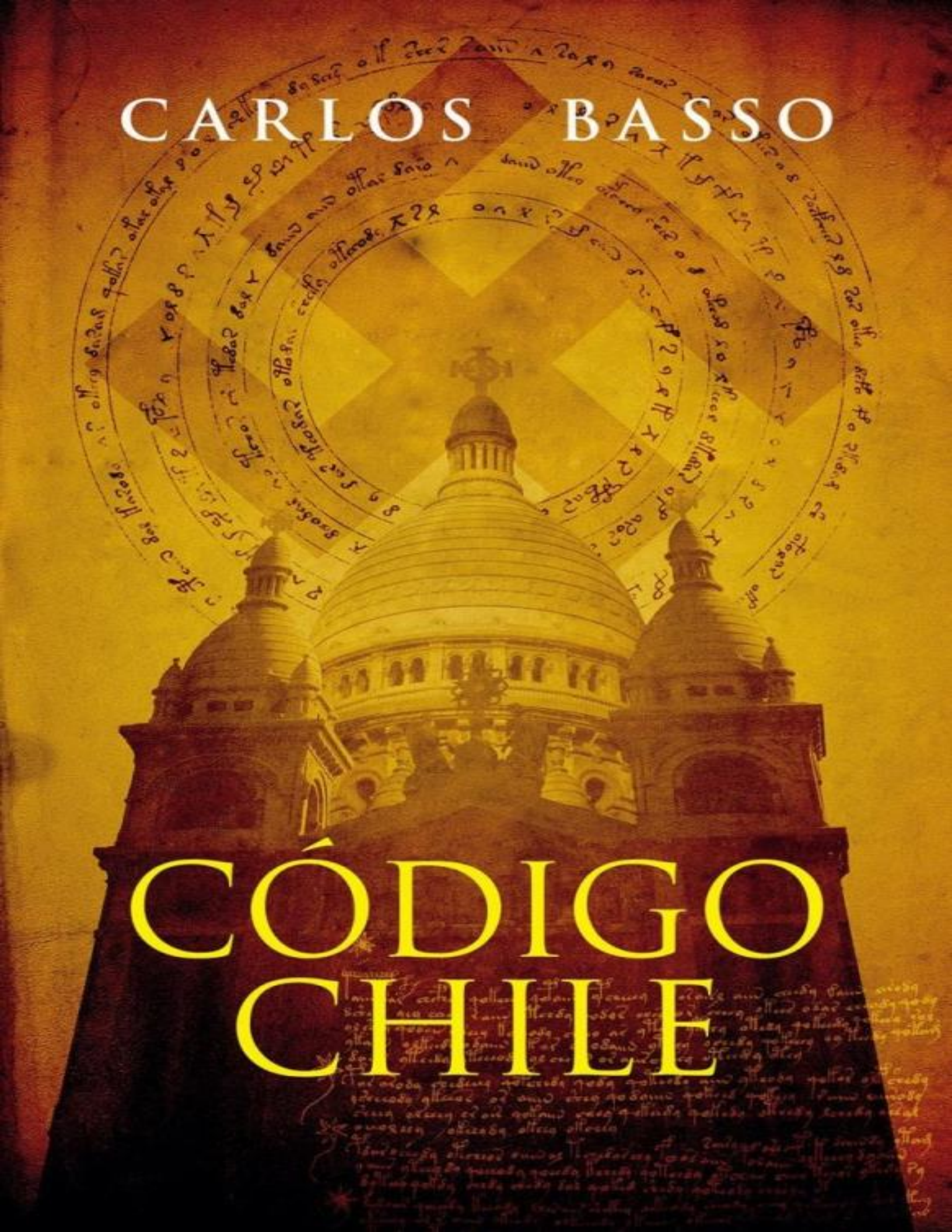
CARLOS BASSO



CÓDIGO CHILE

Carlos Basso construye una historia repleta de intrigas en una novela que incluye cruentos crímenes, misiones nazis, espías del Vaticano y un grupo secreto de exagentes de la DINA de inspiración esotérica. El violento crimen simultáneo de unos ancianos de origen alemán es el inicio de esta trepidante aventura de suspenso, espionaje y secretos vinculados a la historia de Chile que componen la entretenida trama de esta novela. ¿Sabías que en tres puertas de la catedral metropolitana aparece el símbolo de los misteriosos rosacruces y que en el cementerio general hay dos pirámides? ¿O que en Chile existieron dos inmensas organizaciones de espionaje nazi durante la Segunda Guerra Mundial? Desde las catacumbas subterráneas la iglesia de los sacramentinos, hasta la tumba secreta de La Quintrala bajo el centro de Santiago, esta apasionante historia de ficción nos revelará una serie de increíbles sucesos y misterios secretos de la historia de este país.

Carlos Basso

Código Chile

Hechos reales

Chile fue un objeto de atención permanente para la Alemania nazi, durante la Segunda Guerra Mundial, al punto de que el presidente de Estados Unidos mostró, en 1941, un mapa de América Latina dividida en cinco nuevos «países», en función de un supuesto plan de colonización nazi del continente. Uno de ellos seguía llamándose Chile, pero absorbía a Perú y parte de Bolivia.

No obstante, el interés de los nazis en la zona excedía la geopolítica, pues efectuaron varias expediciones en América Latina, encomendadas a la Ahnenerbe, una misteriosa sección de las SS (la guardia personal de Hitler), destinada a buscar artefactos «mágicos» y civilizaciones perdidas.

Documentos desclasificados por Gran Bretaña demuestran, además, que el líder de las SS, Heinrich Himmler, escondió dineros de su propiedad en Chile, a partir de 1939.

También es real todo lo relacionado con el famoso manuscrito Voynich: se trata de un misterioso libro escrito en un lenguaje que jamás ha podido ser descifrado. Según las dataciones de carbono 14, este libro fue escrito entre los años 1408 y 1432, y nadie sabe qué dice. Dicho texto recibió tal designación luego de que un vendedor de libros usados llamado Wilfried Voynich lo comprara en 1912, en un remate de textos dados de baja por los jesuitas en Italia.

El sabio jesuita Atanasius Kircher, uno de los hombres más admirados del siglo XVII, efectivamente estuvo en posesión del manuscrito Voynich y trató de descifrarlo. Kircher, además, fue

amigo del historiador jesuita chileno Alonso de Ovalle, con quien se conoció en Roma, hacia 1644, y se profesaron una admiración mutua que queda en evidencia en los libros de ambos.

En tanto, Catalina de los Ríos y Lisperguer, más conocida por su apodo de «La Quintrala», impune después de todos los crímenes que cometió, murió de causas naturales en 1665 y su cuerpo amortajado fue sepultado en una bóveda secreta de la iglesia de San Agustín, a metros del subterráneo donde torturaba a sus esclavos, ubicado en calle Estado 215, en pleno centro de Santiago.

Asimismo, «La Cofradía», formada por exagentes de los servicios represivos de la dictadura militar chilena, existió y durante años se dedicó a sacar del país a exagentes que eran buscados por la justicia, teniendo como lugar de operaciones una oficina ubicada en calle Teatinos, en pleno centro de Santiago. También hay antecedentes fidedignos acerca de una asociación secreta, de corte esotérico y que usaba como su símbolo la cruz Ankh, formada por oficiales de la DINA y de otros servicios de inteligencia del continente.

Y claro, el servicio secreto del Vaticano existe y no solo eso: todos los expertos en el área de inteligencia lo catalogan como el mejor aparato de espionaje que hay en el mundo.

Todas las iglesias, símbolos, mausoleos, calles y lugares descritos en este libro son reales.

Asimismo, todos los antecedentes relativos a rosacruces, masones, cátaros, jesuitas, templarios y otros grupos u organizaciones están basados en antecedentes históricos.

EAJSVDGJGULXOPS
IMWKKWKIGTVK
TGBUWRNKGD JWKKZUKBWTYGKKPLXGFUY

Capítulo 1

El cadáver de Eberhardt Ludwig sobresalía apenas en medio de la gruesa alfombra del *living*, teñida de un rojo oscuro y espeso. El fiscal miró el cuerpo y pensó que era extraño que alguien de casi cien años fuera asesinado de esa forma tan brutal, pero en realidad no le dio mayores vueltas.

La alfombra se encontraba totalmente ensangrentada, lo mismo que toda la parte superior del cuerpo del viejo alemán, que vestía pijama a la hora en que fue atacado y que ahora, ya desnudo para el correspondiente peritaje, parecía un muñeco de goma desinflado, lleno de arrugas, blanco y calvo a más no poder.

Lo más impresionante era el corte que tenía de lado a lado en el cuello, que casi separaba la cabeza del cuerpo. La hendidura era profunda, aunque de trazo irregular, y había seccionado tendones, arterias y la tráquea completa. Quien había hecho eso era un hombre de gran fortaleza física y relativamente diestro en el uso de las armas blancas, pensaba el comisario Ventura, de la Brigada de Homicidios de Santiago, que revisaba los bordes de la herida, que para cualquier espectador habrían sido una visión esperpéntica.

Sin embargo, quizá más inquietante que eso, cavilaba el policía, era la expresión de horror estampada en la cara de la víctima: tendido de espaldas en el suelo, el seccionamiento del cuello era brutal, pero —no sabía bien por qué— lo más tenebroso de la escena eran esos dos ojos celestes cubiertos de cataratas y muy abiertos, lo mismo que la boca, ensangrentada por todos lados.

El fiscal se asomó por la ventana del dormitorio en que estaban y miró en dirección a la vereda norte de la Alameda. La lluvia de la jornada anterior había limpiado Santiago de esmog y aunque el departamento estaba bastante temperado, afuera debía haber con suerte unos tres o cuatro grados Celsius. Por el reborde de la ventana de aquel edificio curvo ubicado al inicio de la calle Londres se apreciaba, un poco más allá, hacia el sur, el acceso a Londres 38, uno de los peores cuarteles que la policía secreta de Pinochet, la DINA, mantenía en el centro de Santiago, a escasos metros de la iglesia de San Francisco.

El teléfono celular del fiscal sonó y él entregó algunos datos a alguien sobre el sitio del suceso. Por el tenor de la conversación, Ventura supuso que hablaba con un periodista.

El fiscal colgó y le preguntó qué pensaba sobre el arma.

—Creo que es un corvo, un corvo de comandos. Y claramente, quien lo usó aquí es alguien que está entrenado, un milico, probablemente.

—¿Cuál cree usted que fue la dinámica del homicidio?

—Mire esa pared. Por la proyección del primer chorro de sangre, ahí en esa cortina, es evidente que el asesinado estaba de pie, pero agachado, quizá tratando de acostarse, cuando fue atacado. Fíjese en que el corte es de izquierda a derecha, pues la dispersión de la sangre es mayor a la izquierda. A medida que el corvo iba recorriendo la garganta, evidentemente disminuía la presión arterial y, por ende, el chorro de sangre iba perdiendo fuerza.

—Me parece que el robo está claro como móvil —acotó el fiscal, anotando algo en una libreta.

—A juzgar por el recuadro sin rastro de polvo en el escritorio, parece lógico que se llevaron algo, un libro o una caja, pero si fue así le garantizo que esa no es la motivación. Hay formas más simples de robar a un anciano que matándolo de este modo. Además, hay otro elemento que usted aún no ha visto, fiscal. Observe aquí —agregó el policía, alumbrando con una linterna la boca del muerto, llena de sangre casi coagulada. Con una espátula

trató de limpiarla un poco y dejó al descubierto varios agujeros negros.

—Le sacaron todas las muelas, fiscal, vea esas hendiduras. Allá al fondo incluso se ve que una de las muelas quedó fracturada y dejó un pedazo. Es probable que no solo quisieran degollarlo para darle muerte, sino para robarle los dientes.

—Mierda. ¿Usted cree entonces que lo que querían era robarle la cabeza entera, eso? ¿Me está jodiendo? —exclamó el abogado.

—Para nada. Eso es lo que pienso —precisó el detective.

—¿Cree que el homicida se llevó los dientes como un trofeo?

—Es probable —musitó el oficial, quien acto seguido se levantó y se sacó los guantes. Dejó a dos inspectores encargados de terminar la revisión del cadáver y junto a varios detectives comenzó a inspeccionar pacientemente todos los rincones del espacioso departamento que Ludwig habitaba desde hacía muchos años en el barrio París-Londres, ese pedazo de Europa trasplantado al centro de la capital chilena.

El lugar era bastante austero y daba cuenta de un hombre que vivía completamente solo. A simple vista no se apreciaban huellas de una entrada forzada al departamento ni mucho menos de robo, salvo por la diferencia entre el polvo del escritorio. La mujer que iba tres veces por semana a preparar comida y limpiar (quien lo había encontrado muerto esa mañana) declaró que a simple vista no se apreciaba que faltara nada de valor.

Según ella, el señor Ludwig era un hombre algo huraño, que no hablaba de su pasado y al cual no le gustaban las preguntas. Su única diversión consistía en leer libros de la Segunda Guerra Mundial y ver documentales al respecto. Pese a sus noventa y ocho años se encontraba bastante bien física y mentalmente. ¿Familia? Ella llevaba casi diez años trabajando con él y aunque sabía que tenía una hija y una nieta o nieto, jamás los había visto.

Ventura le preguntó por su oficio. Según la mujer, lo único que sabía es que el hombre había jubilado hacía varios años.

En ese momento, el subcomisario Montoya llamó por teléfono a Ventura. Como jefe de una de las cuatro agrupaciones de la Brigada de Homicidios, poco antes de salir hacia la escena del crimen de Ludwig, Ventura había enviado a Montoya junto a otros dos detectives a un hallazgo de cadáver en una casa de Lo Curro, en Vía Naranja.

—Montoya, qué bueno que llamaste. Espero que hayas terminado. Necesito que te vengas de inmediato con tu gente. Tenemos un caso recomplicado acá —le dijo Ventura asomándose por la ventana, solo para ver varias cámaras de televisión que lo enfocaron de inmediato, lo que le molestó.

Montoya respondió titubeante:

—La verdad, comisario, es que le iba a pedir lo mismo. Tenemos un caso realmente cabrón.

—El carabinero que dio cuenta del hecho solo habló de un hallazgo de cadáver. ¿Qué tiene de complejo?

—Todo. Tenemos una víctima varón, de noventa y seis años, de origen alemán, al que casi le sacaron la cabeza a cuchilladas, comisario. Nunca antes había visto algo semejante y…

Ventura casi deja caer el teléfono. Soltó un par de interjecciones.

—¡Revísale la boca! —ordenó a Montoya.

—¿Qué?

—Como me oíste: si el muerto no tiene la boca abierta se la abres, si no hay *rigor mortis*, y me dices qué ves adentro.

—La tiene abierta.

—Dale.

Hubo un pequeño silencio, seguido de una exclamación.

—Mierda y remierda. ¡Le sacaron casi todos los dientes!

Ventura no le respondió. Se atropellaba para hablar.

—¿Robaron algo?

—Sí, comisario. Un nieto de la víctima, quien lo encontró, dice que su abuelo amaba un viejo reproductor de DVD, que no está por parte alguna. El nieto cuenta que la vida del hombre giraba en torno a ese equipo.

—Equipo que hoy día vale dos chauchas. Muy raro. ¿Señas de escalamiento, forzadura de chapas, algo?

—Nada. Es como si la víctima hubiera abierto la puerta voluntariamente. A todo esto, el finadito se llamaba Reinhart Röehlicht —le indicó, deletreando nombre y apellido.

Ventura puso a Montoya al tanto de lo que sucedía en ese momento en el departamento de calle Londres y preguntó la data de muerte.

—Por los fenómenos cadavéricos y las livideces, yo diría que hace unas cuatro horas. Quizá menos. En todo caso, afuera están bastante alborotados los vecinos. Parece que no les gusta la policía —respondió Montoya.

—A nadie le gusta, pero además, si estás donde pienso, es muy cerca del lugar donde funcionaba un cuartel de la DINA, la famosa casa de Michael Townley en Lo Curro. Imagino que ver policías allí no debe ser del agrado de nadie. Oye, si está aún el nieto ahí, pregúntale por favor si conocía a Eberhardt Ludwig.

Al otro lado de la línea se escuchó la voz de Montoya hablando con alguien.

—No. No tiene idea quién es. Dice que su abuelo era un hombre muy reservado, que de hecho no tenía contacto con nadie, salvo con él, y que lo había empezado a visitar de nuevo hace poco.

Ventura calculó inmediatamente que estaba por venírsele encima una avalancha. Mientras hablaba con Montoya le habían entrado varios llamados de distintos periodistas y otros más del jefe regional de la PDI.

—Montoya, sáquenle de inmediato todo el árbol genealógico al caballero. Pídelo a la central y diles que lo manden con copia a mí. Ya solicité el de Ludwig y deberían enviármelo por *mail* en un par de minutos. Mientras tanto, ¿hay alguna otra particularidad del cadáver o del sitio del suceso que yo deba saber?

—Puede que no sea importante, comisario, pero me llamó la atención el tatuaje que tenía el occiso, unas letras «ab» muy pequeñas, impresas en la cara anterior del antebrazo izquierdo.

Ventura escuchó eso como un latigazo. Creía haber revisado el cuerpo de Ludwig por completo, pero ahí recordó que en realidad no lo había visto en su totalidad.

Capítulo 2

—Te llamo —cortó a Montoya.

A paso firme Ventura regresó al departamento. Los dos inspectores que había dejado revisando el cadáver seguían en la faena, mientras un fotógrafo de criminalística tomaba imágenes del cuerpo. Pidió un par de guantes nuevos y levantó el brazo izquierdo de la víctima. Tal como lo suponía, allí había un pequeño tatuaje, un círculo negro, tan pequeño como una moneda de un peso. Los inspectores ya lo habían visto e ignoraban qué significaba.

—¿Eso es un cero? —preguntó uno de ellos, al tiempo que hacía señas al fotógrafo del laboratorio para que se acercara a tomar imágenes.

—No. Es una letra «o».

—¿Cómo lo sabe? —interrogó ahora el fiscal.

—Si no me equivoco, este señor debe haber pertenecido a las SS, los cuerpos de élite de la Alemania nazi, donde les tatuaban el grupo sanguíneo debajo de la axila, por si eran heridos y necesitaban una transfusión de sangre. Gracias a esos tatuajes los Aliados supieron después de la guerra quiénes eran de las SS y quiénes no —explicó Ventura, al cual en ese mismo momento le llegó un *mail* desde la central.

En su teléfono abrió el primer archivo adjunto, un PDF correspondiente a Ludwig. Además de antecedentes relativos a su nacimiento en Munich, en 1917, y su ingreso a Chile en 1943, los únicos otros datos que figuraban eran un matrimonio con una alemana, en 1951, y un par de nietos, ninguno con residencia en

Chile. Fue al segundo archivo, el de Röehlicht, y allí vio algo que lo dejó helado.

Marcó de nuevo el número de Montoya. Este contestó de inmediato.

—¡Montoya, Montoya, el nieto! —gritó.

—¿Qué hay con él?

—¡Detenlo! —gritó desaforado el comisario.

Aún sin entender qué sucedía, Montoya le tuvo que decir que se había marchado cinco minutos atrás.

Ventura soltó una larga retahíla de garabatos.

—Ese viejo no tenía nietos. Revisa el *mail* que nos acaban de mandar. El tipo nunca se casó ni tuvo hijos ni mucho menos nietos —recalcó, furioso.

—No entiendo. Él mismo hizo la denuncia y, siguiendo el procedimiento, le pedimos su carné. Aquí lo tengo anotado: Reinhardt Peter Röehlicht Schmidtz. Mando de inmediato a que lo sigan —dijo Montoya, y se lo escuchó gritar unas instrucciones. Ventura alcanzó a oír que alguien salía a toda velocidad y luego, el chirrido de los neumáticos de la Mitsubishi Montero que usa la Brigada de Homicidios.

—Ese carné es falso, obviamente. Te apuesto lo que quieras que cuando lo chequeemos no existirá. ¿Cómo era el tipo?

—Alto, un metro noventa, macizo, rubio, ojos azules, un típico alemán. Jamás habría dudado de que fuera el nieto. De hecho, se parece bastante al finado. En todo caso, voy a dar aviso a la central.

—Por la puta madre —musitó el comisario, colgando el teléfono. Sabía que Montoya y sus detectives harían lo imposible por dar con el falso nieto, pero sabía también que ello sería una pérdida de tiempo. Evidentemente era un profesional, alguien tan osado que no dudó en presentarse ante la propia policía, quizá para recuperar alguna evidencia que hubiera quedado…

Su teléfono sonaba en forma recurrente, y quien más insistía era Sandra Guzmán, periodista judicial de *La Vitrina*, un diario web

excesivamente bien informado. No habría querido contestarle, pero siempre era mejor hacerlo, como le había enseñado la experiencia.

—Hola, Sandra. Mira, estoy muy ocupado en este momento y…

—Sí, claro, me va a decir que no puede hablar y todo eso. Ya lo sé, comisario. Lo único que necesito es que me confirme, aunque sea en off, que los dos homicidios de ciudadanos alemanes degollados están relacionados.

Ventura tomó aire. Sabía que decir eso equivalía a sacarle la espoleta a una granada, pero también pensó que si no lo decía él, alguien lo haría igual. En ese caso, prefería que Guzmán le debiera algo y no al revés.

—En off, totalmente en off, ¿ok?

—Estamos, comisario. Olvidaré de inmediato quién es mi fuente —respondió ella, alegre.

—Bueno. No podría decir que ambos hechos estén relacionados aún, pues falta mucho por hacer, pero a simple vista resulta evidente que el homicidio que estoy investigando aquí en Santiago Centro tiene grandes similitudes con el de Lo Curro, debido a… —decía, cuando la periodista lo interrumpió:

—¿Homicidio en Lo Curro, comisario? ¿Me está hueveando? —preguntó la reportera.

Algo no le cuadraba.

—A ver, para que nos entendamos, Sandra. ¿De qué homicidios me está hablando?

—Del de calle Londres. Si se asoma por la ventana, en dirección a la Alameda, me verá abajo, detrás del cordón que pusieron los carabineros al lado de la entrada al museo de la iglesia.

—La vi antes. ¿Cuál es el segundo homicidio del que habla?

—El de Concepción. Lo acabo de escuchar en un despacho de la radio. Dicen que encontraron a un viejito alemán, exintegrante del Ejército nazi, con la cabeza casi colgando del pellejo. ¿Hubo otro en Lo Curro? ¿Tres crímenes semejantes en una mañana, con exnazis? ¡Sensacional!

Capítulo 3

Caviedes, el comisario de la Brigada de Homicidios de Concepción que estaba en el lugar del crimen en dicha ciudad, sonaba muy ansioso por teléfono.

—En serio, Ventura, nunca había visto un corte de esta profundidad. El tipo que atacó a este anciano debe haber tenido una fuerza increíble. Una vez vi a un sujeto descuartizado, pero el homicida tuvo que usar como seis cuchillos distintos para hacerlo. Usaba unos Tramontina de esos aserrados y se le quebraban cuando trataba de cortar la columna. En cambio aquí…

—Mira, viejo, estoy igual de impresionado que tú, pero necesito información ahora y rápido. Tengo dos casos más, iguales, acá en Santiago. Necesito que veas si en la boca… —decía, cuando su interlocutor lo interrumpió:

—Le sacaron casi todas las muelas. Encontré un par de ellas botadas en la calle, de hecho. Presumo que lo mismo pasó con los dos que tienes allá —respondió su par.

—Así es. Y me temo que en cualquier momento aparezca otro más. Mira debajo del antebrazo izquierdo.

—Ya. Acabo de mirar.

—¿Y?

—Nada en particular. ¿Qué se supone que debía encontrar?

—Un tatuaje. Mira en el otro brazo.

—Nada.

—¿Revisaste los cajones del clóset?

—Sí. El caballero tenía una colección de bufandas, algunas muy finas, como de seda, y no mucho más que fuera llamativo.

Ventura se quedó en silencio y luego Caviedes le explicó que la víctima, llamada Heinrich Sylvester, vivía en forma muy austera, en un departamento antiguo de la parte acomodada de la ciudad, frente al río, que compartía con varios gatos.

Al igual que los otros dos ancianos, se valía prácticamente solo para todo y aunque a un par de vecinos les había llamado la atención no verlo en varios días, fueron los excesivos maullidos de los gatos lo que finalmente decidió a dos vecinos a llamar a Carabineros, temiendo —como sucedió— que algo le hubiese pasado al hombre.

—Ya revisamos casi todo el departamento y tenía muy poca documentación: boletas, cuentas, revistas antiguas, libros sobre la Segunda Guerra Mundial y una serie de fotos de alguien que presumo que es él cuando niño, en blanco y negro. También hay una foto suya junto a otros cinco alemanotes, de unos veintitantos años, en lo que claramente es algún lugar de Alemania. Al menos eso parece, debido a las banderas con la esvástica que flamean al fondo y porque uno de ellos está vestido de nazi, aunque es el único que no parece alemán, ja. Ah, y en la parte trasera están escritos cinco nombres, pero apenas se distinguen. Falta el nombre del sujeto del medio, el único que no parece alemán —reiteró Caviedes.

Ventura sintió cómo le subía la adrenalina y le preguntó si se distinguían los apellidos Ludwig y Röehlicht.

—Hay un apellido que definitivamente dice Ludwig. Se nota a la perfección. Hay otro que empieza con «ro» y pareciera terminar con una «t», pero se entiende poco y nada, debido a que el papel está muy desgastado.

—Dime qué otros nombres aparecen allí.

—Al lado de Sylvester está el sujeto que no parece alemán y a su derecha hay un tal Bachmann, Oscar, pareciera ser el nombre de pila, y el último es… Horst Hess.

—Fotografía la imagen y la parte de atrás de ella y me la mandas de inmediato. Muchas gracias. Hablamos en un rato —dijo Ventura, cortando.

Llamó a uno de los inspectores que estaban con él en el departamento de Ludwig y le dijo que se comunicara de inmediato con la central, para que pidiera datos acerca de los otros dos asesinados. Mientras su subordinado hacía aquello, el comisario dio cuenta de los hechos al jefe nacional de Homicidios, pidiéndole que él llamara, a su vez, a las demás autoridades de la policía. Apenas colgó entró a su *mail* la copia de la foto que le había pedido a Caviedes.

Se tuvo que refregar los ojos un buen par de veces para comprobar que no, no estaba equivocado, y lo sabía a ciencia cierta, como amante de la historia mundial que había sido toda su vida: el hombre del medio, el que no parecía alemán según el policía de Concepción, el que era más bajo que los demás, el de mayor edad, el que usaba lentes redondos, el de pelo negro y el único que estaba vestido con un uniforme nazi era nada menos que Heinrich Himmler, el líder supremo de las SS hitlerianas, quizá el más enigmático y misterioso de todos los nazis.

Capítulo 4

Cuatro pisos más abajo, Sandra Guzmán, enfundada en jeans, zapatos bajos y una gruesa parka de montaña, llamaba a todos sus demás contactos en la policía, pero ninguno se atrevía a entregar mucha información. Varias radios estaban despachando ya sobre los hechos y ella aún no lanzaba ni un mísero tweet. La desesperación se le hizo más patente cuando vio que el camión móvil de Chilevisión estaba anclándose en el pavimento, al lado de la iglesia, lo que significaba que pronto comenzarían a despachar en vivo, seguramente para el matinal.

De tanto en tanto, mientras recapitulaba los datos que tenía y veía como los técnicos de la televisión trabajaban febrilmente tirando cables hacia fuera del vehículo, para comenzar los despachos, no podía dejar de acordarse de su propio abuelo, a quien veneraba como un santo, y pensaba que era un milagro que siguiera vivo, dada la avanzada edad que este tenía, pero no se permitió imaginar el dolor que sentiría el día en que ese magnífico hombre dejara de existir.

Por un segundo pensó en llamarlo o incluso en ir a verlo, pues no vivía tan lejos de allí, pero pensó que era absurdo que a él le hubiera pasado algo. No tenía razones para pensar que su abuelo pudiera convertirse en víctima, pues si había alguien que odiaba a los nazis era él, hombre que toda su vida había sido simpatizante de izquierda, amante de las culturas precolombinas y la historia antigua y que le había prodigado una infancia muy interesante, llevándola con él a conocer los más exóticos rincones de Santiago.

Prefirió, por ende, concentrarse en lo que estaba haciendo y calculó que necesitaba algo nuevo, algo distinto, para poder «golpear» a los demás medios, pero era poco lo que tenía que los demás ya no supieran.

Fue en eso cuando un hombre de unos cuarenta años, a quien ella jamás había visto, se le acercó caminando a paso cansino, como emergiendo de en medio del tumulto de periodistas que contaban chistes detrás del cordón policial, grupo del cual ella se mantenía a una prudente distancia, cansada ya de escuchar las mismas bromas y los mismos rumores todos los días.

El desconocido medía cerca de un metro ochenta, era delgado y de rasgos angulosos. Con una cabellera muy negra y los ojos intensamente verdes, vestía pantalones de gabardina, zapatos italianos y una casaca de cuero café muy costosa, a simple vista. A juzgar por la libreta y un lápiz que llevaba en la mano izquierda, debía ser periodista pero, más que eso, parecía un modelo publicitario.

«Reportero de diario», pensó, aunque sus ropas y su edad no le cuadraron mucho con el sueldo de un periodista. Tampoco supo cómo interpretar un detalle que le resultó más que llamativo: en la mano derecha portaba un antiguo celular Nokia que desentonaba con los modernos *smartphones* que utilizaban todos sus colegas y que les servían para transmitir vía *streaming*, grabar, sacar fotografías y, claro, subir a Twitter todo lo que estaba pasando. Quizá sea un seudohipster amante de la tecnología *vintage*, se dijo a sí misma.

El recién llegado la saludó con un simple «hola», marcado por lo que parecía ser un leve acento argentino, y luego se apoyó en el mismo auto de la PDI sobre cuyo capó Sandra había dejado su iPad y la quedó mirando, quizá calculando su edad.

Si bien su piel se veía lozana y joven, algunas arrugas menores en las comisuras de ojos y labios revelaban que tenía sobre treinta y cinco años. De no más de un metro sesenta, era delgada y se apreciaba que estaba en buen estado físico. De tez clara, pelo

castaño y nariz respingada, sus ojos azules delataban alguna ascendencia europea. Casi sin maquillaje, no llevaba aros ni tampoco anillos de ningún tipo.

—No te ubico. ¿Dónde trabajas? —preguntó ella.

—Viví muchos años afuera. Volví hace poco y ahora trabajo en distintas partes.

—Qué bien —respondió Sandra, casi cortando la conversación. El recién llegado le parecía un sujeto atractivo, pero su cabeza estaba pensando en otras cosas y además no tenía tiempo para arrogantes.

Él, no obstante, no cejó en su intento de entablar una conversación.

—¿Tienes el nombre del muerto?

Guzmán lo miró como si le hubieran arrancado el hígado. Estuvo a punto de insultarlo, pero luego recapacitó y pensó que como venía llegando del extranjero, quizá el desconocido no estaba al tanto de que, en la comunidad de prensa chilena, esas cosas no se preguntan de buenas a primeras.

—Mira, aunque lo tuviera yo no…

—Eberhardt Ludwig. Así se llamaba. No te lo estaba pidiendo. Te lo estoy convidando. E-b-e-r-h-a-r-d-t L-u-dw-i-g —deletreó el hombre.

La periodista sintió que el rubor subía por sus mejillas, pero no abandonó su actitud defensiva.

—¿Lo tienes comprobado? —preguntó.

El hombre rio de buena gana y le dijo que si quería lo tomaba. Ella intentó defenderse un poco argumentando que llevaba varios años en el frente judicial y tenía excelentes contactos, pero que aún no había podido chequear ese nombre y no entendía cómo alguien a quien ella nunca había visto en los tribunales o las comisarías de Santiago podía haberlo confirmado tan rápidamente.

—Los caminos del Señor son misteriosos —respondió él, guiñando el ojo izquierdo y extendiéndole la mano derecha.

—Vaya, qué católico —dijo ella, devolviéndole el saludo.

—Me llamo Alberto Prat, a todo esto. Mucho gusto.

La periodista se presentó y le pidió disculpas por su petulancia.

—No hay problema, Sandra. Por comentarios de otros colegas te ubico. Me acerqué solo porque quería ver si te interesaría intercambiar información. Ciertamente, por esas vueltas de la vida, tengo una excelente fuente que me pudo dar ese dato y otros más, pero como deducías, no tengo mayores contactos con la policía chilena, que entiendo tú sí posees. Quizá, si trabajamos juntos en esto, podríamos beneficiarnos mutuamente. Por cierto, todavía no he ofrecido este tema a medio alguno, por lo cual no soy competencia para ti.

Guzmán caviló un poco y decidió hacerse la difícil. Calculando que quizá este recién llegado tenía alguna fuente en la inteligencia policial o en la Agencia Nacional de Inteligencia, le preguntó qué más sabía.

—Lo que sé, pero aún sin confirmar, es que el crimen de este señor Ludwig, así como el de un tal Röehlicht, en otra parte de Santiago, y el de un tal Sylvester, en Concepción, están relacionados.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella, muy a la defensiva.

—No puedo entregar mis fuentes, lo sabes. Sin embargo, te puedo contar bastante de ellos. Todos fueron oficiales de una repartición específica de las SS en la Alemania nazi, la Deutsches Ahnenerbe, fundada en 1935, a partir de una sección especial de antropología y eugenesia que se creó antes, dentro del Kaiser Wilhelm Institute, el instituto de ciencias del Segundo Reich —le dijo.

—¿Eugenesia? —preguntó extrañada.

—La ciencia que estudia los genes, como la llamaban en aquellas épocas. Dicha sección quedó a manos de un profesor llamado Eugene Fischer, quien comenzó a dictar toda una serie de cátedras sobre pureza racial.

—El asunto de los judíos y todo eso. Ya empiezo a entender.

—Eso mismo, pero mucho más. Lo que hicieron los nazis, una vez en el poder, fue crear una organización seudoacadémica, pues trasladaron la Ahnenerbe al interior de las SS, la organización militar

y de inteligencia que comandaba Heinrich Himmler y que estaba al servicio de Hitler, para investigar y justificar la supuesta superioridad racial de los alemanes, con el fin de crear el marco teórico necesario para sustentar las ideas de los dirigentes máximos del partido nazi.

—¿Los asesinados eran científicos entonces?

—No lo sé bien, pero en la Ahnenerbe no solo había científicos dedicados a la biología, sino de todo tipo, pues mientras medían cráneos de «bastardos» en todo el mundo, para probar la supuesta superioridad alemana, al mismo tiempo realizaban exploraciones arqueológicas, antropológicas y filológicas, en busca de artefactos religiosos y místicos. Les interesaban las lenguas muertas y perdidas, las leyendas sobre seres rubios y de ojos azules en distintas latitudes, la mitología maya, inca, azteca, celtíbera, normanda, etc.

Guzmán pensó que lo que Prat le estaba contando resultaba muy interesante —y él era, definitivamente, un gran narrador—, pero ya se estaba aburriendo y optó por burlarse.

—*Indiana Jones y los cazadores del arca perdida*… —fue todo lo que dijo en medio de una mueca, pero Prat ni se inmutó ante el sarcasmo.

—¡Efectivamente! —sonrió el hombre—. Aunque no existe ninguna constancia de que la Ahnenerbe haya buscado el Arca de la Alianza, esa película está llena de referencias a dicha organización, aunque no lo creas. El Tíbet fue objeto de innumerables expediciones de la Ahnenerbe, que andaba detrás no solo de los conocimientos de los monjes tibetanos, sino también de la mítica ciudad de Shangri-La. El nazi de anteojos redondos y abrigo de cuero negro es una referencia a Himmler, el líder supremo de las SS, un sujeto obsesionado con la mística y los rituales paganos. El nombre de Abner Ravenwood, el antiguo profesor de Indiana Jones que posee el secreto de la ciudad de Tanis, en tanto, es una alusión a Trevor Ravenscroft, quien escribió en 1973 un libro donde decía que los nazis habían encontrado la lanza de Longinus…

—¿Longinus?

—El centurión romano que según uno de los evangelios apócrifos atravesó el costado de Jesús cuando estaba en la cruz.

—Vaya, qué cantidad de conocimientos freak —acotó la periodista.

—Uno nunca sabe cuándo puede necesitar datos de este tipo, y parece que ahora es el momento. En todo caso, no son datos tan raros. La Ahnenerbe realizó muchas expediciones a América Latina y a Chile, específicamente.

Capítulo 5

Al escuchar aquello de los nazis realizando expediciones místicas en Chile, Guzmán pensó que si un cuarto de esa historia era cierta y estaba relacionada con lo que ocurría se trataba una gran, gran noticia, y cambió su actitud.

—Cuéntame más. Suena muy interesante —pidió casi coqueteando con sus ojos azules y moviendo intensamente las pestañas, lo que por cierto no pasó inadvertido para Prat.

—En realidad todo esto es muy conocido. En 1937 un antropólogo que realizaba un doctorado sobre bastardobiología…

—¿Bastardobiología? ¿No es broma?

—Para nada. La bastardobiología era una especie de ramo, una materia de estudios en el mundo nazi. Este hombre, que se llamaba Johann Schauble, viajó a Concepción a investigar para su tesis doctoral, y llegó allá porque en 1934 se había publicado en esa ciudad una revista de la colonia alemana, en la cual decían algo así como que Dios creó al hombre y que el diablo creó al negro, por ende, Schauble sabía que sería ayudado en sus estudios.

—Fuerte el asunto, ¿ah?

—Bastante. Gracias a mapuche que le fueron proporcionados por las misiones jesuitas de Arauco y por distintos colegios de la zona, este sujeto pudo estudiar a mil cuatrocientas personas y comparar sus tamaños de cráneo, pies, formas de pelo, etc., todo para determinar que los bastardos, como llamaban a los mapuche, eran distintos de los alemanes.

—Qué ridículo.

—Claro, pero para ellos era de lo más lógico, pues estaban buscando cualquier justificación para explicar por qué ellos y algunas «razas» específicas eran supuestamente mejores que los demás.

—¿Y no que odiaban a todo el mundo? Yo habría pensado que solo les interesaba demostrar que ellos eran los mejores —respondió Guzmán.

—Por supuesto que odiaban todo lo que no fuera alemán, pero sabían que solo mil años antes del Tercer Reich los alemanes andaban por los bosques de Baviera actuando como montoneras de bárbaros. En consecuencia, necesitaban encontrar una historia mejor que esa para sostener su historia de la supuesta superioridad, y es por eso que fueron a intentar buscar hilos que los conectaran con diversas megacivilizaciones, tanto en Asia como en América Latina.

—¿Hicieron algo más en Chile?

—De todo. Investigaron muchos hechos que les llamaron la atención en el plano místico, si quieres verlo así, pero también era un país que les parecía muy interesante por otras razones. Max Junge, por ejemplo, estuvo a cargo de efectuar una expedición al extremo sur de Chile, con el fin de preparar allí una posible colonización germana de posguerra. Más curioso aún resulta que entre 1938 y 1939, cuando estaban *ad portas* de entrar a la guerra, los nazis hubieran realizado una expedición a la Antártica, en el velero *Schwabenland*, con el cual trataron de apropiarse de trescientos cincuenta mil kilómetros cuadrados que Noruega ya había reclamado para sí. En todo caso, hicieron eso y muchas otras cosas más en Chile… —dijo, con un dejo de misterio.

—¿Y estos nazis que han sido asesinados eran de aquellos, de los que fueron a la Antártica? —inquirió Guzmán, pero Prat hizo como que no la escuchaba y siguió con lo que estaba hablando, relatando que los miembros de la Ahnenerbe emprendieron una expedición por el Amazonas, hacia Guayana, entre 1935 y 1937, con el fin de buscar lugares para asentar colonias alemanas. En Venezuela, le dijo, también estudiaron a los «bastardos», e igualmente mandaron expediciones a las ruinas de Tiahuanaku, en Bolivia, donde creían

que había evidencias de antiguos «arios» y que, asimismo, anduvieron en Argentina buscando el Santo Grial.

—¿En Argentina? ¿El Santo Grial? —preguntó extrañada la periodista.

—Sí, por absurdo que parezca. Un grupo de la Ahnenerbe comenzó a excavar en el cerro Uritorco, en Córdoba, donde las leyendas locales decían que antiguamente existía una raza de gente alta, de pelo rubio y ojos azules. Hasta el día de hoy existe gente que va a dicho cerro a excavar en busca de esa reliquia, que los nazis creían había llegado allá en función de la interpretación que hicieron de algunas leyendas medievales relacionadas con la partida de la flota de los templarios desde el puerto de La Rochelle, en Francia, luego de que su orden fuera suprimida —respondió Prat sonriéndole, al tiempo que le preguntaba qué podía aportar ella a la historia.

Mientras Sandra Guzmán pensaba qué podría entregarle como retribución ante tan alocado relato, sonó su teléfono.

Era un buen amigo que tenía en la Prefectura de Carabineros de Valparaíso, que hasta el año anterior había trabajado en la Prefectura Oriente de Santiago. El oficial, al otro lado de la línea, le contó que recién habían recibido una denuncia por la muerte de un alemán anciano, en una casa del Cerro Alegre. Según le contó el policía, en ese momento había personal de la Sección de Investigaciones Policiales (SIP) en el sitio, ya que el fiscal había decidido que fuera Carabineros y no la Policía de Investigaciones quien realizara las pesquisas. Por cierto, igual que en los dos casos que ya se habían transmitido por la radio, el de calle Londres y el de Concepción, a la víctima le habían extraído las muelas.

La profesional le preguntó a su fuente por el nombre del fallecido, mientras Prat parecía buscar algún número en su arcaico teléfono, aunque —en realidad— escuchaba atentamente cada palabra de lo que ella decía. Mirando hacia la dirección opuesta en que Sandra se encontraba, escuchó claramente el nombre del cuarto

asesinado, cuando ella lo deletreó al anotarlo en su iPad: Oscar Bachmann.

Mientras la periodista se despedía, Prat abrió su libreta y tachó el nombre de Bachmann de una lista que tenía en la última página, sin que la mujer se percatara de ello. Acto seguido preguntó a Guzmán de qué se trataba el llamado que había recibido. La reportera le relató que había una cuarta víctima.

Apenas terminaba de hablar cuando, en un acto que ciertamente no esperaba, Prat la abrazó, cubriéndola casi por completo con su cuerpo, luego de lo cual susurró algo en su oído:

—No te asustes, pero no me sueltes. Debemos irnos de aquí.

Ella aspiró un par de segundos el perfume que se desprendía del cuello del hombre y, aunque sentía algo de pánico, algo en él le infundió una rara sensación de seguridad. Con el rabillo del ojo vio, a algunos metros de allí, a un par de periodistas de Canal 13 que la miraban divertidos.

—No entiendo nada —fue todo lo que atinó a decir, sin desprenderse del abrazo.

Prat, mirando entremedio del cabello de la mujer, se cercioró de que ya no se apreciaba en parte alguna el hombre alto a quien había visto fugazmente aparecer por la Alameda, en dirección a la iglesia de San Francisco.

—Tenemos que irnos de aquí. Hay un quinto hombre que va a ser asesinado en los próximos minutos y aun cuando sé que lo que te digo suena increíble, podemos evitarlo, quizá —le explicó, soltándola.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó la periodista, con molestia.

—Tu segundo apellido es Hess, ¿no?

Sandra lo miró azorada y comprendió de inmediato que algo no estaba bien.

—¿Por qué dices eso?

—Porque eres la nieta de Horst Hess, el quinto hombre. Si quieres salvarlo, ven conmigo.

—No sé de qué mierda hablas. Sí, mi abuelo es Horst Hess, pero él no es ni ha sido nunca un nazi. ¡Es un hombre respetable! —le gritó, alejándose de él.

—Sé que es mucho lo que tienes que procesar, pero debes confiar en mí. Mira: tu abuelo fue miembro de la Ahnenerbe. Por eso llegó a Chile y se quedó acá. En la Segunda Guerra Mundial estuvo estrechamente vinculado a los aparatos de inteligencia alemanes en Chile. De hecho, él vive en un departamento de tres dormitorios que queda casi al lado del Club de la Unión, en calle Nueva York, ¿no? No sé si es coincidencia, pero si vas al Conservador de Bienes Raíces de Santiago y rastreas quiénes eran los antiguos dueños de ese lugar, te encontrarás con que pertenecía a la embajada de Alemania en Chile. Allí funcionaba la agregaduría comercial, hacia 1939, pero no hacían negocios, allí estaba el epicentro del espionaje nazi. Es más…

—Tú no eres periodista… —lo interrumpió ella, retrocediendo, repugnada, indignada.

—Nunca dije que lo fuera. Tú asumiste eso, pero jamás he dicho que sea periodista. Quizá pueda haber omitido algunas cosas, pero no miento. No me está permitido.

—¿Cómo que no? ¡Dijiste claramente que no le habías ofrecido el tema a medio alguno! —le gritó, ya francamente fuera de sus cabales.

—Efectivamente dije eso. No le he ofrecido este tema a ningún medio… porque no puedo hacerlo, pues no soy periodista, no mentí, si analizas el fondo de la argumentación —le aseguró, arrastrándola de un brazo en dirección a la Alameda.

—Pfff. Eres rati o paco.

—Nada de eso. Soy sacerdote, de la Compañía de Jesús. Mira —le dijo, abriendo su casaca y mostrando una pequeña cruz plateada que pendía de su pecho, lo que por cierto no servía de prueba de nada.

Obviamente, la periodista reaccionó aún peor.

—No sé quién mierda eres, ni a qué estás jugando, pero voy a llamar de inmediato al comisario Ventura para… —decía, al tiempo que comenzaba a marcar un número en su celular, pero no pudo terminar, pues en ese preciso instante el antiguo y señorial edificio de calle Londres donde se encontraban Ventura, sus detectives, el fiscal y el muerto, se vino abajo en medio de una inmensa explosión, que derribó por completo la estructura y se escuchó hasta Tobalaba e incluso más arriba aún.

Capítulo 6

ALBERTO CRVZ
EYZAGVIRRE
ARQVITECTO

Eso fue lo primero que Sandra vio, al reponerse de la conmoción generada por la explosión y la onda expansiva. Sin aún entender bien qué había sucedido, entornó los ojos y trató de comprender qué eran esas palabras y qué hacían ahí, al frente de ella, hasta que se dio cuenta de que se trataba de un pedazo de pared que se había desprendido desde el edificio ubicado al frente del que había estallado. Alberto Cruz Eyzaguirre, ella lo sabía, pues alguna vez había escrito sobre el barrio París-Londres para una web sobre turismo, era el arquitecto que había estado a cargo del proyecto de ese barrio, levantado en los años veinte.

Recobrando los sentidos, se vio a sí misma tirada en el suelo, mientras por encima de ella volaban jirones de género, de papeles y cenizas, muchas cenizas incandescentes. Movió la cabeza a su derecha y vio un cartel de lona rojo, que rezaba «plásticos londres 24», el nombre de uno de los negocios que se ubicaban en la planta baja del edificio que acababa de estallar.

Atolondrada, se puso de pie y miró en derredor. Parecía que una bomba de quinientos kilos hubiera sido lanzada hacia el edificio. Recordó el bombazo en el subcentro de la Escuela Militar y pensó que dicho atentado había sido una broma, comparado con este. El antiguo y orgulloso edificio ahora estaba reducido a cenizas, mientras que todos los edificios vecinos estaban severamente

dañados. Por todas partes se apreciaban cuerpos, algunos moviéndose y los demás, los más cercanos al forado donde antes se encontraba el edificio, yacían inermes, destazados como piezas de pollo en un mostrador.

Se miró y entendió que a ella no le faltaba nada. Sus jeans estaban bastante sucios, lo mismo que su pelo, pero además de un agudo pitido en ambos oídos, parecía haber salvado indemne. Percibió un movimiento al lado e inmediatamente entendió que Prat también se había salvado.

—Si eso te cae en la cabeza, la pierdes —fue lo primero que expresó el cura al ponerse de pie, indicándole el trozo de material donde alguna vez estuvo el nombre del arquitecto.

Bastante más sucio que ella, exhibía además un pequeño corte en la mejilla derecha, lo que pareció no importarle en lo más mínimo.

—Sandra, vámonos de aquí —le dijo, tomándola de la mano, al tiempo que comenzaban a escucharse las primeras sirenas. La periodista trató de soltarse y correr hacia el lugar donde antes estaba la demarcación de Carabineros.

—¡Hay gente que va a morir allí si no la ayudan! —gritó.

—Mucha más gente va a morir si no llegamos luego donde tu abuelo. ¡Vamos! —le gritó imperativamente, tironeándola de nuevo hacia la Alameda.

Sin atinar mucho, se dejó llevar. Cruzaron en medio del caos de automóviles y buses con ventanas quebradas, cuyos conductores se habían detenido y observaban asombrados hacia el interior de calle Londres. Sorteando los autos lograron llegar hasta la vereda norte de la avenida principal y allí, con gran dificultad, corrieron hacia el poniente, esquivando a cientos o miles de personas que corrían en dirección opuesta, quizá con el afán de ver algo de la destrucción reciente.

Gracias a ello, nadie les prestó ni la más mínima atención mientras corrían hacia la calle Nueva York. Cerca de diez minutos más tarde estaban al frente del departamento de Horst Hess, el

último lugar habitado en un largo pasillo del décimo piso del señorial edificio que habitaba, hoy convertido en prácticamente puras oficinas.

No necesitaron tocar el timbre. Sandra no entendió muy bien a qué se debía que la puerta estuviera abierta, pero el sacerdote lo intuyó de inmediato, por lo que se lanzó hacia adentro como un bólido.

Apenas Sandra traspasó el umbral le quedó claro: se oían gritos provenientes del dormitorio, en medio del cual su abuelo intentaba con muy poco éxito quitarse de encima a un sujeto rubio, pero no muy alto, que forcejeaba con él, y en cuya mano derecha había un corvo. La escena era violenta y extraña. Sandra la vio casi en cámara lenta, igual que las manchas rojas que salpicaban el brazo de su abuelo.

Aún en ralentí, observó cómo el cura saltaba hacia el agresor con mucha determinación, asestándole un fuerte golpe en el cuello. El sujeto, que recién entonces ella pudo apreciar que no tenía más de treinta años y poseía una nariz respingada y pequeña, reaccionó de inmediato, lanzando un corte hacia Prat, quien se defendió anteponiendo el antebrazo derecho, del cual saltó un delgado chorro de sangre al contacto con la hoja. Con la mano izquierda, sin embargo, asestó un fuerte golpe de puño en la cara del extraño, quien trastabilló varias veces, soltando el arma. Luego de pensarlo por una milésima de segundo, el asaltante decidió que lo mejor que podía hacer era huir, por lo cual corrió hacia la puerta de salida. El sacerdote iba a ir por él, pero un grito desesperado de Sandra lo contuvo.

—¡Llama a una ambulancia! ¡Mi abuelo se muere! —rogó, sosteniendo con su cuerpo al alto y enjuto anciano, que boqueaba como un pez fuera del agua, mientras del costado derecho de su tráquea brotaba sangre.

—No, tranquila. No se va a morir desangrado. No tiene compromiso de arterias ni nada parecido. Lo que necesita es aire —replicó el sacerdote, mirándole la herida.

—¿Acaso te vas a hacer pasar por médico también? —preguntó ella indignada, buscando con una mano su iPhone.

—No lo hagas. No llames a nadie. La Cofradía tiene infiltrados en todas partes y lo más probable es que estén escuchando tu teléfono desde hace mucho tiempo. Aprovechemos los minutos de ventaja que nos dio la huida de ese delincuente y llevemos a tu abuelo a un lugar seguro.

—¿La Cofradía? ¿De qué hablas? —gritó ella, pero una voz profunda y seca la interrumpió.

—No sé quién es este joven, Sandrita, pero tiene razón en todo lo que ha dicho: no puedes llamar a nadie y tampoco me voy a morir, pero sí necesito atención médica. Presumo que usted tiene los medios para ello, ¿no? —dijo el anciano con voz trémula, dirigiéndose al sacerdote.

—En efecto. Tenemos un lugar acondicionado y discreto donde hay un médico a nuestra disposición, para atender a quien lo requiera. Déjeme enviar un mensaje de texto y un vehículo nos recogerá abajo —explicó Prat, solo para aumentar la confusión de la periodista, al ver que evidentemente su abuelo y él hablaban de lo mismo.

—Perdón, pero ¿ustedes se conocen? —preguntó a ambos, mientras aún sostenía a su abuelo.

Ambos sonrieron.

—No, amor mío, para nada. Pero presumo que este muchacho es jesuita y presumo también que nuestro próximo destino son los túneles del colegio San Ignacio de calle Alonso de Ovalle, ¿o no? —preguntó el anciano alemán con voz ladina.

Prat sonrió.

—Acertó uno y falló otro. Sí, señor Hess, soy sacerdote de la Compañía de Jesús, pero la casa segura que tenemos preparada no está en el colegio, aunque sí muy cerca de ahí. ¿No cree usted que el colegio sería un lugar demasiado obvio? Y ahora venga, lo ayudaré a levantarse y a ponerse esa chaqueta encima. Bajaremos

juntos. Habrá un auto esperándonos afuera del BancoEstado, en Morandé, casi al frente de La Moneda —respondió.

—Como diga. Y claro, tiene toda la razón. Tantos años de mi vida que he pasado ocultando cosas, tratando de obviar lo obvio, y ahora de viejo me vengo a poner obvio —rezongó jugando con las palabras, al tiempo que comenzaba a caminar trabajosamente, apoyado en su nieta y en ese curioso sacerdote, que recogió el corvo que había dejado el agresor, guardándolo bajo su casaca.

Apenas salieron a la calle vieron que el caos iba en aumento. Por todas partes corrían personas y sonaban sirenas. Caminaron con dificultad hacia Morandé, tratando de tapar el cuello de Hess con una bufanda, a fin de que nadie se diera cuenta de su herida. Al aproximarse al ángulo de La Moneda, Sandra vio cómo el palacio presidencial estaba rodeado por carabineros de Fuerzas Especiales, premunidos todos de armaduras de kevlar, cascos y escudos transparentes. A la altura de la histórica puerta de Morandé 80 vio un furgón grande, del GOPE, el grupo de operaciones especiales de la policía uniformada, del cual bajaba una docena de policías igualmente equipados de trajes especiales, pero que además llevaban cascos balísticos y subfusiles HK-MP5 sin seguros en las manos.

Por un instante deseó no estar allí corriendo con su abuelo y regresar para hacer un despacho en directo por medio de la radio online de *La Vitrina*, pero no era mucho lo que podía hacer.

De pronto, en medio del atasco de tráfico que había, apareció desde la Alameda un automóvil Toyota que se detuvo con suavidad junto a ellos. Al volante iba un hombre de unos cuarenta y cinco años, sin ningún rasgo especial. Prat les hizo un gesto y subieron.

—¿Adonde ya sabemos? —preguntó el chofer al cura.

—Allí mismo —respondió el interpelado, sentado en el asiento del copiloto. Aún sintiendo el peso del corvo en su chaqueta giró la cabeza y se dirigió al anciano, que respiraba con cierta dificultad, mientras con su propia mano sostenía la bufanda, que parecía haber detenido la hemorragia.

—Imaginé que personas como ustedes no se compraban tan fácilmente historias como las de los túneles del San Ignacio —dijo a Hess.

—Esos túneles existen —fue la seca contestación del alemán.

—Solo existieron en la imaginación de Ramón Pacheco, que escribió ese *best seller* sobre los subterráneos de los jesuitas, a fines del siglo XIX, pero se lo digo en serio: yo estudié allí y luego he vuelto muchas veces, ya como sacerdote. El colegio es muy antiguo, de 1854, para ser exactos, pero no hay túneles, solo un par de bodegones viejos.

—A usted no se los han mostrado nomás… —contestó el viejo nazi, mientras el auto, que ya había cruzado hacia el sur de la Alameda, corría veloz por calle Arturo Prat.

—Ahora sí que verá una construcción subterránea de verdad —musitó Prat luego de que el conductor comenzara a disminuir la velocidad al llegar a calle Santa Isabel.

Frente a ellos se alzaba el ala sur de la imponente basílica de los Sacramentinos. Construida a partir de 1911 por el arquitecto Ricardo Larraín Bravo para celebrar el primer centenario de la independencia de Chile y terminada por completo recién en 1931, fue por varios años el edificio más alto de Santiago, con sesenta y un metros de altura, pues superaba al que fue el primer rascacielos de la capital, el edificio Aritztía, de cincuenta y dos metros, ubicado en calle Nueva York, al lado del edificio donde residía Hess.

Levantada en una mezcla de estilo romano y bizantino, e inspirada en la basílica del Sagrado Corazón, en París, la basílica de los Sacramentinos parecía un injerto extraño en el barrio San Diego. Con sus paredes laterales sin estucar, su voluminosa y enorme cúpula central, flanqueada de estilizadas torres semejantes a minaretes, y encabezada por una estatua de dos ángeles adorando una cruz de ocho puntas en el techo, además de formas ojivales por doquier, parecía más un antiguo templo de Praga o Budapest, que una iglesia ubicada apenas a novecientos metros del palacio de La Moneda.

—Si nunca han estado aquí, se van a asombrar de saber que en Santiago de Chile existe un lugar de estas características —les dijo el cura, cuando el móvil llegaba casi a la esquina.

Capítulo 7

El conductor dobló por Santa Isabel. Avanzó unos metros y finalmente se detuvo un poco antes del inicio de la iglesia, ante una modesta puerta que —comprendió Sandra— era la secretaría del recinto religioso.

Y no se equivocaba. Un hombre de unos setenta años, de cara muy blanca y pelo muy negro, vestido de jeans y suéter, y que por sus modos era claramente sacerdote, los esperaba en la puerta. Mirando hacia todos lados los hizo entrar rápidamente. Caminaron a lo largo de un pasillo de madera y accedieron a una pequeña oficina. Sentaron al anciano alemán, cuya hemorragia había disminuido notablemente, y Prat salió a hablar con el que obviamente era el párroco. Regresó a los tres minutos, solo.

—Esta iglesia en realidad son dos iglesias. Imagino que usted lo sabe bien, Horst.

—Lo sé. La cripta la terminaron mucho antes que el resto de la iglesia, hacia el año 20 —asintió el hombre, afirmándose las comisuras de la herida con la bufanda, aunque ya prácticamente no sangraba.

—Casi casi. La iglesia subterránea, que usted llama cripta, Horst, en realidad fue terminada en 1919. Aunque es una joya arquitectónica y de una belleza impresionante, hoy casi nadie se acuerda de que existe —aseveró Prat.

—Pfff. Basta pasar por afuera y ver los sobrerrelieves de crismones que hay en esas horribles puertas verdes, para saber que aquí hay una catacumba. Y para qué hablar de ese símbolo

pitagórico y ocultista que hay en el techo, esa cruz de ocho puntas —reclamó el viejo.

El jesuita se sonrió.

—El crismón es un símbolo cristiano, Horst, usted lo sabe bien, así como sabe que asociarlo a lugares donde hay catacumbas no es correcto…

—Naaa… ustedes, jesuitas, siempre tratando de confundirlo todo. Mire, yo le voy a decir algo sobre los crismones que claramente no le enseñaron en la escuela de curas. Sucede que… —decía, cuando un grito de Sandra lo interrumpió.

—¡Basta! No entiendo ni un carajo de lo que está pasando aquí, ni mucho menos entiendo qué demonios es un crismón —se quejó, generando una mueca de espanto en la cara de Prat.

—El crismón —explicó el sacerdote— es un monograma circular, que generalmente se tallaba en piedra o se confeccionaba con barro cocido, y que se formaba con las primeras letras griegas del nombre de Cristo, la «X», de «Xristos», y la «P», que se deformó en tal a partir de la letra «rho»; es decir, la «r», antes graficada como «P». Estas dos letras se entrecruzan y forman algo que parecería actualmente una «P» atravesada por una «X» rotada en 45 grados. Es como esto —explicó, tomando una hoja de papel que había sobre un escritorio y dibujando unas toscas líneas:

—Muchas veces, sin embargo —prosiguió— la línea vertical de la «P» contiene entrelazada una «S», de «Sóter»; es decir, «Salvador». En el vértice de la línea central a veces se cruzan otras dos líneas. También es frecuente que a la izquierda figure la letra alfa del alfabeto griego, y la derecha, la omega… —continuó.

—El Alfa y el Omega…, el principio y el fin —masculló Hess, sin que el sacerdote entendiera si se burlaba, pero no pareció importarle mucho el sentido del comentario. De hecho, se entusiasmó bastante. Claramente, le gustaba hablar y tener auditorio.

—¡Exacto! Los crismones comenzaron a ser utilizados hacia el año 150 después de Cristo y aunque con el tiempo se siguieron reproduciendo, son figuras más bien pertenecientes a la cultura

mediterránea, especialmente italiana y española. En América solo se han encontrado crismones originales en algunas iglesias mexicanas de muy antigua data, pero no parecen haberse extendido mucho hacia el sur.

—Patrañas. En todas las catacumbas de Europa hay crismones. No me venga con esas historias —se quejó el alemán.

—Yo sé hacia dónde va usted, Horst…

—¡Señor Hess para usted! —gritó el alemán, ante su nieta que a cada minuto estaba más confundida.

—Como diga, *Herr* Hess —corrigió el sacerdote con algo de sarcasmo—. Pero usted sabe bien que las catacumbas no eran más que cementerios, y no estaban tan escondidas como mucha gente piensa. La eclosión de las catacumbas surgió a partir del año 313, luego de que Constantino dictara el Edicto de Milán, que daba a los cristianos la posibilidad de manifestar públicamente su credo. Es efectivo, sí, que en algunos momentos de persecución muchas catacumbas fueron utilizadas como lugares de escondite, pero ese no era su fin, como se lo digo. Usted es europeo, y sabe muy bien que las catacumbas más famosas son las de Roma, pero las más grandes son las de París, donde se calcula que hay seis millones de cadáveres de data bastante reciente, no más de doscientos o trescientos años —precisó el religioso.

—Usted miente, igual que todos los de la sotana. Sabe muy bien que en América Latina las catacumbas tenían otras utilidades, mucho más esotéricas, y también sabe a la perfección que el símbolo para comunicar entre ustedes era el crismón. ¿Se ríe? Desmiéntame entonces que en la catedral de Santiago hay una catacumba. ¡Yo vi con mis propios ojos el crismón que hay al lado del altar, al lado de la tumba del obispo Valdivieso!

—¡Pero si eso no tiene nada de raro! —gritó el sacerdote, ya fuera de sí.

Una sonrisa sardónica se cruzó por los labios del germano.

—¿Y usted cree, acaso, que es una simple casualidad que el cura Gazziero fuera degollado casi allí mismo, hace algunos años? —le

preguntó, aludiendo al brutal homicidio del sacerdote italiano Faustino Gazziero, asesinado por un joven seguidor de una secta satánica llamado Rodrigo Orias, quien luego de realizar un extraño periplo desde su Coyhaique natal hasta Osorno, Puerto Montt, Lota y finalmente Santiago, terminó cercenando la garganta del sacerdote luego de la misa de las cinco y media, una infausta tarde de sábado, el 24 de julio de 2004.

El sitio donde se cometió aquel crimen quedó estampado por siempre en la principal iglesia de Chile, en cuya ala surponiente fue instalada una pequeña placa de mármol que dice «Aquí fue inmolado el Sacerdote Padre Faustino Gazziero De Estefani O. S. M. Testigo de Jesús».

Prat arrugó la cabeza casi con repugnancia.

—No sé qué piensa o cree usted. No veo cómo puede asociar ese crimen macabro con lo que hablaba, solo porque al padre Gazziero lo mataron a, no sé, diez metros de donde está ese crismón.

El alemán se alegró en extremo.

—¡Ajá! ¡Entonces reconoce que el crismón está allí!

—¡Pero si no hay nada que reconocer, si está a la vista de todo el público, lleva no sé cuántos años ahí! —gritó Prat, ya desesperado.

—Claro, no tiene nada sospechoso porque está a la vista de todo el mundo, igual que los símbolos rosacruces que existen en las puertas de la catedral metropolitana… —agregó Hess, burlándose y aludiendo a la logia secreta supuestamente creada por Cristian Rosenkreutz en la Edad Media, cuyo símbolo muestra una rosa que envuelve una cruz, tallado sobrerrelieve que efectivamente se puede apreciar en tres de las seis puertas de la catedral de Santiago, en las puertas derechas, para ser más exactos.

Prat no supo qué contestar de inmediato, pero la nieta del alemán intervino una vez más.

—No sé de qué mierda hablan y ya estoy empezando a cansarme. Claramente hay cosas que tú, abuelo, no me has contado nunca. Siempre he sabido de tu inclinación por los símbolos y recuerdo muy bien todos los paseos que me dabas por distintas

iglesias cuando niña, supuestamente por tu amor por la historia, pero ahora estoy entendiendo que en ello había gato encerrado… ni sospecho por qué parecieras saber de todo lo que te habla este otro señor, que dice ser cura. No entiendo nada de lo que sucede aquí.

—Te lo explicaré de inmediato, querida Sandrita —anunció Hess, pero en ese mismo momento el sacerdote dueño de casa irrumpió en la oficina.

—El médico ya está acá. Deberíamos bajar. Mandé a clausurar la entrada a la capilla subterránea por calle Arturo Prat. Pusimos un cartel que dice: «Peligro de derrumbe», el mismo que usamos después del terremoto de 2010. Nadie entrará —anunció a Prat.

Todos salieron al pasillo, donde los esperaba un hombre de no más de sesenta y cinco años, de pelo muy blanco y barba abundante que en su juventud había puesto sus habilidades de médico al servicio del Frente Patriótico Manuel Rodríguez y del Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

Capítulo 8

—Vamos. Clausurada la puerta de calle, esta es la única otra entrada que existe a la capilla subterránea de la basílica —dijo el párroco al grupo, guiándolo por un estrecho pasillo.

De niña, la periodista había estado en muchas ocasiones en dicha iglesia, recinto que a su abuelo le gustaba especialmente. Pese a su ateísmo, siempre la sacaba a pasear, recorriendo iglesias y edificios antiguos de Santiago, y muchas veces el viejo Hess terminaba esas caminatas en algún templo, donde le hacía observaciones acerca de la construcción y las decoraciones. De hecho, varias veces estuvieron en los Sacramentinos, donde el alemán decía sentirse nuevamente como en su Europa natal.

Durante muchos años Sandra no volvió a pisar ese lugar, hasta que por motivos profesionales debió visitarlo nuevamente el año 2004, ocasión en la cual se dio cuenta —con ojos de adulta— de la magnificencia de esa construcción. En todo caso, el motivo por el cual había ido no era tan magnífico, ya que la habían enviado a reportear una nota previa al que pretendía ser el matrimonio de ese año en Chile, el del futbolista Iván Zamorano con la modelo María Eugenia Larraín, quienes se casarían al interior de la basílica, lo que finalmente nunca se realizó. Una semana antes de la fecha del enlace, fijado para el 14 de febrero de ese año, y trabajando en aquel entonces en *Las Nuevas Noticias*, Guzmán había acudido a entrevistar al cura a cargo de la parroquia, que no era el mismo que los acababa de recibir.

A diferencia de cualquier otra iglesia en Chile, la basílica de los Sacramentinos no era un recinto recargado de detalles y dorados hasta el hartazgo, como la catedral metropolitana, ni tampoco un templo deslavado en un manto de austeridad. Para nada. Altísima en su interior, edificada en mármol y piedra de colores claros, poseía tres niveles de ventanas ojivales y columnas que remataban en capiteles finamente labrados. Estaba coronada por un domo central muy alto, decorado por los vitrales más delicados que ella hubiere visto alguna vez (todos hechos en Chile), los que filtraban la luz de un modo casi alucinante.

De hecho, de su última visita, Guzmán recordaba muy bien haber entrado allí una mañana, a eso de las diez, y haber quedado impresionada al ver dos rayos de luz que de algún modo el arquitecto se encargó de hacer coincidir sobre el altar. El primero provenía del ventanal ubicado inmediatamente detrás de dicho lugar, en dirección al poniente, mientras que el otro, que era un verdadero chorro de luz, provenía desde el oriente, de una ventana ubicada sobre la entrada.

En la crónica que después escribió al respecto explicó largamente la forma en que la luz se filtraba y las peripecias que debió haber realizado el arquitecto Larraín —cuya figura fue inmortalizada en uno de los vitrales— para lograr que a la misma hora entrara luz solar desde dos costados opuestos. Como era de esperarse, el editor de crónica del diario cortó esa parte y se centró en los seiscientos guardias que se suponía custodiarían la ceremonia de Iván y María Eugenia.

Sandra recordaba todo aquello, mientras caminaba junto a los demás, llegando al final del pasillo de la secretaría. El grupo descendió por una estrecha escala metálica. La periodista calculó que bajaban varios pisos, al cabo de los cuales quedaron en la oscuridad más absoluta, hasta que el párroco encendió varios interruptores, desnudando frente a ellos un inmenso techo abovedado y una pared circular gigantesca, que recién unos

segundos después comprendió que era el ábside, la parte trasera del altar.

Si la basílica siempre la había impresionado, la construcción que tenía ahora delante de ella la dejó sin habla.

—Majestuosa, ¿no? Esta iglesia es muy semejante a la del Sagrado Corazón, como ya lo conversamos. La diferencia más significativa es que su torre central es algunos metros más baja que la francesa, pero en lo demás se parece bastante. Aquí, al igual que en la original, existe una capilla subterránea, que permitió que comenzaran a celebrarse misas antes de que se terminara la basílica —explicó Prat.

—Imagino que debe haber resultado muy dañada para el terremoto de 2010 —dijo la mujer.

—Bastante, pero los daños son exteriores principalmente. Este fue uno de los primeros edificios de hormigón armado construidos en Chile, por lo cual es muy resistente. Acá abajo prácticamente no se sintió el terremoto —respondió el párroco, palmoteando una columna con evidente satisfacción.

—Y tampoco hay señal de telefonía celular. Eso es excelente —aseveró Prat, observando la pantalla de su viejo Nokia, al tiempo que el dueño de casa se despedía, disculpándose por tener que atender otros asuntos de la iglesia. Antes de irse señaló una pequeña puerta, casi escondida, al lado izquierdo del ábside. Era una suerte de armario, donde les dijo que había dejado varios colchones, frazadas, agua mineral y comida envasada.

Apenas subió el sacerdote, Guzmán comentó que aquello parecía una casa de seguridad.

—Es una casa de seguridad. No es la primera vez que atiendo a alguien aquí —comentó el médico, que acababa de llegar y se había sentado al lado de Hess, en el primer asiento de la capilla, y había comenzado a limpiarle la herida del cuello, la cual constató no era muy profunda, por lo que le aplicó puntos quirúrgicos externos.

La periodista, en tanto, seguía asombrada observando la estructura que había sobre ella, conformada por una serie de arcos

ojivales que confluían unos en otros en columnas que parecían de mármol y que poseían finísimas decoraciones, generando una impresión de gran amplitud, pese a la semipenumbra que trataban de romper los escasos focos que estaban encendidos.

No obstante, la acuciaba mucho más saber qué estaba pasando, pero no necesitó decírselo a Prat, quien se adelantó al respecto.

—Sé que estás muy confundida y te debo una serie de explicaciones, pero quien seguramente debe explicar esto a fondo es tu abuelo. De momento, lo único que necesitas saber es que estamos aquí por seguridad. Ya viste que esto no es un juego y que tu abuelo está en peligro. Este es un lugar seguro, que ya ha sido probado anteriormente como un buen refugio por parte de personas que eran perseguidas por la policía secreta de Pinochet, pues es casi inexpugnable. No obstante, no podremos permanecer mucho tiempo acá, pues en cualquier momento La Cofradía nos localizará —le masculló al oído.

—¿De qué cofradía hablas? ¿Los masones? ¿Esos rosacruces que mencionaba mi abuelo?

—Ni los unos ni los otros. La Cofradía es el nombre que recibió a fines de los años ochenta y principios de los noventa la organización de represores que había pertenecido a los servicios de inteligencia de Pinochet: la DINA, la CNI, el Comando Conjunto, el Covema y otros más. Se organizaron para sacar del país y reubicar en otros lados a quienes parecían más comprometidos con las violaciones a los derechos humanos, y lo hicieron con cierto éxito al principio. Ahí tienes el ejemplo del famoso torturador Osvaldo Romo Mena, «El Guatón Romo»…

—Al que escondieron en Brasil.

—Exacto.

—Escribí varias notas sobre eso cuando murió. Sin embargo, recuerdo que a Romo lo sacaron de Chile muy tempranamente, hacia 1975, no a fines de los años ochenta o noventa —dijo la periodista.

—Romo fue el primero, y de algún modo señaló el camino de lo que debían hacer con los demás hombres clave de los servicios de inteligencia.

—Algo así como Odessa, la famosa organización de nazis que trajo a América del Sur a varios de sus criminales… —acotó Guzmán, mirando con reprobación a su abuelo. Pese a que hablaba con el cura a varios metros de distancia, vio cómo ese hombre a quien tanto había admirado alguna vez se sobresaltaba al escuchar la palabra «nazis».

—Exacto. Utilizaron un esquema muy semejante al de los nazis. Así, luego de Romo escondieron en otros países de América Latina a agentes como Miguel Estay Reino…

—«El Fanta», el criminal del caso Degollados.

—El mismo. Lo escondieron en Paraguay, donde lo ubicó la policía chilena. En Argentina tuvieron a dos importantes hombres de la CNI, Luis Sanhueza Ros y Carlos Herrera Jiménez…

—El asesino de Tucapel Jiménez.

—Y no solo de él, de varios más, y causante indirecto de otras muertes, también. Herrera Jiménez estuvo implicado en el homicidio de un militante comunista en Concepción, a fines de 1983. Luego de dicho crimen, cometido afuera de un cuartel de la CNI, hubo una enorme redada en medio de la cual se detuvo a un montón de jóvenes. Entre ellos estaban los hijos de Sebastián Acevedo, un obrero de Coronel que se quemó a lo bonzo afuera de la catedral de Concepción, exigiendo la libertad de sus hijos.

—Debido a ello nació el Movimiento contra la Tortura Sebastián Acevedo —recordó Sandra.

—Sí. Y claro, está el caso más famoso de todos los que emprendió La Cofradía: la salida del químico de la DINA Eugenio Berríos, llevado a Uruguay y asesinado en una playa cercana a Montevideo. Durante varios años La Cofradía tuvo una suerte de estructura administrativa que funcionaba en un departamento del centro de Santiago, en calle Teatinos, muy próximo de La Moneda, donde un general de la Fuerza Aérea en retiro, que además había

sido jefe de Inteligencia, se ocupaba de realizar los pagos, conseguir documentos falsificados para los agentes que sacaban al exterior, etc. En todo caso, no es a lo único a lo que se dedicaban: gran parte del tráfico de armas efectuado ya en época de democracia pasaba por esa oficina, que se veía tan inofensiva. Y por cierto, cuando algún oficial en servicio activo podía convertirse en un problema ante la justicia «lo suicidaban», como hicieron con el coronel Gerardo Huber. ¿Te acuerdas de él? Apareció con el cráneo destrozado en el cajón del Maipo, supuestamente tras suicidarse lanzándose desde el puente El Toyo. Años después la justicia descubrió que en realidad un francotirador al servicio de La Cofradía le había disparado desde dos kilómetros de distancia, perforándole el cráneo.

—Conozco esos casos, he escrito sobre varios de ellos…, pero aún no veo alguna conexión entre eso y los homicidios de esta mañana. Menos, con mi abuelo —reclamó la reportera.

—Hay una parte importante de eso que deberá explicarte él mismo. Sin embargo, hiciste una mención interesante: la estrategia utilizada por La Cofradía para sacar a su gente de Chile fue semejante a la de los nazis. Eso no es casual, pues los vasos comunicantes entre unos y otros son o fueron demasiado estrechos. Volviendo al Guatón Romo te doy un ejemplo: su abogado defensor, cuando la policía chilena lo encontró en São Paulo, fue uno de los abogados más caros de todo Brasil, el mismo que defendió a cada criminal nazi que era encontrado en ese país, que fueron muchos. ¿Quién crees tú que pagaba a ese abogado? ¿Romo, un hombre brutal y vulgar, que vivía casi en la indigencia?

Guzmán se alarmó al oír aquello. Una vez más la imagen de su abuelo, aquel hombre excepcional, se derrumbó. ¿Ese anciano vulnerable y herido que estaba siendo vendado a pocos metros de allí, un colaborador de los asesinos de Pinochet? ¿Un amigo de represores como Manuel Contreras o Álvaro Corbalán?

—Sé lo que estás pensando y no es así, Sandra. Tu abuelo al menos no tuvo nada que ver con esa gente. Es La Cofradía la que está detrás de él —le explicó Prat.

—¿Por qué? —interrogó ella, con los ojos llenos de lágrimas.

—La Cofradía se hizo conocida solo cuando se supo de los movimientos de agentes en el exterior, pero existe desde muchos años antes y no la forman solo los represores de la DINA o la CNI, y tampoco es solo una organización política. Si buscamos una definición para ella, es una secta. La Cofradía fue inicialmente organizada por chilenos y agentes de la antigua inteligencia venezolana, la Disip, que habían conformado una especie de logia esotérica. Pronto se integraron a ella, en forma entusiasta, agentes de inteligencia argentinos, uruguayos, paraguayos y brasileños, aunque también hubo y seguramente hay peruanos, bolivianos y quizá colombianos.

—¿De qué me estás hablando? ¿La Operación Cóndor?

—Dicha operación fue casi un subproducto de La Cofradía, como lo fueron las decenas de golpes de Estado en los años setenta y otros asuntos muy turbios. ¿Cómo crees que los agentes de inteligencia de países que militarmente siempre han sido rivales, como Chile y Argentina, se pusieron de acuerdo e intercambiaban sin problemas entre ellos presos e información, realizando además montajes y operaciones de inteligencia en conjunto, como la Operación Colombo?

—¿Te refieres a…?

—La Operación Colombo, mujer, cómo no la vas a conocer. Fue un operativo realizado entre las inteligencias de Chile, Argentina y Brasil en 1975, para justificar la desaparición de ciento diecinueve chilenos y chilenas.

—Ahhh… cierto. Fue cuando crearon dos diarios falsos, uno en Argentina y otro en Brasil, que publicaron las listas de miristas supuestamente ejecutados por sus propios compañeros…

—Claro. Crearon el diario *Lea* en Argentina y *O Dia* en Brasil, que circularon solo un día, a fin de publicar los nombres de los miristas que supuestamente habían sido asesinados por sus compañeros. Ese es el episodio que dio lugar al famoso e infame titular del diario *La*

Segunda que debes conocer bien, aquel de «Exterminados como ratones».

—Uf. Repugnante —reaccionó la periodista.

—Qué duda cabe. Fue una maniobra repugnante, criminal y burda, por lo demás, que nadie creyó. Sin embargo, lo que pocos se han preguntado es cómo agentes de inteligencia de esos tres países, dos amigos entre sí, como Chile y Brasil, y uno enemigo, como es Argentina, pudieron hacer eso y mucho más… y morir en la rueda. No te olvides de que en el crimen de Berríos fueron militares uruguayos los que ejecutaron al chileno, a pedido de sus amigos chilenos, y ya en época de democracia en ambos países. Te doy otro ejemplo: el caso Letelier, en que la inteligencia paraguaya proveyó los pasaportes para que Michael Townley entrara a Estados Unidos. ¿Tú crees acaso que porque alguien de otro país le pida a un uruguayo que mate a un chileno lo van a hacer así como así? ¿O que los paraguayos no sabían que la DINA iba a ir a cometer un homicidio a quince cuadras de la Casa Blanca?

—Debe haber corrido mucho dinero de por medio —especuló la periodista.

—No es lo principal, para nada. Hoy hay militares uruguayos detenidos y cumpliendo condena en una cárcel chilena por el crimen de Berríos. ¿Crees que hombres como ellos, oficiales de alto nivel, habituados a manejar fondos reservados, se iban a mojar el trasero por algunos dólares? ¡Para nada! —replicó el cura.

—¿Y por qué lo harían entonces?

—Solo gente unida por ciertos juramentos de hermandad, por lazos que van más allá de lo común, sería capaz de algo así. La Cofradía es mucho más que una asociación ilícita. Es un organismo tenebroso, criminal, que además posee un fuerte componente esotérico. Es una secta que, como toda secta, posee un líder mesiánico, un iluminado al cual todos obedecen ciegamente y por el cual son incluso capaces de sacrificar sus vidas.

—¿Y quién es ese líder?

—Nadie lo sabe o yo, al menos, no lo sé.

Capítulo 9

Sandra Guzmán quedó pensando un rato. Luego le dijo a Prat que había varias cosas que no le calzaban y que ella, como periodista, no podía afirmar nada sin tener una fuente, sin tener un respaldo, sin tener evidencias, en definitiva.

—Acabas de contarme una historia muy entretenida, pero no tengo por qué creerla solo porque tú le cuentas. Es más, no sé quién eres —reclamó.

El sacerdote suspiró. Pensó en recordarle que había salvado la vida de su abuelo, pero recapacitó frente a ello. No le gustaba jactarse de las cosas que hacía. Optó por una estrategia distinta.

—Mira —le dijo, abriendo su casaca y mostrándole el corvo que había recuperado en el departamento de su abuelo, el cual tenía ya el borde manchado de sangre.

—Un cuchillo raro —dijo ella.

—No. No es un cuchillo común, pero tampoco es raro. Es un corvo «pico de cóndor», fabricado por Famae, Fábricas y Maestranzas del Ejército. Se distingue de los corvos «atacameños» porque la curvatura de la hoja es de noventa grados. Los corvos «atacameños» no tienen más de cuarenta y cinco grados de inclinación. Por cierto, este es más letal, creado específicamente para degollar, e indica algo importante.

—¿Qué?

—Que el agresor, o al menos el propietario original de ese cuchillo, fue un oficial de Ejército. Solo los oficiales utilizan dichos corvos. Los suboficiales utilizan corvos «atacameños».

La mujer se alarmó.

—¿Me estás diciendo que el Ejército está implicado en esto?

—La respuesta a eso es compleja. La contestación políticamente correcta es que esto no tiene nada que ver con el Ejército chileno, el argentino o el uruguayo. Hasta donde sabemos son exoficiales o agentes externos quienes integran esto, en forma ajena a lo institucional. Es probable que algunos mandos aún sean parte de La Cofradía, pero no se trata de un asunto oficial y, en todo caso, no es hacia donde yo apuntaba. Mira aquí —le dijo mostrándole un pequeño grabado que había en la empuñadura del puñal. Era una pequeña cruz semejante a la cristiana, pero que en la parte superior tenía un círculo.

—Esa es una cruz Ankh, una cruz ansada. Es un símbolo egipcio, uno de los principales símbolos de la filosofía hermética y, por cierto, el principal símbolo de La Cofradía. Numerosos presos políticos, en distintos países, vieron en los años setenta y ochenta esta cruz en anillos y collares que usaban sus torturadores.

Guzmán parecía azorada. Insistió en que aún no entendía qué tenía que ver su abuelo con todo eso.

—No te preocupes, cariño. Yo te lo explicaré ahora, pero necesito que tengas la mente abierta y el corazón dispuesto a escuchar cosas que seguramente no quieres saber de mí —dijo Hess caminando hacia ella, al tiempo que el médico desaparecía en dirección a la escalera por donde habían llegado a la cripta—, pero antes, señor…

—Prat es mi apellido —respondió el jesuita, al verse interpelado.

—Prat, está bien. Hagamos como que ese es su apellido, pero usted sabe tan bien como yo que seguramente ese no es su nombre verdadero… —acusó, ante el asombro de su nieta. No obstante, el aludido se inmutó muy poco y contraatacó.

—¿Y Hess es su apellido?

Sandra Guzmán Hess intervino entonces, preguntándoles de qué hablaban. Su abuelo fue quien respondió, apuntando con el dedo al

religioso.

—Este cura que tienes enfrente, querida nieta, no es un cura cualquiera. Si no me equivoco pertenece al servicio secreto del Vaticano, que debo reconocer es uno de los mejores aparatos de espionaje del mundo. Por ende, no me caben dudas de que usa una chapa, un nombre falso, igual que el que yo escogí cuando nos enviaron a este país hacia el final de la guerra. De otro modo no habríamos podido entrar. Los servicios secretos británicos y norteamericanos ya habían quebrado las máquinas Enigma con las cuales se criptografiaban todas las comunicaciones alemanas, por un error cometido por unos espías que teníamos aquí en Chile, y por ende los nombres de todos quienes formábamos parte de las SS y de…

—¡Fuiste parte de las SS, de esos asesinos nazis! —gritó la mujer, casi estallando en lágrimas. El anciano trató de abrazarla, pero ella le quitó el hombro en un gesto de indignación.

—Fui integrante del partido nazi porque no había otra posibilidad de hacer carrera en ese momento. Sé que no es excusa y es acomodaticia, pero es la verdad. Yo soy un académico, sabes bien que me doctoré en Filología y me especialicé en símbolos, que creo es una materia que este señor —indicó a Prat— también domina, aunque no tanto como yo.

—Eres un mentiroso —replicó la mujer, reprimiendo el primer insulto que pensó: hijo de puta.

—Soy tan mentiroso como este hombre, Sandra, y como miles más que trabajan en los servicios secretos. Pero hay algo que debes saber: dentro de las SS existía una división especial, la Ahnenerbe, que se dedicaba a… —decía, cuando el sacerdote lo interrumpió, diciéndole que ya le había explicado aquello.

No obstante, la nieta no quería escuchar más. Se puso de pie y partió hacia el otro extremo de la iglesia. Allí se sentó en las escalinatas que daban a la recién clausurada puerta de calle Arturo Prat y comenzó a sollozar en silencio.

Hess se paró, con el afán de ir a consolarla, pero el cura lo contuvo con un gesto.

—Déjela tranquila, es lo mejor. Es muy fuerte todo lo que ha pasado y lo que acaba de escuchar.

—Es mucho lo que debe asimilar, igual que yo. No estaba al tanto de que ustedes sabían de La Cofradía, aunque apenas lo vi entrar esta mañana a mi departamento comprendí para quién trabaja —dijo el alemán.

—Hace muchos años que le estamos siguiendo los pasos. Hace un tiempo un periodista publicó un artículo basado en la información desclasificada de la CIA, que explicaba que hacia 1975 el papa Paulo VI había ordenado a todos los sacerdotes de Chile presionar e investigar a Augusto Pinochet. ¿Lo leyó? Creo que salió en *El Mostrador*.

—¿Qué es eso?

—Un diario electrónico, semejante al diario en que trabaja su nieta. Obviamente no lo leyó.

—Ah. No leo nada que no venga en papel. No quiero que la CIA o ustedes sepan lo que leo.

—Jajaja, nosotros no hacemos eso. Y la CIA tampoco lo hace. Es la National Security Agency, la NSA, la que se dedica a esas cosas —se defendió el cura.

—Claro. Y yo soy la Virgen María.

—En fin, *Herr* Hess, o como sea que se llame: ese documento de la CIA que mencionan en ese reportaje es solo la punta del iceberg de lo que los norteamericanos averiguaron de lo que sabíamos sobre lo que acontecía en América Latina: que existía una organización de agentes de inteligencia de distintos países, principalmente de Chile, con una enorme inclinación hacia el esoterismo, cosa curiosa, dado que si algo identifica a la mayoría de los militares latinoamericanos es su profundo catolicismo, apegado a los sectores más conservadores de nuestra Iglesia, como el Opus Dei.

Capítulo 10

Hess, al escuchar sobre una organización de extrema derecha con tintes esotéricos, no pudo menos que recordar los eventos de los años sesenta y setenta en Europa, y así lo dijo, aseverando que lo que sucedió en América Latina en esos años tuvo un correlato en las puertas mismas del Vaticano.

—No se olvide de que en Italia funcionó a partir de los años sesenta la famosa logia paramasónica P2, la Propaganda Due —argumentó, aludiendo a la sociedad secreta creada por un exmasón llamado Licio Gelli, un hombre vinculado al más duro fascismo italiano, que creó una organización en la cual entraron cerca de mil importantes políticos, periodistas, militares, e incluso obispos y cardenales.

—Me parece que son fenómenos ligeramente distintos —argumentó Prat.

—Mire. Yo recuerdo muy bien la P2, especialmente por su vinculación con el escándalo del Banco Ambrosiano, el banco del Vaticano. Siempre se supo que el banquero italiano ese, Roberto Calvi, que «se suicidó» colgándose del puente Blackfriars en Londres, había sido «suicidado» por la P2, luego de que se descubriera que el Banco Ambrosiano estaba metido con la mafia, en el tráfico de armas, en lavado de dinero…

—Puede ser. Aquí en Chile, sin ir más lejos, hay una larga lista de «suicidios» que todos sabemos que no son tales, como el del coronel Huber, o el de Jonathan Moyle, el periodista británico que

supuestamente se colgó en una pieza del hotel Carrera, en Santiago, o el del fiscal Alberto Nisman, en Argentina, por ejemplo.

—Y hay muchos «suicidios» sospechosos más, partiendo por el del Reichsführer Himmler, pero volvamos a la P2 mejor y hablemos de los obispos que aparecieron en una nómina de miembros de esa organización… Sabroso detalle, ¿eh? —afirmó Hess con malicia.

—Yo no puedo responder por todos, pero concédanos algo: al menos dos de ellos eran en realidad agentes nuestros…

—Infiltrados, hombres de contrainteligencia, en definitiva —acotó Hess.

—Exacto.

—Se lo concedo, pero allí había otros «príncipes de la Iglesia» a los cuales nunca siquiera sancionaron, al igual que a toda esa parvada de pederastas que han ido encubriendo desde que el hombre tiene memoria… —se quejó Hess en tono irónico.

—Esa es harina de otro costal, y si quiere entrar en esta discusión hablemos de su partido entonces y ni siquiera hablemos del genocidio, centrémonos en las redes de espionaje y sabotaje que tendieron en Chile durante la Segunda Guerra Mundial. ¿Quiere hablar de eso? ¿No? Lo suponía, aunque usted tiene claro que tarde o temprano tocaremos el punto, a raíz de la misión en que usted tomó parte acá.

—Estoy dispuesto a contar todo lo que pueda. Lo sabe muy bien. De otro modo no habría venido con usted. Y vale, explíqueme mejor lo de La Cofradía —pidió el antiguo nazi.

—A raíz de esa infiltración hacia la P2, sabíamos que dicha logia paramasónica estaba actuando desde hacía al menos un par de años en América Latina, específicamente en Argentina. Juan Domingo Perón fue iniciado en la Propaganda Due por Licio Gelli, en una ceremonia efectuada durante su exilio madrileño.

—Eso es conocido.

—Por cierto, pero usted me preguntó qué sabíamos, y le estoy contando.

—Me está contando lo que quiere y puede contar.

—Pero obvio. Usted sabe que un buen agente nunca dice todo lo que sabe. No espero que usted, de hecho, me diga todo. Solo espero que cuando sea el momento, diga lo que es imprescindible saber.

—Usted sabe que así será. Continúe, mejor —pidió Hess y el cura le hizo caso.

—Como recordará, José López Rega, el ministro argentino más conocido como «El Brujo», era el verdadero poder detrás de Isabelita Perón, quien gobernaba Argentina mientras Perón se encontraba en el exilio. Y López Rega, el creador del escuadrón de la muerte llamado AAA, la Alianza Anticomunista Argentina, era miembro de la P2 también. Fue Gelli quien financió y organizó el viaje de regreso de Perón a Buenos Aires, cuando se reinstaló en el poder y, como agradecimiento por eso, el dictador argentino condecoró a su Gelli con la Orden del Libertador San Martín y, de paso, le concedió la nacionalidad argentina. ¿Se acuerda usted de que luego de su muerte, en 1955, el cuerpo embalsamado de Eva Perón fue robado desde el primer piso de la Central General del Trabajo de Argentina?

—Por supuesto. Fueron los servicios de inteligencia argentinos, que hicieron desaparecer el cadáver de Evita para impedir que el lugar se convirtiera en un santuario —aseveró el exintegrante de la Ahnenerbe.

—Exacto. Es la misma lógica aplicada años después por los norteamericanos, luego de los asesinatos del Che Guevara y Osama bin Laden, entre muchos otros. Recuerde que el cadáver de Evita fue llevado después a Italia, lo que los servicios de inteligencia argentinos lograron gracias a la participación de un sacerdote, Francisco Rotger, que consiguió la ayuda del superior de los paulinos, Giovanni Penco, y del papa Pío XII, muy bien aconsejado por gente de la P2, debo decir. Gracias a ello lograron sepultar el cuerpo de Evita bajo un nombre falso en el cementerio de Milán, desde donde dos años después lo desenterraron y devolvieron a

España y después a Argentina, en maniobras donde siempre se repetían dos nombres.

—Licio Gelli y López Rega, que también eran muy amigos del general Franco —dijo Hess.

—Exacto. Gelli además era muy cercano a un grupo llamado Avanguardia Nazionale, la creación del neofascista italiano Stefano Delle Chiaie, el mismo que puso sus servicios a disposición de la DINA chilena y posteriormente de «Los novios de la muerte», el grupo paramilitar encabezado por el criminal nazi Klaus Barbie en Bolivia, personaje que imagino usted conoce bien, *Herr* Hess.

—Ja, qué pequeño es el mundo —bromeó el exnazi, sin responder.

—Totalmente, pero eso no es todo. La P2 confluyó en América Latina con otra logia bastante rara y semejante que se había fundado mucho antes, la Anael.

—Esa es una logia masónica, ¿no? —preguntó el germano.

—No, como tampoco lo era la P2. Las logias «oficiales», por así decirlo, y que aplican los reglamentos contenidos en las llamadas Constituciones de Anderson, se denominan logias regulares y están agrupadas en grandes logias, que son entes administrativos, más que nada. Está la Gran Logia de Chile, la Gran Logia de Argentina y así, y la mayoría de estas logias ejecutan sus… cómo llamarlos… rituales en estilos distintos. El más extendido en los países de habla hispana es el Rito Escocés Antiguo y Aceptado. En las de habla inglesa se usa el Rito de York, en las alemanas, el Rito de Schröeder, algo que usted debe saber muy bien, aunque si no me equivoco una de las primeras medidas de su Führer fue, junto con barrer con el catolicismo, clausurar las logias masónicas, ¿no? —argumentó el sacerdote.

—No podría decirle que alguna de aquellas medidas me haya provocado alguna aflicción en particular —respondió Hess, tratando de provocar a Prat, quien era un sujeto bastante inmune a las ofensas, pero no logró quedarse callado. Ya estaba empezando a cansarse de aquel alemán viejo.

—Debería darle vergüenza…

—No se lo tome tan a la tremenda, Prat. Fue una broma. Me interesan la nada misma los curas y los masones, pero no soy un nazi de alma, aunque no lo crea —dijo, en el primer momento en que se lo veía desprovisto de su actitud altanera, justo el mismo momento en que Sandra, que llevaba ya varios minutos escuchando en silencio, se sentó junto a ellos.

—Alberto, continúa por favor. A mí sí me interesa lo que estás explicando —pidió la periodista, mirando de soslayo a su abuelo.

—Muy bien, Sandra. Le decía al señor Hess que la mayoría de estos ritos se parecen bastante entre sí: hay ciertas frases que son comunes entre ellos, todos tienen tres grados básicos (aprendiz, compañero y maestro), y al fin y al cabo predican más o menos lo mismo, el asunto de la tolerancia, la fraternidad, la caridad, aquello de desbastar la piedra bruta y eso. Todos comparten además los mismos símbolos relativos a la construcción, entre ellos el compás y la escuadra, la regla de 24 pulgadas, la plomada, la letra «G», etc. En síntesis, un masón de cualquiera de estos ritos puede acudir a una logia de otro rito y participar sin mayores problemas en ella. Entre las grandes logias existen además relaciones diplomáticas. Si un masón chileno viaja a Francia le dan un pasaporte masónico. Con él puede presentarse en cualquier logia y ser aceptado en ella, previo chequeo.

—¿Tienes alguna idea de en qué consiste ese chequeo? —preguntó Sandra, subiéndose el cierre de la casaca ante el frío que imperaba en dicho lugar.

—Saludos, que la mano así, que el dedo índice asá, palabras secretas que van diciéndose…, no lo sé a ciencia cierta. Los ritos de reconocimientos y las palabras van cambiando, además, a medida que ascienden de grado.

—Santos y señas, compartimentación de la información… —acotó Hess.

—Exactamente. Es ese tipo de estructura lo que, a mi juicio, hace tan atractivo para muchos el crear logias paramasónicas que actúen

en forma autónoma y sirvan de soporte a aparatajes políticos. Imagínate a fines del siglo XVIII, a Francisco de Miranda. ¿Qué mejor forma de propagar las ideas independentistas que crear para ello una logia y esparcirla por diversos países, como lo hizo con la Logia de los Caballeros Racionales y luego con las logias lautarinas?

—Suena muy lógico —dijo ella.

—Así es. Para muchos es una tentación muy grande, un mecanismo de acumular poder. Eso es lo que pasó con la P2 y lo que hicieron los tipos que fundaron Anael, en 1956, en Brasil, cuyo eje era un vasto programa político según el cual había tres nuevos «vértices magnéticos»: Asia, África y América Latina, en la cual había cuatro ciudades clave para ellos, que eran Lima, Santiago, Buenos Aires y São Paulo. Y estos no son rumores: existe un documento en el cual está plasmado el proyecto «anaeliano», uno de cuyos centros es Perón. ¿Recuerdan que Perón fue derrocado en 1955?

—No me acordaba del año exacto —respondió Hess.

—Sí. Fue el 55. Según la Logia Anael, lo que le pasó a Perón «estaba previsto para su bien» y aseguraban que regresaría a Argentina, como sucedió.

—Una coincidencia —dijo Sandra.

—Pienso lo mismo, pero no es la única. El lenguaje que utilizan puede ser críptico, pero si se lee con atención, parece la declamación de una serie de hechos que han ido ocurriendo. En otro de sus acápites señalan que la primera fase de esta «revolución» de la que hablaban comenzaría en Chile. Además, la coincidencia deja de ser tal si se analiza quiénes conformaban esa logia. Ah, y un dato nada menor: uno de los miembros más destacados de Anael era José López Rega, pero volvamos al texto. El mismo documento decía en alguna parte que a partir de 1956 se abría en Argentina, Brasil y en toda América «un intenso período de actividades ocultas». Vaticinaban los desórdenes que efectivamente se produjeron en los años sesenta y setenta, y decían que el destino de todo esto era crear una Confederación Continental Latinoamericana.

—Algo así como lo que Bolívar quiso crear a partir de Colombia —apuntó Hess.

—Sí, semejante a lo que quiso hacer el masón Bolívar. De hecho lo mencionan en ese documento, junto a San Martín —recalcó el sacerdote.

—¿Está probado que López Rega participaba en esa logia? —intervino la periodista.

—Eso no es un misterio para nadie, Sandra. Además, el libro es un simple folleto escrito a máquina y copiado en una prensa plana, con exactamente el mismo tipo de encuadernación, tipografía y hasta errores que poseen dos libros firmados por López Rega: *Alpha y Omega*, que él definía como una «novela iniciática», y «astrología esotérica», un mamotreto de 740 páginas que habla de las cosas más alocadas que uno se pudiera imaginar. Estos dos últimos fueron impresos en 1963 y 1964 en una imprenta llamada Rosa de Libres, en Buenos Aires. El de la Logia Anael, que en realidad se llama *La razón del Tercer Mundo*, no tiene pie de imprenta, pero al final dice que fue impreso en Buenos Aires, en agosto de 1964 y también en Rosa de Libres, que parece haber impreso solo esos tres libros.

—Y dígame, mi buen cura… ¿a usted no le parece sugestivo al menos el nombre de la imprenta? —se mofó Hess.

—¿Por lo de rosa?, claro, podría pensarse que es una alusión a los rosacruces…

—¡Los mismos que dejaron su mensaje oculto en la puerta del principal templo católico de Chile! —replicó el exnazi.

Capítulo 11

Prat decidió defenderse.

—A ver, señor Hess, entienda una cosa. Yo no soy un fundamentalista del catolicismo. Sé bien cómo se ha pervertido y cómo lo han infiltrado diversas doctrinas heréticas, pero no crea que sacándome en cara aquello de la rosa y la cruz entrelazada que alguien talló afuera de la catedral me va a desviar de lo que debo hacer.

—No pretendo eso. Solo quería burlarme de usted —confesó el alemán, sin ningún rasgo de emocionalidad en el rostro.

Sandra pidió al cura que no le hiciera caso a ese «viejo nazi», como lo llamó, por lo cual Prat retomó la idea.

—Poco antes les explicaba el asunto este de los ritos masónicos. Pues bien, hay varios otros ritos mucho más esotéricos, que no son aceptados por las logias regulares, entre los cuales se cuentan los de la denominada masonería egipcia. Allí están el rito de Misraim, que es el que practicaban los de la Logia Anael, cuyo distintivo es una cruz ankh o ansada.

—Entonces… ¿los tipos de la DINA eran de Anael? —preguntó Sandra.

—No. Déjame ver cómo explicarte… A fines de los años sesenta y principios de los setenta estuvo muy de moda en América Latina, y especialmente en Chile, la filosofía hermética, iniciada por un sujeto que vendió miles de libros esotéricos, llamado John Baines. Pues bien, Baines en realidad es el seudónimo de un chileno llamado Darío Salas.

—¡Darío Salas! ¡Pero si yo crecí muy cerquita del liceo Darío Salas, en avenida España! —gritó la mujer.

—Ese liceo, así como muchas calles de Chile, lleva dicho nombre en homenaje a Darío Salas Díaz, un ilustre educador, que fuera decano de Filosofía y Educación en la Universidad de Chile, masón por añadidura. Este otro Darío Salas es su nieto. Él fundó el Instituto de Filosofía Hermética, que… esto le va a gustar *Herr* Hess… está basado en los rosacruces. En varios de sus libros habla de ello.

—Lo sabía, Prat. Solo quería escucharlo a usted decir aquello. Imagino que ahora va a contar que en esos mismos años muchos chilenos que emigraron a Venezuela, atraídos por el boom del petróleo, llevaron allá la filosofía hermética…

—Exacto. Personas que habían revoloteado en torno al Instituto de Filosofía Hermética, o que solo habían leído los libros de Baines, fundaron en Caracas una agrupación totalmente distinta de la chilena, la Sociedad Filosófica Hermética, y desvirtuaron muchos de sus preceptos, convirtiendo a esta nueva sociedad en un asunto bastante siniestro. En todo caso, no es el primer grupo secreto al que le pasa lo mismo. Es lo que le sucedió a los masones con la P2 o con Anael, o a la misma Iglesia católica con instituciones nacidas en su propio seno, como la Inquisición. Volviendo a la Sociedad Filosófica Hermética, un colega tuyo, Sandra, Manuel Salazar, relata varios antecedentes sobre ello en una biografía que escribió sobre el fallecido jefe de la DINA, Manuel Contreras —dijo Prat a la reportera.

—¿Y cómo se conectaron con la DINA? ¿Por medio de Contreras?

—Luego del golpe de Estado los exiliados comenzaron a llegar por oleadas a Venezuela y se fueron mezclando de a poco con los chilenos que ya residían allá. Varios de ellos eran exoficiales de Ejército, que tenían contactos con militares chilenos activos, y empezaron a entregar informaciones sobre las actividades de los exiliados. La DINA tenía mucho personal en Caracas, y esos primeros oficiales que estaban allá pronto se integraron a los ritos de los herméticos chilenos, y así eso se fue expandiendo, creándose una cofradía agrupada en torno a los remanentes de Anael, en

Argentina y Brasil, más algunos miembros de la P2, junto a los de la Sociedad Hermética que eran integrantes de la DINA y otros grupos de inteligencia chilena. Ah, en todo esto tuvieron además una actuación muy destacada los miembros de la Disip, la antigua inteligencia venezolana en tiempos de Carlos Andrés Pérez, en la cual la filosofía hermética penetró muchísimo, al punto de que a mediados de los años setenta prácticamente todos quienes comandaban ese organismo la practicaban. Así, estos grupos rápidamente se extendieron hacia todos los países vecinos y de ese modo nació esa cofradía, esa hermandad de represores, que exalta la figura del dios del sol egipcio, Ra —dijo el religioso.

—Y creo que es necesario agregar que así como los egipcios llamaban «Ra» al dios sol, los hebreos lo llamaban de otro modo: Anael. De ahí el nombre de la logia de López Rega, y de ahí la coincidencia de pensamiento con los herméticos —complementó el anciano.

Guzmán suspiró, incrédula ante todo lo que estaba escuchando.

—Sinceramente, no me imagino a los milicos chilenos metidos en una suerte de adoración a un dios egipcio…

—No sabría decirte qué tan serios son esos rituales o si los practican aún. Lo que sí está escrito es que el día en que Perón murió, en Buenos Aires, López Rega invocó algunas palabras extrañas frente a su cadáver, supuestas palabras de algún ritual ancestral, luego de lo cual dijo «no se vaya todavía, faraón» —dijo el sacerdote.

—¿Perón era algo así como el gran maestro entonces?

—No, ese era Gelli, en el caso de la P2. A Perón lo habían iniciado recién en 1973. Quizá «faraón» sea un grado menor o intermedio, vaya uno a saber. En la DINA, a los cercanos a Contreras los llamaban «Los faraones», y aquellos que se dedicaban a las misiones secretas, como el norteamericano Michael Townley, eran conocidos como «Los sacerdotes» —respondió Prat.

—Yo entendía que Manuel Contreras, el jefe de la DINA, era ultracatólico.

—Y lo era, igual que Pinochet, pero pese a ello Pinochet consultaba a astrólogos con bastante regularidad, lo mismo que su mujer. De hecho, se sabe de al menos tres astrólogas que asistieron a Pinochet en distintos momentos de su historia: Eugenia Pirzio-Biroli, Eliana Merino y Alicia Lizasoaín. Según una versión de prensa, la primera cayó en desgracia luego de que el Frente Patriótico Manuel Rodríguez intentara asesinar a Pinochet en el Cajón del Maipo, en 1986, hecho que obviamente no pudo predecir. De acuerdo a esas mismas versiones, la segunda, Eliana Merino, realizaba sesiones de espiritismo en La Moneda. No sé si todo eso es cierto, pero es un hecho que más allá de lo que Pinochet creyera o no, tenía un aspecto «esotérico», si quieren, que era llamativo: fue masón…

—Hey, escribí varias notas sobre la vida de Pinochet cuando murió, y está probado que solo entró a la masonería porque su suegro lo impulsó, y de hecho lo echaron de la logia donde estaba, en San Bernardo, por no ir nunca y no pagar las cuotas —intervino la periodista.

—Eso no está en duda, pero hay que tener presente que por más trepador que haya sido, Pinochet de todos modos algo debió haber hecho allí dentro, pues entiendo que alcanzó al menos el segundo grado, el de «compañero», para lo cual debió haber cumplido con la confección de varios trabajos escritos y con haber rendido una especie de examen ante toda la logia. No obstante, ese no es el punto. Solo lo mencionaba como algo ilustrativo. Es un hecho que Pinochet siempre tuvo inclinaciones por lo esotérico —retrucó el cura.

—Vamos, hombre, déjese de rodeos y deje de adjudicarle a Pinochet otros grupitos y admita de una vez por todas que era de los suyos, un pechoño como se les dice aquí, un católico, apostólico y romano, un devoto de la Virgen del Carmen… o acaso, ya que menciona el atentado que esos imberbes fueron a fallar, ¿no se acuerda usted de Pinochet en Televisión Nacional mostrando su Mercedes todo baleado y asegurando que los disparos formaban la

imagen de la Virgen, y que estaba seguro de que ella lo había salvado? —lo incitó el alemán.

Prat suspiró, molesto.

—Eso fue una maniobra de guerra psicológica, todo el mundo lo sabe. Fue un parlamento que la CNI preparó y entregó a Pinochet para que lo leyera y apelara a la religiosidad del pueblo, tal como Nicolás Maduro apareció en televisión diciendo que se acercó un pajarito que era algo así como el espíritu de Hugo Chávez. No niego que Pinochet parecía creerse un católico consumado, pero ciertamente eso no lo convertía en tal. La CNI, además, sabía bien de qué hablaba cuando le recomendaba a Pinochet decir tal o cual cosa. Ahí tiene el caso del vidente de Peñablanca, ese pobre chico que supuestamente recibía mensajes de la Virgen, montaje que la CNI inició poco después de que estallaran las protestas contra el régimen, en 1983. Cuatro o cinco años antes la dictadura promovió a Yamilet de Talagante. ¿Se acuerdan de ella, la niña que decía también recibir mensajes divinos y que el régimen paseaba por todas partes, asegurando en sordina que tenía poderes de sanación?

—Me acuerdo perfecto de ello. No entiendo hacia dónde va con todo eso —se quejó Hess.

—A que la dictadura sabía explotar los sentimientos de religiosidad popular, como lo hacen casi todas las dictaduras, pero eso no significaba que Pinochet creyera exclusivamente en los ritos católicos, si es que de verdad creía en ellos. Si hubiera sido tan católico como usted cree no habría permitido jamás sesiones con espiritistas o tarotistas, como efectivamente las tenía. En ese entendido, entonces, es perfectamente factible no solo que haya consentido que algunos de los oficiales de su confianza que formaban parte de los aparatos represivos hayan participado en La Cofradía, sino que incluso es probable que, entendiendo cómo funcionan las creencias en distintos niveles, quizá los haya alentado.

—Es probable —asintió la periodista, tras escuchar la explicación del sacerdote.

—Sin embargo, donde dudo que haya penetrado La Cofradía es en la Armada chilena, en la cual se emitió un instructivo prohibiendo expresamente a sus miembros ser integrantes de la masonería —aseveró Prat.

Capítulo 12

—Lo único que tengo claro es que en este tipo de regímenes de ultraderecha, por alguna razón que no alcanzo a comprender, siempre hay un poder oculto que tiende a teñirse de un pretendido esoterismo. Ahí tenemos el ejemplo patente de Himmler y sus locuras ocultistas, con las cuales mantenía embobado a Hitler… y a varios más —siguió diciendo el sacerdote, con la mirada fija en el alemán, quien por supuesto se dio por aludido de inmediato.

—A mí nadie me ha embobado, salvo mi nietecita. Himmler se creía la reencarnación del rey Arturo y por ello hizo reacondicionar el castillo de Wewelsburg para celebrar allí reuniones ocultistas junto a los que él denominaba sus «doce caballeros». Los muy ridículos se sentaban en una mesa redonda como la que se supone tenía el rey Arturo. Los 9 de noviembre a las diez de noche realizaban en Berlín una gigantesca ceremonia pagana, a media luz, donde los nuevos reclutas de las SS prometían obediencia hasta la muerte, usando un juramento normando.

—Imbéciles —acotó Prat.

—Sí, a todos estos años de distancia parecen una imbecilidad, pero yo estuve ahí y créame que eran escalofriantes. Las SS también celebraban otras fiestas paganas de origen celtíbero o druida, como la fiesta de la cosecha o el solsticio de verano, y todas eran impresionantes en el sentido literal de la palabra: cualquiera se impresionaba con ellas, con la música marcial, las antorchas, la marcialidad, los rituales… Costaba abstraerse de aquello y para muchos las SS eran lo más atractivo dentro del nazismo, por la carga

simbólica que tenían. Por ejemplo, las dos letras «S» de «Schutz Staffel» se dibujaban a la manera rúnica, cada oficial recibía un puñal de diseño único que tenía grabada alguna leyenda en caracteres góticos o rúnicos, dependiendo de su nivel de iniciación dentro de la organización. Aquellos que habían realizado acciones muy osadas obtenían como premio un anillo decorado con runas, que llevaba la firma de Himmler en su interior.

—Vaya. Todo esto es muy loco. Jamás habría imaginado algo semejante —comentó la reportera.

—Y prepárate a grabar lo que tu abuelo nos contará a continuación, porque con ello podrás escribir el mejor reportaje de tu vida. ¿Le parece, *Herr* Hess, comenzar contándole a su nieta acerca de la demencial obsesión de la Ahnenerbe respecto de Catalina de los Ríos y Lisperguer, «La Quintrala»?

El alemán lo miró muy serio. Sus ojos azules parecieron trastabillar al escuchar lo anterior. Respiró hondo y habló:

—Lo haré. Se lo prometí a mi nieta. Pero no sea inculto, Prat. El segundo apellido de ese engendro del demonio no era «Lisperguer», como usted acaba de decir: era Leisperberg, un apellido alemán antiquísimo, deformado fonéticamente por la incapacidad de los chilenos de entender idiomas que no sean básicos, como el español. Deme algo para beber y mientras tanto tú, querida Sandrita, prepara esa máquina infernal que tienes ahí para grabar lo que te voy a contar —pidió, apuntando al celular que ella sostenía en su mano y advirtiendo que no aceptaría interrupciones.

Capítulo 13

Jorge Baquedano, el médico que había atendido a Hess, entró presuroso en su auto al estacionamiento subterráneo contiguo al viejo edificio de calle San Pablo, donde tenía su consulta. Demoró casi una hora más de lo habitual en llegar debido al caos del centro y los desvíos que había en todos lados a causa del bombazo y los trabajos periciales que abarcaban casi trescientos metros a la redonda. Carabineros había cortado la Alameda entre plaza Italia y Manuel Rodríguez, seguramente a fin de dejar dentro del perímetro de seguridad el palacio de La Moneda, y evitar cualquier posibilidad de que fuera objeto de algún atentado como el que acababa de sacudir al barrio París-Londres.

Así, Baquedano prácticamente tuvo que llegar a Estación Central para poder atravesar de un lado a otro la Alameda, buscando algún cruce donde no hubiera una fila monolítica e interminable de autos y buses, tocando las bocinas y amenazando con colisionarse unos a otros.

Mientras manejaba y esquivaba la congestión, pensaba —aunque nadie se lo dijo— que aquel extraño anciano de rasgos alemanes que acababa de atender era un sujeto vinculado a la ultraderecha, a alguna facción fascista o algo así. No le gustó hacerlo, pero qué diablos.

Desde la época de la Vicaría de la Solidaridad, en que muchas veces le tocó atender a heridos a bala en casas ocultas en lugares ignotos de Paine o Melipilla, hasta los durísimos años ochenta, en que asistió a heridos del MIR y el FPMR en algunas iglesias (como la

de los Sacramentinos), en oficinas de veterinarios e incluso en el baño de un restorán, no volvía a sentir la misma emoción que le proporcionaba el goce de la clandestinidad, salvo por una ocasión, hacía ya varios años… ¿Unos diez?, en que lo habían llamado para atender a una mirista que conocía hacía tiempo, y que había resultado herida gravemente en un «trabajo personal», como llamaban algunos exsubversivos al robo de bancos con fines propios, también conocido en la jerga de la ultraizquierda chilena como «TPM» («Todo Para Mí»), algo nada de bien visto entre quienes habían intentado la revolución en serio.

En medio de la respiración entrecortada y de una voz que apenas le salía, producto de una bala que le aprisionaba el omóplato, esa mujer, compañera de tiempos de lucha, trató de justificarse diciendo que el dinero era para la causa, para financiar a los compañeros del MIR que hacían la revolución en Colombia, etc. Baquedano no le prestó mayor atención ni le preocupó el asunto tampoco, pues aunque él sabía que la herida se la habían hecho en un «TPM», muy a su manera estaba yendo contra el sistema, robando a los ricos, a los bancos, a los poderosos, a los mismos que se habían enriquecido a costa de privatizaciones truchas durante la dictadura.

«Pfff, el sistema», pensó.

Como muchos, era un desencantado. Participó activamente por la campaña del «No» en 1988, y saltó hasta las tres de la mañana por las calles de Santiago después de que Fernando Matthei reconociera el triunfo de la oposición y la derrota de Pinochet. Estaba convencido de que, una vez que la Concertación se asentara en el poder, se reinstalaría en el país un sistema de gobierno justo y de orientación social, pero pronto se dio cuenta de que la inspiración económica era libremercadista y que los mismos que habían gobernado con mano de hierro durante diecisiete años no solo seguían allí, sino que eran cada día más ricos, habían dejado de lado sus ideologías y financiaban a aquellos a quienes antes habían torturado.

Un par de días antes, mientras se encontraba detenido en un semáforo frente al Parque Forestal, un lujoso Mazda se había parado

al lado de su auto, un Subaru del año 99 que él creía no tenía por qué cambiar, pues funcionaba bien. El tipo del Mazda era aproximadamente de su edad y miraba fijo hacia adelante. Distraído, lo miró y quedó convencido de que aquel sujeto era «El Conde», como llamaban en el estadio de Concepción a uno de los principales torturadores de ese recinto, donde el médico cayó detenido tras el golpe de Estado.

Estuvo varias veces en la parrilla eléctrica que operaba «El Conde». Supo lo que era recibir descargas de electricidad en los testículos, en los dedos y en los dientes. Allí, en una bodega ubicada debajo de las viejas galerías que daban a calle Tegualda, sufrió por primera vez «el submarino». La tortura continuó, aunque más moderada, hasta unos días más tarde cuando lo llevaron en un camión a un lugar que pronto comprendió —por el constante murmullo en alemán que oía de fondo— era Colonia Dignidad.

A diferencia de los calabozos controlados por el Ejército y la Marina, en la colonia todo era pulcro. No había heces, orines ni moscas en los rincones, ni olor a vómitos o a carne chamuscada. Con su olfato percibía que todo estaba extremadamente limpio, pero a cambio de ello la tortura era peor, profesional.

Le pusieron en la cabeza algo como un casco de aviador de la Primera Guerra Mundial, completamente de cuero, pero que además poseía una especie de bozal, el cual estaba conectado a una serie de cables, los que conducían descargas de electricidad a distintas partes de su cabeza en forma casi rítmica, alternando los lugares de estas: el tímpano derecho, la nuca, el lóbulo izquierdo, el tímpano izquierdo, el lóbulo derecho, la nuca, el tímpano derecho y así sucesivamente.

Allí nunca vio a sus nuevos torturadores, pero el sonsonete campesino de la voz de «El Conde» era inconfundible, lo mismo que el rumor apagado de las voces en alemán, que era signo inequívoco de que sería torturado.

Apenas bajó del auto esa tarde en que le costó llegar a la consulta luego de atender a ese viejo en la basílica de Santa Isabel

con Prat, y justo cuando estaba a punto de mandar un mensaje de texto con su celular, Baquedano percibió el miedo, igual que en aquellos años. Sin embargo, no supo bien por qué tuvo dicha sensación, pues el primer golpe, que recibió en la nuca, lo dejó inconsciente en forma inmediata.

Cuando despertó sintió los ojos apretados, aprisionados. Tenía huincha de embalaje sobre ellos, de aquella café y extremadamente pegajosa. Pensó que perdería pestañas y cejas al sacársela, pero luego entendió que ello sería lo de menos y lo comprendió de la peor manera. Al igual como ocurría cuando lo torturaban en Colonia Dignidad, se encontraba tendido en una especia de camilla, inmóvil, atado de pies y manos.

Recibió una respiración sobre él, una respiración trabajosa, dificultosa, y se acordó de inmediato de «El Conde». Sintió que le tomaban la mano izquierda y que algo metálico rodeaba su dedo meñique a la altura de la primera falange.

—Eres muy predecible, Baquedano. Crees que andas en cosas clandestinas y regresas de inmediato a tu oficina. Has perdido el toque de tus compañeros maricones de mierda —le dijo la voz, una voz de un hombre que no tenía más de cincuenta años. Por ende, no era «El Conde».

—No sé qué quieren —mintió, al tiempo que sentía que el instrumento metálico que presionaba su falange se apretaba por arriba y por abajo.

—Lo sabes muy bien. Andamos buscando a tres personas: un alemán viejo, un cura y una mujer, los mismos que acabas de atender, seguramente en alguna casa de seguridad o alguna iglesia.

—No sé por qué creerían eso —siguió mintiendo.

—Es muy simple. Te tenemos monitoreado desde hace unos diez años, cuando atendiste a esa mirista que se mandó un asalto en Melipilla. ¿Te acuerdas? Si esos curas comunistas acudieron a ti en ese momento, no veo por qué no lo podrían haber hecho ahora, que tienen un personaje de verdadera importancia entre sus manos.

—Pura mierda lo que dices. Y se nota que eres milico: no entiendes la diferencia entre los comunistas y el MIR, imbécil —lo desafió.

Su interlocutor se quedó en silencio por cerca de medio minuto. A continuación aumentó la presión en el meñique.

—Dado que tú estuviste en un aparato clandestino, sabes muy bien que uno siempre deja cosas dando vueltas por allí, para cuando se necesite echar mano de ellas… y tú eres una de esas cosas. Eres una pista ambulante. No sirves de nada preso. Por lo demás, eres el único que aún presta estos «servicios» a los curas —dijo con ironía.

—No sé de qué hablas. Y ya me han torturado antes. Haz lo que quieras, que la tortura no surte efecto en mí. Los hombres de ideales no nos dejamos amedrentar por el dolor físico —se envalentonó, al tiempo que sentía cómo aquello que envolvía su dedo, que pensaba era una especie de caimán para cortar acero, comenzaba a penetrar su piel. Sintió el filo traspasando la epidermis y los tejidos y reprimió el grito de dolor. Sabía muy bien que llegaría a un punto en que no podría resistir más. Solo hombres y mujeres excepcionales lo habían logrado, y eran contados con los dedos de la mano. Quienes no se doblegaban ante la tortura de la DINA o la CNI, lo sabía muy bien, terminaban por lo general siendo lanzados al mar desde un helicóptero Puma, encadenados a un riel de ferrocarril.

—Baquedano…, tú fuiste objeto de «técnicas especiales de interrogación» cuando tenías veintitantos años y creías en algo… Pero en realidad nunca fuiste un hombre muy atractivo para nuestros gloriosos servicios de inteligencia, para nada. Aquí tengo tu ficha de la DINA, bien cagona, te diré. No obstante, hoy día sí que eres interesante, y debo agregar dos cosas: a tu edad, ya no es tan fácil resistir las «técnicas especiales», y lo segundo es que es un mito de ustedes, los comunistas, aquello de que hay gente que no se doblega. Ya lo verás —le dijo aquella voz, apretando una vez más. El filo de lo que fuera que le tenían puesto en el dedo rompió la piel y comenzó a penetrar en medio de los delgados tejidos, muy

despacio. Un finísimo hilo de sangre saltó hacia la pared más cercana.

Baquedano percibió perfectamente el momento en que el metal llegó al hueso. Oyó un murmullo que no pudo entender y luego sintió algo así como un latigazo de electricidad y un dolor tan intenso, difícil de describir, el que aumentó a medida que la presión se incrementaba, hasta que su primera falange salió disparada desde su cuerpo, como si fuera la tapa de una botella de champán recién descorchada, mientras la sangre chorreaba como si fuera la espuma, salpicando aún más la misma pared.

—Por la mierda, huevón, te dije que esperaras un poco. ¿No ves que el maricón este se nos desmayó ahora? —reclamó una segunda voz.

Capítulo 14

Transcripción textual de la declaración de Horst Hess.

Mi nombre real es, o fue, Alois Kuntzmann. Nací en Hamburgo, en un pequeño pueblo de las afueras llamado Städe, y muy joven ingresé a las Juventudes Hitlerianas, al tiempo que cumplía con mis estudios universitarios. No los aburriré con detalles acerca de mis padres o mi infancia antes de formar parte del aparato nazi, pero más tarde, si es que seguimos con vida, con gusto se los contaré a mi nieta. Lo relevante es que hacia 1935 fui uno de los primeros académicos en ingresar a la Ahnenerbe. Era algo que se veía muy atractivo, muy interesante, y la única posibilidad real de hacer alguna carrera en Alemania. Todo lo que les dije acerca de mis títulos y grados académicos es real aunque, por cierto, fueron obtenidos con mi nombre de nacimiento, no con el cual ustedes me conocen, que es un nombre que fue asignado por la sección 2 de la SD, la sección técnica de la inteligencia política, la que —entre otras cosas— nos proporcionó todos los documentos falsos necesarios para iniciar nuestra misión en Chile.

Dentro de la Ahnenerbe existían científicos de diferentes especialidades, los cuales por lo general se agrupaban por áreas de conocimiento: lingüistas, genetistas, medievalistas, etc. Pero había un área específica que se escapó de los cánones regulares: la División América del Sur, una unidad ultrasecreta cuya documentación entiendo fue quemada luego de que quienes la integrábamos desertáramos, como ya les contaré, porque creo que

es importante que ustedes sepan eso, que yo no terminé la Segunda Guerra Mundial como nazi. Hui de la ideología y eso sucedió aquí, en Chile.

Imagino que si les hablo del interés de Hitler, Himmler, Goering y los demás líderes del partido por este continente no les estoy contando nada nuevo. Dentro de los planes expansionistas de Hitler, y por alocado que les parezca, América del Sur era un destino casi natural, especialmente el cono sur: Chile, Argentina, Uruguay y parte de Brasil, zonas que durante años recibieron oleadas y oleadas de inmigrantes alemanes que se establecieron y prosperaron, cuidando mucho de no mezclarse demasiado con españoles o indios, resguardando sus costumbres, la comida, los usos sociales, etc. Eso sucede con mucha fuerza en el sur de Chile y Argentina, especialmente, en un medio ambiente muy semejante al alemán: bosques inmensos, volcanes nevados, inviernos muy fríos, etc. Vayan a Osorno, hacia la cordillera, o a Bariloche, en Argentina, y notarán que, salvo el idioma, el paisaje que tienen al frente es idéntico al alemán.

Pero me estoy dispersando. Supongo que recordarán que en 1941 Franklin D. Roosevelt preparó a Estados Unidos para la guerra contra Alemania después de exhibir un supuesto mapa secreto, que mostraba cómo los nazis reconfigurarían América Latina en cinco nuevos países, entre ellos un nuevo Chile. ¿Se acuerdan? Ahí aparecía un territorio chileno que abarcaba parte de Perú, Ecuador y Bolivia; Argentina, que absorbía a Uruguay, Paraguay y lo que quedaba de Bolivia; «Nueva España», que fusionaba Colombia, Venezuela y Panamá, dejando solo intactos a Brasil y Guayana.

Con los años, los servicios secretos británicos se han atribuido ese mapa, haciendo quedar a los americanos como imbéciles. Efectivamente, según lo que supimos en Berlín, el mapa que Roosevelt mostró en esa ocasión era una falsificación de los británicos, expertos en dicho arte, pero no totalmente falso. El mapa original existió y estaba dentro de los planes expansionistas de

Hitler. Como los británicos no pudieron conseguir el original, sencillamente hicieron su propia versión y se la proporcionaron al papanatas de Roosevelt, forzándolo de ese modo a meterse en la guerra.

Los líderes de nuestro partido estaban seguros de que el futuro de Alemania no estaba solamente en el suelo vital, en toda la Europa germana; es decir, en Alemania, Austria, Checoslovaquia, partes de Francia, de Suiza y de Italia, entre otros. También se encontraba en algunos lugares geográficamente afines a la morfología bávara y que de algún modo se consideraban aptos para una colonización, para una expansión del germanismo, y entre esos lugares por cierto estaban Chile y Argentina. Y ojo, no estoy hablando de colonias en el sentido tradicional. Alemania tuvo varias colonias en África, donde no se intentó reemplazar a la población local, solo se la esclavizó. No, en el caso de Chile, la idea era colonizarlo por completo, convertirlo en una nueva Alemania, llenarlo de ciudadanos de primera clase, alemanes nacidos en Alemania o en Chile, y dejar a los ciudadanos de segunda clase, los chilenos, para las tareas domésticas, entre otras cosas.

Capítulo 15

El hombre que dirigía la tortura contra Baquedano era un sujeto mayor, de unos setenta años quizá, aunque su excepcional estado físico lo hacía verse más joven. Fibroso y lleno de vitalidad, aún corría seis kilómetros al día. Es cierto que había tenido que bajar paulatinamente la distancia, pero se sentía orgulloso de su condición, sobre todo cuando se encontraba en la calle con algunos ancianos decrépitos, barrigones y calvos que nadie habría adivinado que eran viejos compañeros de generación en la Escuela Militar.

Con su pelo rubio cuidadosamente peinado a la gomina y su traje Hugo Boss, el coronel Stangl parecía un exitoso ejecutivo de negocios cualquiera. En el centro de Santiago desentonaba con el tráfago de oficinistas y empleados de comercio que transitan presurosos de lado a lado, buscando un rinconcito en el metro para llegar a sus casas. No obstante, en su oficina central de los altos de un edificio de Isidora Goyenechea, en Las Condes, parecía estar en su elemento, especialmente porque su roce no pasaba inadvertido: además de alemán, hablaba inglés, francés y un sueco casi perfecto. El alemán lo había adquirido en su hogar natal, allá en Osorno, y lo había pulido durante sus años de educación básica y media en la Deutsche Schule, el colegio alemán de esa ciudad. Ahí también aprendió algo de inglés, pero su manejo de otras lenguas lo obtuvo en los casi quince años viviendo fuera del país.

Para 1973 Stangl era un joven recién ascendido a teniente de Ejército. En su pecho llevaba aún con orgullo la piocha con forma de paracaídas que lo acreditaba como un boina negra; es decir, un

comando del Ejército chileno, especialidad por la cual, el 11 de septiembre fue destinado al asalto de la embajada cubana en Santiago. Al día siguiente le correspondió participar de otro asalto, menos conocido, pero de mayor trascendencia: la toma de la casa en el Cajón del Maipo, propiedad de Darío Saint Marie, el conocido «Volpone», amigo personal de Salvador Allende y propietario del diario de izquierda *Clarín*. Dicha casa, luego de la usurpación de que fue objeto, se convertiría en uno de los cuarteles más secretos de la máquina represiva de Pinochet y también en el lugar donde la DINA estableció posteriormente su escuela de inteligencia. Fue allí donde exnazis pertenecientes a Colonia Dignidad y oficiales de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) estadounidense, llegaron años después a dictar cátedra a los chilenos.

Algunas semanas después del golpe, y luego de que Pinochet le encomendara al entonces coronel Manuel Contreras la creación de una policía secreta, la DINA, Stangl fue convocado de inmediato. Eso lo hizo sentir muy orgulloso, sobre todo porque allí había varios otros oficiales de la época en que había sido cadete, entre ellos Cristián Labbé, luego guardaespaldas de Pinochet y, al regreso de la democracia, alcalde de Providencia durante muchos años.

No obstante, Stangl era un hombre menos histriónico y de perfil muy muy bajo, entre otras cosas porque nunca estuvo directamente bajo el radar de los organismos de derechos humanos. A diferencia de otros oficiales que conocía en forma cercana, como su compañero Armando Fernández Larios o Miguel Krasnoff, prácticamente nunca trabajó en Chile. Tuvo la fortuna, le decían algunos de ellos en las escasas ocasiones en que los había visitado en el antiguo penal Cordillera o en Punta Peuco, de no haberse ensuciado directamente las manos con sangre de mierdas comunistas.

Y era cierto, al menos desde el punto de vista material, pues apenas creada la DINA, fue destinado al aparataje exterior de dicha policía secreta. Pasó varios años en Caracas, espiando a la enorme comunidad de chilenos exiliados (voluntaria o involuntariamente).

Haciéndose pasar por uno de ellos, se integró rápidamente a las peñas solidarias, a las cantatas y a las acciones políticas. Allí también conoció a la gente de la Disip, con un par de cuyos funcionarios se integró a la Sociedad Filosófica Hermética, de la cual pronto emigraron para crear su propia organización esotérica, la que si bien conservaba el mismo nombre de la sociedad original, era definitivamente muy distinta. Esta exigía creer con fanatismo en la figura de «Ra» o «Anael» como principio rector del universo y planteaba un mundo dicotómico en el cual las fuerzas del mal luchaban contra las del bien en una especie de combate perpetuo y eterno, que se libraba en las sombras, oculto de la vista de los demás. Huelga decir, por cierto, que Stangl y sus camaradas creían estar luchando del lado del bien, mientras que todo lo que oliera a izquierda formaba parte del lado oscuro. Y un detalle importante: pese al nombre oficial, en privado llamaban a su agrupación «La Cofradía».

La siguiente destinación de Stangl fue Suecia. Allí no solo siguió infiltrando a exiliados, sino que además estuvo un par de años a cargo de la internación de los cargamentos de cocaína que la DINA y luego la CNI traficaban hacia Europa, dinero que usaban para seguir financiando sus actividades «antisubversivas». Luego tuvo varios otros destinos, entre ellos Londres, Frankfurt y finalmente Buenos Aires, ciudad donde ya funcionaba una filial de La Cofradía, creada por agentes que habían estado previamente en Caracas. El retorno a la democracia lo encontró plácidamente sentado en una oficina administrativa del Ejército. Podría haberse quedado allí y ascendido a general, pero optó por retirarse, pues suponía que los comunistas se tomarían revancha y, fiel a su filosofía, lo mejor era no ser un blanco visible.

No obstante, siguió trabajando activamente para La Cofradía y fue uno de los cerebros detrás de las operaciones de escape de criminales hacia el exterior. Asimismo, participó activamente en diversas operaciones de tráfico de armamento a gran escala en los años noventa, que lo convirtieron en un hombre considerablemente

rico. Nada de eso era gratis, en todo caso. Durante todos sus años en el extranjero, especialmente en Europa y Estados Unidos, se preocupó de cultivar contactos que suponía le servirían después, y así fue.

Se sentía satisfecho. A sus setenta años ya se había convertido en el Gran Hierofante de La Cofradía, el líder máximo de esa secta ultrasecreta, cuyos templos inidentificables desde fuera se encontraban ya en varias ciudades de América Latina: São Paulo, Bogotá, Lima, Quito, Buenos Aires y, por supuesto, Santiago y Caracas, donde el último proyecto era derrocar al presidente de Venezuela, empeño en el cual estaban todos los miembros de La Cofradía cooperando, proveyendo información de inteligencia, proponiendo estrategias y consiguiendo armas. Paralelo a ello, enhebraban otra importante jugada: una articulación con lo que quedó de la P2 y la Anael original, cuyos miembros habían adoptado los rituales egipcios y ahora participaban de distintos partidos neonazis clandestinos y legales, en países como Alemania, Austria, Grecia, España y Francia.

Capítulo 16

Transcripción textual de la declaración de Horst Hess (continuación).

Los altos mandos del nazismo estaban tan seguros de que había un futuro para ellos acá en América Latina, que hacia 1939 todos habían invertido sus propios fondos en diversos bancos de América Latina y del Norte. Esos son hechos conocidos. Hermann Goering, el ministro del Aire y jefe máximo del partido, poseía inversiones en distintos bancos del mundo. A través de dos de los *brokers* favoritos de la élite nazi, Heinz Schuletter y Sepp Reckhardt, depositó más de un millón de dólares en un banco de São Paulo; lo mismo que Rudolf Hess, el secretario de Hitler, el hombre que en 1941 tomó un Messer-schmidt 109 y partió a estrellarse contra Inglaterra, guiado solo por lo que una astróloga le había dicho. Julius Streicher, uno de los principales pensadores del partido nazi, depositó parte de su capital en Estados Unidos y Argentina también en 1939, mientras que Himmler poseía un corredor de dineros que solo lo atendía a él, un oficial de la Gestapo llamado Horst Holthausen, quien se movía mucho por Chile, donde efectuaba todo tipo de movimientos de dinero. Y eso porque Chile, junto a Argentina, eran verdaderos paraísos nazis en los años treinta. Acá operaban estructuras completas del partido nazi y no les estoy hablando de esos sesenta y tantos ingenuos que los carabineros mataron en 1938 en el edificio del Seguro Obrero, ahí al lado de La Moneda, esos nacis con «c», como se denominaban, unos populistas de izquierda que no entendían muy bien dónde estaban parados. Les estoy hablando de otra cosa. Les estoy hablando del Banco Transoceánico alemán, de

la Nordsdeutscher Lloyd, de la Bayer y de decenas de otras empresas alemanas instaladas acá, que a la vez eran puntas de lanza para el partido. Esas empresas se utilizaban como lugares de reunión, como centros de envío y recibo de dineros y armas. La inteligencia militar, el Abwehr, tenía desde principios de los años treinta una red muy eficiente instalada en todo Chile, pero especialmente en los puertos: Antofagasta, Tocopilla, Valparaíso, Talcahuano, Puerto Montt, Punta Arenas y, claro, Santiago. Por cierto, la colonización tenía muchos otros objetivos, no solo territoriales. Había uno que geopolíticamente era muy importante: quien controlara Chile y Argentina controlaba el estrecho de Magallanes, el único paso entre los dos océanos, además del canal de Panamá, cuya voladura había sido encomendada a «Apfel», como se llamaba el jefe del equipo de saboteadores nazis en Chile, Albert von Appen. Si ello se llegaba a concretar, el país que poseyera Magallanes manejaría el comercio mundial. Por eso los servicios de inteligencia alemanes montaron al menos dos grandes sistemas de espionaje en Chile: las famosas redes PQZ y PYL, por los nombres de las siglas con que enviaban radialmente y criptografiadas sus informaciones a Hamburgo. Su desarticulación por parte de la policía chilena, a mediados y fines de la guerra, fue uno de los mayores escándalos de la época. No obstante, había mucho más en el interés de Alemania por América Latina, razones esotéricas si quieren llamarlas así. Imagino que más de alguna vez deben de haber escuchado de la fracasada expedición de Edmund Kiss a Tiahuanaku, en Bolivia, así como las de Ernst Schäfer al Tíbet. Presumo que también pueden haber escuchado sobre Otto Rahn, el académico que buscaba desesperadamente el cáliz sagrado en la abadía de Montsegur, al sur de Francia, un antiguo reducto cátaro… Todos ellos eran, al igual que nosotros, parte de la Ahnenerbe. Mucho menos conocidas, sin embargo, son otras expediciones, entre ellas la que nosotros, de la División América Latina, emprendimos a Chile a inicios de 1945, cuando era ya muy complejo entrar y el régimen moría. Viajar desde Alemania hasta acá implicaba una serie de

triangulaciones; es decir, había que pasar por otros países antes, a fin de eludir a los espías británicos y norteamericanos. Pero lo hicimos porque el mismo Reichsführer Himmler nos explicó la importancia que nuestra misión tenía para el futuro del Reich alemán. Ya les he hablado de eso. Era una idea que en principio sonaba muy loca, pero que nadie cuestionó de inmediato: debíamos venir a Chile y buscar, en una catacumba secreta, ubicada en pleno centro de Santiago, el cadáver de Catalina de los Ríos y Lisperguer, la Quintrala, para extraer muestras genéticas de él.

Capítulo 17

El gran proyecto político de La Cofradía era la caída de los gobiernos de izquierda en el continente, lo cual debía partir con Venezuela. Era una gran apuesta, un proyecto que henchía el pecho de Stangl, quien se emocionaba hasta las lágrimas de solo pensarlo y de recordar la gesta de la Logia Anael original y de aquellos gloriosos años sesenta y setenta, en que uno a uno fueron cayendo los gobiernos populistas de izquierda, como él los denominaba, siendo reemplazados también uno a uno por hombres de uniformes y charreteras.

Igualmente lo emocionaba la forma en que los hombres de la cruz Ankh, en el gobierno militar, habían combatido sin cesar a esos malditos gremialistas, esos Opus Dei fanáticos que predicaban con el pene en la mano y que habían terminado cooptando a muchos empresarios que antes eran liberales y que ahora parecían niñas de las monjas. De hecho, tras el homicidio de Jaime Guzmán muchos miraron hacia La Cofradía, creyendo que esta había infiltrado al Frente Patriótico Manuel Rodríguez, direccionándolo en orden a asesinar al creador del gremialismo. Cada vez que, al interior de La Cofradía, alguien le tocaba el tema y le preguntaba a Stangl qué había de cierto en aquello, él solo reía en forma enigmática, sin decir «sí» o «no», sabiendo que al cultivar ese halo de misterio crecía el poder que tenía sobre sus adeptos.

No obstante, una información que apareció casi por casualidad hizo que Stangl abandonara por un momento sus afanes anticomunistas y se reenfocara en los misterios herméticos.

Reinhardt Röehlicht, uno de los alemanes asesinados, era un viejo conocido suyo. Al igual como lo había hecho Klaus Barbie con los servicios secretos bolivianos, o Walter Rauff en Chile, Röehlicht había asesorado a la DINA chilena y le habían asignado un par de misiones en Alemania, donde contaba con un par de excamaradas de juventud muy bien instalados en el BND, el servicio de inteligencia de la Alemania Federal.

En una de esas misiones, para Stangl fue un agrado acoger en su casa de Frankfurt a este alemán ya chilenizado, un hombre culto y evidentemente fogueado en mil batallas, al cual vio varias veces en Santiago, en la época de la dictadura. De hecho, cada vez que Stangl acudía a reportarse al cuartel Belgrano, ahí estaba dando vueltas ese viejo alemán, que parecía gozar de un respeto infinito por parte de los altos mandos de los aparatos represivos de Pinochet. Eso fue lo que le granjeó la entrada, posteriormente, a los negocios de armas de Stangl, en los cuales ciertamente Röehlicht fue un gran aliado.

Un mes antes de que se desataran los acontecimientos, Röehlicht había llamado a Stangl. La voz del anciano sonaba igual que siempre y, mientras hablaban, el exagente de la DINA pensaba en cómo diablos lo hacía este hombre, que no envejecía. Alguna vez se lo había preguntado al mismo Röehlicht y este, medio en serio y medio en broma, le había dicho que antes de salir de Alemania, él y sus camaradas habían recibido unas transfusiones de sangre por parte de un médico que era del equipo del doctor Mengele, el famoso «Doctor Muerte». Stangl pensó que era una broma, pero años más tarde, al enterarse de sus actividades, pensó que quizá algo de verdad tenía.

Como fuera, cuando Röehlicht lo llamó para contarle lo que él y sus compañeros de la Ahnenerbe habían venido a buscar a Chile, lo que realmente habían encontrado y el valor político y esotérico (por no decir el monetario, que era inconmensurable) que poseía, Stangl quedó de una pieza.

El exnazi le explicó que durante muchos años había guardado el secreto, pero que había decidido romperlo porque estaba a punto de morir, pero no por la degeneración propia de la edad, sino por un problema al riñón. Necesitaba uno nuevo urgentemente y ya le habían dicho que, debido a su edad, no había posibilidad alguna de obtenerlo por medio del sistema público. Su opción, por ende, era conseguirlo en el mercado negro y en Ucrania, según había averiguado, podría acceder a uno por un valor exorbitante: cinco millones de dólares. En Brasil existía una opción medio millón de dólares más barata, pero le habían dicho que no era muy confiable.

—El dinero no es problema, *Herr* Röehlicht —le respondió Stangl en forma casi automática, al tiempo que pensaba que era absurdo que un hombre con sus años —casi una centuria—, que había guardado toda su vida un secreto tan grande, estuviera dispuesto a venderlo para evitar morir al filo de una edad imposible.

De todos modos, y aunque era verdad que dicha suma no era un problema, sabía que jamás se la llegarían a pagar. Si lo que ese hombre prometía era cierto, por mucha simpatía que tuviera por el viejo nazi, este acababa de firmar su sentencia de muerte, tal como lo acababa de hacer Baquedano, ese estropajo humano que ahora yacía delante suyo, completamente drogado y balbuceando incoherencias.

Capítulo 18

Transcripción textual de la declaración de Horst Hess (continuación).

Quizá ustedes pensarán que en este país no había mucho que investigar, pero la verdad es que en nuestra división pasamos varios años estudiando los misterios de Chile, que eran muchos más y más complejos que los de otros países. ¿Nazca? Sí, muy interesante. En nuestro viaje a Chile, el que hicimos bajo distintas fachadas, aprovechamos de pasar por Perú y arrendamos un avión para sobrevolarlas, pues ya estábamos al tanto de las tesis que el norteamericano John Rowe estaba proponiendo respecto de ellas. ¿Impresionante? Sí, pero me parece mucho más profundo en cuanto a su legado lo que estudiamos sobre el geoglifo de Pintados, sobre el gigante de Atacama, en el cerro Unitas, o incluso sobre otras manifestaciones ancestrales mucho más desconocidas. Sandrita quizá recuerde un viaje que hicimos hacia el sur, cuando era muy pequeña. Llegamos a un pueblo llamado Río Bueno, treinta kilómetros al norte de Osorno. Luego, en el auto, enfilamos hacia la cordillera, orillando el río Pilmaiquén, en parajes cuyo recuerdo aún me sobrecoge por la vista de la cordillera emergiendo en medio de bosques milenarios. Pues bien, allí, en un rincón de ese camino, paramos en una curva para ver unos curiosos petroglifos que fueron estampados en unas piedras, en un lugar llamado Cachillahue, a miles de kilómetros de distancia de las culturas nortinas. Pero no es lo único. Todos conocen los moáis de Isla de Pascua y las increíbles coincidencias fonéticas entre el antiguo idioma de los pascuenses y los lenguajes hititas y egipcios, tan bien estudiados por ese gran

investigador chileno que fue Óscar Fonk. No obstante, mucho menos conocidos son los extraños menhires que permanecen aún semiocultos en la Patagonia, o la piedra del sol, en Santo Domingo, Intihuatana, como la llamaba Fonk, quien estaba convencido de que eran construcciones de origen incaico. Esas tesis, rebatidas en su momento y que nosotros, mi división, comprobó también, recién hoy en día comienzan a ser aceptadas por la comunidad científica. Claro que aún no comprenden que, como consta en numerosos relatos, los incas no se detuvieron en el Maule. Llegaron al menos hasta las orillas del Bío Bío, donde controlaban los lavaderos de oro de Quilacoya, a unos cuarenta kilómetros al sur de Concepción, y donde Diego de Rosales decía que los incas tuvieron una fortaleza hasta 1425, y que allí habrían erigido siete pirámides de piedra. En fin. Era fascinante estudiar la historia de este país, su arqueología y antropología, y descubrir los enigmas que había en ella. Recuerdo con mucha emoción cómo pasamos meses y meses en las mejores bibliotecas de Alemania y España instruyéndonos al respecto, revisando las crónicas fundacionales de Chile, especialmente *La Araucana*, de Alonso de Ercilla, y los escritos por dos jesuitas, como usted, señor Prat: *La histórica relación del Reyno de Chile*, de Alonso de Ovalle, y la *Historia general del Reino de Chile, Flandes indiano*, de su par Diego de Rosales, a quien ya he mencionado. Nombres que como el señor cura aquí presente comprenderá, son fundamentales en esta historia, debido a sus actuaciones… cómo decirlo, extraliterarias. Sé lo que están pensando. Mientras Europa ardía en llamas, nosotros nos dedicábamos alegremente a instruirnos acerca de este país, del cual, hacia 1944, ya conocíamos más que cualquier chileno. Sabíamos a la perfección el trayecto del *Dresden* y del tesoro que había dejado escondido en el fiordo de Quintupeu, frente a Chiloé, antes de ser hundido en 1915 en las cercanías de la isla Robinson Crusoe, en el archipiélago de Juan Fernández. Y también conocíamos en detalle el trazado de los subterráneos construidos por los jesuitas en el margen sur del río Mapocho, en lo que hoy es la calle San Pablo, entre la estación

Mapocho y la avenida Manuel Rodríguez, enormes corredores subterráneos… Y claro, también conocíamos a la perfección la historia de aquella extraña y vilipendiada mujer conocida como la Quintrala, Catalina de los Ríos y Leisperberg, Lisperguer como le decían acá, nieta de alemanes y portadora de la más pura sangre inca. De más está decirles que todos nos hicimos expertos en español y gracias a ello estudiamos con detención todos los documentos y libros que teníamos respecto de esa mujer. Al final terminamos dándonos cuenta de que el libro de Benjamín Vicuña Mackenna acerca de la Quintrala y los Lisperguer era la obra definitiva, por decirlo así, la que mejor resumía lo que necesitábamos saber, aunque en los escritos de Claudio Gay también encontramos muchísimos antecedentes. Estudiamos tanto sobre esa mujer que llegué a soñar con ella, una y mil veces, incluso hasta hoy. Me aprendí casi de memoria su genealogía, que chequeamos revisando archivos alemanes ancestrales, los que eran coincidentes con lo que contaba Vicuña Mackenna. Pedro Leisperberg, descendiente de los duques de Sajonia y originario de Wurtenberg, llegó en 1557 a Chile junto a García Hurtado de Mendoza, al mando de una de las naves de su expedición. Había sido paje en la corte del rey Carlos I y con él venía otro paje importante: don Alonso de Ercilla. Leisperberg pronto se convirtió en encomendero y en uno de los hombres más ricos de Chile, y como la política está reservada —desde siempre— para los millonarios, se convirtió en alcalde de Santiago en 1586. Solo hubo una sombra en su vida: en algún momento fue excomulgado. ¿Las razones? Nunca las pudimos averiguar, pero muchos querían ver en eso un antecedente de lo que después sucedería con su temible descendiente, Catalina. Unos años antes que don Pedro había llegado a Chile otro alemán, Bartolomé Blumenthal, originario de Nuremberg, quien arribó a este país junto a Pedro de Valdivia. Tras algunos años criando fortuna, Blumenthal partió al Perú y allá siguió acumulando dinero. A su regreso, al igual que Leisperberg, entró a la política. Fue nombrado procurador de Santiago y comenzó a comprar muchas tierras. Poseía lo que hoy es

Quilicura, así como la entonces hacienda de Tobalaba, y pronto se enamoró de Elvira Curiqueo de Tala Cante, mujer de sangre azul pero indígena, pues descendía del cacique inca que era dueño de las tierras que iban desde Talagante a Cauquenes, además de lugares como La Calera, Tango, que actualmente es San Bernardo, y Llolleo. Para mezclarse con la gente de esta tierra, Blumenthal tradujo su apellido a «Flores» y en 1576 don Bartolomé Flores fue nombrado juez de hechiceros de Santiago. Es decir, era el hombre encargado de investigar y sancionar cualquier acto que pudiera ser interpretado como hechicería, brujería o similar, y así inició su familia con Elvira Curiqueo, descendiente, entre otros, del famoso inca Tupac Yupanqui, con la cual tuvieron una hija, doña Águeda Flores, una de las mujeres más hermosas que Chile ha conocido, y una de las más ricas también. Águeda heredó a su padre prácticamente todo lo que hoy es el centro de Santiago. Vivía en la llamada «Casa de los dos solares», frente a la plaza de Armas, poseía una enorme casona en la antigua calle del Rey, lo que hoy es calle Estado, y además tenía una quinta en la cañada de San Lázaro, lo que actualmente es Alameda, entre Carmen y San Isidro, muy cerca de donde acaban de ocurrir los luctuosos acontecimientos de esta mañana, que ustedes me han narrado con tanto detalle. Por cierto, era dueña de la hacienda de Tobalaba, lo que hoy es La Reina y parte de Providencia, así como de una magnífica finca en La Ligua, y de otras dos estancias: la de Pudahuel y la del Mar, más tarde rebautizada como Viña del Mar. Como verán, entonces, esa familia era la dueña de prácticamente toda la zona central de Chile. Doña Águeda se casó con don Pedro Leisperberg o Lisperguer, como quieran, y así se inició el linaje de la Quintrala, que estuvo marcado por un hecho que a nosotros nos llamó mucho la atención: fue don Pedro quien inició la estrecha relación de su familia, que tendría además enormes consecuencias a futuro, con la orden de los sacerdotes agustinos. Vicuña Mackenna decía que el Santiago de la época de la conquista y la colonia era «una ciudad profundamente mística» y ello se reflejaba no solo en el accionar de la Inquisición, sino en el afán de

instalar en la ciudad a distintas órdenes de monjes. Cuando don Pedro financió con dos mil pesos la venida de los agustinos desde Perú, hacia 1590 solo existían, además de la catedral, los templos de San Francisco, en el mismo lugar donde se emplaza hoy la actual basílica de La Merced, y el templo de Santo Domingo, a una cuadra de la plaza. Pues bien, don Pedro no solo puso una fortuna a disposición de los agustinos, sino que además les entregó una generosa porción de tierras para que se instalaran e inauguraran su iglesia. Eso sucedió en 1595, en la esquina suroccidente de la calle del Rey; es decir, Estado con Agustinas, calle así bautizada justamente por el templo de las hermanitas agustinas, construido no muy lejos, casi al lado de donde después Toesca construyó el palacio de La Moneda. ¿Y qué tiene de raro el emplazamiento de la iglesia de San Agustín? Al parecer nada, salvo por un hecho que nosotros descubrimos, escarbando en distintos archivos, y es que debajo de la calle Estado existe un túnel secreto que une las catacumbas de la iglesia con los sótanos de lo que algunos años después sería la tumba de la Quintrala.

Capítulo 19

«El Doctor», como llamaban al sujeto de bata blanca que maniobraba sobre Baquedano, le había aplicado varios derivados del pentotal sódico, el famoso «suero de la verdad». La mano derecha del pobre hombre lucía un grueso vendaje, producto de las tres falanges que le habían cercenado. Stangl sabía, por el expediente de la DINA acerca del médico, que efectivamente era resistente a la tortura. En Colonia Dignidad, Baquedano había soportado la electricidad en testículos y cráneo y finalmente lo habían soltado, ya que tenía nacionalidad francesa (pues su madre era de apellido Petit-Laurent y, para espanto de su hijo, descendía de una condesa) y las autoridades de ese país habían armado una gran casa de putas con el asunto. Por ende, Stangl sabía que las torturas «más suaves» (si es que hubiera una tortura suave) no servirían de nada con él.

No obstante, el corte de los dedos tampoco resultó, por lo cual llamaron al «Doctor», un hombre de unos cuarenta y cinco años que había sido formado en hipnosis y administración de fármacos por el famoso «Doctor Tormento», cuyo nombre real era Osvaldo Pincetti, un oscuro locutor de radio de La Serena que se convirtió en uno de los torturadores más famosos de la DINA. Nunca reveló sus secretos, muchas veces conseguía que sus detenidos hablaran, lo cual, indefectiblemente, significaba que apenas terminaran de prestar su utilidad, fueran ejecutados, salvo que se cambiaran completamente de bando y se incorporaran a las filas de la DINA.

Sin embargo, en el caso de Baquedano ya estaba todo terminado. Había entregado la información que Stangl y sus cófrades

requerían y eso era todo.

«El Doctor» se acercó a él con una jeringa metálica llena de algún líquido que Stangl ni siquiera se molestó en preguntar qué era. No obstante, apenas la aguja traspasó la piel y sintió ese aroma ácido, parecido al de las almendras, comprendió que era cianuro. Era el mismo elemento usado para asesinar a los detenidos en el cuartel Simón Bolívar, donde había trabajado la temible agrupación Lautaro de la DINA.

—Estamos listos —fue todo lo que dijo «El Doctor», tras tomar la muñeca de Baquedano y comprobar que ya no tenía pulso.

—Ok. Desháganse del cadáver de la forma acostumbrada —ordenó al hombre de la bata blanca y a un par de sujetos más, entre ellos el sicario rubio que había logrado huir de los detectives en La Dehesa. Ninguno necesitó más explicaciones sobre qué hacer y se pusieron de inmediato a llenar la tina con ácido.

Mientras tanto, Stangl, el comando reconvertido en espía, comenzaba a diseñar en su cabeza la estrategia con la cual asaltarían esa noche la basílica de los Sacramentinos y sacarían de allí a Hess, ese viejo de mierda. Era el único de los nazis que conocía todos los detalles de la clave que le permitiría quedarse con aquello que tantos habían buscado por casi cien años, sin imaginar que se encontraba en el último rincón del mundo. Y no le cabía duda alguna de ello, pues habían comprobado fehacientemente que ni siquiera Röehlicht tenía conocimiento absoluto de los hechos. Por eso, tras cercionarse que era así, lo ejecutaron del mismo modo que a los otros.

Capítulo 20

Transcripción textual de la declaración de Horst Hess (continuación).

Por cierto, como ya se los dije, creíamos que el misterio que debíamos buscar tenía que ver con el tema de la genética de esa *femme fatale*, Catalina de los Ríos y Lisperguer, sobre lo cual el mismo Vicuña Mackenna se preguntaba si no había algo en la mezcla de razas que predisponía al crimen…, aunque eso es algo que no sé ni nunca sabremos. Lo que sí está claro es que su madre, Catalina Lisperguer, poseía ya alguna inclinación al vicio. De hecho, junto a su hermana Magdalena estuvo acusada de haber intentado asesinar al entonces gobernador de Chile, don Alonso de Rivera. Pese a que su hermana fue expulsada a Lima, Catalina fue absuelta de los cargos y pudo casarse con otro hombre acaudalado, don Gonzalo de los Ríos, corregidor de Santiago, con quien tuvo dos hijas: Águeda, de quien poco ha quedado en la historia, aunque se creía que era una mujer bondadosa, y su hermana Catalina, la pérfida Quintrala de la historia chilena, la mujer que para vuestra memoria colectiva es casi la encarnación femenina del demonio. Y claro que hay razones para ello, como el listado de crímenes que cometió desde muy joven, el primero de los cuales tuvo como víctima a su propio padre, a quien dio de beber un caldo de pollo envenenado. Su siguiente víctima fue un destacado prohombre de la ciudad, miembro de la Orden de Malta, al que asesinó luego de acostarse con él y culpó de ello a un esclavo, al que colgaron en la plaza, frente a la catedral. Como una forma de calmarla, buscaron a un buen hombre para que fuera su esposo y finalmente terminó

casándose con el alcalde de Santiago, don Alonso Campofrío Carvajal. Y aunque dicen que lo respetó, eso no fue suficiente para saciar sus apetitos amatorios y violentos y, peor aún, parece ser que la ayudó en algunos de sus crímenes. En La Ligua mató al menos a ocho o nueve esclavos, a los cuales torturaba por el puro gusto de hacerlo y también asesinaba por el placer de exterminar. Allí, además, trató de asesinar a un sacerdote católico. En medio de todo eso tuvo un único hijo, bautizado como Gonzalo, el cual murió a los diez años. Según algunas versiones, fue después de eso que, indignada con Dios, lanzó a la calle un Cristo de tamaño natural que tenía en su casa, luego recogido por los agustinos, que lo escondieron dentro de su iglesia. Posteriormente, el 13 de mayo de 1647, se produjo el famoso megaterremoto que asoló Santiago, haciendo que la corona de espinas que tenía dicha efigie, confeccionada en madera, pasara por medio de la cabeza de la estatua quedando atascada en su cuello y dando origen a la leyenda de la Cruz de Mayo. Dicha estatua aún se encuentra dentro del templo de San Agustín. La impunidad de la Quintrala, sin embargo, pareció precipitarse a su fin debido a las denuncias de un obispo, que decidieron a la Real Audiencia de Santiago a iniciar una investigación en su contra por los crímenes de La Ligua y otros más. En total fue acusada de catorce homicidios. No obstante, pese a lo claras de las evidencias, fue su caso lo que inició la idea popular de que en Chile la justicia se compra con dinero, porque así fue. Era conocido por todos que el presidente de la Real Audiencia, Francisco de Meneses, había sido sobornado por la mujer, mientras que entre los funcionarios que no fueron comprados imperaba el miedo. Como resultado, quedó absuelta y volvió a pasearse como si nada por las calles de Santiago, por La Ligua y ciertamente por el subterráneo de su casa de calle del Rey, donde había habilitado un área especial para torturar a personas, especialmente a esclavos. Tenía allí todo tipo de artefactos de tortura: desde cepos y cadalsos que colgaban desde las vigas, hasta tinas donde ahogaba a sus siervos, además de varias camas provistas de poleas, fabricadas por la Inquisición

española para «estirar» a sus víctimas hasta el desmembramiento, muchas veces después de haber tenido sexo con ellos. En fin. El punto es que nosotros, o al menos eso fue lo que se nos dijo, debíamos viajar a Santiago de Chile y encontrar el cuerpo de esa mujer. Esto fue planteado como una misión vital, trascendental para el futuro de la germanidad en el mundo. Era, ciertamente, una misión clasificada y aunque hoy suene descabellado, la verdad es que nadie la cuestionó, para nada. En la concepción nazi de la realidad, al menos como nos la explicaron, todos los demás estaban equivocados. Por ende, era un error, por ejemplo, la noción cristiana del homicidio, que prohíbe el asesinato bajo cualquier punto de vista. Por el contrario, para el NSDAP, el Partido Nacional Socialista Obrero, había muertes necesarias, especialmente aquellas cometidas bajo imperativos raciales, y creo que no es necesario extenderme en este punto. Era una lógica desviada y, aunque trato de que me comprendan, no quiero justificar mis actos. Ya he vivido demasiado, de más incluso. Lo único que quiero que entiendan es por qué creímos a pies juntillas que estábamos en una misión casi sagrada y viajamos tan alegres a buscar el cadáver de una mujer muerta casi trescientos años antes, simplemente porque, según nos decían nuestros jefes, esa sangre alemana mezclada con sangre imperial americana había producido una mezcla única, un ser implacable, un ser que no trepidaba un segundo en eliminar a alguien de una raza inferior… De acuerdo a todos los datos de que disponíamos, una vez que ella murió a consecuencias de una enfermedad en 1665, fue objeto de un fastuoso funeral donde cien monjes agustinos cantaron elegías en su memoria. Su cuerpo fue envuelto en una mortaja blanca, y sepultado en el presbiterio de la iglesia de San Agustín, pero nunca se supo el lugar exacto. A eso vinimos a Chile: a buscar ese sitio, hallar el cadáver de Catalina de los Ríos y Lisperguer, y llevar a Alemania muestras de su material genético: ojalá tejidos, si es que los había, pues pensábamos que podía haber sido momificada, dadas ciertas técnicas de sepultación vigentes en la España colonial. Ustedes quizá se preguntarán para qué queríamos

dicho material genético, dado que el genoma humano recién comenzó a catalogarse hacia 1990, ¿no? Pues bien, la verdad es que hacia 1940 nosotros ya poseíamos una serie de avances importantes al respecto. No es mi especialidad, claro, así es que poco les podría explicar, pero imagino que todos ustedes están al tanto de las experiencias del doctor Josef Mengele, en especial en lo relativo a la aparición de una cantidad increíble de gemelos en la localidad brasileña de Candido Godoi, donde Mengele vivió varios años, atendiendo a mujeres con problemas de infertilidad. Sinceramente, no sé si eso tiene relación o no con los experimentos efectuados en Alemania por un grupo de médicos entre los que estaba Mengele. Uno de esos otros médicos, Wilhelm Rasch, quien trabajaba con el famoso doctor Mengele, fue quien realizó una serie de transfusiones sanguíneas a mi división antes de viajar a Chile. Según se nos dijo, el objetivo de ello era evitar que nos contagiáramos con enfermedades tropicales, pero todos sabíamos que eso era un absurdo y que en este país no existen esos males, sencillamente porque no hay clima tropical. Por supuesto que nadie reclamó. No se contradice a un comandante de las SS, así es que durante una semana nos sometimos a transfusiones de sangre. Efectivamente, nunca tuve ninguna enfermedad tropical y fíjense en mi edad: noventa y ocho años. Es cierto, soy un anciano, pero con suerte he tenido una gripe en los últimos años. No he tenido diabetes, cáncer de ningún tipo, hepatitis, neumonitis ni problemas cardíacos. Todos mis compañeros, asesinados en las últimas horas, poseían la misma constitución física que yo, salvo Röehlicht, que estaba enfermo de algo grave, según supimos. No me cabe duda de que algo había en esas bolsas de sangre que permitió alargarnos la vida.

Capítulo 21

—Esto fue acción de profesionales, ministro —explicaba el jefe de Inteligencia de la PDI, Yáñez, al ministro del Interior, que lo escuchaba con las mangas de la camisa arremangadas, al interior de su oficina en La Moneda.

—¿Anarquistas?

—No, para nada. Esto no fue un extintor relleno de pólvora negra. Fue una bomba profesional. El laboratorio está trabajando a toda velocidad en el análisis de las muestras que recogimos en el sitio del suceso, pero le puedo adelantar que es algún tipo de explosivo plástico de última generación, muy sofisticado y activado en forma remota, seguramente con un teléfono celular —precisó el policía, un hombre que frisaba los cincuenta y cinco años, de pelo entrecano y muy delgado, vestido con un traje de buen corte y zapatos negros impecables.

—La Agencia Nacional de Inteligencia me entregó hace poco un reporte sobre unos yihadistas que habrían ingresado al país provenientes de Ciudad del Este, en la triple frontera. ¿Cree que esto tenga alguna relación, prefecto? —preguntó el ministro, un político de la vieja guardia, a quien costaba mucho impresionar.

—Conozco ese informe, pero dudo que esto tenga algo que ver. Esos supuestos yihadistas están bajo nuestra vigilancia día y noche. Salvo que sean yihadistas mágicos, no veo cómo podrían haber sorteado la vigilancia para poner una bomba —respondió con sorna el prefecto.

El secretario de Estado le contestó del mismo modo, recordándole varios casos en que distintos sospechosos habían burlado la vigilancia policial. Yáñez puso cara de hastío y, sin decir palabra, hurgó en uno de los tres iPhone que llevaba en los bolsillos. Abriendo la aplicación de correo electrónico le mostró la pantalla. Se apreciaban varias imágenes de dos hombres morenos y jóvenes, vestidos con jeans, que salían de un bloque de departamentos, luego caminaban por la calle, entraban a un almacén y regresaban.

—Este es el reporte de vigilancia de hoy, ministro, sobre los supuestos yihadistas. Es una villa de Maipú y tenemos a dos equipos en forma permanente allí. Hay cuatro hombres en ese departamento y los únicos dos que han salido hoy son los yemeníes, que usted ve en la foto. Los otros dos, que son paquistaníes, han estado adentro. Por si le interesa el dato, en el almacén de la esquina compraron cuatro cebollas, un paquete de arroz y casi un kilo de pan. No, ministro, estos tipos no tienen nada que ver con la embarrada de hoy en el barrio París-Londres. De hecho, si algún sunita radicalizado, seguidor de algún grupo salafista como Al Qaeda o Estado Islámico, hubiera puesto una bomba, le garantizo que el objetivo sería la embajada de Israel, de EE. UU., algún McDonald's, qué sé yo, pero no un edificio de departamentos donde se acababa de descubrir un homicidio.

—¿Entonces?

—Por absurdo que le parezca, lo primero que debemos despejar es si el crimen está relacionado con la explosión o no…

—¡Pero cómo me dice eso, prefecto! —gritó el ministro, exasperado. Yáñez era un hombre que llevaba muchos años en Inteligencia y había lidiado desde hacía mucho tiempo con políticos de distinto sino, por lo cual sabía cómo manejar la situación.

—Lo que parece lógico no siempre lo es, señor. ¿Recuerda los atentados del 11 de marzo de 2004 en España? El gobierno del Partido Popular, el PP, culpó de inmediato a ETA, pero esa misma tarde un grupo seguidor de Al Qaeda se adjudicó el ataque, que si usted recuerda, le terminó costando la Presidencia al PP, en las

elecciones que hubo tres días más tarde. Creo que en un par de horas más estaremos en condiciones de afirmar a ciencia cierta si el homicidio y el bombazo están conectados, pero mientras yo no posea la evidencia que me permita afirmar aquello, no puedo cometer la irresponsabilidad de dejar que usted lo afirme públicamente. Aunque usted no lo crea, ministro, en mi carrera he visto vacas volando.

—Tiene razón, prefecto, disculpe, pero necesito que me dé al menos una idea de hacia dónde apunta esto.

—Exagentes de la DINA y de la CNI, señor.

—¿Qué?

—Tal como lo oye. Le insisto en que aún no puedo emitir una conclusión al ciento por ciento, pero todo indica que es así. Sobre la base de lo que hemos podido investigar, puedo decirle que, salvo alguna novedad de último momento, el mecanismo del artefacto que causó la explosión es el mismo tipo de bomba que la DINA utilizó en sus crímenes más famosos: Prats y Letelier, además de varios atentados que cometieron en Chile y que adjudicaron a los grupos de ultraizquierda. La víctima del homicidio, el tal Ludwig, era un exnazi, que a su vez estaba en contacto con otro de la misma clase, Röehlicht, que fue asesor de la DINA en los años de la dictadura.

—No puedo creer lo que me está diciendo. Suena increíble pensar que la DINA o la CNI estén actuando aún —dijo el ministro, moviendo la cabeza.

—No nos saquemos la suerte entre gitanos, ministro. Usted sabe tan bien como yo que nunca se han desarticulado del todo. Aparte de que hay grupos encargados de cuidar toda la documentación que acumularon durante la dictadura y que mantienen oculta en algún lugar del sur del país, existe una suerte de agrupación esotérica llamada La Cofradía, que se reúne en lugares secretos y cuyo líder aparentemente sería un exoficial de apellido Stangl, un traficante de armas que fue parte del servicio exterior de la DINA. Pues bien, revisamos los tráficos telefónicos de Ludwig y resulta que la semana pasada habló varias veces con su camarada Röehlicht, que es…

—Otro de los alemanes asesinados, me acuerdo del apellido.

—Exacto, el de Lo Curro, donde había comprado una casa cerca del lugar donde la DINA tenía su cuartel Quetropillán, en el cual Michael Townley y Eugenio Berríos experimentaban con gas sarín, entre otros horrores.

—Siga. Se me revuelve el estómago, pero siga.

—Röehlicht estaba muy mal de salud, a diferencia de Ludwig y de otros alemanes que no sabemos bien si eran amigos o no, pero aparentemente llegaron juntos a Chile hacia 1945, no tenemos claro si como nazis escapados de los tribunales de Nuremberg o como exiliados políticos. Pues bien, hasta el fin de semana pasado todos los alemanes hablaron por teléfono varias veces entre sí, y Röehlicht, por su parte, efectuó un llamado telefónico a un celular que creemos es usado por La Cofradía.

—Ojalá encuentren algo a esos canallas. ¿Tiene alguna información acerca de la cantidad de víctimas?

—Seguimos en la misma cuenta, ministro: treinta y siete muertos, incluyendo a siete detectives, cuatro carabineros y dos de los periodistas que se encontraban afuera. Los heridos son más de cien.

—Por la rechucha. Esto va a ser un desastre político.

—Va a depender de cómo lo puedan manejar, ministro. Yo le recomendaría esperar hasta que tengamos confirmaciones oficiales.

—Es bien fácil decir eso, prefecto. A usted no lo están amenazando con una acusación constitucional ni tiene a la oposición queriendo beberse hasta la última gota de sangre de su cuello. Claro, usted puede tomarse esto con toda la calma del mundo, pues su trabajo no depende de esto…

—Entiendo su presión, ministro, pero no hable leseras, con todo respeto. Usted sabe mejor que yo que si no obtengo resultados soy el hilo más delgado, incluso más que usted. De hecho, seguramente va a ser usted quien me eche si no logro dar con los autores de este desastre, pero tengo confianza. No sé si recuerda que en la época en que usted trabajaba en el antiguo Consejo de Seguridad

Ciudadana yo fui parte del naciente Departamento Quinto, donde comenzamos a investigar las violaciones a los derechos humanos. Pues bien, hubo exagentes de la DINA y de la CNI que nos ayudaron mucho, aunque nunca lo dijimos públicamente por su propia seguridad. Fueron nuestros informantes y resultaron clave para resolver casos emblemáticos.

—A cambio de impunidad…

—No sea malpensado. Jamás dejamos de procesar a nadie que lo mereciera, y además había ministros como Carlos Cerda, Alejandro Solís u otros que no lo habrían permitido. No, nuestros informantes eran hombres que en su momento no tuvieron la fortaleza de carácter como para renunciar a sus trabajos al ser enviados a la DINA o la CNI, pero que sí supieron maniobrar para mantenerse alejados de las operaciones de exterminio, básicamente refugiándose en las secciones de finanzas, logística, computación, etc., y que por cierto estaban choqueados con lo que veían. Su forma de resarcirse fue, años más tarde, hablar, en forma reservada, claro. Esta tarde tomé contacto con uno de ellos y, al igual que hace varios años, está dispuesto a cooperar, así es que saliendo de aquí me iré a reunir con él.

—¿Usted? ¿El jefe nacional de Inteligencia? ¿Por qué no manda a alguien más? —preguntó el secretario de Estado.

—Muchas veces los informantes llegan a depender emocionalmente de uno y basan su confianza en personas, no en instituciones. Si ve que mando a alguien más, sencillamente no dirá una palabra. Él confía exclusivamente en mí y en ningún otro oficial. Es una relación que me ha costado años construir. Conozco al detalle cuáles son sus preocupaciones, sus obsesiones, etc. No, ministro, no puedo mandar a otra persona.

—Me preocupa que lo vean con alguien que fue de la DINA. Sería nefasto para el gobierno.

—Sería aún más nefasto que yo me quedara sentado mandando a algún comisario a tratar de entrevistar a alguien que sé que no le

dirá nada. No se preocupe. No tengo problemas en mojarme el trasero.

—¿Quién es el informante?

—A ver…, lo que le puedo decir es que, en este caso en particular, se trata de un exfuncionario de la CNI que no perteneció a la DINA. Es un tipo muy especial, que desde joven permaneció apartado de la represión inmediata; siendo teniente, creo, lo mandaron al extranjero a estudiar historia de las religiones y simbología.

—¿Qué? ¿Un milico estudiando historia de las religiones? ¿Simbología? ¿Estaban locos estos tipos? —se quejó el ministro.

—Para nada. Y no fue el único. Estos especialistas en simbología formaban parte de las brigadas de guerra psicológica que poseían la DINA y luego la CNI. Fueron ellos quienes crearon las maniobras en torno a la Virgen de Peñablanca, el cometa Halley y varias otras distracciones masivas que la dictadura nos regaló en aquellos años. En esas brigadas había psicólogos sociales, sociólogos, antropólogos, de todo.

—Uf.

—El hombre está consciente de lo siniestras que fueron estas campañas que diseñó, pero al menos, hasta donde sabemos, nunca estuvo implicado en torturas o desapariciones.

—Sí en engaños masivos —reclamó el secretario de Estado.

—Sin duda, pero los informantes son siempre personajes que están al filo, ministro: son o fueron narcotraficantes, son o fueron represores, etc. En todo caso, usted no tiene por qué preocuparse de ello. Sé cuáles son las consecuencias y las asumo, pero en mi ámbito de acción no puedo avanzar si no tomo riesgos. De hecho, se lo cuento para que sepa que estamos haciendo todo lo posible, pero claro, usted sabe que yo nunca le he dicho esto.

—Lo tengo más que claro, Yáñez. Suerte y avíseme cualquier novedad.

—Por supuesto —dijo el prefecto, y salió raudo de la oficina.

Capítulo 22

Transcripción textual de la declaración de Horst Hess (continuación).

No éramos pocos los que ya a fines de 1944 intuíamos que el régimen de Hitler estaba en sus estertores finales. No había que ser un genio para comprenderlo. Uno de los primeros que lo vio venir fue Walter Rauff, ese mercenario que inventó las cámaras de gas móviles y que terminó sus días en Chile, de lo más tranquilo. Fue Rauff, junto a otros, quien justamente hacia 1943 comenzó a pactar con el Vaticano y con la Cruz Roja lo que posteriormente sería la famosa «Ruta de las ratas», la vía por la cual miles de nazis escaparon después de la guerra a América Latina, entre ellos el mismo Rauff. Poco antes que él, nosotros emprendimos un viaje semejante, hacia el mismo destino. El viaje fue largo y complejo, pues nos embarcamos en un U-boot que atravesó un océano Atlántico infestado de buques aliados, pero nos permitió llegar a una ignota playa del Caribe colombiano, muy cerca de Panamá. Desde allí, haciéndonos pasar por pastores luteranos, viajamos a pie y por distintas vías hacia Bogotá. Esa ciudad me dejó con la boca abierta, por estar a tanta altura, enclavada en las montañas y rodeada en forma permanente por nubes, lluvias torrenciales o neblina. Fue mi primer contacto con una gran ciudad americana y me enamoré de inmediato de esos contrastes que luego vería en Guayaquil, en Lima y en Santiago: las calles adoquinadas, la parsimonia latina y las increíbles iglesias católicas regadas por doquier, todas pertenecientes a las mismas órdenes religiosas y con los mismos nombres, pues en cada ciudad de América hay una iglesia de San Agustín, otra de San

Francisco, otra de La Merced, etc. Finalmente arribamos a Santiago de Chile a inicios de 1945, pero era muy complejo trabajar. Nuestro aspecto físico no nos dejaba pasar inadvertidos y, peor aún, teníamos encima al famoso Departamento 50 de la Policía de Investigaciones. Allí había un comisario de apellidos Barros Bianchi, Hernán creo que se llamaba, que estaba obsesionado con los nazis. Él había desbaratado las redes PQZ y PYL, y casi al final de la guerra metió preso al jefe del equipo de saboteadores nazi en América Latina, Albert von Appen. No obstante, además de nuestras credenciales académicas —y algo inusual para funcionarios de la Ahnenerbe—, todos habíamos recibido entrenamiento en inteligencia, aunque no sabíamos que Röehlicht, quien se hacía pasar por especialista en eugenesia, en realidad era un espía de alto nivel perteneciente al SD, el aparataje de inteligencia que obedecía a Himmler. Hubiera querido saber eso antes… Sin embargo, lo que importa es que hicimos el trabajo completo. Cuando llegamos a Santiago hacía muy poco que habían levantado un edificio de departamentos en la esquina de Estado y Agustinas, signado con el número 215, que corresponde al lugar exacto bajo cuyo suelo estaba la sala de torturas de la Quintrala. Si bien el edificio original ya no es el mismo que se levantó en la década de los cuarenta, la conformación de la planta baja es muy semejante a la original. Yo siempre suelo pasar por allí y, al ver la galería Imperio y el local de comida rápida que hoy existe en el subterráneo, recuerdo nítidamente la noche en que nos introdujimos hacia ese lugar, asumiendo que desde el subterráneo podía haber un pasillo que conectara con la catacumba de la iglesia. La noche acordada para el asalto nos apoyó un equipo de comandos del SD que se encontraba en Chile. Aunque nosotros, como ya les dije, teníamos entrenamiento en inteligencia, no éramos propiamente hombres de acción, así que malamente podríamos haber reducido a la pareja de carabineros que todas las noches, a partir de las doce hasta las ocho AM, quedaba encargada de la custodia de la calle Estado, entre la Alameda y Catedral. Los del SD habían revisado con mucho cuidado

la rutina de ellos y las de los demás policías que patrullaban esa zona del centro en las noches, y sabían cómo operaban. A nosotros nos dejaron esperando en un automóvil, cerca de la plaza, no recuerdo bien la calle, en las afueras de un departamento arrendado por los servicios de inteligencia alemanes, en cuyo interior se encontraba Röehlicht. Una vez que los comandos del SD, vestidos de civil, asaltaron y secuestraron a los dos carabineros, llevándoselos a quién sabe dónde, alguien llamó al departamento y avisó a Röehlicht que el lugar estaba despejado. Yo estaba muy nervioso. Me emocionaba la idea de participar en una misión que parecía de espionaje, pero me aterraba la posibilidad de que aparecieran los detectives del Departamento 50, especialmente Barros Bianchi. Ya era una figura legendaria, se había batido varias veces a tiros con agentes nazis y había salido vencedor en cada una de esas justas. Como era una operación «todo o nada», habían decidido que debíamos ir armados, así es que llevaba una sobaquera con una Luger cargada, pero sabía que si nos encontraban en actos sospechosos mi mejor opción era ser detenido, pues mis habilidades de tirador eran paupérrimas. De ser detenido solo portando el arma lo más probable habría sido que, como sucedió a otros colegas, hubiera terminado relegado en un pueblo como Peñaflor o Limache, pero si alguien resultaba muerto en la operación, nuestro destino más seguro habría sido el paredón. Aunque la morfología de los edificios ha cambiado bastante desde esa fecha hasta hoy, intentaré explicárselos del modo más sencillo. Estado 215 es la dirección que ocupa hoy un edificio de unos doce o trece pisos, que en 1945 estaba recién entregado, pues se había terminado de levantar en 1943. Como todo el mundo en Santiago sabía que allí antes estaba la casa solariega de dos pisos que había sido la mansión de la Quintrala, entonces así designaban genéricamente al lugar: «edificio La Quintrala». En la primera planta, como pueden constatarlo a simple vista hasta el día de hoy, existe una galería comercial, que tiene dos entradas. La primera por Estado 215, y la segunda por calle Agustinas 811. En el vértice de ambas entradas se encuentra el

acceso al famoso subterráneo donde Catalina de los Ríos azotaba a sus esclavos, y que en la época en que nosotros llegamos era una famosa *boîte*, llamada, por supuesto, La Quintrala. Ello claramente entrañaba un problema, dado que funcionaba de noche, salvo los lunes, por lo cual escogimos ese día para introducirnos. Años después funcionó allí un local de venta de pollos y hoy en día hay un negocio…, no sé cómo decirlo, una especie de casino o autoservicio, donde uno pasa con una bandeja y elige su comida. Da lo mismo. El asunto es que durante años se especuló que en la parte de atrás de ese recinto, donde están ubicadas las cocinas, estaba el lugar desde el cual se podía acceder a un túnel que conectaba con la catacumba de la iglesia San Agustín, pero nosotros sabíamos que no era así. Según lo que investigamos, en los planos originales de la iglesia y en otros documentos a los que accedimos, el ingreso se encontraba cercano a la calle Agustinas, al interior de un pequeño local que en aquella época estaba dedicado a la reproducción de llaves y que hoy vende fotocopias o algo así. Esa noche, nuestros colegas del SD redujeron a los carabineros y en menos de dos minutos nuestro auto se encontraba ya afuera de Agustinas 811. Röehlicht fue el primero en bajarse, vestido de civil, como cualquier persona, sin pasamontañas ni nada raro. No se veía a nadie en la calle y nuestro compañero se acercó caminando con toda la calma del mundo y se aproximó a la reja de la galería. Con una moneda la golpeó y en breves segundos apareció un hombre de unos sesenta años, que vestía un buzo azul, y que advertí de inmediato que era el nochero. Recién en ese momento comprendí que aquello que parecía un juego no lo era. Al ver que el nochero se aproximada a Röehlicht, que lo aguardaba detrás de la reja, asumí que algo dramático pasaría. Y sucedió. Lo primero que percibí fue un silbido, confundido con una leve detonación, no mayor a la del reventón de un neumático de motocicleta, algo que no llamaría la atención de nadie, si no fuera porque ese hombre, ese pobre hombre, cayó de inmediato hacia el suelo, con una bala calibre 7.92 en el pecho. Röehlicht giró en dirección hacia nosotros, pero en vez de mirarnos

hizo un gesto hacia arriba, hacia detrás de donde estábamos nosotros. Al inicio no entendí qué pasaba, pero al girar la cabeza hacia la pared norte de la inmensa iglesia de San Agustín vi que, por medio de cuerdas, descendían dos sujetos ¡vestidos de un amarillo casi fosforescente! O sea, del color más llamativo que pudieron escoger. Eran el francotirador y su ayudante, que quizá desde hacía cuánto rato estaban allí esperando el momento para eliminar al cuidador. El primero llevaba en su hombro un arma que reconocí de inmediato, un fusil Mauser Kar 98K de cinco tiros, premunido de una enorme mira telescópica y un silenciador gigante, que no sé cómo habrían logrado atornillar al cañón. En ese mismo momento un pequeño camión se sumó a la escena, estacionándose al frente. Venían otros cinco hombres, todos vestidos de un modo absurdo, con los mismos monos amarillos de aquellos que bajaban desde la iglesia. ¿Saben de qué venían disfrazados? De trabajadores de la compañía de agua. De hecho, al apreciarlos por primera vez, aparte de lo ridículo que parecía que unas personas trabajando en la clandestinidad usaran esos colores, pensé que eran unos chambones. No obstante, luego todo cobró sentido. Muchos años después me acordé de esto cuando unos miembros del Frente Manuel Rodríguez secuestraron al coronel Carlos Carreño, en 1987, si no me falla la memoria, también haciéndose pasar por trabajadores de alguna empresa sanitaria. ¿Dónde estaba? Ah, sí. Creo que los últimos comandos del SD que yo vi llegar a la escena, pues había muchos más, eran de seguro quienes dieron cuenta de los carabineros. ¿Los mataron? No lo sé, pero es lo más probable, aunque nunca más oí hablar de eso. Sí escuché, años más tarde, la leyenda acerca del conserje que había desaparecido en el edificio de La Quintrala. Sí, desaparecido, porque eso fue lo que hicieron con él. Apenas Röehlicht abrió la reja con la misma llave que el difunto llevaba en su mano, alcancé a ver cómo los hombres del SD corrían detrás de nosotros.

Capítulo 23

Cuando el prefecto Yáñez salió del despacho del ministro se reunió afuera del palacio de La Moneda con su ayudante, un subcomisario muy joven, quizá de treinta y tres o treinta y cuatro años. Tal como su jefe, vestía un traje azul marino impecable, llevaba colleras de oro con el logotipo de la PDI y tenía el pelo muy corto y engominado. De cerca de un metro setenta y cinco de estatura, se veía muy delgado, impresión que se acentuaba por su nariz aguileña, sus ojos pequeños y hundidos, y la extrema palidez de su rostro severo, de mentón prominente y enérgico. En sus manos nervudas llevaba otros tres teléfonos celulares. Acercándose con ellos al prefecto, le explicó que había diecinueve llamadas por responder, entre ellas la de Dante, que se había limitado a decir que el avión llegaría a la hora de siempre.

—Excelente —musitó el prefecto, que sintió cómo la adrenalina le subía por las venas, como en sus años de calle, igual que aquella ocasión de 1992 en que, luego de buscarlo por más de un año en medio del caso Letelier, logró dar por fin con el hombre que en la DINA llamaban «Hermes», pero que en realidad era Eugenio Berríos, el bioquímico que fabricaba gas sarín y cocaína negra. En aquel entonces, Yáñez era apenas inspector y, tras varios intentos, consiguió conversar con Berríos en una esquina de Estación Central, donde el químico le dijo, muy nervioso, que estaba convencido de que si cooperaba lo matarían. Yáñez le aseguró que eso no pasaría, que lo protegerían. «Hermes» quedó de pensarlo y de responder, lo

que nunca hizo. Un par de horas después de esa conversación fue secuestrado por La Cofradía, llevado a Uruguay y asesinado allá.

Desde entonces, Yáñez se había propuesto no volver a perder nunca más a un confidente o un testigo, y por eso estaba incluso dispuesto a arriesgar su importante cargo, si ello implicaba no solo resolver el caso, sino —además— salvaguardar al informante.

Apenas se sentó junto a su ayudante en el asiento trasero del Hyundai Azera de vidrios ahumados que lo transportaba, se sacó la corbata y se observó en el espejo delantero, tratando de adivinar si la camisa que llevaba era muy formal o no, como para pasar inadvertido. Era algo importante, dado que Dante y él se reunirían en un lugar bastante público, el mismo sitio —en todo caso— donde se encontraban siempre.

Decidió que sí, que sería raro, así es que le indicó al chofer que se dirigiera hacia calle Santo Domingo, a un *mall* ubicado en el sector de Mapocho, y pasándole dinero al subcomisario le pidió que se bajara y comprara una camisa informal talla 17. Mientras tanto, él aprovecharía de devolver algunas llamadas.

A pocas cuadras de allí, sin embargo, un hombre de barba muy tupida, de unos cuarenta y cinco años y sentado frente a un MacBook, puso el botón de «*stop*» en la pantalla. Se sacó de la cabeza los audífonos con los cuales acababa de escuchar la conversación telefónica y avanzó unos cuantos pasos hacia la oficina de al lado.

—Señor, acaba de entrar una llamada entre el jefe de inteligencia de la policía y uno de nuestros blancos, Efrén Morales. Se van a reunir en breve en el lugar de siempre, según dijeron. No me cabe duda de que tiene que ver con nuestro tema.

Stangl lo miró con su calma y frialdad acostumbradas. Parecía no perturbarse por nada y, por cierto, no le cupo duda de que Morales iba a hablar. Siempre lo habían dejado en paz, pues por otras vías le entregaban información intoxicada que, a su vez, sabían que él proporcionaba a la policía, desviándola. Pero esta vez era diferente, había demasiado en juego.

—¿Sabemos dónde se reúnen?

—Tenemos los tráficos telefónicos y la *metadata* de todos sus teléfonos celulares en los últimos ocho o nueve años, creo. Podemos meterlos al I2 e identificar los lugares más frecuentados —explicó el de la barba a Stangl, aludiendo al costoso *software* que solo los organismos de inteligencia poseían, y que permitía efectuar cruces de nombres, patentes, lugares, llamados y cuanta cosa se le ocurriera a alguien en Chile. Con *metadata*, en tanto, se refería a los datos adicionales a cada llamada: antena telefónica desde la cual se generó, IMEI (número único de cada equipo), etc. Poniendo todos esos antecedentes en el *software* se puede extraer casi cualquier relación o dato que se busque, así como las ubicaciones de alguien en función de sus llamadas telefónicas.

—Ok, espero que no se demore mucho —pidió Stangl.

—Lo haremos lo más rápido que podamos.

—Perfecto. Apenas tengas las tres ubicaciones más probables, manda equipos encubiertos a cada una de ellas. Sería muy bueno deshacernos no solo de Morales, sino también de ese rati de mierda, que tanto daño ha causado entre nuestros colegas. Ah, y que los equipos usen botellitas de Chanel número 5. Será un mensaje más que evidente —ordenó.

Capítulo 24

Transcripción textual de la declaración de Horst Hess (continuación).

Mientras tres de los comandos de la SD vestidos como trabajadores sanitarios llevaban el cuerpo del conserje hacia la maleta del camión que habían dejado afuera, escondido dentro de lo que parecía un estanque de agua de grandes dimensiones, otro aplicaba sobre las baldosas de la entrada a la galería algún producto químico que, entiendo, eliminaba los aminoácidos del suelo, que son los que reaccionan ante determinados elementos y muestran dónde se ha cometido un crimen. Pese a que dichos artilugios de la criminalística aún no se conocían en Chile en aquellos años, el FBI ya experimentaba con ellos y evidentemente los SD no querían arriesgarse a nada. Recién al día siguiente supe que además de los siete SD que yo alcancé a ver esa noche, en realidad había varios más, incluyendo a cuatro agentes locales. Eran mercenarios chilenos contratados especialmente para la operación, que habían cooperado antes con la inteligencia nazi y que, vestidos como carabineros, estaban en cada esquina impidiendo el paso de cualquier persona, aseverando que había un problema de aguas servidas. La puesta en escena era de tal magnitud que, cuando salimos de allí antes del amanecer, el lugar apestaba a podredumbre, pues los técnicos de la SD habían esparcido en la esquina una mezcla muy popular en Chile: azul con limón. ¿No la conocen? Vaya que han cambiado los tiempos. Se hace con azul de metileno, un colorante que se vende en cualquier parte, el cual se mezcla con agua y con jugo de limón, lo que genera un olor pestilente. Muchas veces le agregan huevos

podridos y es peor. No sé cómo lo fabricaron acá, pero es un hecho que nadie quería acercarse al lugar. Utilizando una llave maestra, Röehlicht abrió con toda facilidad el local de llaves, vaya ironía, y entre todos movimos hacia afuera el mostrador. Debajo de este nos bastó introducir una barreta para mover de inmediato las tablas. En menos de una hora habíamos abierto un boquerón que evidenciaba que bajo el lugar donde estábamos había varios pisos. Lo que habíamos encontrado era una especie de antiguo respiradero que, según unos planos de la casa de los Lisperguer, que encontramos en una colección que había pertenecido a Vicuña Mackenna, llegaba hasta una sección especial del sótano, donde Catalina de los Ríos mantenía a los esclavos. Iluminado con linternas que sosteníamos nosotros, Röehlicht fue descendiendo hasta llegar a una superficie dura, que no era más que el techo de una catacumba. A esas alturas yo ya tenía claro que él no era un simple académico como los demás que formábamos parte de la misión: era un soldado, quizá un comando. Con una breve carga de explosivos formó un boquerón sobre la superficie que intentábamos perforar y si bien el ruido de la detonación fue bastante estruendoso, los que se encontraban afuera posteriormente nos confirmaron que, salvo un par de lámparas que se encendieron en los edificios ubicados alrededor, el sonido no causó mayores sobresaltos. Por cierto, estaban todos muy pendientes de la posibilidad de un derrumbe, pero afortunadamente nada pasó. Röehlicht, que a la postre tenía preparación como ingeniero militar, había calculado una cantidad de TNT lo suficientemente inocua como para romper ladrillos, mas no los arcos ojivales que suponía estaban debajo. Y no se equivocó, pues lo que logró fue un agujero del ancho de una persona. Por supuesto, él fue el primero en bajar y luego, con las cuerdas, lo hicimos los demás. Era un simple túnel, de unos 2,5 metros de alto, sostenido cada dos metros por arcos ojivales de algún material que no logré identificar de inmediato, y con el techo recubierto por ladrillería. Por la orientación advertí que estábamos en diagonal hacia la iglesia, y casi a tientas avanzamos en dirección a ella, premunidos de mascarillas

destinadas a tapar nuestras narices, pues el ambiente era casi irrespirable, debido al polvo y lo estrecho del túnel.

Capítulo 25

El ayudante del prefecto Yáñez retornó al auto en menos de diez minutos, con una camisa de color pardo, muy fea, pero que —sin embargo— cumplía con lo solicitado por su jefe. Mientras daban vueltas por el centro de Santiago, el prefecto se despojó de su camisa y se puso la nueva. Pasaban por el lado del Mercado Central cuando, mirando su reloj, pidió que lo dejaran allí.

—Voy con usted, señor —se ofreció el ayudante, de apellido Saavedra.

—No, chiporrito. Dante te va a oler a un kilómetro y se va a espantar. Déjenme aquí, que no pueden verme bajando de un auto con vidrios polarizados —pidió Yáñez, que descendió del Hyundai frente a un callejón en la parte trasera del mercado. Un par de colombianos que apilaban bolsas con restos de basura proveniente de las pescaderías del mercado lo quedaron mirando.

Casi diez minutos más tarde, y luego de haber dado un par de rodeos para comprobar que no lo seguían, el prefecto llegó a las afueras de la catedral metropolitana. Aunque nunca había sido un hombre particularmente religioso, había algo en la magnificencia de ese edificio que lo conmovía y, al mismo tiempo, lo intrigaba.

Mientras chequeaba desde afuera, por última vez, que no había sido seguido, miró con curiosidad, como siempre lo hacía, ese intrigante símbolo que había en las puertas: una cruz envuelta por una especie de rosal. El tallado en la madera de la puerta frente a la que se detuvo, de más de un metro de alto, era singularmente bello.

Se veían a la perfección las hojas, los pétalos y el tallo que envolvían la cruz.

Era, desde cualquier punto de vista, una hermosa obra de arte, pero claramente allí había algo que no encajaba en la iconografía católica que Yáñez conocía desde niño, cuando lo aleccionaban los curitas del colegio San Agustín, allá en Concepción, donde había crecido. No, esto era muy distinto, pues esa imagen era perturbadora, herética, pensó mientras la apreciaba y sentía a sus espaldas el murmullo acompasado de decenas de inmigrantes peruanos que se arremolinaban detrás de él forcejeando con dos carabineros que, aparentemente, habían intentado detener a uno de los extranjeros por razones que el prefecto no alcanzó a captar.

Seguro de que nadie lo había seguido y mientras todos en el sector estaban pendientes del forcejeo entre los uniformados y los inmigrantes, entró a la catedral. Hacía varios años que no ingresaba a ella y ahora, remozada tras el último terremoto, recordó cuán bella y rococó era. Tras persignarse (para no llamar la atención), avanzó por el costado derecho de la iglesia, confundiéndose con un grupo de turistas que caminaba detrás de un guía, que en inglés y español, y casi susurrando, les iba contando la historia del edificio.

—La catedral metropolitana de Santiago comenzó a edificarse hacia 1566; es decir, veinticinco años después de la conquista de Chile y de la fundación de la ciudad. El edificio original era más pequeño que este que ustedes ven ahora, pero fue destruido en tres ocasiones por terremotos o incendios. Prácticamente todo lo que hay en Chile, de hecho, ha debido ser reconstruido varias veces, especialmente a causa del choque de las placas de Nazca y Sudamericana, cuya última expresión fue el terremoto del año 2010, de 8,8 grados con epicentro en las cercanías de la ciudad de Concepción —explicaba el guía.

Uno de los turistas, un argentino de edad mediana que tosía como un tísico y que cubría su cara con una mascarilla de hospital, según él debido al esmog de Santiago, le pidió que por favor retomara lo que decía antes, relativo a la historia del edificio. Según

dijo, «aquello de los terremotos lo tenía podrido», pronunciando la doble «l» de «aquello» como si fuera casi una «sh».

—Cierto, disculpe. En 1740 se decidió hacer el edificio actual, construcción que al final terminó demorando noventa años. Y no solo por lo intrincado de la obra, sino porque en 1780, año en que quedó terminado lo principal, intervino el arquitecto italiano Joaquín Toesca, hombre importantísimo en la historia de Chile. Él diseñó también el palacio de La Moneda, que acabamos de ver antes de venir acá, así como otra importante iglesia del centro de Santiago, la basílica de La Merced. Además fue el responsable de la antigua catedral de la ciudad de Concepción, que debió ser demolida tras el terremoto de 1939 —continuó el guía, levantándole los hombros al transandino, en señal de disculpa por volver a mencionar el tema.

Yáñez miraba de lado a lado y no había seña alguna de Dante. Eso le extrañó, ya que como militar de tomo y lomo era un hombre extremadamente puntual. Pensó que su pistola, que llevaba oculta en el cinto, no tenía bala pasada. Si algo sucedía, tendría pocos segundos para reaccionar.

De pronto escuchó algo sobre «rosacruz» y volvió a poner atención al guía. El argentino aparentemente había preguntado acerca del origen del emblema de la puerta.

—Pues bien, hay gente que ha querido ver en ese tallado un símbolo iniciático, relacionado con la antigua orden de los rosacruces, pero la verdad es que más de alguna vez lo he conversado con los padrecitos, y todos me han dicho que la rosa no es solo un símbolo esotérico, sino al mismo tiempo un símbolo de amor universal… —decía, cuando el argentino lo interrumpió:

—¡Símbolo de amor y mis pelotas! ¡Vos sabés tan bien como yo que ese simbolito no tiene nada que ver con el amor ni eso, pelotudo, sino que es de esos masones hijos de la reputa que los parió! —gritó, siendo interpelado por otro de los partícipes del *tour*, un hombre de acento colombiano que se proclamó masón y le dijo que se fuera al mismísimo carajo con su ignorancia y su petulancia

tercermundista. Por cierto, el argentino no se amilanó y lo acusó de narcotraficante.

El grupo estaba llamando la atención de los demás, incluyendo a varias señoras que, muy piadosas, rezaban el rosario en los escaños situados al inicio del edificio. Yáñez decidió avanzar hacia el fondo de la catedral por el otro costado. Pasó frente a la fastuosa capilla del sagrario, refulgente en colores dorados, al tiempo que miraba los miles de detalles del techo tubular de la catedral, llenos de pinturas y bordes dorados del mismo tono.

Mientras de fondo aún sonaba el murmullo de la discusión entre el antirosacruces y el masón, pasó frente a la placa que recordaba el homicidio del sacerdote Gazziero, caso que le había tocado investigar durante el breve lapso que había pasado en la Brigada de Homicidios.

Se volteó un segundo para ver si Dante asomaba por algún lado, pero nada. Siempre se reunían en uno de los accesos a la cripta de la catedral, el mismo lugar donde muy pocos años antes, en medio de trabajos de reconstrucción, se había encontrado de modo sorpresivo el cadáver de Diego Portales. Era un hecho, el subsuelo de Santiago siempre tenía algo oculto con lo cual sorprender.

Decidió bajar. Quizá, por algún motivo, Dante podría estar allí. Descendió los peldaños y vio de inmediato que no había nadie. Tal vez para matar el tiempo, se puso a mirar en medio de los barrotes los elegantes nichos donde estaban los cadáveres de los cardenales chilenos. Se preguntó cuántos cientos de personas más yacerían sepultadas en ese lugar desde 1541, cuando Pedro de Valdivia asignó la esquina norponiente de la plaza de Armas de la ciudad como el lugar donde emplazar la catedral del país que comenzaba a emerger al final del famoso camino del Inca. Recordó también el último libro que había leído, *Historia secreta de Chile*, de Jorge Baradit, acordándose de uno de los capítulos que más lo había cautivado del mismo texto, el de los corazones de los oficiales chilenos muertos en la batalla de La Concepción, que ahora descansaban en esa cripta.

Pasado un par de minutos subió y recorrió la catedral en forma inversa. No pudo evitar detenerse a mirar los peculiares baldosines del suelo y se entretuvo identificando los dos juegos básicos de ellos. El primero y más abundante estaba compuesto por una suerte de cuadrados que encerraban una cruz de ocho puntas, y donde cada una de ellas iba alternando de colores: la cruz exterior era gris y encerraba a una cruz negra. Después de esta venía una blanca, luego otra negra, otra blanca y, finalmente, el centro era gris. A su vez, la cruz estaba encerrada en cuadrados negros y grises. Cada varios metros, en tanto, alternaba con un segundo juego de baldosas que mostraban un círculo que tenía cuatro círculos pequeños cada noventa grados, y que adentro encerraban una suerte de flor, de disposición semejante a la de la rosa de los vientos, compuesta por un centro gris del cual salían cuatro pétalos grises y largos, separados el uno de los otros por dos pétalos pequeños y negros.

La relación parecía simple: seis, ocho y diez. Seis flores en la puerta, ocho en algunas partes del suelo y diez en otras partes, todo intercalado en tres colores. Estaba abstraído mirando el suelo cuando sintió que alguien le tocaba el hombro. Por fin. Era Dante.

Capítulo 26

Transcripción textual de la declaración de Horst Hess (continuación).

Estimo que avanzamos unos cincuenta metros cuando delante nuestro apareció una puerta forjada en fierro, muy oxidada, sellada al parecer desde el otro lado y empotrada en medio de una pared de roca sólida, donde terminaba el túnel. Para serles franco, parecía un obstáculo insalvable, pero una vez más Röehlicht mostró su pasta. Con una linterna revisó todos los contornos, hasta que encontró las bisagras a un lado y la cerradura al otro. Aunque la puerta se abría en dirección hacia donde estábamos, nos hizo trabajar cerca de media hora, corrompiendo la roca en la zona de las bisagras y de la cerradura, hasta que estas quedaron a la vista. Röehlicht nos ordenó avanzar hacia atrás y cubrirnos lo mejor que pudiéramos la boca y la nariz. Luego, desde un bolso que portaba, extrajo una botella con ácido sulfúrico mezclado con algo que no recuerdo, y comenzó a aplicarlo en las bisagras y la zona del cerrojo. Casi me desmayé con el olor. Al cabo de unos quince minutos ambas bisagras habían cedido, lo mismo que el lugar donde por el otro lado se aplicaba la llave, y bastó tirar un poco la puerta para que esta se derrumbara en dirección hacia nosotros, casi aplastando a Bachmann. Ante nosotros apareció una bóveda enorme, o al menos eso fue lo que nos pareció, pero una vez que nuestros ojos se adaptaron un poco a la luz nos dimos cuenta de que estábamos en una catacumba clásica, al estilo de las romanas, con enormes arcos ojivales y crismones por todos lados. Al centro había una especie de altar, una suerte de mesa de piedra de grandes dimensiones, qué sé yo, de unos dos metros de

largo por uno de ancho y uno de alto. Sobre eso, adivinen: un ataúd de madera, corrompido por el paso del tiempo. El corazón me palpitó a toda velocidad cuando lo vi y a los demás les pasó lo mismo. Todos apuntamos nuestras linternas en forma instintiva hacia el cajón, que parecía estar a punto de desarmarse, y el corazón se me estremeció al ver lo que vimos sobre la tapa del ataúd: el símbolo rosacruz. Sí, allí estaba lo indesmentible: una evidencia de que los rosacruces estaban ya en este país en mil seiscientos y tanto y no solo que estuvieron, sino que tenían algún nivel de influencia que aparentemente nadie sospechaba, pero a mí ello no me causa extrañeza. A diferencia de los francmasones, que pintan sus símbolos afuera de sus templos y en algunos países incluso desfilan por las calles con sus paramentos, la clave del éxito de los rosacruces es negar que son rosacruces. Un rosacruz que diga que es tal, sépanlo, es cualquier cosa menos un rosacruz original, un seguidor de la doctrina de Cristian Rosenkreutz. Aunque, claro, una cosa es que ellos no lo digan y otra muy distinta es que sí se preocupan de dejar su símbolo marcado en lugares clave para ellos. Y, les insisto, sé que el señor Prat aquí presente entiende muy bien de qué estoy hablando; pero tú, Sandra, seguramente no lo conoces, así es que valga una breve explicación acerca de los rosacruces. De lo contrario quizá no vayas a entender mucho de lo que sigue, aunque quisiera descansar un poco y tal vez beber algo de esa agua que el cura aquel dejó allí, esa misma. Gracias. Muy bien, continuaré. En todo caso, bastará con decir que los rosacruces, o los diferentes grupos que en algún momento se han declarado sus herederos, como los vilipendiados Iluminados de Baviera, se han infiltrado desde hace siglos en la Iglesia católica y la han dirigido en muchos momentos de su historia. Y no, señor Prat, no me haga mohines con la cara ni se queje: ese símbolo rosacruz que encontramos tallado sobre el ataúd de Catalina de los Ríos y Lisperguer es exactamente el mismo símbolo formado por una cruz y un rosal enredado en ella que se encuentra en las tres puertas derechas de la catedral metropolitana de Santiago. La doctrina

rosacruz está contenida en unos misteriosos libros que fueron publicados a mediados de la década de 1610 en Europa: *Fama Fraternitates, Confessio Fraternitatis* y *Las bodas alquímicas de Cristian Rosenkreutz*, textos que pronto llegaron a América Latina y que, en todo caso, circulaban desde 1590 al menos en Europa, en forma de manuscritos. Esa era una época muy especial, algo que no se puede perder de vista: mientras la Inquisición galopaba a paso firme por todos los dominios españoles, como Chile, junto con los movimientos reformistas protestantes surgían grupos de orden esotérico en distintos países, que comenzaban a perderle el miedo a la Santa Iglesia Católica y se atrevían a escudriñar en doctrinas heréticas y olvidadas. Entre ellos estaban los albigenses o cátaros, por ejemplo, así como el maniqueísmo, el zoroastrismo y las doctrinas herméticas basadas en las supuestas enseñanzas de Hermes Trimegisto, como las que sigue la gente de La Cofradía. También eran tiempos interesantes en Inglaterra, donde algunas antiguas logias de constructores medievales comenzaban de a poco a organizarse y dejaban de ser «operativas»; es decir, conformadas únicamente por artesanos y constructores, para ser «especulativas», abriendo de ese modo su membresía a personas que nada tenían que ver con dichos oficios, penetrando en círculos académicos y científicos, como la Royal Society. Fue en medio de todo eso cuando aparecieron las doctrinas rosacruces, cuyos adeptos eran a ojos de la Iglesia católica unos verdaderos herejes que criticaban duramente el papado y también a los musulmanes, acusándolos de degenerar las enseñanzas originales de Dios. Para los católicos, en tanto, el rosacrucismo era una invención protestante, un caballo de Troya destinado a minar la influencia de la Iglesia católica en las sombras, mientras Lutero lo hacía a plena vista de todos. Para ello se basaban en la idea nunca probada de que los libros clave de los rosacruces habrían sido escritos por un tal Johan Valentin Andrae, un alemán que era seguidor acérrimo de Lutero. En todo caso, les recalco que nunca se ha probado que haya sido Andrae el autor de los libros, pues no existe constancia alguna de quién los redactó. La historia

oficial oculta estos hechos, pero en agosto de 1623 París amaneció prácticamente empapelado con una proclama en la cual los rosacruces decían salir de las sombras para sacar a los hombres de su «error mortal», aunque nunca se aclaró a cuál de todos los errores mortales de los humanos se referían… Se inició todo tipo de investigaciones y nunca se dio con un solo rosacruz, debido a que no solo captan a los mejores cerebros que tiene el mundo, sino que además, como ya se los decía, actúan en silencio absoluto. Suelen romperlo de un modo u otro, no necesariamente en forma pública, cada ciento veinte años. Ahora bien, déjenme explicarles que hacia el siglo XIV ya existían informaciones respecto de un grupo de ocho sabios que tenían como su símbolo la rosa y la cruz. Ellos supuestamente habían sido agrupados en esta hermandad por el famoso Rosenkreutz, hombre que habría nacido en 1378, que a los dieciséis años viajó a Oriente Medio en busca de sabiduría y que, luego de pasar por diversos países, llegó a una extraña y desconocida ciudad de Arabia llamada Damkar, donde recibió algún tipo de enseñanza superior en todo tipo de ciencias. Allí también habría traducido al latín un misterioso libro llamado *El libro T*, un manuscrito que se cree contendría todo el saber del mundo. Por supuesto, ello es evidentemente una leyenda, lo mismo que lo mencionado en los libros rosacruces acerca de que Rosenkreutz habría vivido ciento ocho años, edad casi imposible en aquellas centurias. Sea como fuere, el hecho es que este Rosenkreutz o alguien más que utilizaba ese nombre, efectivamente presidió un grupo secreto llamado Rosacruz, que estaba obsesionado con la muerte. Siguiendo tradiciones egipcias, no solo sepultaban los cuerpos, sino que junto a ellos depositaban las posesiones valiosas del fallecido, especialmente sus libros, y esto ténganlo muy en cuenta en función de lo que estoy relatando acerca de la tumba de la Quintrala… Ah, y los rosacruces, es necesario decirlo, eran una suerte de hombres de Iglesia, adoradores de Jesucristo. De ahí el símbolo de la cruz, pero a la vez usaban como su otro signo característico la rosa, símbolo hermético por excelencia para el

Islam, pero que para muchos cristianos es la sangre de Cristo. Es difícil hablar de algo que no se conoce en detalle, pero es un hecho que los rosacruces practicaban una serie de rituales paganos y eso fue lo que nos encontramos esa madrugada, aunque no fue la única sorpresa…

Capítulo 27

Dante era un hombre que rozaba los setenta años, aunque se veía más joven. De estatura mediana, nariz aguileña, pelo y bigote entrecanos, anteojos de montura de carey y una gruesa chaqueta de *tweed*, parecía el profesor universitario de alguna cátedra liberal, más que un exagente de los servicios represivos de Pinochet. Quizá lo único que denotaba su pasado militar era una forma de caminar un tanto mecánica, como si estuviera marchando. No obstante, su forma de hablar y los temas que le interesaban distaban mucho de lo castrense.

—Es interesante el juego de simbolismos que hay en esta catedral —le dijo al prefecto, antes incluso de que este lo saludara.

—En realidad, es muy llamativo, aunque no entiendo la significación real de todo esto —respondió el prefecto, mostrando las baldosas con el pie.

—Mire, Yáñez, alguna vez tuve contacto con la gente de La Cofradía y para ellos todo tenía un significado numérico —acotó Dante.

—Claro, uno puede esperar eso de esta gente, pero esto… se supone que este es un templo católico.

—Lo que pasa es que muchos se olvidan de que el cristianismo, en sus inicios, fue una secta profundamente esotérica, y eso no se perdió sino hasta hace muy poco. Desconozco el detalle exacto de por qué existen esas secuencias en esta catedral, pero es un hecho que, como sucedió en Europa, especialmente en Francia, las catedrales eran levantadas por las fraternidades de artesanos.

—Los masones —acotó el prefecto, extendiendo la conversación. Ya sabía, por su experiencia de años con Dante, que el exmilitar era un hombre al cual le gustaba conversar sobre los temas que le obsesionaban y al cual había que dejar que hablara por largos minutos antes de comenzar a pedirle información.

—Los mismos —respondió el ex CNI— que se dedicaron a dejar mensajes raros en todas partes, símbolos que nadie puede determinar qué son, aunque no solo fueron ellos quienes metieron mano aquí. Este edificio siempre se le atribuye a Joaquín Toesca, que efectivamente fue el arquitecto principal, pero el diseño inicial de esta catedral lo hicieron dos jesuitas bávaros: Pedro Vogl y Juan Hagen, de quien se decía que era «el mejor arquitecto de las Indias». Si no me equivoco, Vogl llegó a Chile hacia 1725, mientras que Hagen arribó unos treinta años después. Fueron ellos quienes hicieron el diseño de este edificio, dos veces más grande que el original. Alguna vez vi los planos de ellos y aunque uno no lo pueda notar a simple vista, la catedral está construida sobre una serie de triángulos equiláteros, simetrías que obsesionaban a ambos arquitectos, que a su vez eran seguidores de un sabio jesuita alemán, Atanasius Kircher. Él vivió un siglo antes y tuvo una profunda relación con Chile, pues fue muy amigo de otro sabio jesuita, Alonso de Ovalle, el autor de la *Histórica relación del Reyno de Chile* —declamó, mientras el prefecto ponía cara de interés.

—Se supone que el triángulo es el símbolo de los masones. ¿Usted cree que estos sean mensajes masónicos ocultos? ¿De los jesuitas?

—No tengo cómo saberlo ni quiero especular. Son conocidos los paralelos que muchos plantean entre la Compañía de Jesús, el nombre oficial de los jesuitas, y la orden masónica, en cuanto a su influencia en la educación, la cultura y la política, así como en la mantención de determinados secretos. Pero que haya jesuitas masones no me consta, aunque la historia está llena de sacerdotes, obispos, cardenales y entiendo que incluso papas han sido masones. Sin ir más lejos, el cura Camilo Henríquez, el hombre que fundó el

primer periódico de este país, *La Aurora de Chile*, era masón. Si usted visita su tumba en el Cementerio General de Santiago verá que en ella no hay ni una sola cruz, cosa curiosa para la tumba de un sacerdote. Por el contrario, posee un obelisco, una columna elevada hacia el cielo, símbolo masónico por antonomasia.

Yáñez lo interrumpió para preguntarle algo que se le pasó por la mente en ese momento.

—Sabía que la columna era un símbolo masónico, pero no había hecho esa relación. En Santiago, en la plazoleta que está frente al mercado municipal hay un homenaje a las glorias navales de Chile que también es una especie de obelisco. ¿Indica eso que Arturo Prat fue masón? —le preguntó, recordando nuevamente el libro de Baradit y el capítulo sobre la inclinación del héroe naval hacia el espiritismo.

—Hay distintas versiones al respecto. Se sabe que Prat fue un hombre muy católico, que cultivó el espiritismo, como seguramente usted ha leído, y como lo hizo mucha gente a fines del siglo XIX. También se sabe que Prat, además, fue espía chileno en Argentina. Sobre su pertenencia a la masonería existen versiones contrapuestas, pero lo que es claro es que Miguel Grau, el comandante del *Huáscar*, sí era masón. Ahora bien, ese obelisco que usted señala no me parece tan claro que posea alguna referencia masónica, como sí me lo parece el monumento a Prat en la plaza Sotomayor de Valparaíso. Si tiene la ocasión de viajar allá en algún momento, fíjese que Prat está de pie sobre lo que es un templo al estilo del de Salomón: un techo triangular sostenido sobre dos pilares, como los que hay en cualquier templo masónico. Si nunca ha entrado a alguno, basta que los vea en internet.

—El triángulo entonces es un símbolo masónico en cualquier contexto —concluyó el detective. Su interlocutor resopló un poco, como si le estuviera explicando a un niño, pero en realidad estaba fascinado de tener a alguien que le escuchara.

—Lo que pasa es que uno puede atribuir cualquier cosa a quien sea, pero no todo es muy claro. Para serle franco, la única vez que

he visto en Chile el triángulo con el famoso «ojo que todo lo ve» es en una escuela católica, el colegio Juana Ross de Edwards, que queda en el inicio mismo de Valparaíso, al principio de avenida José Santos Ossa, donde parte el plano del puerto. Es un edificio blanco, de formas señoriales, cuyo acceso tiene forma de templo, con cuatro columnas que sostienen un techo y un friso muy destacado que muestra un ojo encerrado por un triángulo. Del ojo salen multiplicidad de rayos. Más abajo está grabada la sigla «D. O. M.».

—Claro, he visto ese edificio, es muy curioso. ¿Esa sigla es masónica también?

—Para nada. Es la sigla de las palabras en latín «Deo Optimo Maximo»; es decir, Dios Todopoderoso.

—Ah, nada que ver con el Gran Arquitecto del Universo que adoran los masones.

—Quizá sí, prefecto. Los masones no adoran a un dios en particular, pues tienen una cierta libertad para creer en lo que quieran. De hecho, la mayoría de los masones son, en este país, gente muy católica, que adora al Dios católico; mientras que en los países protestantes, casi todos los masones profesan, precisamente, ese credo. «El Gran Arquitecto del Universo» es la fórmula ecuménica que los masones encontraron a fin de no pelear entre ellos. Es una forma de llamar al dios que cada uno de ellos profesa, sea Yahvé, Alá, Thor o el Big Bang, sin que nadie se pelee. Es más: en las constituciones de Anderson; es decir, uno de los documentos fundacionales de la masonería, se prohíbe el ateísmo. Si no me equivoco, allí se señala que los masones no pueden ser unos «estúpidos ateos». Las cuatro logias que se reunieron en Londres en 1717 y fundaron la masonería moderna, eran profundamente religiosas.

—¿Y de dónde aparecieron entonces las peleas con los católicos? Entiendo que ser masón es causal inmediata de excomunión para un católico.

—¿De verdad quiere escuchar esa historia? —preguntó Dante con una suerte de fastidio, aunque ciertamente esperaba que el prefecto

le dijera que sí. Y claro, este asintió con la cabeza.

Dante comenzó a explicar.

—Imagino que usted ha escuchado muchas veces sobre los templarios y todo eso, claro que sí. Pues bien, solo como introducción, déjeme contarle que esos señores, que se organizaron como una especie de orden militar y religiosa, tenían como fin el expulsar a los moros de la Tierra Santa, para lo cual tuvieron una importante participación en las Cruzadas. Durante siglos estuvieron moviéndose desde Oriente a Occidente y viceversa, quedando durante un buen tiempo como custodios del templo de Jerusalén, lugar donde se supone que se encontraba originalmente el fabuloso templo de Salomón que, como sabrá, es parte importante de las leyendas y los ritos masónicos. A todo esto, por eso se llamaban «templarios», porque era la orden del templo, la Orden del Temple.

—No tenía idea. Si bien tengo varios amigos masones, nunca me han contado sus historias.

—Yo lo haré, pierda cuidado. Hay muchas teorías acerca de cómo los templarios llegaron a convertirse en la multinacional más rica del mundo y una de ellas es que habrían encontrado el Tesoro de Salomón. Otra es que habrían dado con algunos tesoros de origen musulmán. Hay quienes les atribuyen, como también a los cátaros, el hallazgo de determinadas reliquias sagradas, como el cáliz que habría contenido la sangre de Cristo, etc., pero eso no es algo comprobado. Lo que sí es claro es que fueron los caballeros del Temple, con sus continuos desplazamientos entre Tierra Santa y Europa, quienes diseñaron un sistema que les evitara perder mucho dinero cada vez que eran asaltados en medio de esos traslados. De ese modo nació el cheque y así fue como ellos se convirtieron en el primer banco de la historia. Un templario que debía trasladar dinero a Francia, por ejemplo, recibía un documento al portador en Jerusalén y luego, en Lyon o en Milán, iba a la sede local del Temple y le entregaban el dinero allí señalado, a cambio de una pequeña comisión.

—Diablos —exclamó el prefecto, intrigado por la explicación.

—En fin, en un par de siglos se convirtieron en la orden más rica del globo y comenzaron a financiar gobiernos. Uno de ellos fue el de Felipe el Hermoso, el rey de Francia que en 1307 decidió eliminarlos de la faz del planeta. Igual que en las especulaciones respecto del origen de la fortuna del Temple, sobre la decisión de Felipe hay miles de versiones acerca de su motivación, pero la más probable, creo, es que sencillamente quiso deshacerse de sus principales acreedores y, de paso, quedarse con sus bienes.

—Ojalá se pudiera hacer eso con un par de bancos actuales —bromeó el policía, mirando de reojo a un nuevo grupo de turistas que pasaba por detrás de donde ellos se encontraban.

—Sería espectacular. Y si dependiera de mí, coincido con usted y haría con los directores y gerentes de los bancos lo mismo que hizo Felipe: armó una hoguera pública en la plaza de París y los quemó a todos, incluyendo al Gran Maestre de la Orden del Temple, Jacques de Molay. Cuando estaba siendo inmolado se produjo un breve incidente que ha dado lugar a que corra la imaginación de muchos hasta hoy en día. En medio de la multitud, alguien gritó «Jacques de Molay, serás vengado», lo que constituía un abierto desafío al rey. Por supuesto, los guardias trataron de encontrar al valiente que había gritado, pero no lo descubrieron. De momento dejaré la historia del Temple hasta ahí, pero solo le agregaré un dato adicional: cuatrocientos sesenta años más tarde, en 1767, ocurrió algo semejante con otra orden católica, aunque esa vez el asunto no fue tan sanguinario.

—¿Los jesuitas? —preguntó el prefecto.

—Los mismos. En 1767, el entonces rey de España ordenó su disolución y la expulsión de todos sus miembros de cualquier parte de la corona española donde se encontrasen. Es por eso, entre otras cosas, que no fueron los jesuitas quienes terminaron la construcción de este magnífico edificio en el cual nos encontramos. Todos quienes integraban la Compañía de Jesús fueron confinados y expulsados del país en un barco, el que los dejó en Italia, el único país que los acogió —precisó.

—El exilio —comentó el policía. Dante asintió con la cabeza.

—Sigamos entonces. Cincuenta años antes de la expulsión de los jesuitas se formó la Gran Logia de Londres, una reunión de cuatro logias de masones que decidieron darse una estructura administrativa y que se juntaron la noche de san Juan de ese año, en una posada ubicada detrás de la catedral anglicana de Saint Paul, en la catedral británica. Muy rápidamente los masones se expandieron por toda Europa y particularmente por Francia. Uno de los impulsores de la masonería allí fue un señor llamado Andrew Michael Ramsay, un británico que se fue al continente por razones políticas y quien hacia 1737 pronunció un famoso discurso en una logia de París, en el cual aseguró varias cosas controversiales que se conocieron debido a que había espías en la logia. Una de ellas fue que el rey Salomón había escrito un libro en código con las normas de la masonería, el cual se había perdido tras la primera destrucción del templo, que fue arrasado varias veces, en medio de distintas guerras.

—Entonces, la masonería sería un invento hebreo —razonó el prefecto.

—Claro, de ahí deviene la idea de la conspiración judeo-masónica, pero el bueno de Ramsay no solo creó ese concepto, sin saberlo, sino varios más. ¿Se acuerda de que recién le contaba sobre las leyendas relativas a los supuestos tesoros encontrados por los templarios en el templo de Salomón? Según Ramsay, estos habían hallado ahí un libro perdido de las reglas de la masonería.

—Ergo, los templarios serían los «herederos» de los masones —dijo Yáñez, dibujando las comillas en el aire.

—Claro. Comprenderá usted que al Papa de la época, Clemente V, eso no le cayó nada de bien. Como tampoco le gustó que Ramsay hablara de los cruzados como «nuestros ancestros» ni que asegurara que los toques y palabras secretas que usan los masones para reconocerse como tales se los adjudicara a los templarios. En todo caso, Ramsay no se andaba con chicas: según

él, la masonería era mucho más antigua que todo eso y se remontaba a la época de los egipcios y los fenicios.

—Interesante.

—Y eso no es todo, señor Yáñez. Ramsay también dijo que luego de la disolución de la Orden del Temple, los templarios sobrevivientes fundaron varias logias en Alemania, Italia, España, Francia y Escocia. Por cierto, hay historiadores que incluso dudan que Ramsay hubiera dicho todo esto alguna vez en una logia. Debido a distintos conflictos políticos, el rey de Francia estaba bastante incómodo con los masones ingleses de tendencia jacobita, como Ramsay. La cosa es que su texto desató una investigación policial que culminó con el allanamiento de todas las logias, la incautación de sus documentos, la detención de varios masones, aunque curiosamente no Ramsay, y el envío de todo lo encontrado al Vaticano, incluyendo el discurso. Todo esto finalizó con la consabida bula, dictada en 1738, *In eminenti apostolatus specula*, pronunciada por el papa Clemente V, que prohibió a los católicos integrarse a la francmasonería, bajo pena de excomunión. Luego de la promulgación de la bula, el discurso de Ramsay fue quemado en público en la plaza de San Pedro.

—O sea, fue una pésima idea el atribuirse algún vínculo con los templarios, que me imagino seguían prohibidos.

—Eso es cierto, pero la realidad es que aun cuando faltaban treinta años para que Carlos III ordenara la supresión de la Compañía de Jesús en España, dicha orden ya se había convertido en un compañero incómodo para el Vaticano. Incluso, a Ramsay no lo acusaban de ser una reencarnación de los templarios, sino un agente jesuita, pues el papado sospechaba que la masonería era una suerte de organismo de fachada de los jesuitas. La disolución de la orden, en todo caso, se fundamenta en una investigación realizada en Madrid por una policía semejante a la suya, llamada «La pesquisa secreta», que atribuyó a los jesuitas la organización del llamado «motín de Esquilache». Este fue un alzamiento popular que se produjo en la capital de España debido a un decreto de

Esquilache, el ministro del Interior de Carlos III, que ante el aumento de la delincuencia prohibió el uso de sombreros, capas y cualquier tipo de ropas que encubrieran el rostro.

—Es lo mismo que intentó hacer el gobierno de Piñera en contra de los encapuchados —se rio el policía.

—Parecido, pero en Madrid terminó muy mal. Hubo demasiados muertos y eso dio la excusa perfecta a los detractores de los jesuitas para acusarlos de ser incitadores de la violencia. Como todo es relativo, muchos jesuitas sostienen hasta hoy que en realidad fueron los masones quienes armaron el complot en contra de ellos, dado que se dice que Esquilache era masón…

—La conspiración es infinita… —comentó el policía con algo de sorna, recordando el eslogan de un viejo canal de televisión argentino.

—Nunca sabremos cómo fue, así como nunca sabremos cómo los arquitectos que levantaron ese colegio religioso en Valparaíso, el liceo Juan Ross de Edwards, convencieron a las monjas, o a quien fuera, de que ese ojo gigante era un inofensivo símbolo católico.

Capítulo 28

Transcripción textual de la declaración de Horst Hess (continuación).

Pues bien, allí estábamos esa madrugada y Sylvester, que era arqueólogo, se excitó como un perro en celo al ver el ataúd, por lo cual caminó en forma recta hacia el cajón, pero Röehlicht se le adelantó y lo contuvo en forma violenta, diría yo. Heinrich trató de argumentar, exigiendo a Röehlicht que lo dejara examinar el ataúd y el cadáver, pero este se llevó la mano a la sobaquera, donde estaba la pistola Colt que siempre portaba desde que estábamos en Chile. Yo pensé en tomar la mía, presintiendo una balacera, pero me di cuenta de que sería absurdo. Ni yo ni los demás; es decir, Ludwig, Sylvester y Bachmann, sabíamos sobre armas más que lo que nos habían enseñado en cuatro clases en un polígono de tiro en Hamburgo. No obstante, reaccionó de un modo que yo no esperaba. «Lee esto en voz alta», me ordenó, avanzando hacia mí y alargando un sobre. Al ver el lacrado reconocí de inmediato el sello personal que usaba Himmler, el mismo que venía en el sobre que él personalmente nos había enviado a cada uno de nosotros con una copia de la foto que nos habíamos tomado con él. El texto era muy breve y decía que Röehlicht estaba a cargo y debíamos seguir al pie de la letra las instrucciones que él nos entregaría. Al final estaba la firma del mismísimo Himmler. Ludwig intentó alegar y dijo que quizá era una falsificación, pero en el momento en que pronunció esa palabra nos dimos cuenta de inmediato de lo que podía pasar, pues Röehlicht esta vez sí sacó la pistola y le apuntó. Con mucha frialdad le dijo que él era un soldado de la patria, que entendía el valor

profesional que eso tenía para nosotros, pero que lo que estábamos haciendo se encontraba por sobre cualquier consideración. Además, explicó que nosotros no habíamos sido elegidos por azar: junto a Sylvester, que era arqueólogo como ya he dicho, estaba yo, especialista en filología y lenguas muertas; Bachmann, experto en pintura medieval, y Ludwig, biólogo y matemático. «Todos ustedes tendrán mucho trabajo a partir de este momento», nos explicó, guardando la pistola. Sin aún decirnos de qué se trataba el asunto, ordenó que abriéramos el ataúd. Se trataba de una madera como el roble, muy gruesa, pintada de negro al parecer, u oscurecida con el paso del tiempo, aunque no lo podría decir bien porque las linternas que llevábamos arrojaban una luz muy tenue. Pese a lo carcomido que se veía por fuera el ataúd, la tapa estaba realmente bien clavada, como si quienes enterraron a esa bruja quisieran asegurarse por todos los medios de que no fuera a resucitar. Cuando finalmente logramos desclavar completa la tapa, la movimos a duras penas, pues era muy pesada; apenas alumbramos… no pude creer lo que veía: un cadáver perfectamente momificado, tanto que parecía real. No me pregunten cómo lo hicieron ni por qué, pues esa no era una costumbre especialmente difundida en el Chile del 1600, pero ante nosotros se encontraba una perfecta mujer germana, de unos cincuenta años, en tan buen estado de conservación que parecía viva. Tal como las historias que habíamos leído sobre ella, tenía un largo pelo cobrizo y rasgos típicamente alemanes. No sé el color de los ojos, pues los tenía cerrados, pero allí estaban la nariz respingada, el mentón pequeño, las orejas pequeñas y el cuello largo, según se podía adivinar en medio de la mortaja. Arqueológicamente se trataba de un hallazgo sin par. Sylvester me contó mucho después que durante un buen rato estuvo dándose valor a sí mismo para pegarle un balazo en la nuca a Röehlicht, a fin de sacar de allí ese cadáver y llevarlo a un museo. Pero finalmente no lo hizo por una sola razón: no estaba seguro de cuántos más éramos agentes de inteligencia posando como académicos, como ese hijo de puta de Röehlicht.

Capítulo 29

—Dado que la masonería chilena se fundó oficialmente en Valparaíso, mucha gente tiende a pensar que la Gran Logia de Chile se encuentra en ese edificio que le comentaba, el que tiene «el ojo que todo lo ve». En realidad, la Gran Logia chilena está en pleno centro de Santiago, en calle Marcoleta. En Valparaíso estuvieron hasta el terremoto de 1906, aunque no deja de ser llamativo que una de las primeras cosas que uno vea cuando entra al puerto principal de Chile sea ese símbolo precisamente —explicaba Dante al prefecto Yáñez, en relación al llamativo símbolo que se encuentra en el puerto.

—¿Y desde cuándo están los masones en Chile? —preguntó el prefecto.

—Prácticamente desde el mismo momento en que nació la República. Muchos ingleses y europeos que viajaban a América Latina comenzaron a desperdigar sus doctrinas, aunque las logias en Chile comenzaron a fundarse más de un siglo después de la creación de la masonería como tal en Londres.

—Claro, O'Higgins, por ejemplo. Eso es conocido.

—La verdad es que hay varias dudas sobre la pertenencia de O'Higgins a la masonería regular. Es un hecho que perteneció a las logias lautarinas, asociaciones secretas formadas por masones para actuar en política, pero sobre lo otro no hay total claridad, salvo el hecho de que en 1832 O'Higgins se quejara en uno de sus escritos de ser perseguido por los masones. Y sé que eso lo va a asombrar, pero quien indudablemente fue masón fue su gran enemigo, José

Miguel Carrera, quien se inició en una logia en Washington, Estados Unidos, en 1816.

—Jamás me lo habría imaginado.

—Pocos lo saben, pero ese es un hecho que el propio Carrera cuenta con detalle en sus memorias. En fin. Respondiendo a sus preguntas, se entiende que la primera logia que comenzó a funcionar en Chile fue una llamada «Filantropía Chilena», que habría sido fundada en Santiago en 1827 por el entonces expresidente Manuel Blanco Encalada. En 1851 vendría la fundación en Valparaíso, por parte de franceses, de la logia «*L'Etoile du Pacifique*». Luego apareció una logia de origen británico y en 1853 se fundó la logia «Unión Fraternal», la primera logia formalmente «chilena». En Concepción, hacia 1856, dieron inicio a la logia «Estrella del Sur» y seis años después, finalmente se creó la Gran Logia de Chile, con dos logias de Valparaíso, la de Concepción y otra de Copiapó.

—Guau. Mensajes ocultos por todos lados —exclamó el prefecto, ya sin saber qué decir y buscando cortar la conversación para poder llegar a lo que realmente le interesaba. El efecto fue el contrario, ya que Dante pareció entusiasmarse.

—¡Claro! Supongo que alguna vez ha visto el símbolo rosacruz que hay afuera de la catedral, ¿no? Pues bien, hay mensajes ocultos en todas partes. Creo que para muchos es irresistible la idea de dejar algún mensaje críptico que quizá solo ellos o algunos elegidos pueden entender. ¿Conoce el mural de la pinacoteca de la Universidad de Concepción?

—Por supuesto, todo el mundo lo conoce.

—Déjeme que le cuente sobre eso. Ese mural fue pintado como una donación que hizo el gobierno mexicano a Chile, luego del terremoto de 1960. Mucha gente se confunde pensando que el jefe de los muralistas fue David Alfaro Siqueiros, pero no, él trabajó en un mural que se pintó en Chillán. El jefe de la misión de los muralistas en Concepción fue Jorge González Camarena, que

durante varios meses dirigió a un grupo de chilenos y mexicanos que pintaron el mural, que se llama *Presencia de América Latina*.

—Lo visité un par de veces. Es impresionante. Tiene unas palabras de Pablo Neruda en la parte de arriba —concedió el jefe de Inteligencia.

—Exacto. Pues bien, nadie sabe quién pintó en ese enorme mural, en un lugar casi invisible a simple vista, una pequeña y extraña inscripción que se encuentra al lado derecho, en una zona de tonos azulinos y grises, que muestra una especie de zigurat de bloques de piedra que se entrelaza con la bandera argentina —le dijo.

Según su explicación, orientada hacia la derecha de ese sector, había una figura con la forma de un típico escudo de armas, con la parte inferior redondeada en vértice y la superior con tres borlas. Inmediatamente debajo de ellas se veía lo que parecía ser una letra «x», sobre la cual se encontraba un ángulo recto. Al costado derecho de este extraño signo había dos letras entrelazadas, que podrían ser una «F» o una «A», cruzadas con una «B».

—Hace poco estuve allá. Mire —dijo Dante, sacando de su bolsillo un teléfono en el cual empezó a hurgar, hasta que encontró la imagen que buscaba:



—Muy extraño —acotó el prefecto, que ya estaba empezando a impacientarse con la historia, por interesante que le pareciera, pero su interlocutor no parecía tener mucha prisa.

—Debajo, en el vértice del escudo, se aprecia una figura sin forma definida. Respecto de las letras, más de alguien las ha vinculado con la masonería o algún grupo semejante, pero no parece haber una correspondencia exacta entre el símbolo masónico más común (dos ángulos rectos que se cruzan, representando la escuadra y el compás) y el dibujo, ni tampoco con las letras —explicó, metiéndose ahora al navegador de su teléfono, cuya pantalla volvió a mostrar a Yáñez:

—Muy interesante, muy interesante. Usted debería pensar en escribir un libro, para que no se desperdicien todos estos conocimientos —respondió el prefecto buscando apurarlo, pero nuevamente su interlocutor se vio sobrepasado por la emoción.

—¡En eso mismo estoy! He viajado por todo Chile investigando sus misterios, y tengo una gran cantidad de enigmas interesantísimos que mostrar al mundo. De hecho, uno de los más atractivos tiene que ver con una suerte de eje del poder que atraviesa Santiago, zonas que para ciertas civilizaciones poseían una suerte de imán, una fuerza, una potencia oculta. Las antiguas civilizaciones del centro y norte de Europa las llamaban líneas «Ley» y por lo general se encuentran distribuidas en torno a grandes construcciones religiosas, como esta, por ejemplo. ¿Se ha fijado, Yáñez, en que todos los edificios importantes de Santiago, los centros del poder espiritual y político, se encuentran en una sola parte, alineados de norte a sur?

—¿De qué me habla? No entiendo.

—Es muy simple. Sobre Santiago hay una línea «Ley», una potencia oculta que afecta a todos, como las que los nazis creían que atravesaban determinadas zonas de Europa. Los incas lo sabían y por eso construyeron el camino del Inca sobre ella. ¿Sabía usted que el famoso camino terminaba en lo que hoy es calle Independencia y que se proyectaba al otro lado del Mapocho, por entre las calles San Antonio y San Diego, aproximadamente? ¿No?

—Sinceramente, no capto hacia dónde va todo esto, Dante.

—Es muy simple. Fíjese que los españoles construyeron sus grandes templos en todo ese eje: desde el otro lado, en el antiguo barrio de La Chimba, lo que hoy es Recoleta, a los pies de un cerro sagrado de los incas, el cerro Blanco, está la Recoleta Dominica. Más allá, en Independencia llegando al Mapocho, se encuentra ese monumento al paganismo que es la iglesia del Niño Jesús de Praga. Pasemos el Mapocho y veamos qué nos encontramos de norte a sur: el Cuartel General de su Policía, la Fiscalía Nacional, el ex Congreso, la Corte Suprema, el palacio de La Moneda, los edificios de las Fuerzas Armadas y más y más templos enormes: la iglesia de Santo Domingo, la Catedral Metropolitana, la basílica de La Merced, la basílica del Salvador, la iglesia de San Agustín, la de San Francisco, ya en el lado sur de la Alameda, al ladito de donde esta mañana actuaron mis excompañeros. ¿Y sabe dónde se cree que terminaba definitivamente el camino del Inca? Donde hoy se ubica el cruce de Santa Isabel con Arturo Prat, el mismo sitio donde se alza el templo más extravagante de todos, la basílica de los Sacramentinos. ¿No lo entiende? Lo que le estoy diciendo es que así como sucedía con las grandes catedrales francesas, que estaban todas ubicadas en función de determinadas orientaciones astrológicas, aquí pasa lo mismo. Todo lo que tiene que ver con el poder espiritual de Chile y también con el secular se concentra en unas cuantas cuadras, que parten en el Cerro Blanco y terminan a este lado del Mapocho, a un kilómetro más o menos de la Alameda. Los españoles no escogieron esa ubicación por casualidad, ni los incas y quién sabe quién más —declamó.

Yáñez no supo cómo reaccionar. Dante siempre había sido un hombre disperso, pero ahora parecía fuera de sí. Pensó en rebatirlo, en decirle que era lógico que todo estuviera allí porque ese era el centro de la ciudad. Que eso pasaba en todas las ciudades de Chile y prácticamente de América Latina, pero se contuvo, pues si Dante no había perdido completamente la razón, aún necesitaba que lo ayudara.

No obstante, no alcanzó a decirle nada, pues justo cuando lo iba a hacer pasó por el lado de ellos el mismo argentino exaltado de unos minutos antes, que ahora deambulaba solo por la catedral, separado del grupo inicial. Yáñez percibió que algo malo estaba ocurriendo al verlo tan cerca de ellos, e instintivamente se puso la mano sobre el arma.

Cuando vio un frasco en la mano del argentino, apuntando el aspersor en dirección a Dante, no lo pensó ni un instante, pero en la milésima de segundo que le tomó sacar el seguro de su Browning de nueve milímetros y apretar el gatillo, el desconocido hizo lo mismo con el del modesto rociador de vidrio que llevaba, desde el cual saltó un chorro de líquido transparente que cayó directo sobre los ojos y nariz del exmilitar.

Un par de gotas cayeron también sobre el prefecto y este sintió de inmediato que sus piernas flaqueaban. Entendió a la perfección lo que estaba sucediendo y aunque trató de disparar, sus dedos no pudieron. Sintió que el aire ya no le llegaba a los pulmones y cayó allí mismo, aunque respirando todavía, a diferencia de Dante, quien cayó sin vida en el acto.

Fue allí mismo también que se escucharon tres disparos percutados casi desde la puerta, los que destrozaron el cráneo del supuesto argentino, que cayó abatido casi al lado del cuerpo del informante.

Perdiendo ya la conciencia, el prefecto alcanzó a advertir que el autor de los tiros era su ayudante, que seguramente había entrado a la catedral a ver qué pasaba. Mientras veía en forma borrosa cómo se le acercaba, el prefecto intentaba pedir ayuda, pero nadie de los que estaban cerca se atrevía a hacerlo, pues lo único que salía de la boca del viejo detective era una sola palabra que se repetía como letanía, una y otra vez: «sarín», el gas favorito de la DINA, el mismo que alguna vez Michael Townley transportó a Estados Unidos en una botella de Chanel número 5, aunque al final optó por asesinar al excanciller de Allende, Orlando Letelier, con una bomba, en vez de gas.

Capítulo 30

Transcripción textual de la declaración de Horst Hess (continuación).

Así las cosas, nos resignamos mansamente a sacar el cuerpo del ataúd y a depositarlo en el suelo, entre los cuatro, mientras Röehlicht dirigía la maniobra. Bueno, en realidad no fue tan mansamente. Sylvester alegó largo rato acerca de que no había que removerlo sin el instrumental adecuado, que había que fijarlo con fotografías, levantar planos del lugar, recoger muestras del polvo, de los gérmenes, del pelo y mil cosas más que los demás ya habíamos comprendido eran innecesarias. Casi con piedad, diría yo, Röehlicht lo calmó, diciéndole de nuevo que entendía su frustración, que quizá él habría reaccionado del mismo modo, pero que sus servicios serían requeridos en unos minutos. El ingenuo de Ludwig comenzó a preguntar de inmediato de qué se trataba todo esto, qué era lo que estábamos buscando en realidad, pero obviamente Röehlicht no respondió. Claro. Se trataba de una misión altamente confidencial, compartimentada, en la que cada uno sabía solo lo que necesitaba saber. Mucho después comprendí que si no encontrábamos lo que Himmler había encomendado a Röehlicht hallar, simplemente no nos dirían qué era. Ahí me invadió el terror. En ese momento solo tenía claro que a nosotros también podían pegarnos un tiro en la nuca y rápidamente comencé a elaborar un plan, algo muy básico, destinado a lograr salir de allí con vida. Apenas sacamos el cuerpo, Röehlicht se arrojó como un demonio dentro del ataúd. Estábamos recién depositando en el suelo esa momia que se deshacía al contacto con el oxígeno, cuando escuchamos un fuerte crujido: con

un «diablito», como llaman aquí a los fierros provistos de una punta curva, estaba desclavando el fondo del cajón que, tal como él suponía, tenía doble fondo. Sylvester se abalanzó hacia Röehlicht, fuera de sí, y de un solo movimiento lo lanzó al suelo. La pistola de Röehlicht saltó lejos y Ludwig la tomó. No fue necesario coordinar lo que haríamos a continuación. Sylvester le apuntó directo a la frente, desbloqueando el seguro del arma. «Tienes dos opciones. O te quedas callado y nos explicas de qué se trata esto, o te pegamos un tiro entre los ojos», le dijo, pero Röehlicht respondió en forma desafiante que lo hiciera, que al menor ruido los comandos que estaban arriba bajarían y nos eliminarían a todos. «Lo sabemos tan bien que la diferencia es solo una: morimos cuatro o morimos cinco, y eso te incluye. Nosotros estamos condenados de antemano, pero tú no. Decide», respondí yo. Röehlicht era un nazi convencido, creo que eso ha quedado claro, pero además era un sujeto medianamente inteligente y entendió la situación a la perfección. «Levanten ese doble fondo y verán de qué se trata esto», nos conminó. «No. Hazlo tú», ordenó Sylvester. Röehlicht se encogió de hombros y metió las manos. Hizo un poco de presión y luego de un nuevo crujido, cuando las tablas se quebraron, salió una nube de polvo. Entre medio de ella emergieron las manos de Röehlicht, que contenían algo con forma de libro u hojas de pequeño tamaño, todo envuelto en una especie de paño. «Esto es lo que vinimos a buscar aquí, señores. Esto, que tengo en mis manos, debería ser un original del manuscrito Voynich, el libro más extraño del mundo. Fue escrito en un idioma que nadie conoce, pero que ahora nosotros entenderemos, pues según los antecedentes recogidos por nuestros servicios de inteligencia, este ejemplar del libro es la única copia completa que existe. Y no solo eso: debería contener además el desciframiento de su alfabeto». Nos explicó que era un libro único, rarísimo, que hacia 1650 había pasado por las manos del jesuita alemán Atanasius Kircher, el mayor sabio de su época. Él fue quien dejó una serie de cartas afirmando no haber podido descifrar el texto. Después, este manuscrito estuvo perdido durante cientos de

años, hasta que fue encontrado a inicios del siglo pasado en Roma por un comerciante de libros antiguos, Wilfrid Voynich. Le preguntamos cómo había llegado eso a Chile y nos explicó que ello fue obra de dos jesuitas chilenos. El primero de ellos es quizá el más famoso de los jesuitas de este país: el historiador Alonso de Ovalle, quien residió entre marzo de 1644 y diciembre de 1646 en Roma. Noten que en ese mismo momento la Quintrala causaba estragos en esta ciudad y era el gran tema de conversación que había en Chile, pero allá en la ciudad eterna, Ovalle mantenía largas charlas sobre filosofía, historia y matemáticas con Kircher… Podemos suponer razonablemente que también sobre esta mujer, sobre esa asesina en serie, tal vez una de las primeras del nuevo mundo, que tanto interés despertaba y sigue despertando. Según explicó a continuación, Ovalle y Kircher se profesaron una mutua admiración, a tal punto que en la obra más importante del segundo, *Mundus subterraneus*, calificada por muchos como herética, aparece mencionado el sabio chileno, mientras que, a la inversa, este menciona a Kircher en un pasaje de su *Histórica relación del Reyno de Chile*. Por cierto, Ovalle murió muy tempranamente, en 1651, catorce años antes que la Quintrala y varios años antes de que el manuscrito Voynich llegara a manos de Kircher, según la historiografía oficial. No obstante, cuando finalmente lo tuvo y pudo descifrarlo, algo que encontró lo hizo desistir no solo de tenerlo, sino que entendió que su misión era evitar que ese libro fuera conocido. ¿Por qué no lo destruyó simplemente? Nadie lo sabe. Lo que sí averiguaron los servicios secretos alemanes, por una serie de cartas que fueron encontradas en el archivo secreto del Vaticano en 1936 y que llegaron a manos de la inteligencia nazi, según relató Röehlicht, es que Kircher habría hecho una copia y le adjuntó las claves de cada símbolo, lo que permitiría su traducción. Luego se contactó con el principal discípulo de su amigo Alonso de Ovalle, el también jesuita español Diego de Rosales, y en una carta que le escribió hacia 1670 —propiedad del Reichsführer Himmler—, le pidió que escondiera el terrible libro en el lugar más ignoto del mundo, en

algún sitio terrorífico, donde ningún cristiano pudiera jamás encontrarlo. Le pregunté cómo sabían que ese lugar era la tumba de la Quintrala. —Era muy simple. Al final, la carta de Kircher a Rosales dice que él sugiere esconder el libro en el mismo sepulcro donde se encuentra ajeno a toda perturbación el cadáver de ese engendro, producto de la fusión bastarda de inca y alemán sobre el cual tanto conversamos con el querido padre Ovalle. En buen español, la Quintrala. Fue en ese momento cuando estimé que ya sabíamos lo necesario y de un solo golpe en la nuca, con la cacha de mi pistola, dejé inconsciente a Röehlicht.

Capítulo 31

—Tenemos mucho trabajo que hacer. Este asunto se está complicando y el ambiente se está poniendo denso. El coronel Stangl en persona me encomendó que hablara contigo sobre esto —decía un hombre en la mitad de sus cincuenta, alto y fornido, de pelo y ojos negros, a otro mucho menor, más bajo y vestido como un inofensivo *hipster*, de intensos ojos azules y pelo negro.

El primero, que sorbía un café Macciato, sentado en un Starbucks ubicado a escasos metros del palacio de La Moneda, sabía perfectamente a qué se refería cuando hablaba de un momento «denso».

Siendo un joven teniente de Fuerzas Especiales, los temidos boinas negras, había sido designado como el tirador para una misión muy especial: disparar a dos kilómetros de distancia en contra de un traidor, un oficial de Ejército de apellido Huber que —le dijeron en ese momento— estaba cooperando con la justicia de los comunistas.

No falló el tiro y aunque los jueces «comunistas» demoraron años en resolver el enigma, finalmente se dieron cuenta de que el fallecido no había muerto al lanzarse desde un puente hacia los roqueríos situados mucho más abajo, sino producto de un disparo. Es cierto, con ayuda de otros traidores, como Dante, algunos militares terminaron presos. Los realmente importantes, sin embargo, entre ellos quien apretó el gatillo, estaban bien libres. Él, Eduardo Larrauzaga, estaba muy lejos de Chile cuando la justicia lo citó por primera y única vez, pues como jefe de una escuadrilla de

sicarios contratados por la compañía Blackwater en Afganistán, no tenía posibilidad alguna de viajar.

Su interlocutor, pese a su juventud, tenía incluso más claro que él que había demasiado ruido en el ambiente. Y vaya que lo sabía: era uno de los encargados de crear ese ruido como especialista en operaciones psicológicas, aunque de día nadie lo adivinaría, tras su fachada de community manager en una agencia de publicidad, donde manejaba las redes sociales de una empresa de pañales, de una bebida de fantasía y de una marca de videojuegos.

Sin embargo, mientras escuchaba lo que le decía el exteniente, contestaba consultas en una de las tantas páginas web que administraba. La más reciente se llamaba operacionandinia.cl y, como tantas otras web por el estilo, se dedicaba a instalar teorías conspirativas sobre los judíos en la Patagonia.

De hecho, en los últimos meses había logrado dos grandes éxitos. El primero había sido la creación de un relato que supuestamente pertenecía a un oficial de Ejército, que denunciaba en forma anónima cómo el Ejército chileno mantenía en silencio la existencia de un pacto de los gobiernos socialistas de Chile y Argentina, por el cual se estaba vendiendo la Patagonia a los judíos (que, según la misma historia, trasladarían su país allí). Ese relato había sido copiado ya en más de mil páginas web y *blogs* dedicados a las conspiraciones, pero no solo eso, y este era su segundo éxito: el *webmaster* de una exitosa página web de izquierda, que aparentemente tenía una severa confusión ideológica, había descubierto su web y copiado y pegado (sin dar el crédito, por supuesto) la historia sobre el falso militar y la falsa ocupación hebrea del sur de Chile. Por ende, la historia del «Plan Andinia», que antes solo repetían los neonazis y los sujetos de extrema derecha, ahora se había convertido también en una historia popular entre universitarios de ultraizquierda.

Y no era todo. Luego de que la historia recibiera cerca de cien mil «*likes*» en el Facebook de dicha publicación, el *webmaster* de la página de izquierda, en medio de su infinita falta de claridad

ideológica, había decidido apropiarse de todo el material que contenía operacionandinia.cl.

Stangl había saludado aquello como un gran triunfo.

—Esta es una de las mejores maniobras de intoxicación informativa de los últimos años. El aparecer en ese pasquín electrónico otorga un halo de credibilidad a la historia. Ahora, y para las siguientes historias que inventemos, hay que moderar un poco el tono, no vaya a ser que estos comunachos de mierda se den cuenta de la maniobra y dejen de publicarnos —le dijo el Gran Hierofante en una reunión del grupo, celebrada en el templo secreto que poseían en un discreto pasaje de calle Lota, en Providencia.

Los demás lo felicitaron y desde entonces Hans Schmidtz se ganó la consideración de todos.

—En este *pendrive* hay fotos del cura y de la periodista. ¿Tienes algún *software* que permita convertirlas en algo parecido a un retrato hablado? —preguntó Larrauzaga.

—Claro, no es problema. Pásame el *pendrive* —pidió. Tras recibirlo, abrió el MacBook que portaba a toda hora, desconectó wi-fi y abrió el dispositivo de almacenamiento, de donde bajó las dos fotos, obtenidas desde el «gabinete»; es decir, del Registro Civil, una de las dos instituciones (junto al Servicio Electoral) en las cuales, pese a las razias efectuadas en distintos gobiernos democráticos, aún quedaban funcionarios inamovibles que habían sido instalados allí al fin de la dictadura y que, en realidad, eran exmiembros de la DINA y la CNI. Para La Cofradía, el obtener información del perfil biométrico de cualquier chileno que maneja el Registro Civil y al cual solo tienen acceso Carabineros, Investigaciones y la fiscalía, no era problema alguno.

Schmidtz creó una carpeta en el escritorio del computador y guardó las dos fotos.

—¿Qué quieres que haga con esas fotos?

—Magia, Hans, necesitamos de tu magia. Deberías abrir otra web conspirativa, subir las fotos de estos dos como si fueran los culpables y conseguir que tu amigo, el community manager de ese

diario de izquierda, las reproduzca. Y claro, debes hacer que esto se viralice en Twitter, Facebook y cuanta mierda más de ese tipo existe.

—Será pan comido. Lo único que me preocupa es que esto es muy semejante a lo que hicieron en los setenta para la Operación Colombo, cuando inventaron esos diarios en Argentina y Brasil para publicar las listas de los miristas…

—¡«Exterminados como ratones»! —gritó festivamente Larrauzaga, aludiendo al famoso titular del vespertino *La Segunda*, que se refería así a los ciento diecinueve miristas que habían sido asesinados por la DINA y que, sin embargo, aparecían en los diarios a que aludía Schmidtz, supuestamente asesinados en medio de purgas internas del MIR.

—Hoy en día todos critican esa operación, pero en su momento fue genial, Hans. ¡Hasta conseguimos el titular de *La Segunda*! —se ufanó el exoficial, sacando lustre con la manga al discreto anillo de plata que portaba en el meñique izquierdo, en el cual se podía distinguir en un sobrerrelieve la forma de la cruz Ankh.

—Claro, pero al largo plazo se supo que era una operación de guerra psicológica.

—¿Te preocupa que alguien te descubra? —le preguntó maliciosamente el ex teniente. El informático percibió el gustillo a peligro en el ambiente. En La Cofradía no se admitían titubeos ni disentimientos de ningún tipo.

—No, para nada. No se trata de eso. Me preocupa que no salga todo perfecto.

—Ja ja, cabro perfeccionista de mierda —rio su interlocutor—. Preocúpate de no dejar rastros que conduzcan hacia ti nomás, con eso es suficiente.

—Claro, no habrá problemas con eso —dijo el hombre del MacBook, parándose y saliendo a calle Moneda con el computador bajo del brazo.

Capítulo 32

Transcripción textual de la declaración de Horst Hess (continuación).

El manuscrito Voynich es claramente el libro más raro que se conozca. Hasta hoy se encuentra en la biblioteca Beinecke, de la Universidad de Yale, adonde llegó por una donación de la viuda del librero Voynich. Nadie —que se sepa— ha podido descifrarlo en la época moderna, y eso incluye a los mejores criptólogos de los servicios secretos alemanes, norteamericanos y británicos. Se trata de un libro de doscientas treinta y cinco páginas, al cual claramente le faltan varias, veintiocho según la mayoría de los estudios. Es una mezcla de extraños dibujos y un idioma desconocido, una escritura que podría tener cierta semejanza con algunas formas góticas de escritura medieval, pero nada más que en la estructura general. Pareciera tener también algunos rasgos árabes, pero nada conocido. Lo único que sabíamos sobre su contenido hasta antes de encontrarlo es lo que se podía inferir viéndolo. Parecía estar dividido en varias secciones, al modo de una enciclopedia. La más extensa es la primera, dedicada a la botánica. Esa sección está llena de ilustraciones acompañadas por estos extraños símbolos. Casi todas las páginas son texto rodeado de dibujos muy bien hechos, al parecer acuarelas, pero de diseños intencionalmente infantiles, en algunos casos. La segunda sección es de astronomía y astrología. Posee dibujos de increíble parecido a las últimas observaciones astronómicas realizadas en el siglo XX, así como extraños signos zodiacales. La tercera parte es, aparentemente, biológica, y por todos lados aparecen mujeres desnudas, mostrando incluso sus

pechos, lo que sin lugar a dudas habría sido un gran escándalo para la época. Más inquietante aún es un dibujo que muestra a una mujer en una bañera con los brazos sangrando, en lo que algunos han visto alguna semejanza con la «endura», un tipo de suicidio ritual que practicaban los cátaros, y de ahí viene la idea de que ese sería su origen. Luego vienen más dibujos de la naturaleza y finalmente se encuentra lo que parecieran ser recetas de algo. Ah, es necesario contarles también que las palabras son mucho más cortas que las del latín, que era el idioma culto de la época. El Voynich no pareciera ser una traducción, sino otro lenguaje o algún tipo de clave cifrada que no está basada en algoritmos. De partida, es evidente que hubo al menos dos amanuenses en el mismo texto, pues si bien las letras, por así llamarlas, son las mismas, parecen escritas por manos diversas. Amén de ello, las combinaciones entre sí son distintas dependiendo de quién escriba. De este modo, podríamos suponer que hay al menos dos claves o que se trata de ciframientos de dos idiomas diferentes. Lo otro que me parece increíble es que, a diferencia de muchos manuscritos medievales, este no tiene correcciones de ningún tipo. Del mismo modo, es notable el parecido de muchos de los caracteres con ciertos símbolos alquímicos, con los números árabes primitivos y con algunas abreviaciones latinas. Pero aun así ofrece más aspectos intrigantes: no son más de diecinueve las letras en el manuscrito, siendo que la mayoría de los alfabetos posee veintiséis o más. Eso significa que, por simple proporción, faltan al menos seis consonantes y una vocal. El manuscrito, por cierto, es genuino en cuanto a su antigüedad, pues las tintas y el papel corresponden al que se usaba entre el 1200 y el 1400, aproximadamente, de acuerdo a lo que han establecido quienes han tenido acceso al texto original. Las últimas dataciones sitúan su confección en los inicios del siglo XV; es decir, hacia 1400 y tanto. Eso genera otras complicaciones, especialmente porque varios expertos han coincidido en que muchas de las plantas que se reproducen en los dibujos son de América Latina. ¿Cuál es el lío al respecto? Muy simple: América recién se descubrió por parte de los

españoles en 1492. De este libro, para tratar de resumirles un poco la historia, se tienen noticias documentadas a partir de 1608, aproximadamente. Se trata de un pequeño ejemplar encuadernado en papel corriente, que asemeja papiro, y del tamaño de lo que hoy es un libro de bolsillo. Su creación, o al menos la copia que tenía Voynich y que hoy se encuentra en la Universidad de Yale, se atribuye generalmente a Roger Bacon, un cura que vivió hacia el 1230 en Inglaterra. Él fue uno de los principales alquimistas conocidos, tipos dedicados al estudio de todas las ciencias y que vivían en un entorno esotérico buscando lo que llamaban «la piedra filosofal», una suerte de elemento mágico que podía convertir cualquier metal en oro. Creo que ambos saben perfectamente bien de qué les hablo. Según la historia «oficial» del Voynich, el manuscrito fue hallado por John Dee, otro alquimista, que lo habría encontrado en la abadía de Essex, en Inglaterra, a fines del siglo XVI. Se dice que Dee pagó una suma fabulosa para la época, seiscientos ducados de oro, más que nada por la suposición de que el autor era Bacon, que para Dee era una especie de superhéroe, y porque había una inscripción en el texto que decía algo así como «este libro es copia fiel del original que se encuentra guardado en las montañas del oeste de un lejano lugar situado en el extremo sur del planeta»… Ello, suena lógico, constituye otro indicio acerca de que había otro libro idéntico en alguna parte del mundo. Más específicamente al extremo sur del mundo, que en ese tiempo era América Latina, como sabemos. Pero las fechas no coinciden. Esa inscripción sería anterior al momento en que Kircher decidió pedirle a Rosales que se deshiciera de la copia del libro que él tenía. Como sea, está probado que Dee tomó el libro y se lo llevó de regalo al rey Rodolfo II de Viena, emperador del entonces ya inexistente Imperio romano. Él era el principal mecenas de los alquimistas de esa época y gozaba como niño con juguete nuevo con los libros raros. Después de mirar el manuscrito por todos lados y decidir que no entendía nada, Rodolfo se lo regaló al jefe de su jardín botánico, un tal Jacobo de Tepenauz, que escribió su nombre en el ejemplar, como los imbéciles

que van por allí poniendo «aquí estuvo Juan». No se sabe cómo, hacia mediados de los 1600, el manuscrito terminó en manos del rector de la Universidad de Praga, el doctor Markus Marci, quien a su vez se lo mandó a su exprofesor, nuestro ya conocido Atanasius Kircher, como consta en una carta original de Marci a Kircher, hallada en la edición que poseen en Yale y donde hacen referencia a una supuesta autoría de Bacon. Kircher, debo decirlo, era un hombre notable, realmente notable, a pesar de su adscripción al jesuitismo, con todo respeto. Inventó la cámara de luz, que es el principio básico de la fotografía, así como cientos de cosas más. También era un experto en criptografía y estuvo permanentemente en la mira de la Inquisición por sus escritos. Se calcula que escribió más de ochenta libros, y muchos creen que utilizó códigos para escribir algunos textos que podían ser considerados herejía. Pues bien, Kircher, que además se dio el lujo de dibujar un mapa donde sitúa la Atlántida entre África y América, dijo oficialmente, en varias cartas que intercambió con un tal Georg Baresch, que se cree pudo haber obtenido el manuscrito Voynich hacia 1639, que no tenía solución para el enigma, tras revisar el libro. Luego el manuscrito desapareció. Es un hecho que Kircher se ocupó de que ello sucediera, quizá alarmado por lo que había en el texto. No podemos ser tan ingenuos como para pensar que él, el mayor sabio vivo de su tiempo, fue incapaz de dar con la solución. ¿Por qué no lo destruyó, simplemente, en vez de esmerarse en algo tan intrincado como mandar a dejarlo a una tumba perdida en el último rincón del mundo? ¿Cómo lo hicieron los jesuitas para meterse a la tumba de la Quintrala y pasar por sobre la voluntad de los agustinos, los mejores amigos que tenía esa bruja? Nada de ello tiene respuesta. O quizá sí, pero las ignoramos. Sobre lo primero, tiendo a pensar que Kircher, como amante de los libros que era, se resistía a destruirlo por ese simple hecho. Sobre lo segundo, creo que los jesuitas conocían alguna entrada oculta hacia la catacumba de los agustinos, quizá por medio de los túneles que había debajo de la antigua iglesia de la compañía, situada a dos cuadras de allí. Por esa vía se

introdujeron y realizaron este «trabajo», que en realidad tenía bastante lógica: nadie del vulgo conocía el lugar exacto en que se ubicaba el cadáver de la Quintrala. Además, en días dominados por la Inquisición y la superchería, nadie en su sano juicio habría osado meter sus manos en el ataúd de la mujer más mala que había pisado Chile. En fin. Luego de que Kircher «perdiera» el libro que estaba en Roma y enviara a Chile la copia que él mismo había hecho, la cual seguramente confeccionó mientras trabajaba en el desciframiento del libro, nada se volvió a saber hasta 1912. Fue cuando lo encontró Voynich en la biblioteca del colegio jesuita de Villa Mondragone, en Italia, en un remate de cajas de libros viejos, la mayoría de los cuales fueron adquiridos por la Biblioteca Vaticana. No obstante, Voynich encuentra el manuscrito, paga algunos dólares y vuelve a América. Revisando el lote que había adquirido, comprueba que el libro había sido recuperado por los jesuitas después de 1870, cuando lo compró un general de la orden llamado Peter Beckx. Voynich comenzó a tratar de vender el manuscrito hacia 1915, pidiendo una barbaridad, algo así como 150 000 dólares. Por supuesto que nadie lo compró, pero para atraer interesados distribuyó copias de algunas páginas por todos lados. Dos años después, es decir en 1917, apareció un sujeto diciendo que él había logrado descifrar la clave gracias a un código que había heredado su padre de uno de sus antepasados, quien había sido amigo de un cura franciscano que algo habría tenido que ver con el libro este. Según el sujeto, contenía una historia sobre una civilización perdida que vivía en el hemisferio sur del planeta, por lo cual comenzó a ser entrevistado en diferentes diarios sobre el particular, hasta que un buen día un amigo suyo lo fue a visitar a su oficina. La encontró con la puerta abierta y sobre la mesa halló un cenicero con un puro, como los que fumaba su amigo, consumiéndose aún. En la silla estaba la chaqueta y sobre un diván su sombrero y bufanda. Aquello le pareció raro al amigo, más aún porque hacía mucho frío en Nueva York y habría que ser muy imbécil como para salir así, pero en fin, el personaje parecía andar medio trastornado por los acontecimientos

de los últimos días, así es que se sentó a esperarlo. No obstante, el individuo aquel que decía saber el significado del manuscrito no regresó y nunca más se supo de él. Era un tipo felizmente casado, próspero abogado, con una oficina llena de clientes, sin problemas, y además estaba gozando de una fama insospechada. Su nombre era Adolph Cyrus Roidingercht. La policía de Nueva York lo buscó por varios meses, sin resultados. Varios años más tarde, cuando se creó el FBI, el archivo fue a dar allá y se ordenó una nueva indagatoria, pero igualmente terminó sin resultados. Claro que no existe ningún motivo para creer que el libro tenga algo que ver con la desaparición, pero a partir de allí la imaginación se ha inflamado, surgiendo una suerte de leyenda negra al respecto. Esa es, en breve y en forma muy resumida, la historia de ese libro, que nadie había podido leer, salvo Kircher, luego de lo cual llegó a manos de Rosales y de ahí a las nuestras. Hasta que nosotros volvimos a esconderlo…

Capítulo 33

—Larrauzaga, tenemos determinada la ubicación del cura, el nazi y la mujer. Se encuentran en la basílica de los Sacramentinos, en una especie de cripta subterránea que hay allí —le dijo Stangl a su jefe operativo.

—La conozco bien. Quizá deberíamos efectuar un trabajo de demolición completo —sugirió.

—No. Esa iglesia es esotéricamente muy valiosa como para destruirla. Además, ya hemos llamado demasiado la atención. Necesitamos algo más… suave —propuso.

—Déjeme a mí. Yo lo haré de la mejor forma —respondió Larrauzaga.

—Ok, pero de más está reiterarte que no quiero errores como los que se cometieron hoy.

—Pierda cuidado, jefe —respondió el comando, haciendo abandono de la habitación donde se encontraban. En una oficina contigua se sentó ante un computador y abrió Google Maps. Seleccionó la aplicación Google Street View y comenzó a recorrer los bordes de la basílica por medio de las calles Santa Isabel y Arturo Prat.

De niño había vivido relativamente cerca de allí, en el antiguo barrio Dieciocho, como uno de los últimos vástagos de la aristocracia castellano-vasca que alguna vez reinó en esa zona, así es que conocía bien el lugar. Pero hacía tantos años que no se acercaba a esta iglesia que había detalles que definitivamente no recordaba, como las tomas de luz que estaban al nivel del suelo y que daban

directo hacia la capilla subterránea. Se encontraban tanto por calle Santa Isabel como por el costado norte de la iglesia, contigua a un patio que a su vez estaba al lado de los antiguos y tradicionales juegos electrónicos Diana.

Ciertamente, pensó, lo ideal sería fracturar una ventana en alguna parte, para justificar la idea de un robo, pero quedaba menos expuesto si lo hacía por el lado de los juegos a que si lo intentaba desde la calle. Eso implicaba saltar una reja, en una vía de alto tránsito a toda hora, y sabía muy bien que si hay algo que indigna a los católicos chilenos, es ver a un ladrón entrando en forma clandestina a una iglesia…

Capítulo 34

Transcripción textual de la declaración de Horst Hess (continuación).

Röehlicht siempre fue un mercenario, un hombre vendido al mejor postor. Una vez recuperado del golpe en la cabeza, nosotros nos convertimos en su mejor opción. Entendió a la perfección que su vida estaba en riesgo y no solo eso: si llegaba a salir de allí sin el documento que Himmler le había mandado a buscar, su vida en Alemania valdría nada. Así es que le propusimos un trato: saldríamos llevando el documento que estaba envuelto en el paño aquel, saludaríamos con mucha atención a los comandos que se encontraban en las afueras y haríamos como que todo estaba bien. Luego de ello nos separaríamos, a fin de estudiar el libro y decidir si lo dejaríamos en sus manos o haríamos otra cosa, como entregarlo a un museo. Sí, ya sé, todos nosotros éramos unos nazis pero, antes que nada, éramos académicos. Röehlicht aceptó, sobre todo porque Ludwig, quien llevaba el libro consigo y subiría al final de nosotros, tenía en el bolsillo un encendedor a bencina, con el cual amenazó que quemaría el libro al menor asomo de algo extraño. Claro, visto en retrospectiva es absurdo, pues si los comandos hubieran intentado hacernos algo, Ludwig ni siquiera habría alcanzado a llevar la mano al bolsillo. Pero seguramente Röehlicht calculó que siempre estaba la otra posibilidad: que sí lo alcanzara a quemar. Luego de acordado aquello, comenzamos a salir y todo resultó como habíamos planificado. Ya los primeros rayos del sol despuntaban en medio de la cordillera cuando nuevamente alcanzamos el piso del local comercial por donde habíamos ingresado y aunque Röehlicht tenía

un feo rictus en la cara, lo que me llevó varias veces a temer que nos delatara, se abstuvo. Los comandos nazis, vestidos aún como obreros, seguían manteniendo el lugar cercado, en medio de una fetidez horripilante, y apenas alcanzamos la calle abordamos el auto designado para nuestra huida. Las llaves las tenía Röehlicht, pero no lo dejamos conducir. Por el contrario, Sylvester, que era quien más sabía de Chile pues tenía unos parientes en Concepción, donde finalmente se quedó viviendo, tomó el volante y nos condujo hacia el litoral central, a Cartagena. Paramos en una bencinera de Estación Central para poner combustible, pero allí se había acabado, así es que salimos con el estanque a poco llenar, rumbo a la costa, muy cansados y con el libro aún dentro de la mortaja de tela en que había estado por esos trescientos y tantos años. No queríamos ni abrirlo hasta no tener ciertas condiciones para ello, sobre todo porque sabíamos que, dependiendo del papel, el contacto con el aire podía generar un proceso de oxidación de las hojas que sería irreversible, y ya habíamos visto lo que había sucedido con el cadáver de la Quintrala al entrar en contacto con el aire. Así las cosas, un poco antes de llegar a Cartagena encontramos por fin una estación de servicio que tenía bencina. Ludwig se bajó a hablar con el bombero y de pronto volvió corriendo, desesperado y gritando como un loco. Al principio no entendíamos nada de lo que nos estaba diciendo. Nos bajamos todos y nos aproximamos a una radio que estaba encendida, en la cual decían que Berlín había sido tomada por los rusos y que Hitler y Himmler estaban desaparecidos. Era principios de mayo de 1945 y si bien todos sabíamos que el régimen estaba cayéndose a pedazos, eran muchos los que en Alemania aún creían en la promesa de Hitler sobre las Wunderwaffen, las armas fabulosas que según él permitirían derrotar a los Aliados en un santiamén. Recuerdo que al escuchar la noticia lloré. Ludwig y Sylvester se abrazaron y Bachmann se quedó con la mirada perdida en el horizonte, mientras que Röehlicht se puso muy nervioso. Había entendido que todo el poder que le confería ser hombre de confianza de Himmler y miembro de los

servicios secretos ya no servía de nada. Estaba desarmado y el libro se encontraba en nuestro poder. Casi como en una caricatura comenzó a caminar hacia atrás, muy despacio al principio, en un intento evidente por alejarse de nosotros, y de pronto se lanzó a correr desbocado por la carretera. Deberíamos habernos reído, pero ni eso nos provocó. Simplemente lo dejamos alejarse, en dirección a San Antonio, y no volvimos a saber de él en mucho tiempo. Nosotros, en tanto, decidimos regresar a Santiago y revisar ese libro como correspondía. Y ni se imaginan las sorpresas que encontramos en él.

Capítulo 35

Una vez en el terreno, Larrauzaga comprendió que el acceso por el lado de los juegos era imposible. Casi frente a estos había una pequeña plazoleta, ubicada en las afueras de una torre de departamentos, en la cual permanecía una veintena de muchachos. Había un leve aroma a marihuana en el ambiente y aunque quizá algunos de ellos estuvieran con los sentidos atontados, no era bueno arriesgarse, como tampoco resultaba lógico escalar la reja por el costado de Santa Isabel y permitir que algún automovilista lo viera y llamara a Carabineros.

Así las cosas, Larrauzaga optó por lo más simple. Se embozó bien el raído abrigo que llevaba y se caló la visera del *jockey* lo más adelante que pudo. Hubiera sido esa opción u otra, ya iba bastante caracterizado. Sus vestimentas hedían a vino barato y si alguien tenía una duda al respecto, desde uno de sus bolsillos sobresalía una caja de vino. Lo más impresionante, no obstante, era su cara, que se veía grotescamente deforme.

En efecto, en su pómulo derecho llevaba un sucio y enorme parche que cubría lo que parecía una deformidad o algo peor, que distorsionaba por completo los rasgos de su perfil griego, de los cuales estaba tan orgulloso. Por debajo del parche caían gruesos y ya secos goterones de un líquido oscuro y amarillento, que a primera vista parecía una mezcla de sangre y algún producto antiséptico de hospital. Cualquiera que lo viera pensaría que Larrauzaga era un pobre borracho de la calle que había sido golpeado y que había

salido quizá en la mañana de la asistencia pública, tras recibir alguna burda atención de urgencia.

Sin embargo, Larrauzaga, como lo sabe bien cualquier agente encubierto, tenía un pómulo completamente lozano y limpio, pues había recurrido a un viejo truco de espías: había confeccionado un parche de gran tamaño y luego lo había rellenado de algodón, generando la impresión de que allí debajo había ocurrido algo muy grave. Antes de pegarse ese trozo de tela blanco se había echado abundante yodo líquido sobre la mejilla y había dejado que este chorreara hacia abajo, generando líneas que parecían sanguinolentas. Luego de pegarse el parche había puesto más yodo encima de este y de un macetero había sacado un poco de tierra con la cual había ensuciado su cara y la tela. Luego se había salpicado un poco de vino en la ropa y listo. A simple vista era un triste borracho cualquiera, sin pasado, presente ni futuro.

Muchos años atrás había estado vestido del mismo modo en Uruguay, cuando vigilaba al famoso bioquímico de la DINA Eugenio Berríos. Lo hizo con un ojo puesto en la mira telescópica de su fusil, a unos ochocientos metros de distancia, siempre, hasta aquel infausto día en que le ordenaron apretar el gatillo en una desolada playa cercana a Montevideo.

De esa y otras misiones sabía a la perfección que los mendigos no le llaman la atención a nadie y que los curitas, los buenos curitas, no resisten abrirles la puerta. Quizá en una iglesia del barrio alto eso no sucedería, pero en una como la de los Sacramentinos, situada en un barrio popular, sin duda que quien estuviera en la secretaría a esa hora, si es que había alguien, abriría. Si así no fuera, simplemente saltaría la reja. Si alguien lo veía, los carabineros demorarían unos cinco minutos en llegar.

Pues bien, optó por el plan uno. Se acercó a la puerta y tocó el timbre. Sintió los pasos, vio la luz que se encendía y luego observó una cara que lo observaba desde detrás de una cortina polvorienta.

—Moneíta patroncito —balbuceó, mostrando su parche.

El cura no lo resistió y abrió un poco la puerta.

—¿Qué necesitas, hermano? —le preguntó.

—Moneíta patroncito —balbuceó de nuevo, reiterando la indicación del parche.

El sacerdote se aproximó para mirar y, como si quisiera que lo vieran, Larrauzaga se acercó a él. El religioso, no obstante, nada alcanzó a decir, pues en ese mismo momento el exoficial lo tomó por el parte trasera de la cabeza y lo arrastró hacia dentro, inmovilizándolo.

Avanzó unos cinco metros con él, empujándolo como si fuera un bulto. El cura estaba en completo silencio, seguro de que quizá ese sería su final.

—¿Dónde están? —le preguntó, poniendo su corvo sobre la manzana de Adán del sacerdote. Este sintió el filo del cuchillo hundiéndose contra su piel. Por un haz de luz que rebotaba desde la calle el sacerdote vio un signo extraño sobre la hoja, una cruz con un círculo arriba. Él no había preguntado nada sobre sus visitantes, pero era evidente que estaban implicados en los acontecimientos de calle Londres.

—¿Dónde están? —preguntó de nuevo el falso vagabundo, apretando la hoja. El sacerdote se orinó.

—Se fueron, se fueron. Se fueron hace unos quince minutos —atinó a responder.

—Cura mentiroso, conchetumadre. Vamos a revisar entera tu cagá de iglesia —le dijo, tomándolo del pelo y levantándolo. El cura lo llevó de inmediato a la capilla subterránea. Le mostró los restos de comida y las evidencias de que allí habían estado.

—Ya, mierda, ahora me vas a decir a dónde se los llevaron.

—No lo sé, le juro por Dios todopoderoso que no lo sé. Solo sé que vino un auto y se los llevó. Yo no estuve con ellos, pues permanecí todo el tiempo acá arriba.

—¿Y no sabes quién venía en ese auto?

—Ni idea. Solo sé lo que le digo, por favor… —rogó.

Larrauzaga cambió de posición el corvo. Puso el filo sobre la oreja derecha del sacerdote.

—Estos cuchillos son especiales para cortarles las orejas a curas comunistas mentirosos como tú. Cortan como un cuchillo cartonero. Si lo suelto, chao oreja. ¿Eso es lo que quieres? —interrogó al sacerdote, al cual ya se le saltaban las lágrimas al tiempo que negaba con la cabeza.

—Eres muy porfiado. Te voy a mostrar que no juego —afirmó, seccionándole el lóbulo inferior de la oreja derecha, el cual se desprendió hacia el suelo como si fuera un pedazo de goma del cual chorreaba mucha sangre.

—¡No sé nada más! —sollozó el cura.

—A la próxima mentira te corto un coco, una bola, una gónada. ¿Entendiste? —le preguntó.

Su víctima, tiritando por el miedo y la pérdida de sangre que sufría, asintió con la cabeza.

—Los vinieron a buscar en un auto blanco —dijo, pero su victimario se acababa de dar cuenta de otra cosa. Recién había reparado en que al final del pasillo había una cámara colgando desde el techo. Dado que oficialmente él se desempeñaba como gerente de una empresa de seguridad privada, sabía que se trataba de un modelo muy antiguo, de los que almacenaban imágenes directamente en un disco duro y no en un servidor remoto.

—¿Esa cámara me está grabando? —preguntó. El sacerdote solo lo miró aterrorizado, tratando aún de contener la hemorragia de su oreja.

—¡Responde! —tronó el exmilitar, metiéndole el pico del corvo en la boca.

El religioso afirmó con la cabeza.

—¿Cuántas otras cámaras tienes?

El padre abrió cuatro dedos de su mano izquierda.

—¿Tienes alguna que apunte hacia fuera?

—Sí —respondió.

—Ok. Era súper simple lo que debías decirme. Podríamos habernos ahorrado todo esto —le dijo, cambiando el tono de voz. El

cura respiró aliviado, pero fue su último suspiro. En ese mismo momento Larrauzaga le seccionó el cuello.

Capítulo 36

Transcripción textual de la declaración de Horst Hess (continuación).

Una vez que concluimos la revisión del libro y de las claves, decidimos que Kircher había tenido toda la razón del mundo. Ese libro no debía divulgarse. Era demasiado peligroso… Sé lo que están pensando: quieren que les diga qué contiene, pero eso lo dejaré para el final. Solo les adelantaré algo respecto del contexto en que fue creado: se trata de un documento de origen cátaro y sus contenidos tienen relación con una serie de ideas relativas al origen de la humanidad. Y eso era lo peligroso, en función del nazismo. Me explico. En la Anhenerbe, y entre todos los seguidores del nacionalsocialismo alemán, suponíamos que existía un origen en común de la humanidad. Esto, sobre la base de las distintas cosmogonías que han existido, todas las cuales, en mayor o menor grado, hablan de una civilización perdida que en esencia es más o menos la misma. Es su nombre el que varía de civilización en civilización: Atlántida, Lemuria, Oligia, Spina, Tuanaki, Esqueria, Iram, Agharta, Assgard, etc. Creo que ya les he mencionado a Otto Rahn, que llegó a trabajar a la Anhenerbe luego de publicar un par de libros bien extraños. Uno de ellos se llamaba *Cruzada contra el Grial*, publicado en 1935, y el otro *La corte de Lucifer*, en 1937, que unos años después fue entregado a todos los oficiales de las SS como material de lectura obligatoria. Pues bien, Rahn era un seguidor de los cátaros, una suerte de secta cristiana escindida de la religión oficial, cuya existencia dio origen a la Inquisición. Los cátaros, también conocido como albigenses, fueron los primeros

herejes de la historia cristiana. Se establecieron en la ciudad de Albi, en lo que hoy es el sur de Francia, y allí fueron juzgados por un consejo eclesiástico hacia 1165. Su origen viene de una secta húngara, los bogomilos, que a su vez tuvieron relación con los maniqueos iraníes, que propugnaban la existencia de dos fuerzas contrapuestas, el bien y el mal. ¿Quieren un dato anecdótico? Los maniqueos utilizaban la esvástica como símbolo, luego de que esta les llegara a Europa procedente de India. En fin, los cátaros se establecieron hacia el año 1000 en el Languedoc, que estaba formado por lo que hoy es Cataluña, Andorra y el sur de Francia. Existe una antigua leyenda según la cual José de Arimatea huyó de Galilea después de la muerte de Cristo, llevándose consigo una copa, el Santo Grial, en la cual se habría depositado la sangre de Jesús. Según ese mito, dicha copa habría llegado de algún modo a las manos de los cátaros y de ahí que exista tanto interés por los cátaros en algunos círculos. Les aclaro, para regocijo del señor Prat, que a la Ahnenerbe la figura de Cristo no le interesaba en el sentido clásico, pero sí se le reconocía cierto poder esotérico y por eso interesaban tanto los objetos vinculados a él. En ese sentido, los cátaros eran parecidos a los nazis, pues a ellos tampoco les parecía que Cristo fuera una figura muy relevante dentro del concierto cosmológico. De hecho, fueron ellos quienes inventaron el concepto de la gnosis, el conocimiento de uno mismo y de Dios. Alegaban que entre un cátaro y su Dios no podía haber intermediarios, como Jesús, la Virgen, los santos y todos los demás. Eran simples profetas, a su juicio. Rahn, a quien tuve el honor de conocer, explicaba siempre que los cátaros eran personas casi perfectas. Lo afirmaba recordando que el nombre «cátaro» derivaba del griego «catar», o sea «puro»; aunque los cátaros preferían llamarse a sí mismos los «hombres buenos», y como tales propugnaban una serie de cosas, como la existencia de un Dios Bueno y un Dios Malo, basados en la dualidad maniquea. Predicaban siempre acompañados de un nuevo testamento al cual llamaban «la Biblia Cátara», que contenía los cuatro evangelios, pero rechazaban el Antiguo

Testamento, por considerarlo un producto del falso Dios. De hecho, decían que todo lo que había en el mundo, al cual consideraban corrupto y decadente, no podía ser obra de un dios bondadoso y querendón, sino de un dios intrínsecamente perverso, Lucifer, teoría que estructuraron en un libro llamado *Los dos principios*. Por supuesto, nada de eso le cayó muy en gracia al Vaticano, sobre todo porque estos señores renegaban de la cruz y de la virginidad de María, amén de lo cual tenían extrañas costumbres, como vestir de negro, negarse a comer carne y huevos, practicar la castidad y otras. Más aún, decían que el acto central de toda misa, la eucaristía, era una falacia, pues argumentaban que las enseñanzas de Cristo no se transmitían multiplicando su sufrimiento, sino multiplicando sus enseñanzas. De ese modo, el Vaticano comenzó a ver cómo se acrecentaban los seguidores de esta secta, la cual, además, comenzó a admitir que no solo hubiera «perfectos», sino también «perfectas», una aberración a ojos de la Iglesia. También obviaron las categorías canónicas clásicas y crearon sus propias dignidades. Existían laicos que asistían a sus actos y que eran llamados «creyentes», mientras que quienes dictaban cátedra y oficiaban las liturgias, como ya les dije, eran los llamados «perfectos», que ascendían a este estado mediante un bautismo llamado «*consolamentum*», una imposición de manos que suponía una verdadera afrenta para la Iglesia, ya que en el mismo acto el nuevo «perfecto» recibía el bautismo, la ordenación sacerdotal y la extremaunción. Ah, para que no queden dudas: el «*consolamentum*», tal como suena, es estar consolado. Ellos, aparte de practicar la castidad —porque decían que el acto sexual era una suerte de prostitución— y consumir solo vegetales, consideraban que uno de los estados más sublimes que se podía alcanzar era la muerte. Practicaban un ritual llamado «endura», que consistía en dejar de comer y morir de inanición, o bien en cortarse las venas dentro de una bañera. Por ello es que el «*consolamentum*» implicaba al mismo tiempo la extremaunción, pues cuando un «perfecto» lo recibía, estaba ya consolado frente al destino que le

esperaba. Su tesis era que la salvación se alcanzaba dejando que el alma escapara de las ataduras materiales que tenía; es decir, el cuerpo. Curiosamente, eso sí, no eran misóginos como la mayoría de los curas, algo sobre lo cual el señor Prat aquí presente nos podría dar una extensa charla. Incluso, como ya les dije, había mujeres que alcanzaban el grado de «perfectas». Como verán, en esencia el problema es que los cátaros estaban quitándole preeminencia a la Iglesia de Roma y ello significaba un verdadero lío, dado que por entonces Languedoc era el lugar más culto y desarrollado del mundo occidental. Y pronto la doctrina de los cátaros se extendió hacia otras regiones, incluso llegando a Alemania y el norte de Francia. Eran evidentemente una amenaza. A pesar de todo, vivieron tranquilos por algunos años, hasta que el papa Inocencio III, en 1208, decidió tomar el toro por las astas. Durante mucho tiempo el Vaticano había enviado emisarios oficiosos a los que nadie tomaba en cuenta y así es como la herejía seguía avanzando. Finalmente mandó a un enviado especial, Pierre de Castelnou, quien fue asesinado tras una reunión con el conde de Tolosa, uno de los principales protectores de los cátaros. Muchos dudan ahora de que hayan sido las tropas de Tolosa las autoras del crimen, pero sirvió de excusa a Inocencio para proclamar una cruzada en contra de los cátaros. Declaró que las tierras de Ramón IV, rey de Francia y protector a su vez del conde de Tolosa, eran enajenables por parte de cualquier caballero cristiano que quisiera ir a combatir a los herejes. Como se dice en Chile, fue como soltar gatos en una carnicería. No solo permitió a españoles e italianos avanzar hacia allá, sino también a los galos del norte hacer lo mismo, destruyendo de paso el reino francés. Fue un desastre. Hacia 1209 comenzaron los ataques del Ejército pontificio, que causaron una gran cantidad de muertes. Ello puso en el ruedo a Pedro el Católico, rey de Aragón, quien pese a correr el riesgo de ser excomulgado optó por defender a sus súbditos cátaros, pereciendo en el intento. De ahí en adelante, y por varios años, se emprendió un exterminio sistemático de los bastiones cátaros, lo que se institucionalizó cuando el 1233 se creó

el Santo Oficio, la Inquisición, destinada a combatir a los herejes cátaros, luego de que unos años antes el monje Domingo de Guzmán creara la Orden de los Dominicos, que fueron a la vez sus autores intelectuales. De ese modo, los pobres cátaros fueron los conejillos de Indias de los inquisidores para todos los tormentos que los hicieron famosos después. Trataban de hacerlos abjurar de su fe y mandaban a la hoguera a quienes no lo hacían; es decir, a casi todos. Al mismo tiempo se seguían sucediendo las masacres en el Languedoc. Se cuenta de una que terminó cuando cientos de niños y mujeres se refugiaron en la catedral de Beziers, siendo todos pasados por las armas. Poco antes, el capitán a cargo del piquete había preguntado a su general cómo descubrir a los herejes de los verdaderos cristianos, y su superior le respondió: «Matadlos a todos, que Dios sabrá distinguir». Aunque es posible que dicha frase provenga de la imaginería popular más que de fuentes confiables, de todos modos demuestra la fiereza con que atacaron. El declive definitivo de los cátaros vino en 1244, cuando un grupo de ellos se refugió en la fortaleza de Montsegur, al sur de Francia y muy cerca de Carcassone, que en su tiempo fue considerada como la capital del catarismo. Dicha fortaleza, donde Otto Rahn pasaba gran parte de su tiempo, había sido construida por los antiguos habitantes del sector, anteriores a los albigenses, y era impenetrable. Está en lo alto de una montaña y sus muros son extremadamente gruesos y altos. Era muy difícil penetrar allí. De ese modo, veinte mil hombres asediaron durante diez meses a unos quinientos cátaros, hasta que finalmente estos se rindieron y anunciaron que entregarían el castillo. Esa noche varios de ellos recibieron el «*consolamentum*» y al día siguiente se rindieron. Cuando se les preguntó si abjuraban de su fe todos los «perfectos», unos doscientos, se negaron a hacerlo y fueron conducidos a una explanada conocida hasta el día de hoy como «el campo de los cremados». Las leyendas cuentan que ellos mismos fueron entrando uno a uno a una inmensa hoguera que ardía en el lugar, al tiempo que cantaban canciones religiosas. Y aquí viene lo más intrigante de la historia. Se dice que la noche anterior a

la rendición cuatro cátaros ingresaron a la red de túneles situados debajo de Montsegur y hallaron una salida hacia el acantilado que constituye la parte más inexpugnable de la fortaleza. Bajaron con cuerdas y huyeron de allí. Llevaban consigo el secreto de los aligenses, lo que para muchos es el Santo Grial…, aunque también puede haber sido un libro. Lo que parece claro es que efectivamente algunos de ellos huyeron ayudados por fieles de la zona hacia el norte de Francia, desde donde se embarcaron a Inglaterra, único lugar en el cual creían que podrían estar medianamente seguros. De acuerdo a distintas leyendas, estos cuatro perfectos llegaron hasta York, acompañados de otros cátaros que recogieron en el camino. York era una ciudad extremadamente interesante por aquel entonces. Hacia el 867 después de Cristo los vikingos la habían conquistado, rebautizándola como Jorvik y estableciendo allí un pequeño y avanzado reino. Si bien estimo que hacia el 1244 el reino de York no era ni la sombra de lo que fue hacia el 900, cuando estuvo en su esplendor bajo la dominación normanda, es indudable que quedaban muchos descendientes de los vikingos originales y, por tanto, excelentes navegantes. Los cátaros ciertamente trataron, aunque con mucho sigilo, de propagar sus doctrinas por el Reino Unido, pero una vez más se enfrentaron a sus implacables perseguidores, los dominicos, a quienes se unieron prontamente los franciscanos. Pese a ello, lograron cultivar algunas simpatías entre estos últimos y particularmente en uno: Roger Bacon, quien, ya sabemos, muchos creen es el creador del manuscrito Voynich… Según contaba Otto Rahn, hacia 1928 él encontró en una abadía de Renania una serie de documentos confiscados por la Inquisición, que quién sabe por qué motivos quedaron allí. Varios eran manuscritos de Bacon, en los cuales si bien no alababa a los cátaros, se manifestaba en contra de la persecución que habían sufrido. No sabemos bien cómo esos textos llegaron allí, pero sí hay que tener en cuenta que Bacon era una suerte de escritor top en su época, algo así como un Conan Doyle o Salgari. Un tipo admirado, venerado y conocido, lo mismo que después fueron tipos como Julio Verne o el

mismo Kircher. Tanta era su fama que, a pesar de haber escrito muchas cosas abiertamente heréticas, la Inquisición nunca quiso meterse con él. Sabían que sería un grave problema, una gran cagada, para ponerlo en lenguaje vulgar chileno. Escribir sobre astronomía o biología o, más aún, alquimia, o intentar escribir algo en clave, eran ciertamente pecados mortales a los ojos de la Inquisición, y Bacon incurrió en todos ellos, pero los inquisidores hicieron la vista gorda. Es por ello que existía un alto tráfico de obras escritas por él y muchas más que se le atribuían. Como fuera, no es raro que hayan llegado a Alemania y a otros lugares incluso más inverosímiles. A todo esto, Rahn también visitó asiduamente un pueblo francés, situado asimismo en Languedoc: Rennes Le Chateau. En 1885 un cura llamado Berenger Sauniere se hizo cargo de una antigua iglesia ubicada en ese lugar y comenzó a restaurarla. Este Sauniere se hizo rico de un día para otro, pues se dice que descubrió un fabuloso tesoro oculto debajo de unas baldosas de la iglesia, que habría sido propiedad de algunos simpatizantes de los cátaros, quienes lo escondieron allí al verse cercados por la Inquisición. Rahn también encontró una cripta secreta, ubicada debajo de la capilla, además de varios pergaminos, solo dos de los cuales se hicieron públicos, y no contienen más que versículos del Antiguo Testamento. Una de las losas encontradas tiene un anagrama en latín, cuyas letras, al ser ordenadas, dicen: «*I tego arcana dei*»; o sea, «yo escondo los tesoros de Dios». Lo esencial, no obstante, reside en los pergaminos faltantes, los cuales habrían descrito con mayor precisión la forma en que los monjes cátaros huyeron de Francia. En todo caso, Rahn no logró llegar al final del túnel. Yo creo que era un depresivo, que fue cayendo de a poco en una suerte de éxtasis religioso. Dejó de ingerir alimentos y falleció en 1938, en una reedición de la «endura». A todo esto, el más interesado en el tema cátaro era Himmler, quien en 1940 efectuó, junto a su estado mayor, una visita a las ruinas de Montsegur y de pasada se dio una vuelta por Rennes Le Chateau.

Capítulo 37

Veinte minutos antes del arribo de Larrauzaga a la basílica, Prat, Hess y Sandra habían salido de allí, abordando el mismo auto de la mañana, guiado también por su mismo chofer. Sandra le preguntó a Prat qué había sucedido y por qué había llamado con tanta prontitud al conductor.

—El doctor Baquedano debía enviarme un SMS apenas llegara a su oficina. Entiendo que hoy existe un importante caos urbano y que las cosas están complicadas en toda la ciudad, pero pasó mucho rato sin que el doctor se reportara, y eso nunca es bueno, por lo cual pedí a Juanito que nos viniera a buscar —le explicó.

Apenas recibió el mensaje confirmando que el auto estaba en la calle, hizo salir rápidamente de allí a la periodista y su abuelo, sin darles explicación alguna.

—Quizá el médico simplemente se olvidó de mandar el mensaje, o se quedó sin batería —apuntó la reportera, cuando ya se dirigían en auto hacia otro destino incierto.

—No, no es eso. Baquedano es un hombre que sabe de estas cosas y que sabe que cuando uno sale de una casa de seguridad debe avisar cómo llegó. Algo le pasó —replicó el sacerdote.

—¡Tan fatalista! —replicó la mujer.

—No es fatalismo, es procedimiento. Si la persona con quien te has contactado en forma clandestina no da señas de vida luego de un lapso razonable, necesariamente se debe asumir que el enemigo la ha capturado y por eso hay que cambiar de inmediato de ubicación y destruir cualquier documento comprometedor. Eso es lo

primero que me enseñaron en el cursillo de Inteligencia en Hamburgo —recitó el exnazi, apoyando la posición del cura.

Sandra se quedó pensativa. Sabía que tenían razón y no quiso seguir alegando. No obstante, aún no salía de su asombro respecto del lugar en que ahora se encontraban: una enorme biblioteca con aires medievales, situada en pleno corazón del antiguo barrio de La Chimba, hoy Recoleta.

—Otra maravilla oculta en medio del cemento —dijo el cura, admirando la pared llena de libros cuyos lomos parecían más que centenarios.

—Sé que al lado hay una iglesia, pero esto… ni siquiera entiendo por qué está aquí. Parece de otro país. *Opuscula Moralia, Missale Parisiense* —murmuró, leyendo en voz alta los nombres que figuraban en algunos de los tomos que tenía frente a sus ojos.

—Está lleno de libros fabulosos —dijo el sacerdote, pero ella seguía ocupada leyendo.

—*Concili general, Historia romaine, Cardinalis Opera, Historia eclesiástica, Theologia Morales*… —mascullaba fascinada, recorriendo los tomos con sus dedos.

Al lugar donde se encontraban accedieron entrando por una pequeña puerta desde calle Recoleta y luego de caminar por una galería interior muy semejante a la que había dentro del convento de los franciscanos. Era un recinto largo de un piso, muy alto, que estaba subdividido por una especie de pared falsa y que tenía dos niveles de libros. Había escalas para subir a balcones con libros. Detrás de la subdivisión se apreciaba, por cierto, una escalera que iba hacia el techo.

—Ahí arriba es donde trabajan en las tareas de catalogación y restauración. También hay bodegas. Aquí, con suerte, debe haber un 10 por ciento de los libros que posee esta biblioteca. Antiguamente era parte del convento de la Recoleta Dominica, cuya iglesia se ubica al lado, lo mismo que el colegio —comentó Prat, quien explicó que donde estaban correspondía al antiguo convento, pero que hoy es un museo público.

—Son dos en realidad. Está la antigua biblioteca de los dominicos, que posee más de ciento cincuenta mil libros, una de las más antiguas de América Latina, que data del siglo XVII. Atravesando el patio, en tanto, se encuentra el museo del patrimonio dominico, con cientos o miles de piezas de altísimo valor, incluyendo mucha platería. Es realmente impresionante —explicó el cura.

—Lo que no tiene nada de impresionante es el sitio donde los dominicos emplazaron este lugar, Sandrita, en pleno camino del Inca y frente al Cerro Blanco, el espacio más sagrado de los incas y el sitio donde Pedro de Valdivia asentó sus tropas antes de acometer la fundación de Santiago —intervino Hess.

El viejo agregó que a la mayoría se le olvidaba que no es casualidad que el mayor cementerio del sur de América se asiente a los pies del Cerro Blanco, el cual los conquistadores quisieron españolizar llamándolo cerro de Monserrat.

—El que el Cementerio General de Santiago y sus dos millones de muertos, junto a todas las estructuras esotéricas que posee, se encuentre aquí, no es simple casualidad. Quienes planificaron esta ciudad sabían muy bien lo que hacían. Edificaron un enorme templo sobre un lugar de una enorme fuerza esotérica —insistió el exnazi.

Prat lo miró con enojo.

—¿Sabe qué más? Mejor siga contando la historia —lo conminó. Para su sorpresa, el alemán obedeció, al tiempo que su nieta procedía, de nuevo, a apretar el botón «Rec» en la aplicación para grabar audio de su celular.

Al otro lado del río Mapocho, sin embargo, Larrauzaga preparaba una nueva embestida. Tras retirar de la basílica los discos duros con las imágenes de seguridad, identificó varias en las cuales aparecía la patente del Toyota Corolla blanco año 2012 en que los habían ido a buscar. Larrauzaga y Stangl se rieron cuando vieron que el vehículo figuraba a nombre del arzobispado de Santiago. Ya habían *hackeado* la base de datos del arzobispado y en menos de cinco minutos estaban los antecedentes de los empleados en las planillas de sueldo. Aunque no había fotos, encontraron a veintidós personas

que hacían las veces de choferes, en distintas parroquias y centros religiosos del Gran Santiago.

Por edad, descartaron a los mayores de cincuenta y menores de treinta y cinco, y dejaron a trece. Luego ingresaron esos trece nombres en la web del sistema biométrico del Registro Civil. En pocos minutos obtuvieron una foto que cuadró con lo que vieron en el video. El conductor era Juan Albarracín Soto, de cuarenta y seis años, domiciliado en Departamental.

La pareja que Larrauzaga envió a culminar el trabajo lo interceptó a pocas cuadras de su departamento, en un lugar bastante desolado. El hombre acababa de comprar el pan y se dirigía apurado a su casa, cuando ambos lo apuntalaron contra un poste, como si se tratara de un asalto más, pero le exigieron algo que él sabía que no debía entregar: el lugar donde había dejado al cura jesuita, a la mujer y al viejo.

Albarracín entendió de inmediato de qué iba todo eso, pero no era un agente de Inteligencia ni nada semejante. Pensó en su mujer, en sus hijos y en sus deudas, y supuso razonablemente que si hacía lo que le pedían lo dejarían en paz. Habló, y allí mismo le hundieron seis veces en el corazón el puñal con que lo amenazaban, llevándose también su billetera.

Capítulo 38

Transcripción textual de la declaración de Horst Hess (continuación).

Pues bien, lo único que les puedo decir a estas alturas de la historia es que los cátaros o sus descendientes, sin lugar a dudas, tuvieron alguna relación con lo que hoy es América Latina. De hecho, es efectivo: los dibujos de plantas que hay en el manuscrito Voynich corresponden a plantas americanas, ya lo hemos dicho. Existen múltiples razones para suponer que América era conocida desde muchos milenios atrás por distintas civilizaciones de navegantes, para quienes el continente no ofrecía ninguna novedad, salvo quizá quedar muy lejos. No cabe duda de que fueron los españoles quienes armaron un cacareo con el asunto y se lo adjudicaron, pero nada más. Ahora bien, no soy tan ingenuo como para creer que los cátaros, un pueblo sedentario y habituado a vivir en las montañas, hayan emprendido viajes interoceánicos a inicios del primer milenio. Sin embargo, las sagas islandesas dicen claramente que fueron los vikingos, con quienes los cátaros entraron en contacto en York, como les contaba, quienes realmente descubrieron este continente. Así lo sugiere la documentación que, sistemáticamente, muchos se han negado a validar. Para ser más específicos, hace mil años lo que hoy es Estados Unidos se llamaba Vinland y era una colonia vikinga. Es más. Fue Eirick Erickson, más conocido como Eirick «El Rojo», siguiendo los pasos de su padre y otros navegantes vikingos, quien decidió salir de Islandia a conquistar unas fabulosas tierras ubicadas al oeste, luego de que fuera desterrado a causa de un par de homicidios, para lo cual partió junto a un grupo de gente. De

Noruega salieron hacia Islandia y cuando cortaron y consumieron todo lo que había allí algunos se dirigieron a Britania y otros a Groenlandia. En todo caso no fue la única dirección en la que navegaron los vikingos. Está documentado que también exploraron Asia y se cree que llegaron a Persia. Estuvieron en España y no sería raro que hubieran superado el peñón de Gibraltar en dirección al este. En el caso de Eirick, este salió a bordo de un *drakkar*, un barco de asalto de los que usaban los vikingos, muy estables y veloces. A bordo de uno de ellos y con una tripulación de treinta y cinco hombres, después de casi un mes, Eirick llegó a unas costas que bautizó como Vinland, o la tierra del vino, a causa de las vides que hallaron. Tras establecerse en lo que se piensa es la costa de Labrador, entre Estados Unidos y Canadá, regresó a su tierra con un fabuloso cargamento de madera, algo que no crecía prácticamente en Islandia ni Groenlandia. Su hermano Thorvald regresó posteriormente a esta tierra, donde estableció una colonia y exploró hacia el sur, encontrándose con tribus indígenas. Las sagas cuentan de dos expediciones más, una de las cuales pereció en manos de las tribus nativas, y una quinta, cuyo destino nunca quedó del todo claro. De todos modos, hay pruebas en el sentido de que trataron de avanzar hacia el sur a toda costa. Ya les dije que alcanzaron España. Más aún, llegaron por el sureste a Estambul, donde existía una guardia varega, palabra de la que desciende el concepto de vikingo. Además existen diversas investigaciones académicas sobre la piedra de Kensington, encontrada a fines del 1800 en un bosque de esa localidad de Minessota, en el centro de Estados Unidos, la cual tenía una serie de grabados rúnicos en su superficie. Como lo saben, el rúnico es el idioma sagrado de todas las civilizaciones nórdicas. Se decía que solo ciertos iluminados podían leerlo y escribirlo. Yo creo que eso obedece a que la única forma de escritura que ellos conocían era el tallado en piedra, por lo que a mi parecer el problema era más de orden práctico que de otro tipo. La piedra de Kensington, que estuvo por varios años como losa en el piso de una granja, relata que ocho suecos y veintidós noruegos hicieron un

viaje de exploración desde Vinland hacia el oeste; es decir, hacia lo que hoy es el centro de Estados Unidos. Según esa historia, luego de regresar de un día de pesca en unas islas cercanas, estos vikingos encontraron a diez de sus compañeros bañados en sangre, en lo que se presume fue un ataque indígena. Fue cuando decidieron regresar a buscar su barco y huir de allí. Había una fecha en el pie de la piedra: 1362. De acuerdo a las indagaciones realizadas posteriormente, dicha escritura podría corresponder a la historia real de Paul Knutson, un noble noruego que fue comisionado por el rey Magnus Erickson para ir a buscar a una colonia de hombres que habían quedado atrapados en Groenlandia, unos ocho años antes. La piedra en un primer momento fue desacreditada por algunos historiadores porque antes de la fecha figuraba la inscripción latina «AVM»; es decir, Ave María. Eso significaría que estos vikingos, tan paganos y amantes de las francachelas, se dieron el tiempo de inscribir un mensaje cristiano en su piedrecilla, mientras supongo los acechaba una feroz tribu. Para muchos aquello echaba por tierra el asunto, pues muy pocos historiadores que se dicen serios saben que el asunto es distinto. En efecto, quienes hicieron estas críticas olvidaron por completo que para el siglo XIV el alfabeto latino ya había sido introducido en Escandinavia. Ahora bien, no tengo dudas de que América del Norte fue descubierta por los vikingos, pero tengo mis dudas respecto de que ellos hayan llegado a América del Sur. No obstante, eso no descarta que otros navegantes pudieran haber arribado acá con cátaros a bordo: en 1872, en una plantación de Paraiba, Brasil, se halló una piedra fragmentada en cuatro partes que contenía unos caracteres que nadie pudo descifrar de inmediato, hasta que se descubrió que correspondían a escritura fenicia. Ese texto relata la historia de una tribu cananea que por error llegó a esos lares mientras trataba de alcanzar África. Mientras no se demuestre que dicha inscripción es falsa, para mí vale como verdad, y cuando recuerdo ese hecho no puedo dejar de pensar en lo dicho por Diodoro de Sicilia, un historiador romano de la época de Julio César, quien aseveraba que los fenicios habían descubierto una gran

isla en el Atlántico, ubicada a varios días de navegación de África, hacia el occidente, cuya descripción se asemejaba a la costa tropical de Sudamérica. También hay quienes sospechan que los antiguos navegantes de Cártago pudieron en algún momento haber tocado tierras sudamericanas. En Perú, California y Kenia se han hallado vasijas chinas al parecer pertenecientes a la dinastía Ming, las cuales podrían haber sido dejadas allí por la flota del almirante Zeng He, quien zarpó en 1421, varios años antes que Colón. Todo lo anterior nos lleva a concluir que quienes pasan a la historia son los primeros en atribuirse un hallazgo, aunque no necesariamente sean los primeros en haberlo hecho. En realidad podría estar horas hablándoles de cómo la historia oficial ha obviado miles de cosas. Un enigma que durante años me ha apasionado, Sandrita lo sabe bien, es el de Tiahuanaku, una de las ciudades más antiguas del mundo. Es muy semejante en su estructura a Machu Picchu, con la diferencia de que se encuentra a mayor altura, unos tres mil ochocientos metros, al lado del lago Titicaca, en Bolivia. En su época de mayor esplendor tuvo templos, pirámides y habitaciones, muy poco de lo cual sigue en pie, pues los esbirros del bruto aquel de Francisco de Pizarro desvalijaron todo lo que hallaron en su paso al sur, buscando la ciudad de oro. Tiahuanaku representa un problema semejante al de las pirámides, Pascua o Stonehedge. Se trata de una obra de ingeniería avanzada, para cuya construcción se utilizaron miles de rocas de varias toneladas de peso cada una, las cuales fueron finamente esculpidas. Se cree que dichas rocas proceden de las mesetas de los Andes, situadas a varios kilómetros de allí. ¿Cómo las trasladaron, si no poseían elementos modernos como los que existen ahora? ¿Cómo las trabajaron? Nadie lo sabe, solo hay especulaciones. Lo único más o menos claro, de acuerdo a las pinturas halladas en el lugar, es que era una civilización que floreció hacia el 200 después de Cristo y que, según las leyendas locales, habría sido fundada por hombres blancos y de barba que habrían llegado en canoas. Por eso es que Pizarro fue recibido tan amablemente al llegar a estas tierras, pues los nativos creyeron que

eran los dioses blancos que retornaban. Los mismos mayas, muchos kilómetros al norte, decían ser descendientes de hombres que habían llegado hasta allá cruzando el mar, hombres blancos, por cierto. ¿Cómo todos ellos, que eran lampiños y de tez oscura, tenían la idea gráfica, que transmitieron en sus leyendas, de un hombre blanco y barbado si supuestamente nunca habían visto alguno? Más aún: ¿por qué podrían haber creído que los hombres blancos eran buenos y bondadosos, si todos los que de verdad llegaron después de Colón eran unas verdaderas aves de rapiña, que fueron capaces de exterminar cientos de pueblos y tres imperios?

Capítulo 39

Ya era cerca de la medianoche cuando Hess terminó su relato. A pesar de su edad, el anciano se veía animado incluso, pero su nieta estaba muy cansada, lo mismo que Prat. Habían comido muy poco y ahora se enfrentaban a un problema que no parecía menor: dormir.

No obstante, al jesuita había algo que lo acuciaba mucho más.

—No crea que su silencio de ahora significa que podrá zafar de esta sin contarnos qué dice el libro —dijo al alemán.

—No puedo decirlo.

—¡Pero cómo!

—¿Usted es fiel a sus juramentos, buen padrecito? —preguntó con ironía.

Prat no respondió.

—Claro, al menos debe decir que lo es. Pues bien, yo lo soy. Con Sylvester, Ludwig y Bachmann, una vez que desciframos el libro, decidimos jurar que nunca diríamos qué contiene y, por lo mismo, lo escondimos en un lugar inaccesible.

Su nieta se refregó varias veces el rostro, incrédula ante lo que escuchaba.

—¿De qué juramento hablas? ¡Si están todos muertos! ¿No te parece que ya es demasiado?

El alemán la miró con indulgencia.

—Te entiendo, Sandrita. Entiendo tu desesperación, y de verdad quisiera contarte. Sería una noticia increíble y serías una reportera famosísima. Créeme que antes de esto lo pensé varias veces, pero no se puede. Los efectos que generaría no son siquiera calculables.

Al corto plazo, claro, no se verían, pero al largo plazo… sería nefasto. Sé que no lo entenderás, pero no es mucho más lo que puedo hacer.

—Eres un viejo de mierda, egoísta, inescrupuloso —lo insultó, con los ojos brillantes.

Prat no había intervenido, pero siguió atentamente la escena. Notó un temblor en la barbilla del anciano. Hacía mucho frío y por un segundo pensó que era eso. Incluso tuvo el impulso de sacarse su casaca y pasársela, pero en eso se dio cuenta de que ese hombre, ese exnazi capaz de participar en misiones clandestinas, manipular cadáveres y ver cómo personas inocentes eran asesinadas en la más completa impunidad, no era inmune a las lágrimas de su nieta.

Prat la miró tratando de hacerla entender. Él sabía muy bien cómo operaban las emociones. Siendo apenas un maestrillo de la Compañía de Jesús aprendió a utilizar en forma magistral la *imaginería*, como los jesuitas llamaban a las sesiones de seudohipnosis colectivas que llevaban años practicando. Recordaba una situación especialmente compleja que le había tocado vivir en un colegio masculino del sur de Chile, donde le tocó dirigir su primera *imaginería*, ante un tercer año medio lleno de adolescentes violentos y desorientados. Tal como se lo habían enseñado, pidió que el curso fuera conducido a la capilla del colegio y allí los dejó sentados por cerca de diez minutos, mientras encendía incienso.

Al cabo de ese lapso los muchachos comenzaron a calmarse, luego de haber entrado eufóricos. Estaban en clases de matemáticas cuando los interrumpieron para decirles que iban a la capilla. Todos asumieron que iban a una misa, lo que obviamente era mil veces mejor que estar escuchando al latero que hacía como que enseñaba geometría. Por eso, apenas llegaron a la capilla, los desconcertó la ausencia del elemento central de ese lugar: el cura, o el maestrillo, en su reemplazo. Solo cuando Prat los vio medianamente calmados inició la fase dos del asunto: música ambiental muy suave y pletórica de sonidos de arroyos de aguas cristalinas y pajarillos cantando.

Luego, él mismo apareció en escena, declamando en voz alta un guión muy ensayado. «Imaginen a Jesús caminando frente a ustedes, en medio de un prado verde flanqueado por aguas limpias y puras», le dijo a su público, que a esas alturas ya guardaba silencio. Habló un poco más, relatando las bondades de Jesús, y luego lanzó la primera orden, con voz calma y suave, mezclada en medio de una frase, para que no se notara mucho: «Ahora imaginen que ese Jesús bondadoso y amigo de ustedes se les acerca. Bajen sus cabezas, cierren sus ojos y concéntrense en la figura de ese Jesús que viene hacia ustedes», pidió. De reojo notó que cuarenta y tres de las cuarenta y cuatro cabezas se agacharon inmediatamente. Solo uno de los alumnos, uno de los más inteligentes, siguió mirándolo con una expresión neutra en la cara, aunque Prat sabía que en sus adentros algo se estaba rebelando.

Le habían advertido que siempre había uno o dos que no creían, que eran resistentes, y que en vez de enfocarse en ellos había que seguir reforzando a los demás, así es que siguió con la fase tres de la imaginería, solicitando a los jóvenes que se perdonaran entre sí. De un lado a otro los muchachos, como *zombies*, partían a buscar a aquellos con quienes habían peleado y, llorando, se abrazaban y se pedían perdón. Casi en forma espontánea, algunos se ponían a pedir perdón públicamente, confesaban pecadillos que antes habían negado y prometían ser buenos chicos. Si algún observador externo hubiera visto toda la escena, habría pensado que los encantadores de serpientes de la India no les llegaban ni a los talones a los jesuitas y su habilidad de ejercer control sobre una masa.

Por cierto, el efecto pacificador de la seudohipnosis colectiva duró cerca de dos semanas, no más, pero los demás sacerdotes alabaron los resultados. Así fue como Prat se convirtió en el encargado oficial de la *imaginería* de ese colegio durante un par de años.

Mientras Sandra seguía conteniendo las lágrimas y miraba en forma desafiante a su abuelo, el sacerdote pensaba de qué modo adaptar sus conocimientos de psicología social a ese sujeto, suponiendo además que lo más seguro es que Hess fuera el

equivalente al relapso del curso aquel, joven que —por lo demás— se declaró ateo un tiempo después.

Pero no fue necesaria ninguna técnica de control mental adicional. Una segunda andanada de repulsa de la periodista hacia su abuelo hizo que el mentón de este se moviera como una jalea. Solo faltaba un empujoncito.

—Te odio —exclamó la mujer.

Prat casi se sonrió, pues sabía lo que significaba. Tal como lo había supuesto, el hombre casi centenario se quebró y se apresuró a abrazarla. Prat supuso que a continuación pasaría lo que esperaba. No se equivocó.

—Está bien, te contaré lo que puedo contar. Luego de que desciframos el libro, empezamos a buscar cómo sobrevivir. Una opción era regresar a Alemania, pero habría sido una locura. Teníamos claro que habría juicios en contra de cualquiera que hubiera sido de las SS, como nosotros, y además sabíamos que quizá los dos mejores países en que podía vivir un alemán por aquellos días eran Chile y Argentina. Así es que comenzamos a buscar cómo insertarnos, encontrando una gran solidaridad de parte de las comunidades alemanas en Chile y…

—Disculpe que lo interrumpa, pero vaya al grano. Esto ha estado muy calmado y eso nunca es una buena seña —dijo el cura, pero Sandra lo hizo callar, enojada.

—Deja que hable mi abuelo —le reprendió, dando muestras de un carácter más que temperamental que, sin embargo, no dejaba de parecerle extrañamente atractivo al sacerdote. Le gustaban las personas fuertes.

—Lo escuchamos, *Herr* Hess —reculó el religioso en un tono levemente sarcástico.

—Tiene razón el curita, en todo caso, Sandra, mejor voy al grano.

Contó que de una u otra manera lograron reinsertarse en Chile, consiguiendo convalidar sus títulos, aunque Ludwig lo hizo en Argentina, pero luego regresó. De Röehlicht no supieron en muchos años, porque se escondió debido al crimen que había cometido en

Santiago. Más de alguna vez pensaron en denunciarlo, confesó el anciano, pero eso los habría inculpado y, peor aún, tendrían que contar la historia del libro, pero ¿qué contenía este?

—Efectivamente es una especie de enciclopedia de un mundo desconocido. Los sobrevivientes de los cátaros dicen haberla encontrado en el sur del mundo, en una zona que por todas las descripciones que realizan es América Latina, específicamente el cono sur del continente. Estaba explicado con detalle en las páginas adicionales que tenía este ejemplar. De acuerdo a lo que leímos, se trataba de un lugar en el cual existían leyendas sobre una antigua tribu de hombres y mujeres de pelo rubio y ojos azules que habrían habitado una especie de edén primigenio. Un lugar muy frío y verde que, no me cabe duda, es el sur de Chile, o quizá las zonas aledañas, por el lado oriental de la cordillera de los Andes —dijo con dramatismo.

Su nieta, sin embargo, quedó perpleja.

—¿Y ese es el secreto tan terrible que no me puedes contar? ¿Acaso todos ustedes estaban locos? —le gritó.

El alemán la miró asombrado, pero Prat la calmó.

—Hoy puede que eso te suene ridículo, Sandrita, pero no lo es en lo más mínimo. Durante varios años formé parte de una maquinaria seudoacadémica destinada a buscar cualquier documento, cualquier artefacto, cualquier historia que pudiera cimentar los sueños de superioridad nazi. No tengo dudas de que Röehlicht lo sabía, o al menos lo intuía.

—Pfff. Himmler lleva setenta años muerto. Todo esto es absurdo —reclamó.

—No lo es, Sandra, en ningún caso. En 1933 Alemania era el país más culto del mundo y los nazis llegaron al poder en forma democrática. Nadie garantiza que eso no vaya a ocurrir de nuevo —medió Prat.

—¡Pero ustedes están locos! ¡Y quién les dice que eso va a pasar de nuevo! —gritó, ya casi descontrolada.

Los dos hombres se miraron casi con complicidad. Fue el sacerdote el que habló.

—Puede pasar, mucho antes de lo que piensas. El nazismo pareciera haber desaparecido, pero la doctrina sigue viva y en todos los países del mundo, incluyendo a Chile, existen grupos nazis «durmientes», que se reúnen en privado y tienen intereses en distintos negocios, tocándose con asociaciones neofascistas, de extrema derecha y otros. La Cofradía es una grupo de inspiración nazista, claramente, pero eso quizá no es lo más peligroso. Lo más grave es que dicho texto, por medio de La Cofradía, puede llegar a las manos de nazis de otro nivel.

—No tengo ninguna certeza, pero no me cabe duda de que Röehlicht estuvo metido en esto y es muy probable que de algún modo haya logrado acercarse a Ludwig. Pese a que se encontraba bien aún, tenía algunas manifestaciones de Alzheimer y era una presa fácil —explicó Hess.

—¿Y qué le pudo haber contado? —preguntó la periodista.

—Imagino que si Ludwig estaba confundido con las personas, o perdido temporalmente, como la última vez que lo vi, hace varios meses, sería muy factible que le relatara lo mismo que les estoy contando ahora o incluso más… como el lugar donde escondimos el manuscrito y la clave para traducirlo porque, por más terrible que sea el contenido de ese libro, ninguno de nosotros quiso destruirlo. Además de ser una pieza de arte de una belleza inconmensurable, alguien, algún día, debería estudiarlo a fondo. De hecho, aún no sabemos quién lo escribió, si fue Bacon, Kircher o alguien más, o por qué se usaron esos extraños ideogramas.

—Díganos dónde está —le urgió el cura.

El alemán titubeó de nuevo.

—No es tan simple. Dejamos un mensaje codificado que explica cómo llegar al libro. Son distintos lugares en los cuales es necesario entender varias cosas para dar con su paradero.

—Solo para «iniciados» —ironizó el sacerdote.

—Solo para entendidos en simbología —precisó el alemán, con poco entusiasmo.

—Debe decirnos dónde está. Ese libro debe quedar a buen recaudo —aseveró el cura, generando una mueca sarcástica en la boca del anciano.

—¿A buen recaudo con ustedes? ¿En la biblioteca secreta del Vaticano? ¡Prefiero regalárselo a los nazis! —gritó.

—No le puedo garantizar cuál será el destino final del libro, pero usted sabe bien a quién pertenecía y a quién debe pertenecer: a la Compañía de Jesús. Y diga lo que diga, también sabe que cualquier alternativa es mejor que la de sus excamaradas —precisó el cura.

—No puedo cargar con esa responsabilidad —musitó el interpelado, pero la nieta intervino una vez más.

—Abuelo, hazlo por mí. Déjame escribir esta historia —le pidió, suplicando con los ojos y, una vez más, el anteriormente recio nazi no se pudo resistir.

No obstante, en vez de decir algo, se metió el índice y el pulgar de su mano derecha en la boca y comenzó a hurguetear en ella.

Capítulo 40

—¡Abuelo! —retó Sandra a Hess, escandalizada por su conducta vulgar, al ver que el hombre se llevaba los dedos a la boca, como si estuviera tratando de destrabar de entre sus dientes algo de comida atrapada en medio de sus muelas.

Sin embargo, estaba equivocada. Tras un par de tironeos bastante leves, y con una mueca de satisfacción en su cara, Hess sacó desde el fondo de su boca una larga y amarillenta muela, contorneada por un delgado hilillo de sangre, para el espanto de su nieta.

—Aquí está, Sandra. Esta muela, igual que otras tres que tenían Sylvester, Röehlicht y Bachmann en sus bocas, es una muela falsa, que mandamos a hacer con un dentista alemán que conocimos en los años setenta y que había estado en el campo de concentración de Riga, pero que además había prestado sus servicios en Berlín, a lo más granado del régimen. Lo convencimos de que éramos unos criminales igual que él y le mandamos a confeccionar muelas para cada uno de nosotros.

—¿Muelas?

—Sí, cariño. Muelas.

Las muelas falsas, ahuecadas por dentro, habían sido confeccionadas por cientos para las SS. Eran rellenadas con pastillas de cianuro, como la que utilizó Himmler para suicidarse cuando lo capturaron. O como las que tenían Gavrilo Princip y su pandilla para usarlas después de asesinar a Francisco Fernando, aunque les fallaron.

Hess continuó su relato:

—A este dentista lo convencimos de hacer muelas para nosotros y en una de ellas, al interior, dejamos un minúsculo trozo de estaño que contiene, grabado sobre él, un código, al cual llamamos casi en broma «Código Chile», pero no me pregunten en cuál de nosotros quedó ese código. De ese modo, si alguien como Röehlicht quería acceder a los datos, debería dar cuenta de los cuatro, con lo cual se puede entender de algún modo lo que está pasando, aunque aún no me cuadra que Röehlicht haya muerto también, pero en fin. Lo de las muelas lo hicimos porque ya estaba por caer el gobierno de Allende y nos había llegado información de que Röehlicht había regresado a Chile tras años de estar afuera. No sabemos dónde, aunque algunos dicen que estuvo implicado en tráfico de armamentos en Europa o en América Central.

—Sigue contando, abuelo —le pidió su nieta.

—El hecho es que Röehlicht llegó y de inmediato se mezcló con la ultraderecha, con Patria y Libertad, y por ende yo suponía que apenas se produjera el golpe que todos sabíamos vendría, quedaría en una posición de poder. Todos coincidimos en que, si era así, en cualquier momento trataría de averiguar dónde estaba el libro —explicó, agregando, como anécdota, que las muelas nuevas se las injertaron un día antes del golpe: el 10 de septiembre de 1973.

—Por eso es que a algunos de los asesinados les sacaron las muelas. Lo escuché de una de mis fuentes policiales esta mañana —musitó la periodista.

Prat preguntó al alemán si de verdad no sabía quién tenía la muela con la información.

—No lo sé. La información la grabamos en una pequeña pieza de estaño, de un par de milímetros, y la criptografiamos con un método muy simple pero efectivo, utilizando el llamado sistema «de Alberti». Se lo pasamos al dentista y le dijimos que lo pusiera en una muela al azar.

—O sea, quizá ni lo puso —razonó al sacerdote.

—Sí lo hizo, eso es seguro. Él preparó las muelas delante de todos nosotros. Además, era un nazi convencido, un hombre que había escapado desde Europa siguiendo «La ruta de las ratas». Estaba convencido de que se encontraba ayudando a cuatro camaradas en desgracia.

—¿Y nunca tuvo el deseo de revisar su muela falsa y ver si allí estaba el código aquel? —preguntó Prat.

—Para nada. Para saberlo debería destruir la muela…

—¡Y usted sabe lo caro que es eso! De hecho, el dentista no lo hizo gratis. Muy adicto a la causa habrá sido, pero tuvimos que pagarle las extracciones, los materiales y el trabajo. Uff. Si quiere destruir una muela falsa, le sugiero que se mande a hacer una y luego haga con ella lo que estime más conveniente. Todo eso, sin contar lo que nos costó crear la secuencia de criptogramas. Lo que me costó, en realidad, pues yo los hice —reclamó el germano.

—¿En qué consiste ese sistema de criptografiado que mencionaste? —preguntó su nieta.

—El sistema «de Alberti» es bastante básico. Se trata de crear una frase cambiando letras de un alfabeto por dos sucesivamente. ¿Tienes un lápiz y un papel?, es muy simple. Gracias. Es algo como esto —explicó, dibujando un cuadro:

Alfabeto A	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z
Cifrado 1	G	H	I	J	K	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F
Cifrado 2	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L

—En otras palabras, si quiero usar la letra «A», la primera vez que la ponga en mi frase cifrada, usaré la «G» y la siguiente vez usaré la «M». Si mi frase lleva una «B», la primera vez que escriba esa letra en realidad escribiré una «H», la segunda vez una «N», la tercera vez una «H» y así sucesivamente. ¿Se entiende? —preguntó.

—Claro, pero para poder descifrar eso solo veo dos opciones. Una es hacer un análisis matemático de la frecuencia de repetición de las letras, para determinar cuáles son las vocales y consonantes más y menos repetidas, de acuerdo al idioma que se usó para el

ciframiento. La otra es que usted nos dice cuál es la clave y por dónde comienzan los alfabetos que se usaron para este efecto —pidió el cura.

Hess se quedó mirándolo y pensó que Prat era un sujeto muy astuto.

—Por raro que les parezca usamos el idioma español, el castellano, que para nosotros en aquellos entonces seguía siendo un idioma exótico y que a los nazis les costaba dominar. Como les mencioné, yo fui el encargado de diseñar el cifrado y aunque muchos de mis compatriotas desdeñan el idioma español, siempre he creído que es una hermosa lengua —explicó el germano.

—¿Y las claves? ¿Con qué letra partían los alfabetos 1 y 2 con que cifraste el mensaje? —preguntó la nieta, sin que su abuelo alcanzara siquiera a responder, porque en ese preciso instante un golpe gigantesco, seguido de un ruido ensordecedor, sacudió por completo el lugar donde se encontraban; el estruendo era semejante al de una cascada que caía encima de ellos, sobre la losa que hacía las veces de techo.

Prat entendió también que lo que estaba cayendo sobre ellos era la enorme cúpula de la iglesia de los Dominicos. También supuso que no era un sismo lo que la estaba derrumbando, sino algo semejante a un explosivo.

Lo siguiente que dedujo fue que, tal como ocurrió con el World Trade Center en Nueva York tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, el peso de las ruinas que caían sobre el techo del antiguo convento terminarían por colapsarlo, lo que significaba que todo eso se derrumbaría sobre ellos.

Mientras eso cruzaba por su mente, un segundo golpe, mucho más violento que el anterior, volvió a hacer retumbar todo. No tenían cómo saberlo, pero minutos antes una atractiva muchacha había ingresado al edificio de departamentos situado a unas dos cuadras de allí, en la misma avenida Recoleta, pero en la esquina de Juárez Larga.

Pese a que todas las torres de departamentos en Chile ofrecen «seguridad las 24 horas», es imposible que un conserje somnoliento, uno de los muchos que se rotan todos los días en edificios de más de veinte pisos, con una docena de departamentos por piso, pueda conocer quién vive en cada uno de ellos.

La muchacha lo sabía a la perfección y, aunque odiaba desde el fondo de su alma a los comunistas, no dejaba de admirar de algún modo la forma en que el Frente Manuel Rodríguez (nombre que ella pronunciaba sin el adjetivo de «Patriótico») había engañado a todo el mundo en los preparativos al atentado en contra de Pinochet.

En 1986 los frentistas utilizaron a Cecilia Magni, «la comandante Tamara», como la persona que, haciéndose pasar por una mujer de alta sociedad, había efectuado una serie de trámites logísticos previos al ataque, a sabiendas de que una persona de clase acomodada jamás es cuestionada en Chile. Y claro, lo comprobó esa noche al entrar muy bien vestida al edificio y saludar en forma desaprensiva al conserje. Este no le preguntó dónde iba ni, muchos menos, la conminó a dejar su nombre en el libro de visitas, como estaba instruido a proceder. Simplemente la dejó pasar.

Ella entró al ascensor y marcó el menos dos. Descendió al subterráneo y, segura también de que el conserje no estaría mirando ninguna cámara, se acercó al dispositivo del portón automático. Con una llave maestra lo puso en manual y mandó un mensaje por WhatsApp. En menos de un minuto, un automóvil gris apareció por el frente y entró al estacionamiento.

De allí descendió un hombre con la cabeza cubierta por un gorro de lana, que llevaba una caja de gran tamaño en las manos, una caja con superficie de cuero que parecía contener un instrumento musical o algo semejante. Subieron hasta el piso 20, donde estaba el quincho del edificio, abrieron la puerta con otra llave falsa y caminaron hasta un borde. En segundos el desconocido armó el lanzacohetes RPG7 que portaba y lanzó uno, dos y tres cohetes sobre la más que centenaria iglesia de los Dominicos, dejando tirado el artefacto y huyendo en medio del pavor generalizado de la gente

del rascacielos. Nadie entendía lo que estaba pasando, como tampoco entendió algo el conserje, al encontrar más tarde, en las escalas, una peluca de hombre y otra de mujer, anteojos y pedazos de una especie de silicona color piel.

Capítulo 41

El estallido del tercer *rocket* lanzó a Prat, al alemán y la periodista al suelo. Aunque para ellos todo había parecido una eternidad, no hubo más de medio minuto de diferencia entre cada una de las detonaciones.

Justo cuando el cura caía tras la segunda explosión, en medio de los libros y los trozos de yeso, su mano aterrizó sobre una superficie pequeña y que pinchaba. Supo de inmediato que era la muela que Hess tenía en la mano un segundo atrás. Era evidente que el último estallido había ya horadado la superficie del techo sobre sus cabezas, pues grandes bloques de concreto caían sobre ellos.

De hecho, Prat estaba un poco atontado, por un trozo de material que le había golpeado en la nuca. Alargando un poco más la mano tocó una piel arrugada, que comprendió era la del anciano. Se movió hacia él y con las dos manos trató de hacerlo reaccionar, pero era un esfuerzo inútil, aunque solo se dio cuenta cuando, buscando la cabeza del hombre para ver si respiraba, descubrió que la mitad de esta yacía bajo un espeso manto de sangre. Sobre ella reposaba una columna, caída desde el forado donde antes estaba el cielo falso.

Guardándose la muela en el bolsillo del pantalón trató de buscar a la periodista, al tiempo que murmuraba una oración por el descanso eterno del alma del alemán. Ya temía que Sandra hubiera corrido la misma suerte que su abuelo, cuando desde su izquierda casi lo cegó una luz muy potente, que salía del *flash* del iPhone de la mujer, en un último estertor de vida de la batería del teléfono.

—¡Apaga eso! —musitó en la forma más perentoria posible, evitando gritar.

Ella obedeció de inmediato, aunque le preguntó qué sucedía. Por el tono de la voz, entendió que la mujer se encontraba en estado de *shock*.

—Necesito que reacciones, y rápido. Lo que acaba de pasar fue un atentado, no un terremoto. Debe haber gente buscándonos. Necesitamos salir de aquí de inmediato —le explicó, casi susurrando.

Por supuesto, se produjo la pregunta inevitable.

—¿Y mi abuelo?

Prat dudó una milésima de segundo. Si le decía que el abuelo estaba fallecido bajo esa pilastra de escombros, lo mínimo era esperar a que llorara a su ser querido y que volviera a caer en estado de *shock*. Era un lujo que en ese momento no se podía permitir. Sobre todo porque el último crujido del techo auguraba que caería por completo en cualquier segundo.

—Es posible que esté afuera, esperándonos —le mintió, tras lo cual rogó a Dios que le perdonara haber mentido.

Ella le pasó su mano, confiada. Tratando de ubicarse, el cura la guio en medio de los escombros, hacia los diez metros que los separaban de la calle. Increíblemente, y pese a una serie de golpes en las piernas y la mezcla de humo y polvo, lograron dar con la antigua secretaría del convento, que parecía intacta, aunque el fuego avanzaba amenazando con devorarlo todo.

Corrieron desaforados, completamente a oscuras. La electricidad también se había cortado en la calle y la única luminosidad provenía de las llamas que se propagaban con voracidad hacia la zona donde se encontraban. Muy a lo lejos se escuchaban sirenas que no supo distinguir si eran bomberiles o policiales, y aunque Prat sintió algo de alivio, sabía que no podía ir a una comisaría a prestar declaraciones. Mucho menos ser enviado a un hospital a constatar lesiones.

Por una parte, no había nada que pudiera decir a la policía chilena. Como agente secreto, tenía completamente impedido revelar los verdaderos alcances de la misión que le había sido

encomendada. Menos aún, dar a conocer las motivaciones personales, aquellas que solo él sabía, que lo impulsaban a arriesgar su vida del modo en que lo estaba haciendo. Por otro lado, no había tiempo que perder. Hess no les había dicho si era el único que tenía el código grabado en su muela o si había sido seccionado en cuatro partes, cada una de las cuales se encontraba en la boca de alguno de los muertos, pero ya poseía algo con lo que trabajar, la pieza dental de Hess, y estaba determinado a sacarle partido.

Tanteando las paredes y tironeando a Sandra llegaron a una puerta. El cura corrió hacia ella y la abrió sin problemas. Apenas asomó su cara a la calle, lo recibió, como una bendición, una bocanada de aire fresco y helado. Y también una ráfaga de balas.

Capítulo 42

El sargento Ulloa fue el primero en percibir que allí había algo raro. Veinte años de su vida los había pasado en el Grupo de Operaciones Policiales Especiales de Carabineros, el GOPE, la famosa unidad de comandos de la policía uniformada chilena. Allí, además de recibir el entrenamiento habitual en tiro, submarinismo, montañismo, paracaidismo, asalto y toma de objetivos, se especializó en explosivos.

Durante muchos años, como lo han hecho cientos de hombres de esa unidad, Ulloa aprendió a desactivar explosivos a mano limpia, sin robots ni artilugios mecánicos, y aprendió también a detectar los tipos de explosivos usados en una bomba, llevándose los restos de la explosión a la boca.

«Las papilas gustativas son el mejor perito de explosivos que existe», les repetía siempre el mayor Torres, el instructor de explosivos que tuvo cuando hizo el curso de acciones especiales en la escuela del GOPE, en Cerrillos. Allí estuvo más de un año no solo aprendiendo a desarmar a mano limpia a alguien que portaba una pistola o un cuchillo, sino también cuáles eran las peculiaridades gustativas del C4, de la pólvora negra, del TNT, del hexógeno, etc.

Ulloa conocía esos sabores ocre a la perfección, pero hacía ya un año que había dejado esos conocimientos enterrados en el baúl de los recuerdos luego de un sumario en su contra. La razón fue un lío de faldas donde la otra parte involucrada era la esposa de un oficial. El sargento recibió una sanción y fue redestinado a conducir una motocicleta todoterreno en una comisaría de Recoleta.

Al principio Ulloa estuvo devastado, pero de a poco fue tomándole el gusto a sus nuevas funciones. Aunque al inicio recibió de mala gana que su trabajo se redujera a detener lanzas cerca de La Vega o el cementerio y no a allanar domicilios de narcotraficantes, luego se dio cuenta de que en la calle tenía la posibilidad de destacar.

En el GOPE era uno más, pero ahora, en la calle, había tenido ya un par de procedimientos en los cuales había reducido en segundos a lanzas y asaltantes. En ambos casos los transeúntes lo habían aplaudido. Sus compañeros motoristas habían quedado asombrados de sus habilidades, y entre los delincuentes habituales de Recoleta, Independencia y Bellavista había corrido la voz de que andaba un paco en moto que era peligroso, que corría más que cualquier lanza jet y que a mano limpia era capaz de reducir hasta a los más choros.

Esa noche, cuando Ulloa escuchó el primer estallido, no tuvo duda de que no era un balón de gas reventando ni nada parecido. Ordenó al cabo Bascur, de turno con él, que dejaran al borracho que intentaban despertar en la esquina de Recoleta con Artesanos y se subieran a sus motos. Se puso el casco y llamó a la Central de Comunicaciones, anunciando que se dirigían hacia el norte, por estallido sospechoso.

Estaban a unas cuatro cuadras del lugar cuando sonó el segundo impacto, tan fuerte que Ulloa casi se cayó de la moto. Varios automovilistas frenaron en seco y una mujer que maniobraba una camioneta enorme chocó a los tres automóviles que la antecedían. Un hombre que parecía muy asustado trató de adelantarlos por la pista que iba hacia el sur, siendo alcanzado de frente por un camión.

Desoyendo a los furiosos choferes que exigían a los policías que atendieran sus absurdas colisiones, Ulloa se bajó de la moto, se sacó el casco y salió corriendo hacia la iglesia. Ya tenía claro que ese era el objetivo. Estaba a una cuadra cuando el suboficial alcanzó a percibir, en medio del crepitar de las llamas y las columnas que se abatían, un silbido que él conocía muy bien: el de un cohete antitanques. Le siguió una explosión igual de violenta que las otras y

luego el característico olor que deja el sistema de ignición de los *rockets*. No necesitaba de un peritaje químico para saber qué sucedía.

Tomó su radio portátil y se comunicó con la Cenco:

—¡Clave 26, clave 26 en Recoleta a la altura del 600! ¡Repito: clave 26 en Recoleta a la altura del 600! —gritó por el aparato, asomándose a la primera calle. «Clave 26», en la jerga radial de Carabineros, es cualquier procedimiento que implique uso de explosivos. Cada vez que un radiooperador escucha esa clave, sabe que de inmediato tiene que enviar al GOPE y todas las unidades territoriales que se encuentren cerca, ya que si hay explosivos es necesario cercar y evacuar.

Había sido un día muy extraño. En la mañana, Ulloa se encontraba haciendo algunas compras en una galería de Estado con Agustinas cuando se produjo el atentado en la calle Londres. De civil, corrió hacia allá y prestó ayuda durante varias horas, pero a las tres de la tarde comenzaba su turno, así es que en la comisaría se cambió de ropa y salió a recorrer las calles en su moto. Ya empezaba a caer la tarde cuando, junto a otros carabineros de las comunas cercanas a Santiago Centro, lo mandaron a patrullar en las inmediaciones de la catedral, luego del denuncio del homicidio de un exmilitar con algún gas extraño, y las lesiones graves que había recibido un alto jefe de la Policía de Investigaciones, así como otras cinco personas.

En teoría debería haberse ido a su casa a eso de las diez de la noche, pero ante el último atentado —que el gobierno aún no había confirmado que hubiera sido cometido con el fatídico gas sarín, aunque eso ya era un secreto a voces— se había ordenado el acuartelamiento de todo el personal soltero de ambas policías y se había reforzado el turno de noche. Es por eso que Ulloa aún seguía patrullando a esa hora.

El sargento comenzó a correr por la vereda del frente en dirección a la esquina sur, cuando vio un movimiento que le llamó la atención. Por la forma de la silueta que se adivinaba en medio del

refulgir de las llamas, entendió de inmediato lo que ocurría. Se agazapó detrás de un auto al que le había caído algo enorme encima y tomó de nuevo su radio portátil, susurrando apenas.

—Clave 30 en procedimiento de clave 26. Repito, clave 30 en procedimiento de Recoleta. Clave 4 —finalizó casi susurrando.

«Clave 30» es el enunciado que se utiliza para avisar de la presencia de algún grupo armado. «Clave 4», en tanto, es un aviso para proceder con la máxima precaución posible.

Ulloa vio en eso que la sombra era un hombre de gran tamaño, que llevaba un arma de puño. Quizá una mini Uzi, supuso, al ver el largo del cargador, que sobresalía varios centímetros del puño. El sargento desenfundó su Browning de nueve milímetros y destrabó el seguro. Se movió hacia la parte delantera del auto, preguntándose dónde habría quedado el inútil de Bascur. Al tiempo que escuchaba las sirenas de bomberos que se acercaban, vio la sombra de dos cabezas que asomaron desde una puerta situada casi al frente de él. Eso motivó al hombre que llevaba el arma en la mano a que la levantara y lanzara una ráfaga de varios tiros en dirección a esas personas, que se replegaron de inmediato dentro de la iglesia.

Ulloa solo necesitó una micronésima de segundo para darse cuenta de que el hombre no llevaba en las manos una pistola Mini Uzi, sino algo mucho más estilizado, liviano y quizá mortal: una Glock 40, una pistola automática que es capaz de disparar ráfagas como una ametralladora. Eso bastó para que desenfundara su arma y disparara una sola vez en dirección a la sombra, impactándola de lleno en la cabeza.

Ulloa sabía muy bien que ni Carabineros ni Investigaciones utilizan pistolas Glock, por lo cual la posibilidad de que hubiere impactado a algún colega suyo o de la otra policía era casi inexistente. Por el contrario, la Glock es el sueño erótico de narcos y delincuentes de toda ralea, como el famoso Italo Nolli, el sujeto que pocos años antes, con un arma de aquellas, había asesinado a dos detectives y luego había sido muerto en un enfrentamiento en pleno centro de Santiago.

Con su Browning en la mano, Ulloa atravesó la calle para revisar el cadáver. Con un pie lo movió y constató que estaba muerto, pero de todos modos pateó la pistola lejos. Fue en ese momento cuando Bascur apareció corriendo y quejándose de que los conductores se habían trenzado a golpes, aunque se quedó mudo al ver el cadáver.

—Saca tu pistola. Hay gente armada aquí. Vigila —fue lo único que Ulloa le dijo. Bascur obedeció y Ulloa se internó por las ruinas de la iglesia.

—¡Carabineros! ¡Están a salvo, salgan de aquí antes de que esto se derrumbe! —gritó a todo pulmón.

Prat había logrado ver parte de la acción desde una ventana, al igual que Sandra. No les cabía duda de que era un carabinero de verdad y optaron por salir.

—Síganme —les dijo Ulloa, y salió a la calle, en el preciso instante en que una nueva ráfaga rompió el ulular de los bomberos, estancados a un par de cuadras, en medio del caos vehicular que se había producido. Lo siguiente que Ulloa alcanzó a ver fue cómo Bascur caía al frente suyo abatido por varios disparos. El sargento se lanzó al suelo, parapetándose detrás del cadáver del sujeto que había muerto dos minutos antes.

—¡Corran! —ordenó a la pareja, que salió a toda velocidad en dirección al norte.

El policía, en tanto, comenzó a mover su arma buscando saber desde dónde venían los disparos, pero una nueva ráfaga casi lo dejó fuera de combate. Varias balas dieron de lleno en el cuerpo del hombre muerto delante de él. Ulloa vio cómo el cadáver se sacudía ante los impactos y entendió que estaba en una muy mala situación. Seguramente las balas causarían heridas transfixiantes (es decir, atravesarían la carne del fallecido) y más de alguna lo impactaría. Y así ocurrió. Una de ellas rebotó contra el pavimento y golpeó su cuello. Ulloa sintió la sangre saliendo a toda velocidad desde su carótida y pensó que si no salía luego de allí estaba frito.

Calculando las opciones, juntó las pocas fuerzas que le quedaban y se puso de pie. Con su mano izquierda apretaba el cuello, tratando

de contener la sangre, al tiempo que en la mano derecha blandía su arma. Una nueva ráfaga, mucho más potente en sonido, probablemente de un arma de mayor tamaño, como una subametralladora HK 53, lo hizo saltar detrás de otro auto que se encontraba detenido en la calle. Aunque sintió que ya no le quedaban fuerzas, gracias a los nuevos disparos pudo determinar dónde estaba el tirador. Incluso logró ver a la persona: era una mujer, ubicada casi al frente suyo y parapetada detrás de varios autos.

Apuntando en medio de los vidrios del auto donde se había protegido, Ulloa disparó tres tiros en dirección a ella y, antes de desmayarse y caer en medio de un charco de su propia sangre, tuvo la satisfacción de ver cómo el cuerpo de ella se sacudía tres veces, al recibir los impactos.

Capítulo 43

Santiago de Chile, día siguiente.

Prat no pudo evitar estremecerse al ver la piel desnuda de Sandra. Ella venía desde el baño del pequeño departamento con una toalla cubriéndole los pechos y, escasamente, la cadera. Al pasar a su lado, no pudo apartar la vista del triángulo que formaban sus senos. Calculó que ella debía rondar los cuarenta años, más o menos su edad.

Intentando acomodarse en el futón en que estaba, trató de permanecer impasible, pero tampoco pudo evitar mirar las piernas de la mujer y preguntarse muchas cosas a la vez. ¿Qué intentaba hacer? ¿Quería tentarlo? ¿Por qué no se vestía dentro del baño? ¿Acaso no se daba cuenta de que estaban en un departamento minúsculo?

—Al menos no te gustan los niños chicos —dijo ella regresando al dormitorio.

Prat sintió cómo la sangre se le subía al rostro, de vergüenza.

—Soy heterosexual, si esa es la pregunta en el fondo. No tengo ninguna prohibición para admirar la belleza —trató de excusarse, piropeándola de paso, casi sin proponérselo.

—Dentro del baño está irrespirable debido a la larguísima ducha de agua caliente que me di. Por eso estoy vistiéndome aquí en el dormitorio, por si te preguntabas qué hacía paseándome semidesnuda por este departamento —respondió ella.

El sacerdote se quedó callado y dejó reposar su cabeza en el cojín una vez más. Trató de recordar la última vez que había estado con una mujer. Llevaba ya varios años en la Compañía de Jesús. No era sacerdote todavía, sino un simple maestrillo, aunque de todos modos estaba obligado al celibato.

Se había enamorado perdidamente de una profesora de inglés del colegio donde lo habían destinado. Había estado a punto de echar a la basura los ocho años ya invertidos con los jesuitas, así como de perder la chance de irse a Roma, que era lo que más quería —y lo que finalmente consiguió— por su linda pelirroja, como la llamaba. Finalmente ella simplificó las cosas al anunciarle que tenía un romance con otro hombre, un abogado, con quien después se casó.

Cuando llegaron al departamento, unas horas antes, Sandra tiritaba de frío debido al estado de *shock* en que se encontraba. Ya había caído en la cuenta de que su abuelo estaba muerto y de que ella había estado a punto de fallecer también dos veces, primero por el derrumbe de la iglesia y luego por el tiroteo. Y ahora, pensaba Prat, parecía coquetearle.

Vaya.

—¿De quién dijiste que es este departamento? —volvió a preguntar Sandra, mientras reaparecía, ya vestida y secándose el pelo. La noche anterior, cuando corrían hacia allá, él se lo había explicado.

—Está arrendado a nombre de alguien que no existe. Llevo unos meses ocupándolo, mientras trabajo en esta investigación, te lo dije anoche. Y también te expliqué que no es seguro quedarse aquí. La Cofradía puede dar con esta ubicación fácilmente, como seguramente anoche deben haber dado con ese pobre hombre que el cardenal había puesto a mi disposición para que manejara. De hecho, lamento informarte que por más apagado que esté tu celular, deberíamos destruirlo.

—¿Qué? —preguntó ella espantada.

—Es rastreable, incluso con el equipo apagado. ¿No leíste las revelaciones de Edward Snowden sobre cómo la National Security Agency, la NSA, espiaba a todo el mundo y los seguía, incluso con los celulares apagados? —le preguntó.

—¡Pero esta no es la NSA! —gritó ella.

—La NSA en sí no tiene mucho. Son los contratistas civiles quienes le proveen la tecnología. Snowden pertenecía a una de esas empresas, que no solo prestan servicios a la NSA, sino a cualquier país, gobierno, agencia o empresa que se les compre. Y está en Chile, créeme. Toda la tecnología de interceptación de teléfonos, *mails*, WhatsApp, etc., está a disposición del que pague, incluyendo organizaciones terroristas, sectas, etc.

—Pero eso no es legal —reclamó la periodista.

—Nunca ha sido legal espiar a alguien y, sin embargo, es la segunda profesión más antigua del planeta. Para qué vamos a recordar cuál es la primera —bromeó el sacerdote.

—No puedo deshacerme de mi teléfono. No solo tengo allí miles de fotos, mi agenda y muchas cosas, sino que además tengo el testimonio de mi abuelo. Es lo único que tengo para respaldar la historia y para demostrar que mi abuelo no era un nazi despiadado —rezongó, agregando que sea como sea necesitaría un teléfono.

Prat caminó al dormitorio y volvió con un bolso deportivo.

—Escoge el que más te guste —le pidió, abriendo el bolso, en cuyo interior había una decena de teléfonos Nokia muy antiguos, de distintos colores, iguales al que él portaba.

—¿Qué? —se indignó ella al ver esos modelos, todos iguales, rojos, grises y azules en su mayoría.

—Son de prepago y tienen miles de pesos de carga cada uno. Si necesitas un teléfono para comunicarte, este es el que más te servirá —insistió el cura.

—Estás demente. No voy a cambiar mi iPhone por esas porquerías.

—Estas porquerías —retrucó el religioso— son puros Nokia de la serie 8200. Sí, son celulares antiguos, de 1999, pero son el teléfono

favorito de los narcotraficantes, incluso se han escrito reportajes sobre eso. ¿Y sabes por qué? Porque a diferencia de tu iPhone, que está conectado en forma permanente a los servidores de Apple, que a su vez comparten información con la NSA, la cual podría compartirla con quien quisiera, estas porquerías de celulares no tienen *bluetooth*, no tienen GPS y no poseen ningún sistema de rastreo. Además, su sistema de encriptado de información es muy seguro, por lo que pincharlo no es muy fácil. ¿Y sabes qué más? Su batería dura tres o cuatro días cargada. Y eso que es casi tan pequeño y liviano como tu iPhone, el que con suerte dura algunas horas encendido.

—Ya veo —respondió ella.

—Mira. Entiendo lo que sientes, pero si quieres terminar esta historia, es imprescindible que destruyamos ese teléfono.

—Pero si llevo solo tres de dieciocho cuotas pagadas —se quejó la mujer, rompiendo a llorar. El sacerdote entendió que el llanto no era por el dinero que aún adeudaba a la compañía, sino por algo más profundo. Se puso de pie y la abrazó.

Al hacerlo sintió cómo sus fosas nasales se llenaban del perfume que brotaba del pelo de ella. Era solo el aroma del champú que había en el baño, el mismo que él utilizaba todos los días desde hacía un par de meses, pero olía distinto viniendo de ella. Diablos, qué bien se sentía abrazar a una mujer y sentir un cuerpo tibio al lado de uno, pensó al estrecharla.

—Tranquila, tranquila. Todo estará bien —le repetía, calmándola de a poco.

Ella lo apretó un poco. Inequívocamente, el cura percibió los dos pechos de Sandra presionando contra sí. Sintió que la sangre subía una vez más a su cabeza pero, en vez de retroceder, también la estrechó más, introduciendo su mano debajo de su pelo mojado y tomando con sus dedos la base de su cabeza.

Ella respondió al movimiento girando su cara hacia la cara del religioso. Se quedaron mirando un par de segundos que a ambos les parecieron miles de años. Prat, casi por instinto, acomodó su nariz

para recibir el aliento tibio que salía de la boca de ella. Ambos, sin decirse nada, se acercaron suavemente, hasta que sus labios se toparon levemente, como rozándose. En ese mismo momento el sacerdote se retiró hacia atrás.

—Debo levantarme. Hay mucho que hacer —le dijo, dejándola allí, aún turbada. El sacerdote entró a la pequeña habitación donde dormía y cerró la puerta. Ella soltó un par de lágrimas más y decidió encender el televisor, pensando que meterse con un cura sería la última y más estúpida locura que podría cometer. Puso un canal de noticias y de inmediato apareció ante sus ojos la imagen del desastre de la noche anterior.

Ya de día, lo que se veía en el despacho en vivo era terrible. De la iglesia levantada por los dominicos solo quedaba en pie la vieja secretaría, todo lo demás se había derrumbado. Además del enorme daño arquitectónico, se habían perdido casi todos los libros, de un valor incalculable.

Según el periodista que daba el despacho, aún no existía recuento de víctimas fatales al interior, pues no había sido posible remover los escombros. De acuerdo a fuentes policiales, sí había certeza de un carabinero fallecido y otro grave, además de dos delincuentes «comunes» muertos.

«La policía busca a dos personas que se cree están implicadas en los hechos», dijo el periodista de TV, un muchacho con quien Sandra había reporteado en innumerables ocasiones. En ese momento aparecieron en pantalla dos retratos hablados, con mucho detalle, que los mostraba claramente a ella y a Prat.

—¡Conchatumadre! —gritó, insultando a su colega de la televisión. Partió furiosa al dormitorio, entró al baño, que estaba sin llave, y descorrió la cortina. El sacerdote se duchaba y, al mismo tiempo, inspeccionaba las magulladuras y cortes que tenía.

—¡Nos están culpando a nosotros! ¡Acaban de mostrar nuestros retratos hablados por televisión! —gritó indignada ante la estupefacción del religioso, que se encontraba frente a ella y con toda su humanidad a la vista. Tan sorprendido quedó que ni siquiera

pensó en cubrirse. Por el contrario, aún con el jabón en la mano, le respondió:

—No me sorprende en lo más mínimo. La Cofradía tiene gente en todas partes, seguramente también en la policía o quizá en los medios. Es una forma inteligente de deshacerse de nosotros, ponernos en el centro del problema. Imagino que ahora habrás quedado convencida de que es necesario eliminar ese iPhone, ¿no? —preguntó.

—Sí, tienes razón. Solo déjame traspasar la grabación de mi abuelo a un *pendrive*. Necesito un computador para eso. ¿Puedo usar el *laptop* que está en el *living*?

—Claro. La clave es AMDG.

—¿AMDG? —preguntó ella.

—Sí. *Ad Maiorem Dei Gloriam*, A Mayor Gloria de Dios. Es un lema que se usa mucho en la Compañía de Jesús y en varias otras órdenes religiosas —le explicó muy serio, pero la periodista se comenzó a reír a mandíbula batiente.

—¿De qué te ríes? —le preguntó casi ofendido.

—De que esa es la peor clave secreta de la historia. ¡Hasta yo sé que esa es una sigla muy usada por los jesuitas! —se burló.

El sacerdote apareció vestido en menos de diez minutos. Ella aún estaba sentada en el computador. Para horror del sacerdote, estaba viendo Facebook.

—¡Pero qué haces, mujer! —le gritó, cerrando el *laptop* casi con violencia.

—Solo… solo… revisaba mi Facebook…

—¡Eso es justamente lo que no debes hacer! ¿Acaso no lo entiendes? ¡Nos están buscando y nos van a identificar por cualquier huella electrónica que dejemos, donde sea!

—Es que yo…

—Es que nada, vámonos de aquí de inmediato —la urgió, justo en el momento en que, a pocas cuadras de allí, Stangl recibía una confirmación positiva de que sí, los habían ubicado nuevamente. Ya tenían la IP desde la cual la periodista se había conectado para

revisar su cuenta de Facebook. Ahora solo faltaba encontrar el lugar específico, en cosa de minutos.

Capítulo 44

Veinte minutos más tarde, el cura y la reportera estaban, curiosamente, casi en el mismo lugar donde se habían conocido el día anterior. Mientras a metros de allí la policía aún mantenía cercado el sitio de la explosión en el edificio de calle Londres, ellos habían llegado hasta la iglesia de San Francisco y se habían sentado en una banca situada cerca del altar.

—¿Crees que es seguro estar aquí? —preguntó ella con bastante lógica. A poca distancia de allí estaba lleno de carabineros, detectives, periodistas y curiosos.

—No me puedo imaginar un mejor lugar en este momento. Estamos cerca y muy lejos a la vez. Entramos por el lado del cual nadie está pendiente. Por cierto, si hubiéramos accedido hasta acá caminando desde calle Londres, todos nos habrían visto. ¿Te acuerdas del cuento *La carta robada*, de Poe? La genialidad del ladrón estaba en no esconder la carta que había sustraído. Por el contrario, la había dejado a plena vista sobre la chimenea de su casa. Era tan ilógico su proceder que nadie se había fijado en ello —aseveró.

—¿Y qué hay con aquello de que el criminal siempre vuelve a la escena del crimen? Para mis colegas nosotros somos los criminales y la escena del crimen está aquí al lado —dijo Sandra, subiendo el tono de voz.

El sacerdote le tomó la mano y llevó su dedo índice a la boca de la mujer, poniéndoselo encima para hacerla callar. Era su forma de compensar, con algo de ternura, la brusca reacción que había tenido

con ella minutos antes. No obstante, Guzmán lo entendió de otro modo.

—Oye —le susurró al oído.

—Dime.

—¿Hace cuántos años que no estás con una mujer? Porque has estado con alguna, ¿no?

El religioso comenzó a reír suavemente. Pensó en no contestar, pero finalmente decidió que eso no tenía ningún sentido.

—Hace varios años, hartos, cuando aún no me ordenaba de sacerdote —respondió.

—¿Y no lo echas de menos? ¿No extrañas sentir un abrazo de mujer, hacer el amor, tocar a alguien? —le preguntó, mirándolo a los ojos.

Esa era una puerta a punto de abrirse, entendió Prat. Pero por mucho que le hubiera gustado entrar, no era el momento ni lo correcto.

—Yo hice un juramento de castidad ante Dios. Como seguramente lo sabes, los jesuitas emitimos además un voto especial de fidelidad al Papa. En este momento me encuentro en un trabajo que me fue encomendado personalmente por el Santo Padre y por mucho que me gustaría hablar contigo sobre mis pulsiones físicas, creo que no es la ocasión ni mucho menos el lugar. En todo caso, sobre lo que pasó antes te pido mil disculpas. Me dejé llevar y no debí hacerlo —replicó, encogiéndose de hombros y apuntando con el dedo índice la cruz que coronaba el altar.

—No hay problema. Tienes razón. Esto de ser atea provoca que una se desubique a veces —rio ella un tanto incómoda y sin saber qué diablos contestar a eso.

El sacerdote le devolvió la sonrisa y le dijo que lo acompañara, poniéndose de pie. Como si fuera un guía turístico la condujo por el templo, mientras le explicaba que esta era una de las iglesias más antiguas de Chile.

Pedro de Valdivia había levantado allí una ermita, casi en forma simultánea a la instalación de la catedral, pero el templo comenzó a

alzarse un poco después, en 1572, cuando se cedió la ermita y el solar a los franciscanos. El edificio original era de 1612 y aunque ha sido reconstruido varias veces, conserva reminiscencias de su pasado, sobre todo por unas paredes que parecen hechas de piedra, imitando antiguas catacumbas. Prat le mostró los arcos y las columnas que rodean la nave central de la iglesia, todo muy a maltraer desde el terremoto de 2010.

—Vamos —le dijo, saliendo por una puerta lateral y conduciéndola al antiguo convento adosado a la iglesia, donde hoy funciona un museo de arte sagrado.

Como toda construcción colonial, el lugar tiene un enorme patio central y pasillos techados. Y en medio del patio está lleno de vegetación, algo raro en el centro de Santiago.

—Muy lindo —observó la mujer, quien se sobresaltó un poco al sentir ruido en medio de las hojas, pero el alma le volvió al cuerpo al ver que se trataba de un hermoso pavo real, de cuello azul y una enorme cola de plumas verdes.

—Los franciscanos tienen un pequeño valle aquí dentro. Muchas veces, cuando estudiaba en la Universidad Católica, me escapaba para acá, a este remanso de paz. Ven. Te voy a mostrar mi lugar favorito —le confesó el sacerdote, conduciéndola hasta el centro del patio, donde había una fuente de agua en la cual nadaban decenas de peces de colores. Una tortuga, en tanto, dormía en el borde de la fuente, tomando el sol.

—Es increíble que exista algo así aquí. Ni siquiera se escucha el ruido de la calle —exclamó ella.

—Sí. Ahora necesito decirte algo, Sandra. Anoche, cuando se produjo el primer impacto contra la basílica y caímos al suelo, mi mano tocó algo filoso, que reconocí de inmediato como la muela que tu abuelo se acababa de sacar. Cuando regresamos al departamento y te quedaste dormida la abrí y, como suponía, era el lugar donde se hallaba la pieza de metal en que está grabado el código. Tranquila, no digas nada —trató de calmarla, pero ella lo acribilló a preguntas.

—¿Viste a mi abuelo? ¿Sabes algo de él? ¡Necesito que me lo digas! —exigió.

Nuevamente dudó sobre qué hacer, pero la decisión que tomó era inequívoca.

—No, Sandra, lo siento. No sé nada de él. Solo di casualmente con la pieza de dentadura y la guardé, casi en forma irreflexiva. Créeme que lo siento mucho —le mintió, porque no solo sabía cuál había sido la suerte del anciano, sino que, además, realmente no le conmovía la muerte de ese hombre.

—Es esto —agregó el sacerdote, sacando de su bolsillo un papel muy doblado. Al interior del mismo se veía una pieza de metal plateada y minúscula, una especie de estampilla de dimensiones diminutas, muy delgada.

—No se entiende nada —exclamó Guzmán.

—Debes acercártela mucho para poder reconocer lo que dice. Yo la fotografié anoche con una cámara digital y así pude ampliar el código —dijo a la periodista, quien pese a sus esfuerzos, no entendió nada. Era solo una secuencia de letras:

WFDSHKJVWTVAUMRGXJKDSISJSTWRGQKDEGUZGISHXPU

—Ni idea —se resignó la reportera, encogiéndose de hombros.

—No es tan difícil. Por la estructura corresponde a lo que tu abuelo nos dijo, a un alfabeto cifrado en función de otros dos alfabetos mezclados. El problema es que no sabemos con qué letra comienzan esos otros dos alfabetos. Necesito que pienses en las cosas que tu abuelo te contaba, en los temas que lo fascinaban, para ver si podemos dar con la clave.

—No sabría qué decirte…, a mi abuelo lo fascinaban su trabajo, la historia, la arqueología. Cuando era niña me sacaba a pasear junto a mi mamá y nos llevaba a recorrer Santiago por horas. Me enseñaba a mirar aquello que uno no ve en forma cotidiana. Este museo no lo conocía, pero sí habíamos estado con mi abuelo en esta iglesia, y en realidad en todas las del centro, porque…

—¿Por qué? —interrogó el sacerdote.

—Vale, mi abuelo era ateo, qué duda cabe, igual que yo. Pero le encantaba la arquitectura sagrada, como él la llamaba, si te diste cuenta. Le gustaba todo tipo de templos. Tenía un amigo masón que lo había llevado varias veces a las llamadas «tenidas blancas», donde pueden entrar a los templos masónicos quienes no pertenecen a esa orden. Y también había entrado alguna vez, no sé cómo, a un templo mormón.

Sandra le relató la obsesión de su abuelo por las iglesias católicas del centro, como la catedral, Santo Domingo, La Merced, la iglesia del Niño Jesús de Praga, poseedora de una extrañísima cúpula y ubicada al principio de avenida Independencia. También le habló de su fascinación por la basílica de los Sacramentinos, aunque nunca habían estado en el subterráneo, y de otras como la basílica del Salvador, en el barrio Brasil, o la mismísima Recoleta Dominica, ahora destruida.

—¿A qué crees que se debía su fijación con todos esos lugares?

—En los últimos años mi abuelo estaba muy entusiasmado con una serie de estudios publicados por académicos del Museo de Historia Natural, sobre el legado inca de la ciudad. Tal como nos dijo, creía que Santiago era una ciudad construida sobre cimientos sagrados, de algún tipo.

Hess, explicó la nieta, aseguraba que quizá otras culturas previas a los incas y a los españoles ya se habían dado cuenta de ello, entendiendo que en una zona específica de la capital había una suerte de centro desde el cual se alineaban diversos lugares sagrados, del mismo modo como los incas alineaban sus centros ceremoniales en función de la ciudad de El Cusco, o como sucedía con las grandes catedrales europeas. Ese centro, de acuerdo a lo que Sandra pudo recordar, era el cerro Blanco, en Recoleta, ubicado al frente de la iglesia donde casi habían hallado la muerte y detrás del Cementerio General, un sitio hoy más bien abandonado, pero en el cual se han encontrado piedras «tacitas», que algunos atribuyen a los incas.

—Mi abuelo estaba convencido de que esas piedras indicaban lugares sagrados donde se realizaban ceremoniales de algún tipo. Las hay también en el Pucará de Chena, al sur de Santiago. Y cuando mi abuelo aún era relativamente joven, en los años sesenta, subió el Cerro Colorado, que no es poco…

—Donde en 1954 se encontró la momia del famoso niño inca que fue sacrificado en un ritual a los dioses —agregó el cura.

Ubicado a cinco mil metros sobre el nivel del mar, el Cerro Colorado es conocido por pocos chilenos, pese a que en un día sin esmog puede ser apreciado desde cualquier parte de la capital si la vista está despejada de torres o edificios.

—Creo que subió con Ludwig, pero no encontraron piedras «tacitas», aunque yo creo que su objetivo de fondo era ver si encontraba otra momia o algún residuo incaico de cualquier tipo —relató Guzmán.

Aunque no tenía mucho más que contar de esa expedición, Sandra comentó a Prat que su abuelo estaba convencido de que los españoles, de alguna manera, sabían que Santiago, el valle del Mapocho y especialmente La Chimba —lo que hoy es Recoleta e Independencia—, eran lugares sagrados de los incas y quizá de otras culturas, como los aconcagua. Sin saber el motivo, el anciano sospechaba que los españoles habían aprovechado esa condición para asentar su ciudad ahí, al final del camino del Inca, y que el trazado vial fue hecho fijando el sentido de las calles en función de los solsticios y equinoccios, lo mismo que en los últimos años otros expertos habían probado.

—Tu abuelo debe haber estado muy emocionado con todo ello.

—Por supuesto. Él nunca publicó algo al respecto, solo porque siempre trató de pasar inadvertido y recién ahora entiendo por qué. Bueno, ya da lo mismo. Ah, una cosa más: él pensaba que seguramente la Inquisición también sabía de los trazados incas. Para mi abuelo, el sitio por donde pasaba el camino del Inca era una especie de rectángulo que iba desde el Cerro Blanco hasta esta iglesia, por el oriente, y hasta lo que hoy sería Manuel Rodríguez,

más o menos, hacia el poniente. En ese sector hay varias iglesias muy importantes, y para él, su ubicación era estratégica. Él juraba que no las habían puesto allí por casualidad, sino aprovechando algún tipo de disposición extraña que nunca me supo explicar.

—Geografía sagrada.

—¿Geografía sagrada? ¿Qué es eso?

—De lo mismo que acabas de hablar y de lo que él nos contó cuando estábamos en los Sacramentinos. Era una de las creencias más arraigadas en el ocultismo nazi —le explicó.

Según lo que el sacerdote relató, los nazis estaban obsesionados con Stonehenge, aunque en realidad parecía ser una obsesión germana. Ya en el año 1600 y tantos los alemanes habían hecho una serie de estudios acerca del trazado de las piedras y las líneas imaginarias que se podían proyectar desde ellas, las cuales unían en un triángulo también imaginario otros túmulos de tierra, en Old Sarum y Grovely Castle, conformando un triángulo equilátero de exactos 9,6 kilómetros.

Los nazis, recordó Prat, realizaron mediciones semejantes en la zona donde se ubica la catedral de Chartres, en Egipto y en varias otras partes. Creían que todas las grandes civilizaciones disponían templos en función de una línea anual solar y que por eso incas, mayas, aztecas, egipcios, fenicios, celtas y otros habían edificado sus templos al Sol y a la Luna en función de esas supuestas líneas.

—Loquísimo —exclamó la mujer.

—La verdad es que existen ciertos indicios inquietantes en ello, Sandra, pues esa línea anual solar, en realidad es una alineación relativa al solsticio de verano. La mayoría de las civilizaciones, como los chinos, los mayas y los celtas, construían sus templos en función de la zona por donde nacía el sol en el solsticio de verano.

—Lo mismo que decía mi abuelo que habían hecho los incas en Santiago y que luego habían repetido los españoles.

—Exacto. De eso estamos hablando…

Sandra ya se había acostumbrado a escuchar las disertaciones del sacerdote. Parecía un erudito en todo tipo de temas, muchos de

los cuales no le eran tan ajenos, debido a los intereses de su abuelo, que a ella siempre le habían parecido excéntricos pero inocentes, hasta ahora. Desde su primer encuentro hacía tan poco, a pocos metros de donde estaban, parecía un asiduo espectador de canales como History Channel o incluso de esos charlatanes que de vez en cuando encuentran su espacio en la televisión o en páginas web. En este breve tiempo que llevaban juntos, ella había pasado de la ironía a la incredulidad, y de la sorpresa a una cierta admiración. Una vez más lo escuchó detenidamente. Ahora todo lo que ese hombre le decía parecía de vida o muerte.

Prat le explicó que había numerosas razones por las cuales muchas civilizaciones antiguas erigían cultos a deidades solares. Una de ellas, una constante tanto entre los egipcios como en los pueblos prehispánicos, es que el Sol era y es el objeto celeste más visible y el que más incide en la vida de los hombres. Sin sol no hay calor, no hay vegetación, no hay vida. La salida del sol en el solsticio de verano, el 21 o 22 de diciembre en el caso de Chile, augura días más largos, el fin de las lluvias y el inicio de las cosechas, al igual que en todo el mundo. De ahí entonces que los pueblos prehispánicos vieran en el Sol a su máxima deidad y prepararan templos destinados a recibirlo y alabarlo por la misma ruta donde veían que se aproximaba cada año.

—Todo eso es muy razonable, lo que no entiendo es por qué esos carajos de los españoles, tan católicos ellos, iban a hacer lo mismo. Lo único que hicieron en su paso por América fue borrar cuanta civilización encontraron, en nombre de Dios, ¿no, padrecito? —le respondió con algo de la saña que no podía evitar, cada vez que se sentía una alumna ignorante frente a un profesor de colegio de curas, intentando además, de algún modo, ocultar la evidente admiración que iba creciendo en ella hacia él.

—Es muy poco lo que sabemos de Pedro de Valdivia. Ni siquiera conocemos en qué año ni dónde nació, solo que era extremeño, y al menos en lo que respecta a ciudades como Santiago, La Serena, Concepción y Valdivia, todo el trazado fue su idea. Como cabeza del

comando militar que avanzaba hacia el sur, era quien decidía dónde se establecían las ciudades, cómo se distribuían los solares, etc.

—Pero entiendo que eso era más o menos estándar y que en todas las ciudades chilenas la distribución del centro es la misma: una plaza con una catedral, un municipio, etc. —intervino la periodista.

—Eso es efectivo. No obstante, en la repartición de los terrenos y en cómo se orientaba la ciudad, quien decidía era Valdivia, y eso no es menor. En la educación básica y media chilena tradicional se lo muestra habitualmente como un soldado brutal y poco educado, quizá como una forma de moderar el genocidio que él inauguró por estas tierras.

Una vez más, Prat dio cuenta de cuánto sabía de esos temas. Acotó que si se revisa la historiografía de la época, se puede determinar que Pedro de Valdivia, el conquistador de Chile, era descendiente de una familia de nobles y militar de cierta trayectoria, además de un hombre educado, que escribía bastante bien, privilegio de muy pocos en aquellos años. Estuvo en las guerras de Flandes e Italia, y en 1534 llegó a Venezuela en búsqueda de la ciudad de El Dorado, luego de lo cual fue a Perú a combatir la rebelión de los incas. Más tarde terminó avanzando hacia Chile, detrás de la fabulosa ciudad de oro, que todos los indígenas insistían en decir que se encontraba más al sur, como una forma de quitarse de encima a los conquistadores.

—Conquistadores que, insistimos, actuaban en nombre de la Santa Madre Iglesia Católica —arremetió de nuevo la periodista, logrando esta vez una contestación.

—¿Qué te pasa? ¿Quieres que me haga cargo de los crímenes cometidos en nombre de Dios? Me encantaría, pero no puedo. Eso tampoco significa que esté de acuerdo con ellos, así como tampoco desconozco hechos llamativos en la historia, y aquí va uno, de la historia de Pedro de Valdivia. ¿Recuerdas que tu abuelo contaba sobre las misteriosas líneas de Nazca? ¿Sabes quién fue uno de los primeros españoles en estar allí? Pedro de Valdivia. Según cuenta

Jerónimo de Vivar en sus crónicas, luego de que Valdivia viajara desde Panamá a El Cusco a ayudar a sofocar la rebelión incaica, regresó al norte por Nazca, donde se había asentado Francisco Pizarro. ¿Qué vio Valdivia en Nazca? ¿Se habrá percatado de los enormes geoglifos? ¿Habrá tenido conciencia de que estaba en el epicentro de una misteriosa civilización? ¿Se habrá permeado de ella, así como se acusó a los templarios de haber confraternizado en secreto con los musulmanes y haber adoptado ciertas prácticas esotéricas de parte de ellos? No lo sabemos…

—Pero sí sabemos que los españoles cortaban cabezas de indígenas, solo porque consideraban que estos eran unos herejes…

—Y dale. ¡Claro que así fue, y en ese tiempo aún creían que el Sol giraba en torno a la Tierra, qué quieres que haga yo! Lo que no sabemos eran las motivaciones de Valdivia, qué tan traspasada por otras creencias estaba su creencia en el catolicismo. Es más, voy a decir algo que a tu abuelo le habría encantado: ¿y si buscaban la ciudad de El Dorado, o la versión chilena de esta, la Ciudad de los Césares, no por un tema económico, sino filosófico?

—¿De qué hablas? —le interrogó ella.

—Francis Bacon, uno de los principales íconos del rosacrucismo, y que nada tiene que ver con Roger Bacon, pues este otro vivió más de trescientos años después, escribió un famosísimo opúsculo sobre la Atlántida, planteando la existencia de esa ciudad perdida como una utopía. Kircher también escribió sobre ella y claro, Platón fue el primero. Hoy en día, cuando se banaliza la idea de una ciudad perdida fabulosa, resulta que todos olvidan que los máximos sabios del pasado fueron quienes escribieron sobre ella.

—Puras fantasías —acotó la mujer, agachando su cabeza, como si estuviera rezando. Había descubierto que le encantaba molestar al religioso.

—Puede ser, pero también se decía que era pura fantasía la existencia de una ciudad fabulosa en las montañas cercanas a El Cusco, hasta que en 1911 Hiram Bingham convenció a un par de lugareños de acompañarlo y terminó descubriendo Machu Picchu. La

obsesión de Percy Fawcett, en los años veinte, por encontrar la ciudad de El Dorado en medio de la selva amazónica, no era solo fantasía. Hoy, al igual como sucede en Santiago respecto de los incas, han comenzado a aparecer evidencias de que en medio del Amazonas pudo haber existido una civilización extremadamente avanzada…

—Me parece excelente por el señor Bingham y por la memoria del finado Fawcett, pero no veo qué relación podría tener eso con todo esto otro.

—Uno de los grandes temas de los rosacruces es la búsqueda de esa ciudad, de la Atlántida o como la quieras llamar, Sandra. ¿Y si Valdivia era un rosacruz disfrazado de conquistador, que buscaba esa ciudad? No lo sabemos ni lo sabremos nunca, pero no deja de ser llamativo que, habiendo él mismo reprimido a los incas, utilizara el mismo trazado de estos sobre Santiago y usara el mismo lugar en que habían alzado un lugar ceremonial, como tú misma lo acabas de comentar.

—Es muy probable, pero creo que lo fundamental ahora es encontrar esa clave. ¿No te parece? —le dijo al cura.

—Creo que ya la tengo. Estoy seguro —le sonrió el sacerdote.

Capítulo 45

—Hace poco te reíste de mi clave de acceso al computador. Por más entrenamiento que una persona tenga en materias como inteligencia, muchas veces termina cayendo en lo obvio —dijo Prat a la mujer.

—Puede ser —respondió esta, poco dispuesta a concederle cualquier cosa.

—No te he preguntado acerca de la real naturaleza de la relación que mantenías con tu abuelo, pero no me cabe duda de que eras su nieta regalona —precisó.

—Es probable, pero siempre fue muy querendón con mis otros dos hermanos y con mis primos.

—¿Eres la única nieta mujer entonces?

—Sí.

—¿Y así como a ti, llevaba a tus hermanos a recorrer el centro de Santiago, contándoles historias sobre los incas y todo eso?

—Quizá, no lo sé. A mí me llevaba desde niñita y la verdad es que nunca hablé de eso con mis hermanos. Supongo que no.

—Ahí está la clave. Vamos a probar con tus iniciales: SG.

—¿Qué?

—Tu abuelo dijo que habían armado todo este tinglado poco antes de que cayera Allende. ¿Qué año naciste?

—¡Eso no se le pregunta a una dama! —se quejó la periodista.

—Vamos, no se trata de eso. ¿1973?

—Sí —respondió resignada.

—¿Antes o después del golpe?

—Antes. El 2 de septiembre.

—Bravo. Las muelas las implantaron el 10. Probemos —dijo, sacando de nuevo un lápiz y una libreta.

—Si eso es así, el alfabeto 1 debería comenzar con la «S», de Sandra, y el alfabeto 2 con la «G» de Guzmán, siguiendo una simple lógica. Puede ser al revés también, pero pensemos que Herr Hess no era tan enrevesado y tratemos de la primera forma. Si fuera así, entonces debería quedar de este modo:

Alfabeto A	a	b	c	d	e	f	g	h	i	j	k	l	m	n	o	p	q	r	s	t	u	v	w	x	y	z
Cifrado 1	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R
Cifrado 2	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F

—Ahora bien, para poder descifrarlo necesitamos llevar rigurosamente el orden de las letras y asignar un número 1 y un número 2 a cada letra que se repite, a fin de saber de qué alfabeto salió. ¿Me sigues?

—Poco.

—Mira, es simple. Voy a copiar ese código aquí y vamos a ver si funciona:

WFDSHKJVWTVAUMRGXJKDSISJSTWRGQKDEGUZGISHXPU

—Ahora vamos a tratar de traducir eso. La primera letra es una «W». En el alfabeto 1, que parte con la «S», la «W» corresponde a la letra «E». ¿Ok?

—Claro —respondió la periodista.

—La «F», en el mismo alfabeto, es la letra «N». La «D» es la «L» y la «S», ya lo sabemos, es la «A». El problema será determinar cuándo se repiten las letras y, por ende, debe recurrirse al alfabeto 2, pero ya veremos eso.

—Hasta el momento tenemos «ENLA» —leyó la mujer.

—Sí. Eso no dice nada. Sigamos —propuso el sacerdote, traduciendo la siguiente grafía: «P». La próxima, la sexta, sin

embargo, causó un problema.

—Si traducimos eso en función del alfabeto 1 deberíamos entender que esa letra «K» es una «C», una consonante, pero ahí ya comienza a complicarse la o las palabras que estamos formando. Tendríamos «ENLAPC». En cambio, si recurrimos al alfabeto 2, el que comienza con la «G» de Guzmán, el asunto cobra sentido, pues allí la letra «K» se corresponde con la «E» y ahí aparece algo legible al menos: «ENLAPE», leyó.

La próxima media hora ambos estuvieron enfrascados en el mismo ejercicio, viendo cuáles letras se repetían y tratando de hacer que consonantes y vocales encajaran. Finalmente, el trabajo arrojó una frase completa, a la cual claramente le faltaban los espacios entre palabras:

ENLAPERPENDICULARDELACARABELAYELMACHOCABRIO

—¿En la perpendicular de la carabela y el macho cabrío? ¿Ese era el gran secreto de mi abuelo? —se quejó Sandra.

—Claramente es un mensaje velado, alusivo a algún lugar donde se encuentra algo.

—¿Crees que allí esté el libro?

—Puede ser, aunque dudo que el asunto sea tan simple. Claramente es una pista, pero para entenderla es necesario meterse en la mente de tu abuelo. ¿Alguna idea? —preguntó el sacerdote.

—Ninguna. Apenas me acuerdo de qué es una perpendicular.

—El lugar donde se cruzan dos líneas, formando un ángulo recto, de 90 grados —respondió el religioso en forma casi automática, generando un brillo de furia en los ojos de la reportera.

—Claro que sé eso. Era una broma —reclamó, pero el hombre ya estaba ocupado en otra cosa, marcando un número en su celular Nokia modelo arcaico.

—¿A quién estás llamando?

—A un experto en símbolos que nos podrá ayudar —fue todo lo que le dijo.

Prat se puso de pie y comenzó a caminar alrededor de la fuente de agua, mientras sonaba el teléfono y la tortuga estiraba el cuello tratando de capturar algunos rayitos de sol, en medio de una mañana extremadamente fría.

De pronto respondió una voz que conocía bien, así como el número, pues era la mesa central de la Compañía de Jesús en Santiago. Pidió que lo comunicaran con la residencia Padre Belarmino, una especie de hospedería para jesuitas ancianos y también para aquellos que tenían problemas judiciales. Cuando le contestaron en la secretaría de ese lugar, pidió que le pasaran al padre Mackenna.

Tras varios minutos este se puso al teléfono, visiblemente incómodo. Desde que había sido separado del colegio jesuita en que era rector, por una acusación de abuso sexual que estaba penalmente prescrita, los llamados eran un evento raro en su vida, la cual ahora transcurría entre oraciones y la escritura de un libro sobre las iglesias de Santiago, que ya acumulaba más de mil quinientas páginas, y que no tenía visos aún de finalizar. Arquitecto de profesión, su tesis en la Universidad Católica había sido sobre las iglesias de la capital y durante muchos años había fotografiado y visitado todos los templos que había podido encontrar. Incluso Prat en algún momento de su vida lo había ayudado a redactar dicho trabajo, que ahora lo absorbía por completo.

—Padre Mackenna, habla con Alberto Prat —le explicó el cura, lo que la periodista aprovechó para confirmar que, pese a las sospechas de su abuelo, ese sí era el nombre verdadero del religioso.

—Qué bueno escuchar tu voz, Alberto. He sabido de ti. Me da mucho gusto saber que sigues ahí, según me han contado —le respondió el septuagenario sacerdote, el mismo que años antes se había convertido en el primer chileno en formar parte del servicio secreto del Vaticano. Antes de ser acusado, había recomendado a Prat para formar parte de él.

—Gracias, padre. Necesito de su ayuda y usted sabe que no es mucho lo que le puedo decir.

—Por supuesto, no faltaba más.

—Necesito ubicar alguna construcción, seguramente en Santiago Centro, donde haya una carabela y un macho cabrío. No sé si estamos hablando de pinturas, de estatuas, o si simplemente estamos hablando de simbología.

—En realidad me parece que la respuesta es bien sencilla, Alberto. ¿Recuerdas la primera Comunidad de Vida Cristiana a la que te mandamos como maestrillo?

—Imposible olvidarla. Fue una gran experiencia.

—Ese es el lugar que reúne ambas características. Imagino que más de alguien te debe estar escuchando, así es que los dejaremos con las ganas.

—¡Cómo no me acordé! Claro, tiene toda la razón. Muchísimas gracias, padre, que Dios lo bendiga.

—Igualmente, padre Alberto, igualmente. Llámame para lo que me necesites —le apreció.

Prat no podía borrarse la sonrisa de la cara, al tiempo que Stangl, a pocas cuadras de allí, rezumaba rabia por todos lados. Junto a su operador del equipo RT, que intercepta llamadas telefónicas, había escuchado completo el diálogo.

—¿Tenemos la ubicación exacta de ese cura comunista? —preguntó.

—Lo que tenemos, señor, es una ubicación aproximada, en función de la antena telefónica de la cual salió el llamado. Pero es un radio muy amplio, de unos seiscientos metros. Puede estar en cualquier lugar entre las estaciones Moneda y Santa Lucía del metro, y entre calles Marcoleta y Huérfanos. En medio de unas quinientas mil personas —apuntó el operador, mostrando un mapa del centro de Santiago con un círculo que marcaba la zona que acababa de señalar.

—No importa. Vamos a dar con ellos sí o sí.

Capítulo 46

Casi quince minutos más tarde, y luego de haberse bajado en la estación Los Héroes, el cura y la periodista prácticamente corrían por calle Almirante Barroso hacia la antigua y derruida basílica del Salvador, el templo donde Mackenna había supervisado por primera vez a Prat. Fue cuando Alberto Prat asumió como monitor de las CVX, las «Comunidades de Vida Xristiana» que funcionaban en distintas parroquias del país y que en el caso del Salvador operaron durante un tiempo en una casa ubicada al frente de la iglesia.

Llegando a calle Agustinas emergió en toda su magnificencia la parte trasera del imponente templo. Desde allí parecía una especie de castillo medieval hecho de ladrillos, provisto de una torre central, dos torres laterales y una primera planta llena de arcos ojivales. Apuntalada desde la vereda por gruesos tablones y con buena parte de sus techumbres destrozadas por los terremotos (el más dañino de los cuales fue el de 2010), estaba rodeada por un cerco de escasa altura, que pocas vidas lograría salvar en caso de derrumbe.

—Es una pena. Es un edificio hermoso —murmuró Prat.

La basílica del Salvador es uno de los pocos templos de estilo neogótico existentes Chile y aunque desde fuera no se ve tan grande, por dentro se puede apreciar su gran magnitud. Fue construida para reemplazar la iglesia de la Compañía de Jesús que estaba en pleno centro de Santiago, en el mismo sitio donde luego se emplazaría el Congreso y que fue devastada por un incendio en 1863, tragedia que dejó más de dos mil muertos.

—Acá cabían más de cuatro mil personas en las tres naves que posee. Tenía vitrales originales traídos de Munich y una ornamentación fenomenal —comentó el sacerdote.

—Lo sé. Vine un par de veces con mi abuelo, que alucinaba con este lugar. Alguna vez me contó que lo habían edificado a finales del siglo XIX y que el arquitecto que lo había construido era un hombre muy famoso en su época. Incluso hay una calle en Providencia que lleva su nombre, pero no me puedo acordar cómo se llamaba…

—Josué Smith Solar.

—Ese mismo.

Un gran arquitecto, Smith Solar parecía tener en la monumentalidad una especie de sello propio, según se puede apreciar también en varias otras de sus obras. Entre ellas destacan el edificio principal de la Universidad Técnica Federico Santa María, en Valparaíso; la fachada sur de La Moneda, el Ministerio de Hacienda, al lado del hotel Carrera, y el edificio del Club Hípico, en Santiago.

—Bien, y ahora dime qué buscamos aquí —pidió la periodista.

—Buscamos lo que decía el mensaje. Una carabela española y un macho cabrío. Cuando el padre Mackenna me dio la indicación de este lugar recordé de inmediato que está lleno de pequeños detalles, esculturas y relieves. Es más, creo que alguna vez vi una carabela, pero no recuerdo en qué parte.

—No veo qué podría tener que ver una carabela con una iglesia.

—Depende de la óptica. Hacia principios del siglo XX y hasta el 1930, cuando se terminó este edificio, aproximadamente, lo de Cristóbal Colón y sus huestes aún era bien visto en Chile. No existía la mirada crítica que tenemos hoy hacia el genocidio español. Probablemente, el poner una carabela dentro de una iglesia haya sido una muestra de… no sé, de conectar el descubrimiento de América con la expansión del catolicismo. La verdad es que no tengo una respuesta, pero estoy seguro de que por aquí debe estar la carabela aquella —aseveró Prat, caminando a toda velocidad por el

costado de la iglesia, en dirección a su acceso principal, por calle Huérfanos.

Estaba casi llegando allí cuando se detuvo en seco.

—Mira, Sandra, la carabela —le dijo apuntando hacia arriba.

En la torre principal de la basílica, al lado de una pared completamente destrozada por el terremoto, se alzaba a unos quince metros sobre el nivel de la calle Almirante Barroso una ventana de forma ojival, protegida por cinco columnas muy gruesas, levantadas sobre una suerte de peldaños. En los espacios vacíos situados en medio de las dos columnas de la izquierda y las dos de la derecha había unos pequeños tejados que, a la distancia, parecían minaretes o techos de pagodas. Frente a la columna del medio, en tanto, descansaba la escultura de una carabela apuntando hacia el noroeste y cuya vela lucía una vistosa cruz católica.

—Misterio resuelto. La carabela está allí, claro, debido a que ese fue el método por el cual los católicos propagaron su religión por el mundo —explicó el sacerdote.

—Me queda claro. ¿Y el macho cabrío?

—Eso es más simple. Ven conmigo —le dijo, extendiendo su mano hacia ella, en forma casi involuntaria, como quizá se la habría tendido a un niño desnutrido en África o a un anciano con problemas de desplazamiento. Ella la aceptó y caminó de la mano de Prat hasta Huérfanos. Giraron allí hacia la fachada principal, también tapiada con una reja, y apuntando al lado derecho de la puerta central, Prat le mostró lo que andaban buscando.

—Mira allí arriba. Te presento al macho cabrío —le explicó, exhibiéndole dos estatuas de la Virgen, separadas por tres columnas, cada de ellas rematada por una gárgola.

La primera de ellas mostraba una suerte de dragón pequeño, enrollado en sí mismo. La gárgola del medio era un extraño ser con cuerpo de animal, probablemente un carnero, que también se enrollaba sobre sí mismo, pero que remataba en una grotesca cara de aspecto humano. La tercera columna, en tanto, era dominada por una cabeza de algo animal, con una expresión de ferocidad inmensa,

que se revelaba por un par de fauces abiertas y llenas de colmillos, y dos ojos pequeños y sedientos de sangre. Sobre esa pequeña cabeza reposaban dos enormes cornamentas de macho cabrío.

—Ahora recuerdo bien por qué no me gustaba venir a este lugar de niña. Nunca he entendido cuál es el gusto de adornar iglesias y cementerios con imágenes horrorosas como estas. Si ustedes quieren seguir adoctrinando a niños para después abusar de ellos, deberían pensar seriamente en reemplazar estas imágenes por algo más seductor —comentó la periodista, con su acostumbrada sorna, pero él no picó esta vez.

—Lo siento, pero no hay una explicación clara respecto del origen de las gárgolas. Algunos sostienen que son representaciones de los demonios que están detallados en la Biblia, mientras que otros dicen que son una suerte de seres míticos que, en la Edad Media, se instalaban en las iglesias para protegerlas de otros demonios…

—Ah, claro, una suerte de espantapájaros medievales —se burló Guzmán.

—Como quieras. Lo que sí es un hecho es que son esculturas que siempre están asociadas a las construcciones góticas, como esta.

—Muy ilustrativa la explicación, padrecito. Ahora dígame por favor a qué cree usted que se habrá referido mi abuelo con aquello de la perpendicular.

El cura se tomó unos segundos para pensar, asomándose un poco hacia la calle Almirante Barroso. Con sus dos manos reprodujo algo así como el obturador de una cámara y miró por en medio de allí hacia un lado y otro. Luego regresó con su dictamen.

—La carabela está mucho más alta que el macho cabrío. Me imagino que cuando tu abuelo hablaba de la perpendicular entre ambas esculturas se debe haber referido a algún punto imaginario, situado en alguna parte interior de la basílica, y equidistante de la carabela y de la gárgola.

—Eso me parece lógico, pero hay un problema importante: no veo cómo vamos a entrar ahí. Es más, no creo que sea una buena idea. Justo al lado de la carabela hay una pared hecha pedazos.

—Entrar y salir no es problema, créeme. Lo podemos hacer sin dificultad por este costado —dijo mostrándole el lado izquierdo de la basílica, colindante con un pasaje cerrado, al lado del cual había un edificio de departamentos.

—¿Quieres saltar el cerco para entrar allí? —preguntó ella escandalizada.

—No veo otra opción, pero a esta hora es fácil hacerlo. Es temprano y nadie suele estar mirando por la ventana.

—Claro, lo peor que puede pasar es que llamen a los carabineros y nos detengan…

—Eso no es lo peor que puede pasar. Lo peor que puede pasar es que llegue La Cofradía y en ese momento… —le decía, cuando su teléfono celular comenzó a sonar. Lo sacó de la casaca y lo miró.

—Mierda y remierda —exclamó, al tiempo que lo apagaba y comenzaba a sacarle el chip y la batería.

—¿Qué pasa?

—Estaban llamando desde un número que no conozco. Eso no es bueno.

—Pudo haber sido tu amigo aquel, el curita al que le gustan los niños…

—¿Mackenna? Para nada. No tiene celular y ni siquiera sabría qué hacer con uno. Apurémonos mejor.

—Yo te espero afuera —pidió la reportera.

—Por ningún motivo. No te puedo defender si te quedas sola. Además, no sabemos qué hay adentro. Quizá necesite ayuda. Pisa aquí y apóyate acá —le pidió, entrelazando las manos y tapando la acción con un jeep estacionado al lado de la reja.

—Pero yo…

—Nada de peros. ¡Ahora! —urgió el religioso, y Sandra finalmente obedeció. Con poca dificultad pasó al otro lado. El cura, en tanto, de un salto (pues evitó tocar el jeep, para no disparar la alarma, si es que la había) trepó sobre la reja y en un santiamén estaba al otro lado.

—Estás en buen estado físico, ¿ah? —fue la única observación que hizo la mujer.

A unos tres kilómetros de allí, en tanto, Stangl tenía por fin lo que buscaba. Mientras salía de la oficina en que se encontraba el equipo RT junto a su operador, se encontró en el pasillo con Larrauzaga.

—Justo el hombre que iba a llamar.

—¡A su orden, mi coronel! —gritó el exoficial, cuadrándose militarmente.

—Descansa, descansa. Tenemos ubicados al cura y la mujer. Lanzamos un llamado a su fono y aunque no contestó, Jorge logró precisar una ubicación triangulando la llamada. Está en alguna parte del cuadrante comprendido entre Almirante Barroso o calle Brasil, y entre Moneda y Huérfanos, más o menos. Ahí existen varias oficinas de los jesuitas.

—Claro, en Alameda con Barroso está la Universidad Alberto Hurtado. Y por Almirante Barroso hacia el norte los curas comunistas estos tienen un montón de propiedades —dijo Larrauzaga.

—Y hacia Huérfanos está la basílica del Salvador. Yo partiría por allí —opinó Stangl.

—A su orden, mi coronel, voy de inmediato. Llevaré a un par de hombres.

—Excelente. Ah, Larrauzaga, una última cosa…

—Dígame, mi coronel.

—Esta vez no se te pueden escapar. No puede pasar lo de anoche. Estabas a cargo de la operación y aunque ya te dije todo lo que debía, esto no puede pasar de nuevo —lo recriminó, con un brillo en la mirada que inequívocamente daba a entender que si algo fallaba, el castigo sería proporcional al error.

—Lo tengo claro, mi coronel —dijo Larrauzaga saliendo de allí a toda prisa y palpando en su bolsillo la Glock 40 que lo acompañaba a todas partes.

Capítulo 47

La inmensa basílica estaba prácticamente limpia por dentro. Una organización de rescate patrimonial, ayudada por el municipio, se había preocupado de remover todos los escombros de mayor tamaño y había instalado alzaprimas en varias zonas del edificio, con el fin de evitar su desplome. Claramente eso sería imposible, de producirse un sismo de igual violencia que el último.

Luego de saltar la reja, el cura y la periodista habían ingresado sin mayores dificultades a la basílica, accediendo por uno de los boquerones en la pared oriente. Mientras entraban, al ver el perfil de la cara de Prat brillando ante el tenue sol de la mañana de Santiago, la reportera decidió que mejor era no pensar en lo que había pasado poco antes en el departamento del cura… Ni, mucho menos, en la gran pérdida que significaba para las mujeres del mundo.

Avanzaron hacia la esquina norponiente, mucho más iluminada que el resto del templo, debido a la luz que entraba por el trozo de pared derrumbado que había en esa zona. Al lado, en el techo, se observaban las vigas desnudas que habían quedado a la vista luego de que buena parte del techo falso se desmoronara por la acción de los terremotos de 1985 y 2010.

—Afuera, por el lado poniente, se encuentra la carabela, más o menos a esa altura —dijo el religioso, indicando con el dedo hacia arriba.

—Y por este lado, por el norte, está esa gárgola horrible. Por lo tanto, debemos buscar un punto imaginario donde estas dos líneas se crucen —razonó Sandra.

—Así es. Es una perpendicular que, de algún modo u otro, debe estar en el techo o bien en el suelo. Debe tratarse de alguna superficie sobre o bajo la cual se escondió o escribió algo. Como sea, debe estar al alcance de una persona —razonó Prat.

—Y como mi abuelo no tenía alas, a diferencia de todas esas palomas que andan anidando por allí, seguramente está en el suelo. Además de que se cayó parte del techo aquí, sería inimaginable pensar que mi abuelo podría haber llegado de algún modo a esa altura. Insisto: si buscamos algo, debe estar en el suelo —dijo ella, que se veía diminuta en medio de la gran altura de la dañada bóveda que tenía sobre sí.

—Y eso es muy malo —replicó el jesuita, observando las baldosas hechas trizas a causa de los escombros del muro y del techo que les habían caído encima.

—Ni siquiera se reconoce el patrón original de las baldosas —rezongó Prat, pateando algunos pedazos de losa quebrados y caminando en medio de los minúsculos escombros, pensando, además, que era muy probable que si había algo oculto allí, hubiese sido retirado junto al levantamiento de escombros.

Sandra Guzmán, en tanto, parecía abstraída mirando los fabulosos arcos ojivales que se entrecruzaban en las bóvedas del techo y admirando los impresionantes vitrales de escenas religiosas que aún se encontraban en perfectas condiciones, siendo el más imponente, a gusto de ella, el que se situaba sobre la puerta principal.

Esquivando los escombros se dedicó a recorrer el contorno de la basílica, mirando con atención todos los detalles. Fijó su vista en las columnas de colores naranjos y verdosos, rodeadas por filigranas que parecían moriscas, apreciando los capiteles que sobresalían de todos lados.

No obstante, de pronto se detuvo.

—Esto es escabroso —exclamó, parada frente a un grabado sobrerrelieve en que se veía tendida una figura humana ataviada con

estrellas, con un báculo entre su hombro izquierdo y un gorro obispal en la cabeza.

—¿Qué tiene eso de escabroso? Esa es la tumba de monseñor Rafael Edwards y nada más —le preguntó Prat.

—Al ver el relieve me acordé inmediatamente de que esto era una de las cosas que más le llamaban la atención a mi abuelo. Mientras de niña yo estaba convencida de que esta era una especie de tumba egipcia, porque no podrás negar que al ver esta imagen uno no puede menos que acordarse de Tutankamón, a mi abuelo le obsesionaban todas esas estrellas de cinco puntas que se aprecian en la túnica del obispo, estrellas que en sus vértices tienen como haces de luz… ¿ves? —le dijo mostrándole las figuras.

—No veo qué pueden tener de extrañas esas estrellas. Es un atavío frecuente en la tenida de algunos obispos.

—Mi abuelo decía que eran idénticas a la estrella flamígera, uno de los principales símbolos de la masonería, entiendo.

—Ah, nada que ver. Para ello deberían contener una letra «G» en el centro y, por lo que yo aprecio aquí, no hay letras de ese tipo por parte alguna…

—¿Una letra «G»? —preguntó la periodista.

—Sí. No está muy claro por qué. Aparentemente se refiere a «gnosis»; es decir, conocimiento, en la simbología masónica. Otras versiones dicen que la «G» es debido a «Geometría». No hay que olvidar que la masonería es una sociedad de antiguos constructores o albañiles. No sería raro que de algún modo consagren o exalten la geometría. Otra interpretación es que sería la «G» de «Gab», palabra hebrea para referirse a la inteligencia. En todo caso, desde el punto de vista del cristianismo… —decía Prat, cuando se detuvo en seco.

—¿Pasó algo? —preguntó la mujer.

—Es una idea que acaba de cruzar por mi cabeza. Quizá estábamos siendo demasiado literales, suponiendo que aquello de la perpendicular era algo exacto, un punto específico que se producía… Pero tal vez es solo una referencia velada a un sitio en general, que

solo algunos que conocieron del tema podrían entender. Tú, por ejemplo.

—¿Yo?

—Claro. De niña acompañaste a tu abuelo a este y otros lugares. Sabes cuáles eran los sitios que le llamaban la atención. Es más que probable que fueran lugares sobre los cuales hablara con sus amigos nazis. De ese modo, cualquiera de ellos entendería a qué se refería cuando hablaba de un sitio donde hay una carabela y un macho cabrío, igual como yo entendí de inmediato cuando Mackenna me hizo la alusión a la CVX.

—Aun así, no veo dónde buscar… —se quejó Guzmán.

—En el mismo lugar donde estamos parados. Así como el macho cabrío y la carabela deben haber sido un referente común para todos ellos, seguramente también lo debe haber sido la tumba de monseñor Edwards, por eso de la supuesta simbología masónica que tu abuelo veía aquí. Es más: si la perpendicular extendiera una línea recta imaginaria desde el lugar en que se intersectan las dos figuras…, seguramente esa línea llegaría aquí. ¡Vamos! —le dijo entusiasmado, poniendo sus manos sobre el relieve, y acercando la cara al mismo.

—¿Qué buscamos?

—No sé, Sandra. Alguna inscripción, presumo.

—¿Por qué estás tan seguro de que debe estar aquí y no en otro lado de la basílica, en alguna de las partes donde esta se derrumbó, por ejemplo? —inquirió.

—Tu abuelo era un hombre inteligente. Si dejó algo grabado o escondido lo hizo siguiendo el mismo patrón de Rosales y Kircher: buscando algo que nadie altere. ¿Qué mejor para eso que una tumba consagrada, como la de un obispo? Un muro puede ser pintado. Un piso puede ser cambiado, lo mismo que un techo, etc. Las tumbas, en cambio, son escasamente alteradas.

—Parece que tienes razón. Aquí hay algo —dijo Sandra, que pasaba el borde de su dedo índice sobre la parte inferior derecha del mármol sobre el cual se encontraba el relieve. Debajo de la figura

que representaba al obispo había una inscripción fúnebre que rezaba: «Consagró su vida a la eucaristía y a la patria». Luego, había una placa de metal, muy pequeña, y a cada lado dos molduras con angelitos alados. Debajo del de la derecha, en forma casi ínfima, se apreciaba que alguien había grabado algo, con algún instrumento metálico muy fino.

—Efectivamente. Aquí hay una secuencia de letras. Hay que limpiarla de algún modo —declaró el sacerdote, pasándose el dedo por la boca, para remover con saliva el polvo. Finalmente aparecieron ante ellos varios caracteres, en una línea de no más de veinte centímetros de largo:

LJWBFZSQLXKKZGDRSXGKKDRWUT

—Uf. Otro código —exclamó el cura anotando en su libreta.

—Hay que descifrarlo.

—En eso estoy. Esperemos que la clave sea la misma de antes —dijo el religioso, que se sumió en el asunto, asignando a cada letra un número 1 y un número 2. Luego anotó la correspondencia a partir de los alfabetos que comenzaban con la «S» y la «G».

Al cabo de pocos minutos tuvo terminado su trabajo.

—Es el mismo sistema de codificación, y con la misma clave. ¿Te dice algo esta secuencia, Sandra? —le preguntó, mostrándole lo que había escrito:

TREINTAYTRESFLORESYHALLARASELLEON

—¿Treinta y tres flores y hallarás el león? Ni idea a qué se refiere.

—Puede que yo tenga una idea. Tu abuelo me insistió mucho con aquello de los supuestos símbolos rosacruces en la catedral de Santiago, en las puertas. ¿Te acuerdas?

—Claro, si se puso muy cargante.

—Bueno, creo incluso que se lo dije. Allí no solo hay rosas mezcladas con cruces cristianas, también hay flores de lis, lirios. No recuerdo bien cuántas hay en cada puerta, pero dudo que me equivoque mucho si apuesto que son treinta y tres —especuló.

—Es probable. No tengo un recuerdo muy exacto de mi abuelo mirando las puertas de la catedral. Pero claro, cuando me sacaba a pasear los fines de semana y me llevaba a ver iglesias extrañas, en general mi mayor preocupación era el helado de chocolate con vainilla que siempre me compraba —bromeó ella, pero Prat se quedó pensando.

—¿Y por qué crees que te sacaba a pasear siempre? ¿Por qué si tenía, no sé, ciertas inclinaciones esotéricas y por eso visitaba iglesias, lo hacía contigo?

—Ni idea. Pero lo que sí sé es que no me adoctrinaba, si esa es tu preocupación. Recuerdo las cosas que comentaba, pero nada más. ¿Sabes? Es muy probable que me llevara para confundirse entre la gente. Un viejo alemán con aspecto de nazi siempre llama la atención en este país. Pero un viejo alemán con aspecto de nazi junto a una hermosa niñita morena y sin aspecto de nazi, seguramente pasaba como un inofensivo abuelito —comentó ella, con algo de coquetería.

—Tienes razón, aunque tus ancestros germanos se denotan en tus ojos azules, que son muy llamativos, debo decirlo —le dijo el religioso.

—¿Me está piropeando, padre? —preguntó la mujer, moviendo a toda velocidad las pestañas, en forma inconsciente.

—Claro. Ser sacerdote no implica no poder decir algo tan simple como eso. Ya te he dicho que no tenemos prohibido admirar la belleza —le respondió con toda naturalidad.

—Muchas gracias —respondió ella, completamente desarmada. Para tratar de salir del momento, le preguntó a qué se refería con la idea que dijo que tenía.

—Estoy intentando razonar como lo haría tu abuelo. En la catedral metropolitana hay varias tumbas también.

—Como la famosa cripta donde encontraron el cuerpo de Diego Portales —recordó ella.

—Sí, pero si tengo razón el asunto es más simple. A un costado del altar mayor se encuentra la tumba de otro obispo, Rafael Valdivieso. Seguro que le debe haber interesado muchísimo a tu abuelo, por dos cosas.

—Dímelas.

—La primera es que esa tumba posee un enorme crismón precristiano grabado en algún tipo de mármol negro, o algo semejante. Imagino que recuerdas la obsesión de tu abuelo con el tema de los crismones y con ese en particular.

—La recuerdo. ¿Y la segunda?

—Sobre la tumba hay una estatua de un león a tamaño natural. Está hecha con el mismo mármol o piedra negra del crismón.

—Guau —exclamó la reportera.

—Parece lógico que vayamos a la catedral. Allí es donde tu abuelo debe haber dejado otra pista o, bien, donde hallaremos lo que buscamos —dijo el cura.

—No creo que sea tan sencillo, Alberto. Lo más seguro es que la catedral esté cerrada. Ayer murieron al menos dos personas allí por gas sarín. Recuerdo que cuando asesinaron a Gazziero estuvo cerrada como dos días, por los peritajes que hacía la Brigada de Homicidios —razonó la periodista, llamándolo por su nombre por primera vez.

—Eso no será problema. Tengan por favor la amabilidad de acompañarnos, que nosotros nos encargaremos de eso —les dijo de pronto una voz profunda y ronca, que les habló desde un costado.

Era Larrauzaga que, junto a otros dos hombres, apuntaban sus Glock 40 hacia ellos. Con la cacha de una de las armas, innecesaria y contradictoriamente luego de sus palabras, dio un fuerte golpe en la nuca al sacerdote. Alberto Prat cayó al suelo, aunque no perdió la conciencia.

Capítulo 48

Saavedra, el ayudante del prefecto Yáñez, iba sentado delante del furgón del equipo de reacción táctico de la PDI que corría a toda velocidad por Almirante Barroso hacia el norte.

El argentino del día anterior era, efectivamente, de esa nacionalidad, según se había logrado determinar ya de madrugada. Se trataba de José Ribassa, un exagente de la SIDE, la Inteligencia argentina, que había hecho carrera como torturador en la famosa ESMA, el principal centro de torturas de la dictadura argentina. Junto a Alfredo «Tigre» Astiz formó parte de la tripulación de los «vuelos de la muerte», que lanzaron a cientos de opositores al océano Atlántico, pero había logrado sortear con éxito a la justicia argentina. Al igual que otros célebres represores de ese país, como el cura Christian von Wernich, vivió varios años muy tranquilo en Chile al amparo de La Cofradía, utilizando un nombre falso y participando de diversos operativos.

Luego de pesquisado el teléfono que portaba, los policías hallaron varios llamados con un celular que ya no estaba en servicio, pero que luego de procesado en el *software* I2, aparecía conectado con varios otros teléfonos. Entre ellos con uno que portaba en ese momento en su bolsillo derecho uno de los acompañantes de Larrauzaga. Los detectives estaban desde temprano siguiendo los movimientos de dicho teléfono, pero solo hacía siete minutos habían obtenido una ubicación exacta de dónde estaba: Huérfanos con Almirante Barroso.

Saavedra había sido toda su vida detective del área de Inteligencia y no tenía entrenamiento en Operaciones Especiales, pero desde la noche anterior nadie lo había podido bajar del vehículo en que se movilizaba el ERTA, el equipo de comandos de la PDI. Andaba circulando por toda la ciudad, siguiendo el rastro de aquel teléfono.

Los ocho hombres del ERTA que iban dentro del furgón pasaron bala a sus armas apenas doblaron desde la Alameda a Almirante Barroso. Otros cuatro, que colgaban desde las puertas, llevaban ya sus armamentos listos para disparar.

El ayudante del fallecido prefecto iba sentado en el primer asiento y ataviado como sus colegas, aunque llevando en sus manos solo su nueve milímetros particular. Su arma fiscal, la que usó el día anterior, había tenido que entregarla por la investigación interna que se efectúa siempre que un policía dispara.

Saavedra parecía un soldado más que un policía. Debajo del casco balístico llevaba un gorro pasamontañas y los ojos cubiertos con unas antiparras. Además del chaleco antibalas, portaba protecciones especiales en todas las articulaciones y los genitales. Pensó que así debieron sentirse los caballeros medievales antes de las batallas y se preguntó si ellos también habrían transpirado del modo en que él lo hacía en ese momento, o si habrían sentido el mismo miedo a lo desconocido que él sentía.

El vehículo frenó bruscamente en la esquina y, antes de que terminara de detenerse, los cuatro hombres que iban en la parte externa bajaron corriendo. Dos lo hicieron hacia el costado oriente y dos enfilaron hacia el poniente de la basílica. La parte trasera, por calle Agustinas, estaría cubierta en menos de un minuto, pues estaba arribando otro equipo del ERTA, más varias patrullas de otras unidades.

Justo en el momento en que los policías llegaban, Larrauzaga y sus cómplices sacaban de allí al cura y la periodista, a quienes hicieron salir por la reja, cuyo candado habían roto. Los estaban subiendo a un automóvil estacionado afuera. Su chofer fue el

primero en ver la llegada de los detectives y abrió fuego de inmediato, alcanzando al primero de los oficiales que se dirigía hacia el oriente.

Los demás detectives respondieron el ataque disparando contra el vehículo y acribillando al sujeto. Desde el acceso de la basílica, Larrauzaga y sus hombres se sumaron al enfrentamiento, lanzando al suelo a sus cautivos, sin soltarlos. Hubo treinta segundos de disparos de uno y otro lado, pero de pronto cesaron. Los gritos desesperados del jefe del equipo táctico, el subprefecto Mondaca, resonaron por los intercomunicadores, advirtiendo que había posibles rehenes. Era necesario, además, dejar que se replegaran para ir en ayuda del hombre que había caído, el cual no se movía ni respondía a los llamados, sangrando profusamente.

Los secuestradores estaban a punto de traspasar el umbral de la puerta principal de la basílica cuando, de la nada y en medio de un silencio angustiante, retumbó un disparo en medio del aire y Larrauzaga cayó muerto allí mismo, sin pena ni gloria, con una bala en la frente.

Mondaca se dio vuelta, asombrado, sin entender qué estaba pasando, hasta que a varios metros detrás suyo vio a Saavedra, aún parapetado tras el furgón del ERTA y con el cañón de su pistola todavía humeante. Antes de que el subprefecto alcanzara a decir algo, se produjeron dos hechos simultáneos. El primero fue que los dos hombres que arrastraban al sacerdote lo soltaron, lanzaron sus armas al suelo y levantaron las manos. El segundo hecho fue que Saavedra intentó excusarse de algún modo.

—Sé que me salté todos los procedimientos, señor, y que puse en riesgo la vida de los rehenes y de mis compañeros. Sé que probablemente me darán de baja por esto, señor, pero si no lo hacía, esto habría empeorado —dijo a Mondaca.

—Tuviste mucha suerte. Afortunadamente le partiste la cabeza a ese cabrón, pero pudiste haber matado a la mujer. Tú mismo busca una bolsa de evidencias en el furgón y entrega tu arma. Conoces el

reglamento —le respondió con calma el subprefecto, asumiendo que, efectivamente, la crisis terminaba con eso.

El subcomisario obedeció. Tras entregarle su pistola a un comisario, se quedó sentado en la vereda mientras sus colegas atendían a la mujer y al cura. A ambos les dieron agua mineral y les revisaron los signos vitales. La escena ya se había llenado de vehículos policiales, tanto de la PDI como de Carabineros, y los curiosos estaban grabando todo con teléfonos celulares. Pasarían minutos, quizá segundos, antes de que llegaran los móviles de prensa.

Mondaca seguía siendo el oficial de más alto rango en la escena, así es que Saavedra corrió hacia donde este se encontraba.

—Señor, permítame una sugerencia. Los dos rehenes son parte clave de todo esto. Hay gente que ya está grabando la escena y pronto llegará la prensa. Quizá ganemos tiempo si protegemos sus identidades. Además, es nuestra obligación legal, dado que son víctimas.

—¿Y quién dice que no están metidos en algo turbio también?

—No lo sabemos, pero legalmente son víctimas, es un hecho. Déjeme meterlos al interior del furgón de su unidad. Allí no podrán grabarlos. Ese vehículo es blindado. Imagínese si quisieran hacerles algo…

—Uf. Tiene razón. Llévelos adentro —ordenó.

Saavedra corrió hacia el sector donde los tenían, apoyados en el capó de un auto estacionado. Un detective de la Brigada de Homicidios les tomaba sus datos.

—Disculpe, colega. El subprefecto ordena que pongamos a los testigos a resguardo al interior del vehículo blindado, por protección.

—Ok. De todos modos solo les estaba tomando los datos. Las declaraciones las tomaremos en nuestro cuartel —indicó.

—Síganme, por favor —pidió al sacerdote y a Sandra.

Ella le habló mientras caminaban.

—Usted es el que disparó a la frente de ese hombre. Yo vi cuando usted apuntó. Ni siquiera alcancé a sentir miedo. Estaba

demasiado aterrada —le dijo.

—Fue muy arriesgado lo que hizo —lo retó el religioso.

—Hice lo que profesionalmente creí que correspondía y me gané un sumario por no hacer caso a la orden de alto al fuego —trató de justificarse.

—Muchas gracias —respondió Guzmán.

Entraron al furgón y se sentaron dentro.

—Ahora van a explicarme qué está pasando —exigió el policía.

—Entiendo que nos van a tomar declaraciones en el cuartel de la Brigada de Homicidios. Su propio colega acaba de decírselo… —respondió Prat.

—No, no le estoy pidiendo que me cuente la mierda que usted va a decir en el parte. Eso no me interesa. Trabajo en Inteligencia y ayer mi jefe casi murió cuando un torturador argentino le roció gas sarín a un informante nuestro en plena catedral…

—¿Usted estaba ahí? —preguntó la periodista.

—Así es.

—No me diga. ¿Usted fue quien disparó? —preguntó emocionada. Esa sería una gran entrevista, pensó la reportera.

—Así es —volvió a responder.

—Vaya que tiene buena puntería —acotó Prat con cierta ironía.

—Eso da lo mismo. Han asesinado a mucha gente en las últimas horas, civiles, detectives, carabineros. Volaron un edificio, una biblioteca y ahora casi los secuestran a ustedes. Mi jefe estaba siguiendo la pista de La Cofradía, un organismo de exrepresores que aparentemente tiene algún interés en temas esotéricos. Presumo que eso es lo mismo que ustedes están siguiendo. Vimos su árbol genealógico y usted, señorita, es la nieta de uno de los nazis relacionados con los asesinatos. Usted, padre, más que padre es colega mío. Nos dedicamos a lo mismo, ¿no?

—Touché. Como usted bien sabe, una mano lava a la otra y las dos juntas lavan la cara, ¿cierto? —contestó el aludido.

—Muy cierto. Dígame qué necesita.

—Necesitamos salir de aquí y llegar lo antes posible a la catedral.

—Ja. Ambas cosas son imposibles, lo sabe bien —respondió el detective.

—Y usted sabe que todo es posible.

—Me voy a meter en un lío de la puta madre.

—Ya está en un lío de la puta madre… ¿Cómo se llama usted?

—Saavedra, Esteban Saavedra.

—Bien, Saavedra, usted sabe que está en un problema mayúsculo. Quizá, si nos ayuda, se pueda solucionar.

—Lo veo difícil.

—¿Y no quiere saber qué es lo que está pasando? ¿No lo carcome la curiosidad? ¿No quiere saber quién está detrás de todo esto? Usted sabe tan bien como yo que esto va a pasar a manos de algún fiscal a quien lo único que le interesará será resolver el tiroteo y, lo demás, nada.

—Me imagino, pero…

—Pero no pierda más tiempo y abra esa otra puerta —le pidió el cura, mostrando la salida del lado del conductor.

—Los verán —respondió el subcomisario, sin negarse a la idea. Prat presintió que algo interesante resultaría de aquello.

—No llamaremos la atención de sus colegas si usted es tan amable como para dejarnos hurtar dos de esas chaquetas de policía y dos de esos *jockeys* que tienen allí. Presumo que con ellos, además, no tendremos demasiados problemas como para entrar a la catedral —argumentó, mostrando una especie de colgador que estaba en la parte trasera del furgón, donde había casaquillas, *jockeys* y chalecos antibala.

—Prefiero no mirar —fue todo lo que contestó el policía, haciéndoles un gesto con la mano, a fin de que las tomaran. Luego de que estuvieron ataviados abrió la puerta y ambos bajaron.

—Lo tendré en mis oraciones —le aseguró el cura al descender, pero apenas puso un pie en la calle el detective lo tomó de la mano.

—Espere un segundo. No crea que me voy a perder esto —le dijo Saavedra, sacándose el chaleco antibala que aún llevaba y

poniéndose una de las casaquillas. De paso, abrió la bolsa donde minutos antes había dejado su arma y se la puso en la sobaquera.

—No entiendo. ¿Usted va con nosotros? —le preguntó el cura.

—Positivo —respondió el policía, poniéndose un *jockey*.

Capítulo 49

Apenas traspasaron la cinta amarilla de Carabineros, custodiada por un cabo que los saludó con un movimiento de cabeza, Saavedra, Guzmán y Prat, todos vestidos como policías, se dirigieron a la primera puerta de la catedral y se pusieron a contar la cantidad de flores que había en cada hoja de la puerta, la del extremo sur, ubicada casi al lado del antiguo inmueble donde en los años setenta y ochenta funcionó la legendaria Vicaría de la Solidaridad.

—En la puerta izquierda tenemos seis lirios y cuatro rosas; es decir, diez flores —dijo el sacerdote, moviéndose a las puertas del centro.

—Acá son seis lirios nuevamente y, esta vez, cinco rosas. Llevamos veintiuna —contó.

—Y en la puerta del extremo norte son siete lirios y cinco rosas, lo que da un total de treinta y tres flores —exclamó con satisfacción la periodista, que acababa de ir a contar.

—¿Esto tiene que ver con masones? —preguntó Saavedra.

—No que yo sepa —respondió el religioso.

—Me parece que sí. El treinta y tres entiendo que es el grado máximo al cual puede llegar un masón —exclamó el subcomisario.

—Eso es cierto, pero en general los masones solo tienen tres grados: aprendiz, compañero y maestro. Los maestros, a su vez, pueden ser invitados a la llamada masonería capitular o masonería filosófica, donde tal como usted dice pueden seguir avanzando de grado hasta llegar al treinta y tres.

—Llamativo el asunteque —razonó el detective.

—No tiene nada de raro. El treinta y tres es el número de la edad de Cristo, y las rosas son representación de muchas cosas. No solo de supuestas sociedades medievales que nunca han existido, sino, por ejemplo, de la sangre de nuestro salvador.

—Pero no deja de ser curiosa la secuencia numérica, padre. En las primeras dos puertas hay diez flores. En las dos del medio son once y en las últimas dos son doce. En cuanto a los lirios son seis, seis y siete. Y las rosas, siguiendo el mismo orden, son cuatro, cinco y cinco —observó el policía, mostrando bastante velocidad mental.

—Bueno, quizá otro día podríamos especular de lo lindo, subcomisario, pero usted no está arriesgando su carrera por venir aquí a divagar sobre las flores. Ya le explicamos bien el contexto de lo que está ocurriendo.

—Positivo. Entremos, pero no toquen nada. ¡Nada! —les dijo, abriendo la puerta del medio. Delante de ellos, en vez de los turistas y las señoras piadosas de siempre, apareció un ejército de peritos del laboratorio de criminalística, todos en trajes blancos. Iluminados con focos halógenos varios de ellos tapizaban de polvo detector de huellas la mayoría de los escaños de la catedral, especialmente en las zonas donde se apoyan las manos. Al costado izquierdo de la nave central permanecía aún encintada la zona donde habían caído Dante y su agresor.

Saavedra se estremeció un poco al ver sobre las baldosas los manchones oscuros de la sangre del argentino que nadie había limpiado, porque aún faltaban varios peritajes.

—Caminen detrás mío muy callados y pegados a la pared. Si alguien ve que pueden contaminar algo armarán un escándalo de la puta madre, así es que nadie les vea sus manos cerca de nada. Y sáquense el *jockey*. Si se los dejan puestos aquí dentro, sí que llamarán la atención —los instruyó, caminando por el lado derecho de la catedral hasta el fondo para rodear el altar.

Alberto y Sandra le hicieron caso y para su sorpresa nadie los detuvo ni les preguntó nada. Todos estaban demasiado ocupados en

sus respectivos trabajos y se confundían con los demás con sus casaquillas.

Llegaron hasta el altar mayor y cruzaron por debajo, por la cripta subterránea. Salieron casi al frente del lugar que buscaban: la tumba de «Raphael Valentinus Valdivieso», como rezaba en latín la inscripción que figuraba al lado del crismón negro.

Encima de una especie de cama había una estatua blanca muy parecida en su forma al retablo del obispo Edwards: una figura humana tendida de espaldas, con la cabeza tocada por el gorro obispal y con el correspondiente bastón a la altura en los brazos. A los pies de la reproducción del cadáver del obispo se encontraba el león negro de amplia melena, que parecía velar su sueño eterno.

—Revisen con cuidado todo lo que puedan. Para evitar que alguien venga a preguntar qué están haciendo, yo mismo iré a conversar con los del laboratorio que están por allá —explicó Saavedra, mostrando a varios peritos que medían las proyecciones de las salpicaduras de sangre en el lugar donde él mismo había baleado al argentino.

—¿Y qué les dirás? Imagino que todos ellos te conocen —preguntó la periodista.

—Ya inventaré algo. Hasta el momento no he visto a nadie que conozca, aunque nunca se sabe. Siempre aparece alguien con quien uno fue contemporáneo en la escuela de oficiales, o alguien con quien uno trabajó años atrás. Lo que no puedo hacer el falsear mi identidad, pero si le digo «subcomisario Saavedra» a alguien que no me conoce, nada pasará. Pero eso es lo de menos. A estas alturas ya nos deben haber echado de menos en la basílica del Salvador, y en cualquier momento van a enviar un aviso a todas las unidades, dando cuenta de nuestra desaparición. En ese momento se armará una verdadera casa de putas… Eh… mil disculpas, padre —agregó, tras el garabato.

El detective se alejó de ellos rápidamente y el sacerdote y la reportera se pusieron a revisar el contorno de la tumba. Esta vez les costó mucho más dar con lo que buscaban, pero luego de unos diez

minutos lo hallaron. Nuevamente, sobre el mármol, en la parte inferior de la tumba, había una pequeña inscripción que era visible a simple vista, y mucho más corta que la anterior:

UGDMFSIGLUJUWGXAKFZW

Prat efectuó el desencriptado en forma bastante rápida, tomando sus consabidos apuntes:

COLUMNACATORCEORIENTE

—Columna catorce oriente… Ahora tenemos otro problema que resolver —decía a Sandra, justo en el momento en que Saavedra aparecía al lado de ellos, bastante agitado.

—Hay un problema mayor, se los aseguro. Al comisario con que estaba lo acaban de llamar para decirle que podía haber un secuestro en las afueras de la basílica del Salvador. Las posibles víctimas serían dos hombres y una mujer, uno de ellos funcionario de la PDI. Aparentemente, para evitar que alguien más escuche, no han difundido la información por medio de las radios. Están llamando a cada oficial de cierto rango a sus teléfonos. Lueguito van a empezar a difundir nuestras fotos desde la Central de Informaciones Policiales. Salgan ustedes por donde vinimos y yo iré por este otro lado. ¿Saben ya a dónde vamos? —preguntó mirando la libreta del cura y sus anotaciones.

—Aún no. Le propongo que nos reunamos en diez minutos muy cerca de aquí, en la iglesia de Santo Domingo. ¿Le parece?

—Positivo. Eso sí, desháganse de las casaquillas.

—No es problema. Las podemos tirar en algún basurero —propuso la periodista.

—¡Cómo se le ocurre! Ya tengo suficientes problemas como para, más encima, ser acusado de hurto de propiedad fiscal. Nones. Sáquenselas apenas salgan de aquí y déjenlas en algún lugar donde

las podamos encontrar después. En este país es más grave perder una corchetera propiedad del fisco que robarse miles de millones de pesos, así es que ¡por ningún motivo! ¿Estamos?

El religioso y la reportera asintieron con la cabeza.

—Positivo entonces. Nos encontramos en Santo Domingo —se despidió el subcomisario, saliendo delante de ellos.

Capítulo 50

Al igual que la basílica de los Sacramentinos, la antiquísima iglesia de Santo Domingo aún lucía en su estructura el paso del terremoto de 2010. En su fachada se apreciaban varios desprendimientos y las columnas que rodeaban las enormes puertas de madera del templo estaban trizadas en distintas partes.

De todas maneras aún estaba en pie y así lo parecía indicar la frase en latín que coronaba lo alto del edificio: *Haec est domus domini firmites aedifidata* («Esta es la casa del Señor, firmemente edificada»). Al lado de esa frase decía *Anno 1808*, pero claro, la fecha hacía referencia a la construcción actual, comenzada en 1795 por un arquitecto más bien desconocido, pero que fue terminada por el gran Joaquín Toesca. Por cierto, como le explicaba Prat a Guzmán mientras se acercaban a la calle Santo Domingo, se cree que el templo original, del cual no quedaban vestigios debido a los sucesivos terremotos, databa de 1595.

—Aquí estuvo una de las primeras universidades de Chile, la de Santo Tomás de Aquino, en 1622 —le dijo mostrando una pequeña placa de mármol en el exterior del edificio que lo recordaba.

—Creo que uno de los personajes de la historia católica que más detestaba mi abuelo era Domingo de Guzmán, el fundador de los dominicos… y parece que pariente de mi padre, je… —respondió la periodista, bromeando.

—¿Lo odiaba por el papel de Domingo de Guzmán en la Inquisición?

—Claro.

—Mmm… Domingo de Guzmán es un santo para muchos —fue todo lo que comentó el cura.

Aunque hay discrepancias en cuanto a las fechas, es un hecho que santo Domingo apareció en Beziers luego de que se decretara la primera cruzada contra los albigenses. Sus partidarios aseguran hasta hoy que su objetivo era ser el mediador en dicho conflicto, pero lo que nadie debate es que fue gran amigo de Simón de Montfort, cabecilla de los ejércitos de la Inquisición y quien borró del mapa a los cátaros. Incluso se atribuye a Domingo de Guzmán el triunfo de los cruzados sobre los albigenses en la batalla de Muret, antes de la cual rezó, pidiendo a Dios que los cátaros fueran derrotados.

—Bien raros los criterios de santidad de ustedes —arremetió la periodista.

—Bueno, de todo hay en la viña del Señor. Y no está de más recordarte que llevas su mismo apellido —le replicó, guiñándole un ojo e invitándola a entrar.

—Al menos hay que reconocerle a los dominicos que en cuanto a la decoración de sus templos eran harto más sobrios que los demás. Esta iglesia no posee nada de la pompa recargada que hay en los Sacramentinos, en la del Salvador o en la misma catedral —opinó la reportera al entrar.

—Seguro. Siempre han sido más recatados, más sobrios por así decirlo. ¿Sabes? Creo que quizá es una forma de limpiar sus conciencias. Más allá de la figura de Domingo, los dominicos efectivamente fueron los arquitectos intelectuales de la Inquisición vaticana, y eso aún les pesa —dijo Prat.

Sandra quedó atónita. En las intensas horas que llevaban juntos, era la primera vez que escuchaba al sacerdote emitir alguna crítica hacia algún sector de la Iglesia católica. Todo lo anterior, estimaba ella, habían sido defensas corporativas o frases políticamente correctas. Incluso le había molestado el que aún mantuviera una relación con un pedófilo.

—Vaya. Parece que los dominicos no son de tu gusto.

—No me malentiendas. Anoche nos acogieron en un exconvento dominico y he conocido a excelentes sacerdotes de esa orden. Poseen un rigor intelectual que es admirable, pero no se puede desconocer su pasado.

Prat hizo hincapié en que su postura no tenía nada que ver con el hecho de que tras la supresión de la Compañía de Jesús desde el reino y las colonias de España, hayan sido los dominicos quienes quedaran a cargo de la «custodia» de los padres jesuitas. En Chile, por ejemplo, estuvieron retenidos durante más de un año, a la espera de ser enviados a Italia. Allá fueron recibidos en un exilio bien particular, le contó el sacerdote.

—Insisto en eso y en que creo que es necesario comprender el contexto de las fechas, de las épocas —precisó el cura.

—Eso es bien relativo. Cuando llamaste a ese cura, desconociste su pasado de violador de niños y hablaste de lo más bien con él —argumentó su interlocutora.

—Necesitaba de su cooperación. No era momento de hacer juicios morales.

—¿No? ¿De qué se trata tu religión entonces? ¿No les gusta enjuiciar moralmente a todos los que no piensan como ustedes? Yo soy separada y aunque ya no tuve hijos, si tuviera no podría ponerlos en un colegio católico, por ejemplo…

—Y eso está muy bien. No veo por qué podrías querer poner a tu hijo que nunca ha nacido en un colegio católico ¡Si no eres católica! —respondió el sacerdote, empezando a perder la paciencia con ella y con sus ansias de discutirlo todo.

—Porque se me da la regalada gana.

—Uf, mira esto mejor —le dijo, mostrando una tumba ubicada al costado derecho del templo que decía «Don Salvador Sanfuentes falleció en 31 de mayo de 1863 a la edad de setenta y ocho años». Sobre la inscripción había el retablo de una Virgen.

—Este es el padre del presidente Luis Sanfuentes, si no me equivoco —comentó ella, tratando de recordar sus clases de historia.

—Así es. Un gran hombre. Hay una calle paralela a la Alameda, por el lado sur, que lleva su nombre. Fue uno de los fundadores de la Universidad de Chile, ministro de Justicia e intendente de Valparaíso —respondió el cura.

—Muy interesante, Alberto, pero creo que deberíamos tratar de ver qué significa aquello de las columnas —pidió Sandra, derrumbándose en un escaño.

—Bueno, creo que ese es un trabajo en el cual me debes ayudar. Imagino que buscamos un edificio que posea muchas columnas, al menos catorce. ¿Te acuerdas de alguno en particular que le llamara la atención a tu abuelo, aquí en Santiago?

—No, para serte franca, aunque hay varios edificios con hartas columnas. Está el ex Parlamento, por ejemplo.

—Construido en el sitio de la incendiada iglesia de la Compañía. No, conozco bien ese edificio. Debe tener cinco o seis columnas, no más.

—¡La Facultad de Derecho de la Universidad de Chile! —gritó ella.

—Mmm… Es probable, aunque no creo que sean catorce las columnas.

—Son once —precisó una voz desde atrás. Era Saavedra, que se había sentado sigilosamente en el escaño que los antecedía.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó ella.

—Acabo de ver una foto de la fachada en mi celular —respondió, ante lo cual la periodista saltó como una leona, reclamándole por el uso de ese adminículo y la posibilidad de que los rastrearan. Saavedra se rio y le dijo que se calmara, que su teléfono era imposible de rastrear.

—¿En serio? —preguntó ella.

—Positivo. Posee un sistema de encriptación que evita que sea interceptado. En el caso de la navegación, enmascara las IP de los sitios que visito, así es que no hay problema. Tampoco tienen acceso al GPS ni tampoco hay alguien que conozca este número, pues es el que uso exclusivamente para hablar con mi jefe, que en este momento se encuentra grave en el hospital, así es que

concentrémonos en esto. Si buscamos fotografías de edificios con muchas columnas en Santiago, aparte de la Facultad de Derecho, allí en Pío Nono, aparece la Escuela Militar, pero déjeme ampliar. Claro, son doce columnas —arguyó el policía.

—No, es más simple que eso. Se me olvidaba uno de los lugares de Santiago que quizá más le gustaba a mi abuelo —reaccionó la periodista.

—¿Cuál?

—El Cementerio General. La verdad es que solo lo acompañé una vez ahí, a un funeral de alguien que había conocido. Un par de veces me trató de llevar, siendo muy niña, según él para mostrarme los verdaderos templos a escala que había dentro, pero siempre me negué. Claro, de niño uno asocia «cementerio» a algo siniestro, a muerte. Ya de adulta, varias veces tuve que ir a cubrir funerales o traslados de restos, como los de Allende. Ahí entendí a qué se refería el viejo Horst, pues es un lugar realmente único. Afuera, seguramente todos ustedes lo conocen, en el acceso por avenida La Paz, hay una especie de anfiteatro de columnas enormes…

—¡Positivo! Esas son las antiguas caballerizas del famoso Regimiento del Séptimo de Línea, que combatió en la Guerra del Pacífico —acotó el detective.

—¿Caballerizas? Pensé que era alguna construcción de otro tipo que había sido abandonada —comentó Guzmán.

Aunque no hay constancia concreta, hay versiones que atribuyen la creación de esa edificación a Bernardo O'Higgins, pero los antecedentes históricos existentes más confiables establecen que fueron construidas por el Ejército hacia 1851. Lo que sí es un hecho histórico es que ese fue el lugar donde se quedó en Santiago, tras regresar del norte, el famoso Regimiento Esmeralda, creado durante la Guerra del Pacífico tras los acontecimientos ocurridos en Iquique el 21 de mayo de 1879.

Su rol en la guerra le trajo una gran fama, sostenida en el tiempo gracias a la popular novela épica escrita por el iquiqueño Jorge Inostroza. En años recientes, la administración del cementerio

comenzó a ocupar los antiguos establos ubicados detrás de las columnatas como oficinas y bodegas, aunque también ese lugar ha sido espacio de ocupaciones por parte de personas de la calle.

—Más de alguna vez me tocó ir a algún operativo nocturno masivo a esa zona. Y aunque es monumento nacional, hasta hace un par de años nomás, estaba lleno de gente que vivía allí con camas, sillones, televisores —recordó el detective.

—Qué triste —acotó la reportera.

—Muchísimo. No sé qué están buscando, pero si había algo por allí, es muy probable que ya no esté —reflexionó Saavedra.

—Le aseguro que sea lo que sea lo encontraremos. El señor Hess se aseguró de dejar las pistas en lugares que fueran duraderos y que de un modo u otro no fueran modificables fácilmente. Supongo que debe haber entendido que por el gran tamaño que tienen esas columnas y su ubicación, como un arco de bienvenida al cementerio, era un buen lugar para dejar un mensaje… o quizá el libro —intervino Prat.

—Esperemos que sea así. Lo mejor sería partir rapidito hacia allá. A esta hora ya deben andar las dos policías buscándonos y un lugar habitual donde se instalan los chequeos vehiculares en Santiago son los accesos a los puentes que pasan sobre el Mapocho —explicó el detective.

—Tendremos que cruzar a pie —sugirió Sandra.

—Caminemos de aquí a la estación Mapocho y allí atravesamos. Apenas podamos deberíamos cambiarnos de ropa, ponernos un gorro o algo en la cabeza. Podemos comprar ropa a algún ambulante en el camino —agregó el oficial.

—Vamos —dijo el cura y los tres abandonaron la iglesia de Santo Domingo.

Al salir los observó un joven moreno que estaba parado afuera hablando por celular, con un fuerte acento peruano. Parecía discutir con alguien y hablaba acerca de unas cajas de Inca Cola que no habían llegado. Los tres pasaron a su lado, indiferentes, pero apenas

se alejaron unos metros, el hombre abandonó el acento peruano y habló como chileno.

—Son ellos, mi coronel. Son ellos. Identificación ciento por ciento, ciento por ciento, repito —dijo a quien lo escuchaba del otro lado.

Capítulo 51

Cruzaban el puente peatonal ubicado frente a la estación Mapocho cuando Saavedra se percató de la presencia de dos carabineros de civil que chequeaban algo en la esquina de avenida Santa María con Independencia, por el bandejón oriente.

—Mierda, los pacos —exclamó al verlos.

Sandra miró en dirección adonde indicaba el detective, pero solo vio a dos jóvenes de unos veintitantos o treinta años, con jeans, zapatillas, parkas y pelos más bien largos.

—¿Pacos? ¿Esos dos?

—Exacto. Deben ser de la comisión civil, lo que hoy se llama SIP, o del OS-9, la sección de investigación criminal. Es fácil reconocerlos.

—¿Cómo? —interrogó la periodista.

—Por muchas cosas, como el porte militar, por ejemplo, la forma en que se mueven, etc. —le respondió, despertando en la reportera una enorme cara de incredulidad.

El sacerdote intervino.

—Te está tonteando, Sandra. El subcomisario debe haber visto lo mismo que yo: que uno de ellos estaba hablando por un *handy*, una radio portátil, que se guardó en la parte trasera de su pantalón. Si te das vuelta, podrás ver cómo le asoma la antena desde el bolsillo —explicó, mientras el detective sonreía por haberla hecho caer.

—¡Positivo! —gritó alegremente el policía, logrando despertar una sonrisa en la periodista, pero a Prat el chiste no le hizo mucha gracia.

—Esos dos están buscando algo y lo más probable es que nos busquen a nosotros. Les sugiero que caminemos por separado y que nos reunamos allá —señaló Prat, mostrando la enorme cúpula de la parroquia del Niño Jesús de Praga, ubicada en la esquina de Independencia con Borgoño.

El sacerdote y la periodista caminaron juntos, aunque ella delante de él, mientras el policía se quedó más atrás, como decidiendo qué podía comprar en los carritos de los vendedores ambulantes que ofrecen sopaipillas y *hot dogs* en las afueras de la estación Mapocho.

De carácter neogótico, la iglesia del Niño Jesús de Praga posee una de las cúpulas más extrañas de todo Chile, una suerte de aguja gigantesca que, a diferencia de las demás iglesias, no está recubierta. Tiene al aire cuatro columnas metálicas que, formando una pirámide alargada, rematan en una cruz.

Al entrar, Sandra se fijó de inmediato en los baldosines del suelo, que formaban una especie de cruz de ocho puntas, la misma disposición geométrica que observó posteriormente en un altar secundario, donde se mostraba a un Cristo crucificado sobre el cual había una especie de sol, también de ocho puntas.

Trataba de pensar en el significado del número ocho cuando Prat se sentó a su lado, preguntándole por el detective.

—No tengo ni idea —respondió ella.

—Esto no es bueno —reflexionó el sacerdote, calculando que ya debería haber llegado.

—¿Crees que le pasó algo?

—Es lo más probable. Ya han pasado un par de minutos, que son más que suficientes como para que hubiera llegado. Quizá lo detuvieron los carabineros.

—Cuando entré a la iglesia ellos seguían mirando hacia el otro lado y estaban aún en la misma esquina donde los vimos por primera vez —dijo la periodista.

—Debemos irnos. No podemos seguir esperando, arriesgándonos a que aparezcan los carabineros, la PDI o, Dios no lo quiera, La

Cofradía. Mira. Allá atrás, al lado del altar mayor, hay una puerta que da a una secretaría. Alguna vez estuve aquí y recuerdo que dentro de ella hay una puerta que sale hacia la calle. Como no se ve nadie a esta hora, pasaremos por allí y saldremos separados, hasta avenida Independencia. Caminaremos al norte, hasta General Lastra, y allí doblaremos hasta avenida La Paz. Desde allí seguiremos hasta el acceso principal del cementerio. ¿Vale?

—Vale —respondió ella.

—Suerte —le dijo el cura, tomándole la cabeza con las dos manos y depositando un beso en la frente de la mujer. Luego de eso, ella se incorporó y, siguiendo las instrucciones del cura, llegó sin problemas a la calle.

El sacerdote estaba a punto de salir cuando apareció el subcomisario.

—¿Qué pasó?

—¿Conoce las leyes de Murphy, padre?

—Claro.

—Bueno. Imagino que sabrá que frente a esta iglesia está el cuartel Borgoño, de Investigaciones. En el pasado fue un cuartel de la CNI, pero se recuperó y hoy allí funciona la Policía Internacional y otras unidades administrativas. Cuando iba pasando, justo me reconoció un colega que iba entrando. Era un excompañero de curso, que ahora está en Policía Internacional.

—Diantres.

—Sí, pero resulta que el hombre venía de Argentina, de dejar a unos deportados. Recién estaba llegando al trabajo…

—Por ende, no sabía nada.

—Exacto. Solo me saludó muy afectuoso, me preguntó por mi vida, por mi gente, etc.

—Estamos bien entonces.

—Para nada. En este momento ya debe haber escuchado lo que sucedió conmigo y con ustedes. Fijo que está notificando que me acaba de ver al frente de un cuartel policial. Van a salir a buscarnos en masa.

—No alcanzaremos a llegar al cementerio. Estamos a unos veinte minutos caminando y seguramente nos van a buscar por las avenidas principales. ¿No hay otro lado por donde ir?

—Tengo un taxi afuera. Le pedí que me esperara.

—¿No será muy riesgoso?

—Menos que irnos caminando.

Alcanzaron a Sandra en la esquina de General Lastra. El taxista, un fanático de derecha que reclamaba en contra de los gobiernos de la Concertación, no pareció extrañado de que lo hicieran esperar y ahora subieran más personas. Solo quería que alguien coincidiera con él y, cansados y ansiosos como estaban, le siguieron las ideas, asintiendo con las cabezas.

El taxista los dejó justo afuera de las antiguas pesebreras ubicadas al frente del acceso al cementerio. La construcción del lado poniente era un inmenso farellón curvo de unos diez metros de altura, sostenido por veintidós columnatas de ladrillo. Sus accesos estaban cerrados por una reja, destinada a evitar que los sin casa nuevamente se asentaran debajo de ese techo. Las ubicadas al oriente, en tanto, tenían dos columnas menos: veinte. Al igual que la construcción anterior, esta también estaba enrejada. La única posibilidad de acceder a ellas era saltando.

En los mechones de pasto que antecedían a las antiguas pesebreras descansaban las enormes y tétricas estatuas que caracterizan el sector. Parecían ánimas en pena, u hombres mirando con aflicción, casi todas apuntando hacia el cementerio, específicamente en dirección al monumento ubicado en el centro de la plazoleta La Paz, dedicado a la memoria de las víctimas del incendio de la iglesia de la Compañía.

—Dicen que debajo de esta plazoleta se encuentran los restos de la mayoría de las víctimas de ese incendio —comentó la periodista.

—No sé si serán tantos. Pero entiendo que fueron sepultadas en una fosa común, aunque es posible que en verdad estén dentro del cementerio —precisó el cura.

—Sea como sea, es medio terrorífico saber que a unos pocos metros, hay no sé, mil o dos mil cuerpos sepultados —reflexionó ella.

—Positivo, concuerdo con ello. En todo caso, recuerde que eso es nada, señorita. En el cementerio hay dos millones y medio de personas sepultadas. Ese sí que es un montón de muertos —exclamó el detective.

—Tiene razón, subcomisario, pero veamos dónde podemos encontrar algo por acá —le dijo el cura. Ya habían llegado hasta la columna catorce de poniente a oriente, pero les cupo una duda. ¿Y si la catorce era del lado oriente, pero considerada desde oriente a occidente?

—Vamos a tener que dividirnos para revisar por fuera. Ustedes chequeen la de allá y yo me quedaré con esta. Si no encontramos algo llamativo en las caras externas de las columnas, vamos a tener que ingeniar algún modo de meternos detrás del enrejado —opinó Prat.

Mirando constantemente de lado a lado y tratando de llamar lo menos posible la atención se pusieron a revisar, pero, tal como lo intuía Sandra, si Hess había ocultado algo en una de esas columnas, lo lógico era pensar que lo habría dejado en una de sus caras internas. En ninguna de las dos probables columnas catorce, al menos en una primera aproximación, había rastro alguno de un código secreto, de algún ladrillo suelto o de algo que indicara que hubiera algo escondido.

Había que entrar de algún modo.

—No será problema —dijo el detective, extrayendo un clip de su bolsillo.

—¿Un clip? —preguntó Sandra al ver cómo lo desarmaba, convirtiéndolo en una especie de llave de alambre.

—Positivo. Les garantizo que va a funcionar —les comentó, acercándose a la reja ubicada más al oriente, desde donde se veía el cerro Blanco.

Introdujo el clip en la cerradura y movió de un lado a otro su frágil herramienta por cosa de un minuto. De pronto se escuchó un leve «clic», y la puerta se abrió.

—Recuérdeme hablar con usted cuando abran alguna vacante en el Vaticano —le sonrió el cura.

—Positivo. No le quepa duda de que lo voy a llamar. A estas alturas ya debo estar sin trabajo —respondió, riendo también.

Una vez dentro del pasillo se dividieron nuevamente, a fin de revisar las caras internas de las columnas. En la columna catorce, ubicada más al oriente, el detective descubrió un grabado muy pequeño, tatuado en la comisura de un ladrillo a un metro ochenta de altura. No fue fácil encontrarlo.

—Hess era un hombre muy alto. Eso está grabado a la altura de sus ojos —le explicó el cura, anotando en su libreta la secuencia de letras que ahora aparecía ante sus ojos:

SFVGSDLWEHRGJKDGWKXAFYK

—¡Traduce, traduce! —lo urgió Sandra, pero el detective la hizo callar.

—Agáchense —les ordenó, mostrando hacia avenida La Paz un Hyundai plateado que aparecía muy despacio, doblando hacia la izquierda.

—Esos son ratis. Les apuesto que nos están buscando.

—¿Crees que se queden aquí? —interrogó la periodista.

—No lo creo. No deben tener ninguna claridad sobre qué pasó: si estamos todos secuestrados, si yo enloquecí y los secuestré a ustedes, si nos llevó La Cofradía, quién sabe. Sea como sea, a nadie en su sano juicio se le ocurriría que tres personas buscadas por las dos policías se vendrían a refugiar en un lugar de tan alto tráfico de personas… Silencio, se están bajando —explicó.

En efecto, dos policías descendieron desde el vehículo, justo frente a la administración del Cementerio General. Llevaban papeles en sus manos.

—Positivo. Son fotos nuestras —susurró el subcomisario.

Se las mostraron a un par de guardias que estaban afuera. Los dos movieron las cabezas. Los policías regresaron al auto.

—Andan buscando. No les fue bien aquí, pero ya dejaron a un par de personas con nuestros datos, y son los guardias que están en la puerta —explicó Saavedra.

—Entremos por otro de los accesos —sugirió la periodista.

—Van a hacer lo mismo en todas las puertas. Conozco el procedimiento. No. Mi sugerencia es que abramos uno de estos bodegones y esperemos el cambio de guardia, que debe ser como a las cuatro de la tarde…

—¡Para eso faltan como tres o cuatro horas! —gritó la periodista.

—Y es poco. De hecho, creo que deberíamos esperar a que caiga la noche para que podamos movernos —replicó el subcomisario.

—Creo que debemos quedarnos aquí. En todo caso, no tendremos que movernos tanto —intervino Prat, que estaba absorto haciendo anotaciones en función del código.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó la reportera.

—Mira lo que dice este criptograma:

ANDAALTEMPLODELAESFINGE

—¿La esfinge? ¿Anda al templo de la esfinge? ¿Una esfinge egipcia? —preguntó ella, ametrallándolo con la velocidad de sus palabras.

—Sí, una esfinge egipcia. Así es.

—No entiendo nada. ¿Una esfinge egipcia en Chile?

—Claro. Y no solo una esfinge. Allí dentro —el sacerdote apuntó hacia el cementerio— hay dos pirámides, tres en realidad, pues hay dos pirámides egipcias, una de las cuales posee una esfinge, y hay también una pirámide de estilo maya.

Capítulo 51

Ya caía la noche en Santiago cuando el subcomisario despertó a Sandra y a Prat. Varias horas antes Saavedra había abierto la chapa de una de las caballerizas, forzando la cerradura de una de sus inmensas puertas de madera. Así pudieron entrar a una bodega, llena de cajas de papel de fotocopia vacías, fotocopiadoras y faxes abandonados, y otro tipo de material de oficina en desuso, incluyendo un par de sillas a mal traer, que les sirvieron para acomodarse y descansar, aunque el detective no abandonó su posición de guardia durante toda la tarde.

—Tengo hambre —se quejó la periodista, desperezándose.

—Tome —le respondió el policía, extendiéndole algunos chocolates.

—¿Y esto? —preguntó Prat.

—Yo también tenía hambre. Hace un rato, mientras ustedes roncaban de lo lindo, hice una pequeña incursión al exterior no solo para comprar algo para comer, sino también para verificar el tema de los guardias. Ya deben estar por cerrar, pero lo bueno es que ya cambiaron los rondines. Aunque les hubieran contado de nosotros, los que están allí no tienen idea de quiénes somos. Podemos entrar sin mayores problemas.

—No lo veo tan simple. Buscan a dos hombres y una mujer y deben tener nuestras características físicas —replicó ella.

—Buscan a un cura, un policía y una periodista. Sin embargo, no buscan a una pareja de enamorados, por ejemplo —acotó.

—¿De qué habla? —preguntó ella, pero el sacerdote sabía perfectamente a qué se refería su «colega» de Inteligencia.

—En mi área es común usar disfraces. Muchas veces las vigilancias sobre algún blanco se hacen en parejas que simulan ser pololos. Andan de la mano o abrazados, y muchas veces se ven obligados a besarse apasionadamente en algún parque… —les dijo con malicia, a tal punto que Sandra hubiera jurado que el detective le había guiñado el ojo al cura.

—¿Quiere que ande besuqueándome con usted? —le preguntó haciéndose la alarmada, pero coqueteando al mismo tiempo.

—No puedo negar que usted es una mujer atractiva y hermosa señora, pero…

—Señorita —replicó ella con algo de enfado.

—Mejor aún. Sin embargo, como todos andan buscando a un cura, nadie esperaría que el hombre de esa pareja dentro del cementerio sea el cura que está desaparecido. Por otro lado, ustedes son los que tienen que seguir. Si me llegara a pasar algo, o me detuvieran, da lo mismo, pero no así con ustedes. Espero que lo entienda, señorita.

—Lo entiendo, pero me parece una metodología rara. Además, me tinca que al padrecito no le va a hacer mucha gracia romper sus votos de castidad frente a todo el mundo. De todos modos, no será la primera vez que me abraza —se rio, sin avanzar más en el tema. Fue entonces cuando Prat tomó la palabra:

—En realidad, lo que plantea el detective es algo que siempre se ha hecho en el mundo de la Inteligencia y del espionaje —comentó sin mucho drama, recordando que en la década de los cincuenta, los servicios secretos de Alemania Oriental se hicieron famosos por el uso de los llamados «espías Romeo», hombres que se hacían pasar por funcionarios de países de la OTAN y que enamoraban e incluso se casaban con mujeres que eran, por ejemplo, secretarias de hombres poderosos, para así extraerles sus secretos.

—Positivo, positivo. Así nomás era. Sin ir más lejos, la DINA y la CNI hacían lo mismo, aunque con mujeres. Tenían un ejército de

mujeres exuberantes que mandaban a enamorar a opositores y funcionarios de la dictadura, para extorsionarlos después con los secretos que les extraían —complementó Saavedra.

—O para extorsionarlos con los videos o fotografías que les tomaban en la cama. Y ojo, no solo tenían mujeres: también había hombres. Para aquellos con gustos… diferentes, por así decirlo —agregó el sacerdote.

—¿Quieren que entre a un cementerio a besuquearme con el padrecito? ¿No creen que es un poco perverso? Es un cementerio —se quejó la mujer.

Ambos hombres rieron con indulgencia.

—No malentienda el asunto, señorita. En caso alguno se trata de que se ande besuqueando, pero sí puede entrar de la mano con el señor Prat, como cualquier pareja. No es raro que una pareja se abrace en un cementerio, como tampoco sería extraño que, como si tuviera mucho dolor por la pérdida de un ser querido, hundiera su cara en el pecho de su novio. Esa es una técnica muy frecuente para taparle la cara a alguien en una vigilancia en pareja. El besarse es parte de lo mismo.

—¿Y eso no… no les provoca algún problema, en sus casas? ¿Con sus parejas? —preguntó ella.

—No debería. Es parte del trabajo. Hay que empezar a moverse. Ustedes salgan primero. Vayan por el lado oriente y vayan caminando lo más pegados que puedan a la pared. Traten de no llamar la atención. Nos encontramos allá, yo me quedo para cuidarles las espaldas —acotó el subcomisario.

—¿Y cómo hará eso? —le interrogó Prat.

—Muy simple. Si aparecen detectives o carabineros y los ven, me entrego. Ahora váyanse. Solo necesito que me digan dónde nos encontraremos.

—¿Conoce bien el cementerio, señor Saavedra? —preguntó el religioso.

—Muchísimo, ya le contaré.

—Muy bien. Entre por el acceso principal y luego diríjase hacia el oriente, hasta llegar a la capilla verde, ¿la ubica?

—Positivo. Es ese enorme templo lleno de tumbas, ese que parece sacado de una película de terror.

—El mismo. Cerca de allí hay una pirámide, de unos ocho metros de altura. La punta se ve desde distintos lados. Allí está la esfinge. Ahí deberíamos encontrarnos.

—Positivo. Ahí nos veremos —respondió el oficial.

—Vamos —dijo Prat, tomándole la mano a Guzmán, quien no pudo evitar un pequeño estremecimiento al sentir la piel del cura contra la suya.

Capítulo 52

Ya caían las penumbras sobre el Cementerio General de Santiago cuando ambos ingresaron tomados de la mano como cualquier pareja normal. Traspasaron el umbral de acceso del añoso recinto, con sus bóvedas arqueadas y sus frisos en el techo.

Caminaron en forma casi recta y llegaron en un par de pasos a los patios donde descansan las figuras históricas. Pasaron por delante de la tumba de Camilo Henríquez y doblaron hacia la izquierda. Un poco más adelante, y pasando por varios recovecos, se encontraron casi de frente con la famosa capilla verde. Precedida de un frondoso jardín, era un panteón sostenido por seis enormes columnas, detrás de las cuales se adivinaban largas galerías de cemento sin estucar, llenas de nichos y pesares.

—Es un sitio realmente escabroso —comentó Prat.

—Bah, yo pensé que a ustedes los curas les gustaban las catacumbas, los subterráneos y todo tipo de cuestiones tenebrosas —respondió ella, apretándole la mano.

—La belleza también, te lo he dicho —respondió él, sin que la reportera pudiera interpretar si se trataba de un comentario inocente o un coqueteo.

Caminaron varios metros más, en dirección al patio italiano. En medio de las tumbas, hacia el oriente, se veía casi encima el Cerro Blanco.

—Ahí tienes un ejemplo de algo bello por su simetría —dijo Prat finalmente, mostrando la perfecta y puntiaguda pirámide frente a ellos, semitapada por las hojas de una palma chilena.

A diferencia de las pirámides egipcias, los bordes eran completamente lisos, pulimentados, y había sido construida con bloques de algún tipo de piedra blanquecina. En el acceso a la pirámide había una especie de puerta provista de un gran dintel, del cual sobresalía un friso con tres tulipanes abiertos. Más abajo, en tanto, se encontraba otro con la clásica efigie del disco solar alado egipcio, junto a una serie de jeroglíficos. En un guiño al cristianismo, la puerta metálica de este mausoleo con forma egipcia exhibía una gran cruz que despedía rayos en sus vértices, rodeada por diez tulipanes, cinco en cada flanco, todo calado en el hierro con que se había construido la puerta.

Delante de ella, en tanto, la estatua de una mujer a tamaño natural, vestida con una túnica y una toca en la cabeza, indicaba con el dedo hacia atrás. A la izquierda de ella, vigilante, se encontraba otra estatua: una esfinge del tamaño de un león.

—Nunca había visto esto. Es increíble —dijo el detective, apareciendo por el otro costado.

—Creí que conocía bien el cementerio.

—Bueno, tengo a varios familiares y colegas sepultados aquí, y también he venido a trabajar en inhumaciones de desaparecidos, pero uno que ha vivido siempre en Santiago no viene a estos lugares a turistear. Y toda esa zona es histórica, ¿no?

—Así es. ¿Quiere sorprenderse más? —preguntó el cura.

—Positivo.

—Mire a quién pertenece esta tumba.

Como había poca luz ya, el detective encendió la linterna de su celular y se aproximó al dintel de la puerta.

—Domingo Matte y familia —leyó.

—¿Un Matte? ¿De los Matte que son una de las mayores fortunas de Chile? —interrogó la periodista.

—De los mismos, entiendo —dijo el cura con satisfacción.

—Yo juraba que todos ellos eran gente muy católica y conservadora. Pero esta cuestión es bastante… hereje, por decirlo de alguna manera —expresó Guzmán.

—Bueno, para ser justos, ahí tienen la cruz, pero estoy de acuerdo en que aquí hay algo que desentona, aunque no es lo único —retrucó el cura.

Este explicó a sus acompañantes que el dueño original de esa tumba había sido Domingo Matte, quien contrató como arquitecto, a mediados del 1850, a un arquitecto italiano llamado Teobaldo Brugnoli.

Él había llegado por ese mismo tiempo a Chile y rápidamente se hizo conocido entre las familias de clase acomodada de la capital. Además de varias obras mayores, comenzó a ofrecer mausoleos exóticos, a gusto del cliente. Fue así como don Domingo Matte Messia, recordado parlamentario de aquella época, terminó sepultado en una tumba de estilo egipcio. A poca distancia de ahí, les dijo, estaba la tumba de Claudio Vicuña, también parlamentario, millonario y eterno candidato a la presidencia, cuyo mausoleo en realidad es la reproducción de un palacio morisco. Y así, varios casos más.

—Es curioso que estos señores, tan católicos ellos, hayan decidido sepultarse en lugares con alusión a otras religiones, más aun en una época en que no había separación entre la Iglesia y el Estado. Incluso a los no católicos los enterraban en un lugar aparte —precisó la mujer.

—Exacto. El patio de los disidentes, donde están los evangélicos, los judíos, los musulmanes, los masones… —puntualizó el cura.

—Ese mismo.

—No sabría decirles si el señor Matte habrá tenido alguna inclinación por las deidades egipcias o algo así, ni tampoco tengo respuesta a por qué, si tenía una idea religiosa distinta de la que era oficial en Chile hasta 1925, no se lo sepultó en el patio de los disidentes. En el caso del señor Vicuña, en realidad tengo incluso menos respuestas, dado que él era un hombre reconocidamente «progresista», como diríamos hoy. Apoyó a Balmaceda y llegó a ser electo presidente, pero no asumió debido a la revolución. De hecho, es el único presidente que ha sido electo en Chile y que no ha

asumido. Viajó por todo el mundo, especialmente Europa y seguramente también África y Oriente Medio. A su regreso decidió ser sepultado en un palacete de estilo musulmán, muy semejante al viejo palacio de la Alhambra de Santiago. ¿Por qué? No lo sé, pero sí sé que queda muy poca luz y deberíamos dedicarnos a investigar esta pirámide —dijo el jesuita, pero el subcomisario ya estaba revisando el interior de la tumba con forma de pirámide, alumbrando con la luz de su celular entre los barrotes de la reja de acceso.

—Guillermo Matte Hurtado, 11 de marzo de 1927; Domingo Matte M., 4 de enero de 1879; Rosario Pérez De… 30 de octubre de…, eso es todo lo que se alcanza a leer desde acá. Para su tranquilidad, padre, alguien puso un crucifijo sobre los nichos de estas personas —explicó el policía, que propuso entrar, sacando de su bolsillo el clip que había utilizado en la tarde.

—No, no profanaremos tumbas, salvo que sea estrictamente necesario. Pienso que es difícil que el señor Hess haya entrado ahí. Insisto en que todos los otros mensajes estaban en lugares de acceso público. Yo me concentraría en la propia esfinge —opinó Prat, por lo cual él y la periodista comenzaron a examinar los contornos de la figura.

—Nada —exclamaron ambos después de unos minutos.

—Ayúdenme acá —propuso el subcomisario, que había revisado ya la cara delantera y la cara oriente de la edificación.

Prat se introdujo en la parte trasera, mientras Sandra Guzmán se internó por el costado poniente de la misma. No obstante, al cabo de unos diez minutos el resultado era el mismo: no daban con lo que fuera que buscaban. Revisaron los peldaños de acceso a la pirámide y nada, una vez más.

—Puede que hayan hecho reparaciones, que le hayan pintado o borrado alguna inscripción, qué se yo. Puede ser que esto sea todo —opinó el detective.

—No. Puede que estemos equivocados de lugar. Hay otra pirámide, al inicio del cementerio, cerca del patio histórico, pero hasta donde recuerdo no hay ninguna esfinge. Un poco más cerca

hay otras dos tumbas con motivos egipcios, pero creo que en ninguna hay esfinges. Quizá sea algún grabado o imagen y no una estatua. Vamos —ordenó el cura, tomando de la mano a la periodista.

—Yo iré más atrás, cubriendo sus espaldas —dijo el oficial.

Muy cerca de allí estaba la tumba de la familia Marín Hermann, una torre de base cuadrada, de unos dos metros de ancho por unos ocho de alto, que en el tope y en la puerta (metálica también) exhibía el disco solar alado egipcio, de cuyo centro sobresalían los cuerpos y las cabezas de dos víboras áspides.

—Eso sí que es escabroso. No puedes negarlo —musitó la reportera al cura. Este movió la cabeza, asintiendo.

A ambos costados del acceso al mausoleo había lo que parecían ser jeroglíficos, grabados en las paredes. En la parte alta de la torre, debajo y a ambos costados de un enorme jarrón egipcio que reposaba dentro de una especie de ventana, se veían más jeroglíficos y la figura de un buitre.

Por dentro, según podían ver desde afuera, había unos carteles también decorados con discos solares, en los cuales figuraban los nombres de las personas sepultadas, junto con aldabas con caras de faraones. Al igual que en la tumba de los Matte, también había grabados con la figura de tulipanes, pero no había esfinges por parte alguna.

—Vamos a la otra torre que tiene motivos egipcios —dijo el jesuita y partieron, escoltados a algunos metros por el subcomisario.

En pocos minutos estuvieron frente a la tumba de otro apellido clásico en Chile, la de José Luis Santamaría. Tal como la anterior, esta era una torre que culminaba en un disco solar alado, pero era de mucho menor tamaño. Además, tenía dos columnas que flanqueaban el acceso, pero exhibía muy poca decoración y, ciertamente, ninguna esfinge.

—Vamos a la otra pirámide —sugirió Guzmán, y partieron en dirección a la entrada. La otra pirámide, en efecto, se encontraba a

muy pocos metros del acceso principal, en dirección al poniente, en el patio 4.

Sin embargo, antes el cura los guio hasta el sector donde se halla la tumba de Salvador Allende, una simple pared de mármol blanco con el nombre del expresidente, sin símbolos ni nada semejante. Caminando unos metros más allá, el sacerdote les mostró un exótico mausoleo.

Se trataba de una especie de templo de tres niveles, de ángulos rectos y sostenidos por dos amplias columnas, todo decorado con caracteres que parecían de origen azteca, lo cual también se revelaba en las imágenes de serpientes emplumadas que decoraban el lugar. Sobre el techo, una estatua de cerca de metro y medio de altura, que parecía decapitada, coronaba el panteón.

—Este es el mausoleo de Nazario Elguin, un riquísimo empresario minero que, entre otras cosas, descubrió lo que hoy es La Disputada de Las Condes. En 1887 le encargó a Teodoro Burchard la construcción de un palacio en el sector más acomodado de Santiago de ese entonces: la esquina de Alameda con Brasil. Si pasan por ahí hoy verán en el más completo abandono el magnífico palacio que se mandó a levantar —explicó.

—¿Y esa estatua? —preguntó el detective.

—Es la diosa Coatlicue, la madre de todos los dioses, según la tradición azteca, pero mejor sigamos —dijo el sacerdote, enfilando hacia el acceso del cementerio.

Un par de minutos después llegaron a la otra pirámide. Estaba formada por una base cuadrada, edificada con grandes bloques de piedra, sobre los cuales se alzaba una pirámide casi equilátera.

Una inscripción sobre la puerta la identificaba como perteneciente a la familia De la Maza Fernández. Era, sin duda alguna, una tumba mucho más modesta que la de los Matte. Fuera de ella, además, no se apreciaba ninguna figura semejante a una esfinge, mientras que adentro solo se veía un vitral con un sol naciente, delante del cual alguien, quizá con fines antiheréticos, había instalado la estatua de un Cristo con los brazos abiertos.

—Estoy en blanco —dijo Sandra, dejándose caer sobre uno de los peldaños del mausoleo.

—Yo también. Creo que lo único que nos queda es regresar a la pirámide de los Matte. Supongo que hay algo que se nos pasó por alto. Y probablemente sea algo que esté completamente a la vista —contestó Prat.

—¿Y no crees que es posible que algo haya cambiado y que alguna inscripción o el libro quizá se hayan perdido para siempre, como dijo Saavedra?

—Todo es posible, pero tu abuelo buscó lugares con ciertas características, como que, además de una significación esotérica, fueran perdurables, como ya hemos comentado.

—¿Te parece muy perdurable la basílica del Salvador? ¡Está para la historia!

—Pero está, y ha sobrevivido dos inmensos terremotos. De hecho, si te fijaste, cuando caminábamos vimos un montón de mausoleos destrozados tras el último sismo. Pero todos los que hemos visto, que son del siglo XIX en su mayoría, están intactos. Insisto, volvamos a revisar de nuevo.

—Vamos —le dijo Sandra, tomándole de la mano.

Poco después partió el subcomisario.

A unos doscientos metros, tirado en el suelo, un hombre que vestía una especie de uniforme de colores ocre y que se encontraba tendido en la cima del Cerro Blanco los observaba con un visor nocturno, pues ya había caído la noche. Atento, miraba también hacia todos lados. Fue así como se percató de que, en el mismo momento en que la pareja y el hombre solitario regresaban en dirección al patio italiano, afuera, por avenida La Paz, se estacionaban dos vehículos de Carabineros.

El hombre tomó el celular que portaba y marcó un número. Stangl respondió de inmediato.

—Hay un problema. Acaban de llegar dos furgones de Carabineros. Hay a lo menos seis de ellos adentro, aunque aún no se bajan —le informó.

—No te preocupes. Lo solucionaremos de inmediato. No pierdas de vista a nuestros blancos.

Capítulo 53

Dos minutos más tarde y mientras los carabineros bajaban de sus furgones y pasaban bala a sus armas, con los mismos prismáticos Stangl y el otro hombre vieron cómo los policías se subían de nuevo en los vehículos y se alejaban de allí a toda velocidad. El teniente a cargo de las patrullas había escuchado algo en su radio y ordenó ir hacia otro lado, lo que hicieron a toda velocidad y con cuanta sirena y baliza que tenían, activadas.

El líder de La Cofradía sonrió para sus adentros. Dos minutos antes había instruido a uno de sus esbirros para que hiciera un llamado telefónico muy particular. El hombre, obediente, marcó el 133 de Carabineros y, utilizando un *software* para distorsionar su voz (además de otro para ocultar el número de donde estaba llamando), le dijo al carabinero que recibió el llamado que habían puesto una bomba en uno de los dormitorios del hospital Clínico de la Universidad de Chile, ubicado a un par de cuadras del cementerio.

Tal como había planeado Stangl, el jefe de la Central de Comunicaciones de Carabineros ordenó que todas las unidades cercanas partieran de inmediato al lugar. Por procedimiento la policía siempre evacua cualquier recinto donde haya un aviso de bomba, independiente del grado de verosimilitud del aviso. Debido a los recientes acontecimientos que habían estremecido a la capital, era evidente que destinarían todos los recursos posibles a evitar una nueva explosión, mucho más si se trataba de un hospital.

El exmilitar conocía muy bien la forma de distraer a la policía. A fines de los ochenta, cuando aún pertenecía a la CNI y se

encontraba en el extranjero, tuvo que participar de las redes de narcotráfico que esa policía secreta (redes iniciadas por la DINA) mantenía en el Viejo Continente. Fue gracias a ellas que ingresaban importantes cantidades de droga colombiana o peruana a Suecia, Francia y España, preferentemente, todas enviadas en cargas de madera o fruta desde Talcahuano y San Antonio.

Cada viaje exigía el sacrificio de una «mula», algún incauto al cual se le pagaban algunos cientos de dólares para que llevara un par de kilos de coca en una maleta de doble fondo, en los tacos de sus zapatos o en un centenar de ovoides hechos con condones. Lo que la «mula» nunca sabía es que ese sería el último viaje de su vida en mucho tiempo: apenas estaba por llegar a Europa, alguien le daba el dato a las autoridades antinarcóticos del país correspondiente, lo detenían y todos quedaban muy felices (salvo el arrestado, obviamente). Sin que nadie lo notara, a la misma hora desembarcaban algunos contenedores con varios cientos de kilos de droga.

En todo caso, esa jugarreta no duró mucho tiempo. El año 87, recordaba Stangl, los franceses se dieron cuenta de la treta y empezaron a ponerse cada vez más nerviosos cuando se les avisaba de una «mula». Finalmente comprendieron la conexión, lo que terminó matando una de las principales fuentes de abastecimiento de dinero de la policía secreta y de La Cofradía. Por esa razón, posteriormente debieron dedicarse en forma exclusiva al tráfico de armas. Un negocio de caballeros, como le gustaba decir al antiguo agente. Además, no había necesidad de contactarse con pandilleros colombianos, con sujetos de los bajos fondos de Estación Central ni con peruanos sanguinarios y vinculados de las guerrillas.

Capítulo 54

—Vamos, preciosa —decía el subcomisario Saavedra a la esfinge, acariciándole el lomo, como si fuera una gata.

—Es mejor apurarse. Van a cerrar el cementerio. Ya es de noche y se ve prácticamente nada… Ah, y necesito un baño —precisó Sandra, tratando de ser lo más elegante posible al respecto.

—Es cierto. Es tarde y vamos a tener que ver cómo escondernos si comienzan a cerrar. Pero antes de cualquier cosa hay que pensar con calma en cuáles son las zonas de la pirámide y las esculturas que no revisamos. Y también necesito un baño —agregó Prat.

—Positivo. Me sumo a lo del baño —replicó el policía.

Prat se quedó pensando y no pudo evitar preguntárselo.

—Disculpe que se lo diga, señor Saavedra, pero cada vez que usted quiere afirmar algo dice «positivo». ¿Lo hace porque así hablan radiofónicamente?

—¡Positivo! —gritó entusiasmado el policía, cuadrándose como si fuera un militar y generando una carcajada de parte de Sandra. Prat se amoscó un tanto y le recriminó por lo fuerte que habló.

—Sea más positivo, padre, si nadie escuchó lo que dije. Y sobre lo de «positivo» la explicación no tiene nada que ver con radios o con la forma en que hablan los carabineros. En la PDI, de hecho, se usa muy poco la comunicación radial. No, lo de «positivo» es una muletilla que tengo pegada simplemente porque creo que mientras más palabras positivas diga uno, mejor le irá. Puede que le suene a una filosofía de vida muy simple, pero cuando uno trabaja en lo mío, que es parecido pero bien distinto a lo suyo, el lenguaje cobra

bastante relevancia. Así, repitiendo «positivo», yo mismo me positivizo —respondió, con una gran sonrisa.

Prat no pudo descifrar si el subcomisario lo decía en serio o estaba bromeando de nuevo. De reojo miró a Sandra y esta parecía muy interesada en lo que decía Saavedra. Incluso, sonreía igual que él, así es que decidió adoptar una estrategia inteligente para salir del paso.

—Me parece estupendo, subcomisario. Gran filosofía de vida. Imagino que en eso es lo que debe de haber pensado cuando tuvo que matar a dos hombres entre ayer y hoy —le respondió, fallando en su intento por controlar la rabia que le produjo esa no-explicación y el descarado intento del oficial por coquetear con la mujer con la cual él coqueteaba hasta poco antes.

—Disculpe por haberle salvado el culo unas cinco veces hoy —respondió Saavedra con algo de perfidia, ante la mirada atónita de la periodista, que consideró que el sacerdote estaba ofendiendo gratuitamente a ese inmejorable aliado que tenían desde hacía algunas horas. Ante la mirada destructora de ella, Prat sintió cómo se le enrojecían las mejillas, dándose cuenta de su error. No le quedó otra que echar pie atrás.

—No, discúlpeme usted. El cansancio y la frustración hacen que uno se ponga algo irritable, aunque no es excusa frente a la rotería e injusticia que acabo de cometer con usted, señor Saavedra. Tiene toda la razón. Difícilmente estaríamos aquí, de no ser por usted. Además, me duele mucho la base del cuello por el golpe que me pegó el animal que nos secuestró en la basílica. De esa no zafamos, de no ser por su buena puntería y su valor, subcomisario. Estamos en deuda.

—Lo entiendo, padre, lo entiendo, positivo —respondió Saavedra un tanto avergonzado por los halagos, pero se quedó pensando un par de segundos.

—Señorita Guzmán…, usted revisó la estatua de la mujer, ¿no?

—Claro, subcomisario. ¿Por qué?

—Nada en particular. Es solo que a raíz de la mención que hizo el padre respecto de su nuca… Es una parte un tanto inaccesible de la estatua y está bastante pegada a la pared de la pirámide y justo frente a la esfinge. Estos mensajes en clave no son tan literales, sino más bien indicaciones. Por eso pensaba que si yo la hubiera revisado, probablemente se me habría pasado chequear esa zona… —dijo con el mayor tacto posible.

Sandra se sintió en falta. Sin responder, miró a ambos lados, comprobando que no había testigos cerca, y subió nuevamente a la base de la pirámide, acercándose a la estatua. Con delicadeza, pasó sus dedos por detrás de la cabeza de esta y fue entonces cuando sintió las inscripciones que buscaban.

—¡Mierda! —fue lo único que atinó a gritar, pero los dos hombres comprendieron de inmediato lo que acababa de ocurrir. Como no había suficiente espacio para mirar, el funcionario de la PDI introdujo su teléfono celular por detrás de la cabeza de la estatua y tomó varias fotos con *flash*.

—Seguro que esto llamará la atención de alguien, así que mejor empezamos a movernos —dijo una vez hechas las imágenes.

—Tiene razón. Busquemos un lugar donde escondernos unos minutos —concordó Sandra.

—Sé dónde. Síganme —los conminó el cura.

Caminaron unos pasos hacia el norte y frente a ellos apareció de inmediato el enorme mausoleo arábigo de Claudio Vicuña, un verdadero palacete de unos doce metros de altura, formado por tres naves (una principal y dos secundarias) sostenidas por columnas moriscas, antecedido por una escala imponente y por la estatua de dos felinos que parecían leones de melenas estilizadas.

—Esto sí que es loco —dijo el policía al ver la construcción.

—Efectivamente. Es una locura, pero quizá no es tan extraño si se tiene en cuenta que la mayoría de los grandes templos de la humanidad no son otra cosa que tumbas, como las pirámides egipcias, el Taj Mahal o las mismísimas grandes catedrales. Alguien me contó que este mausoleo quedó muy dañado después del

terremoto y que fue muy complejo conseguir dinero para restaurarlo. Está claro que no le han puesto mucho empeño. Tiene hasta champones de pasto creciendo en el techo —respondió Prat, mientras subían los escalones y apuntaba a unas matas de más de medio metro de altura que se recortaban sobre el horizonte ya casi totalmente oscuro.

—Una pena —comentó Sandra.

—Claro. Lo bueno es que en esta parte quedaremos protegidos del viento y podremos descifrar la inscripción de la estatua.

—Habla por ti nomás, Alberto, pues a pesar de la siesta estoy muerta de cansada y no pienso moverme en un buen rato —anunció la periodista, derrumbándose contra una de las paredes.

—No hay problema. Subcomisario, ¿tendría la amabilidad de prestarme su teléfono para pasar al papel lo que dice allí?

—Positivo. ¿No quiere que le vaya dictando? No creo que vea mucho, además, con tan poca luz.

—Dele, Saavedra —pidió el religioso, y el oficial comenzó de inmediato a dictarle.

Una vez que hubo terminado, e iluminado con la pantalla del celular, Prat comenzó a confeccionar sus clásicos cuadros de letras y números uno y dos, pero algo no le cuadraba.

—Parece que me equivoqué en alguna parte —se quejó mientras escribía.

—No es por apurarlo, padre, pero ya han pasado dos guardias de lado a lado. Es evidente que están chequeando que no quede nadie en el cementerio porque están a punto de cerrar. Si tenemos la suerte de que no nos pillen, le digo ya que la única forma de salir será saltando el cerco… —explicó Saavedra.

—O quedándonos a dormir aquí —agregó el jesuita, aún absorto en su trabajo de desencriptado.

—Váyanse a la punta del cerro. No me van a hacer dormir en un cementerio —intervino la mujer.

—Debería tenerle miedo a los vivos, no a los muertos, señorita —le replicó Saavedra, guiñándole un ojo aunque ella no lo pudo ver,

por la falta de luz.

—No sea tonto, subcomisario. No le tengo miedo a los muertos. Es sencillamente que estoy agotada y necesito dormir toda la noche en una cama, como la gente normal.

—Salvo que no nos quieras acompañar y perderte el posible desenlace de toda esta historia, creo que esta noche no dormirás en el cementerio. Pero tampoco en una cama… —aseveró el sacerdote, alzando la vista desde el papel en que había efectuado sus anotaciones.

—¿De qué habla, señor curita? —preguntó ella jugueteando.

—A que si lo que dice esto es como yo lo entiendo, deberíamos viajar a Chiloé. ¿Alguna idea de cómo podemos irnos para allá, subcomisario, teniendo en cuenta que en este momento debemos ser los más buscados del país?

Capítulo 55

—Miren, este es el mensaje —dijo el cura mostrando una nueva secuencia de letras:

DLTGLGNWJVKQJUXGVGKGHJWRSXKCZGHJUNAFIOS

—Traducido, dice «la bota verde y dorada sobre la recta provincia». «La Recta Provincia» era… —explicaba Prat, cuando Saavedra lo interrumpió.

—La asociación ilícita que mantenían los supuestos brujos de Chiloé, enjuiciados en 1880 —se apresuró en contestar el detective.

El sacerdote lo miró con un poco de asombro.

—Tiene toda la razón, aunque esa es una historia en realidad bastante poco conocida…

—No para mí, padre. Resulta que soy oficial profesional. Antes de entrar a la PDI estudié licenciatura en historia y mi tesis de grado fue justamente acerca de la Recta Provincia. Después, en la Escuela de Oficiales, en una asignatura de derecho penal, me tocó exponer sobre este tema. La conozco muy bien.

—Ilústrenos, entonces —dijo la periodista.

—Quizá no sea el mejor momento —respondió el detective, desenfundando su arma y haciéndoles un gesto para que se callaran. En la esquina de la calle del cementerio donde se encontraban vieron cómo avanzaban dos haces de luz muy potentes.

—¿Guardias? —murmuró Prat. El detective lo miró con enfado por haber hablado y negó con la cabeza, al tiempo que se apreciaba

que quienes sostenían dichos haces de luz eran dos carabineros.

Saavedra supuso que si tomaban la calle que pasaba enfrente del mausoleo de Vicuña los descubrirían de inmediato. Aunque había sacado el seguro de su pistola, sabía que llegado el momento no sería capaz de dispararle a dos carabineros que solo estaban cumpliendo con su trabajo, aunque también pensó que no tenía cómo saber si esos dos hombres enfundados de verde eran en realidad uniformados, pues también podía tratarse de sujetos pertenecientes a La Cofradía, haciéndose pasar por policías. Afortunadamente para ellos, los dos posibles carabineros siguieron de largo. Era evidente que buscaban algo y estaban siguiendo la ruta lógica, caminando en forma longitudinal y no transversal.

—Vamos, hay que llegar a uno de los muros —musitó el detective, guiándolos casi a ciegas hasta una de las paredes que da hacia avenida Zañartu. Tras esquivar a un par de guardias lograron arribar a su objetivo. Pese a la altura de la pared, los tres consiguieron alcanzar la calle sin mayor inconveniente.

—Lo que no sé ahora es cómo vamos a seguir —dijo Prat, mientras caminaban muy pegados a la pared, en dirección al centro.

—Eso no será problema. Siempre es mejor tener amigos que dinero —le contestó el subcomisario.

—¿De qué habla?

—De que en breves minutos más nos recogerán a un par de cuadras de aquí y luego podremos salir de Santiago —respondió sonriendo, intentando escudriñar si sus palabras generaban algún efecto en esa periodista que, pese a lo reclamona, le parecía muy atractiva.

—¿De verdad cree que podremos salir de Santiago?

—Positivo, aunque no va a ser simple. Debe haber una orden general a ambas policías para revisar todos los accesos. Eso significa que habrá carabineros de uniforme y de civil, así como detectives, escudriñando en todos los terminales, en el aeropuerto, en todos los peajes, en los aeródromos, en las estaciones de metro, en cualquier

parte donde se pueda registrar un mínimo movimiento. Sin embargo, a nosotros nadie nos va a revisar.

—No entiendo —dijo el cura.

—Mientras salíamos del cementerio y caminábamos me comuniqué por un chat encriptado con un viejo amigo, alguien de la comunidad de Inteligencia que me debe un enorme favor.

—¿Y está dispuesto a sacrificar su carrera por ayudarnos? —preguntó Guzmán.

—Digamos que este amigo ya terminó su carrera en los servicios de Inteligencia estatales. Ahora trabaja en forma particular, en gran parte gracias a una ayuda que mi prefecto y yo le dimos en alguna ocasión. En este mundo valen mucho los gestos, las palabras, los favores. Y sí, aunque él arriesga bastante, no tuvo inconveniente alguno en poner a disposición lo que le pedí.

—¿Se puede saber a qué se dedica exactamente su amigo? —preguntó.

—Es un hombre que trabajó muchos años para la Inteligencia de un país extranjero. No es chileno, de hecho.

—De la CIA entonces —replicó el sacerdote, desconfiando en pleno.

—No, y no puedo hablar más, pero entiendo su posición, padre. Mire: lo único que puedo decirle es que este hombre es un experimentado piloto de helicópteros y hoy se dedica al comercio de… elementos electrónicos de escucha, armas y aeronaves. ¿Y sabe por qué es confiable? Porque además de deberme un favor enorme, sabe perfectamente quién es Stangl y qué es La Cofradía, porque intentaron matarlo. Así es que puede estar tranquilo y súbase al auto, que ahí viene —dijo, mostrando un Lexus con patente diplomática que llegaba frente a ellos.

—El enemigo de mi enemigo es mi mejor amigo —musitó Prat, casi para sí mismo.

No sin algo de desconfianza abordaron el vehículo. Lo conducía un hombre muy rubio, de unos setenta años o más y extremadamente delgado, uno de esos hombres en cuya piel se

marca cada tendón, cada vena, cada arteria y cada arruga. Casi completamente calvo, sonrió al entrar al lado suyo el subcomisario Saavedra, y movió la cabeza como saludando, cuando el sacerdote y la periodista abordaron el carro por la parte trasera.

—Míster Saavedra —dijo con un leve acento estadounidense.

—¡Gringo Viejo! —lo saludó el subcomisario festivamente, aludiendo al nombre de la famosa novela de Carlos Fuentes, reconvertida posteriormente a una película protagonizada por Gregory Peck.

—No sabes el gusto que me da poder devolverte la mano y cooperar con ustedes —agregó el extranjero, como contestación al saludo y hablando en perfecto español, con un leve acento entre norteamericano y alemán.

—Muchas gracias. No obstante, creo que si está dispuesto a ayudarnos, es justo que sepa quiénes somos y en el lío en que se está metiendo —respondió Prat, sintiéndose un poco más en confianza.

Gringo Viejo y Saavedra se miraron con indulgencia.

—Todos sabemos quiénes son ustedes, señor Prat. Sus caras están en todos los noticiarios. Sé bien qué estoy haciendo. No se preocupen por mí —retrucó el extranjero.

—¿Usted es diplomático? —inquirió a continuación la reportera, habituada a hacer preguntas.

—Yo la entiendo muy bien, señorita. La curiosidad es terrible, pero no puedo responder su pregunta. Solo puedo decirle que las placas que lleva este carro son diplomáticas…

Saavedra giró la cabeza hacia ella.

—Mire, Sandra, un asunto esencial en el ámbito de la Inteligencia es saber solo lo necesario. Aunque usted crea que quiere saber si Gringo Viejo es diplomático o no, de verdad que no lo quiere, créame.

—Pues bien, yo no estoy en el ámbito de la Inteligencia, subcomisario. Soy periodista y tengo todo el derecho del mundo a

hacer las preguntas que estime del caso —decía, cuando fue interrumpida por el religioso:

—Haz caso, Sandra. Lo que te están diciendo es cierto. Mientras menos sepamos sobre algunas cosas, tanto mejor. Y en este momento, más que periodista, eres una prófuga —le dijo el religioso, aplacando de algún modo sus aprensiones.

El automóvil corrió a toda velocidad por avenida Santa María en dirección al oriente. Hacia el sur, al otro lado del Mapocho, se dibujaba frente a ellos ese Santiago del primer mundo, marcado por las torres Titanium y Costanera, así como por los demás edificios del «Sanhattan».

—No recuerdo que mi abuelo hablara de Chiloé —soltó de pronto la reportera, arrebujándose en los cálidos asientos del Lexus.

—Quizá no te lo contó todo. Tal vez se reservó algo para él también —le respondió el sacerdote, pero ella iba abstraída mirando por la ventana.

Pasaban por afuera del inmenso campus que Agustín Edwards había erigido en Vitacura, años antes, para trasladar allí el diario *El Mercurio*. Sus instalaciones tradicionales estaban en el centro de la capital, casi al lado de la catedral, muy cerca de San Agustín, a pocos metros de La Moneda, precisamente a un par de cuadras de donde vivió la Quintrala, pero lo extrajeron del corazón del Chile republicano para llevárselo a las alturas de la ciudad.

—A esta hora deben estar armando la portada. Qué no daría por saber qué están pensando en poner —reflexionó Guzmán, refiriéndose a lo que debía estar pasando en las oficinas del director del diario.

Un par de minutos después entraban al aeródromo municipal de Vitacura, uno de los dos recintos de Chile con más helicópteros en el país, entre ellos el del expresidente Sebastián Piñera, así como los de varios otros multimillonarios. Gringo Viejo condujo el Lexus hasta la entrada de un hangar que estaba abierto y fuera del cual había un helicóptero Bell 407, de color azul metálico.

—¡Es igualito al que usaron en la fuga de la CAS! —exclamó Guzmán al ver la aeronave. Aludía al helicóptero de la empresa Lassa que, en diciembre de 1996, abordaron varios militantes del FPMR en Tobalaba, secuestrando al piloto y luego utilizando el helicóptero para rescatar a cuatro compañeros desde el patio de la Cárcel de Alta Seguridad (CAS).

—Es parecido, pues es el mismo fabricante, y externamente es muy semejante, pero ese era un Bell 206 en su versión Long Ranger, un gran helicóptero, pero muy antiguo. Este es una versión mucho más moderna, que por lo demás nos permitirá llegar a Concepción en no más de dos horas y media. Allá repostaremos combustible y luego seguiremos hasta Puerto Montt, donde haremos lo mismo. Después me aseguraré de dejarlos cerca de Castro. En lo que sí es muy parecido es en el tipo de vuelo que haremos, señorita. Igual que el piloto entrenado en Cuba que voló el Long Ranger que usaron los terroristas del FPMR, nos iremos muy bajo. Así evadimos los radares de la Dirección de Aeronáutica.

—Imagino que eso es peligroso —comentó el sacerdote.

—Volar bajo siempre es un peligro, pero no se preocupen. Yo aprendí a hacerlo en Vietnam, donde estuve varios años piloteando helicópteros Huey destinados a desembarcar tropas o recoger a heridos o muertos, bajo el fuego enemigo. No será un problema. Lo único que necesito es que me juren por sus madres que apenas se bajen de mi helicóptero olvidarán mi cara, mi nave y mi apodo. ¿Ok?

—No hay problema —respondió el cura, y los demás asintieron.

—Vamos entonces —les dijo, bajando del auto, que había estacionado al interior del galpón. No obstante, antes de abordar, Sandra pidió un baño, lo que los demás imitaron.

Tras ello los cuatro entraron de inmediato al Bell, que parecía prácticamente nuevo y cuyas aspas estaban girando, pues Gringo Viejo ya había tomado control de la cabina. Aunque no podría decirse que era lujoso, detrás de los dos asientos de la cabina tenía cuatro asientos de cuero enfrentados entre sí, e incluso poseía posavasos.

El religioso estaba recién poniéndose los audífonos cuando el helicóptero despegó de un fuerte tirón. Habituado a los viajes aéreos, entendió de inmediato que en vez de esperar varios minutos a las correspondientes autorizaciones y despegar suavemente, el piloto simplemente despegó, sin avisarle a nadie.

—Nos vamos. Santiago tiene varios radares muy sensibles, que captan cualquier movimiento sobre los mil pies respecto del terreno. Eso significa que deberemos viajar a unos trescientos metros de altura… —les explicó el piloto por el sistema de comunicaciones.

—Eso es muy bajo —musitó Prat.

—No tanto. El edificio más alto de Sudamérica y de Santiago es el Costanera Center, y a esa altura volaremos. Luego viene, en altura, el Titanium, que mide 192 metros. Iremos constantemente a esa altura.

—¿Eso significa que volaremos siempre a trescientos metros a nivel del mar? —interrogó Saavedra.

—No, los radares trabajan en relación al terreno. Si estamos al nivel del mar volaremos a trescientos metros sobre el nivel del mar. En cambio, si pasamos por sobre un cerro de mil metros, volaremos a mil trescientos metros. *Do you understand?* —preguntó.

—Totalmente. ¿Por dónde nos iremos?

—Por las rutas menos congestionadas.

El gringo explicó concisamente el itinerario. Comprendía avanzar hacia el norte para evadir Santiago, pasando por encima de los cerros, primero por Chicureo y luego por Colina. Luego, a la altura de Til Til doblarían hacia el suroeste, con el propósito de enfilar en dirección a Curacaví. La idea del experimentado piloto era ir lo más pegado a los cerros en la zona de Angostura y luego volar a un par de kilómetros de la Panamericana directo hasta San Fernando. Desde allí tomarían la ruta marina, a la altura de Santa Cruz, para llegar a Concepción.

—Si miran a su derecha ahora, verán una montaña gigantesca. Ese es el cerro El Plomo —dijo el piloto.

Sandra murmuró al cura que, claro, a pesar de la oscuridad era factible ver la silueta de ese macizo, que tanto obsesionaba a su abuelo.

—Ah. Si tienen hambre, en el compartimento que hay debajo del posavasos hay *snacks* y bebidas —agregó Gringo Viejo por el auricular.

Sandra abrió de inmediato y encontró un verdadero tesoro: bolsas de papas fritas, nueces, chocolates, maní y gaseosas. Lo repartió y trataron de descansar un poco sin saber que, una vez más, alguien los estaba mirando.

Capítulo 56

—Muy bien, subcomisario, creo que ahora es momento para que nos cuente sobre la Recta Provincia —pidió el sacerdote a Saavedra mientras volaban. El policía bebía una Coca-Cola Light y la dejó al lado, entusiasmado con la posibilidad de hablar sobre aquello que le fascinaba.

—¡Positivo! Es un gran, gran tema, padre. Lo que sucede es que no se sabe cuándo, quizá a inicios del siglo XIX, se creó en la zona norte de Chiloé una organización criminal llamada la Recta Provincia, cuyos orígenes en realidad nadie tiene claros. Se entiende que es una mezcla de creencias místicas chilotas con algunas leyendas españolas, pero en esencia es poco lo que se sabe de su origen.

—¿Una especie de mafia? —preguntó Sandra.

—Tiene elementos de mafia, de asociación secreta y de secta. De mafia tenía los rituales de iniciación, muy semejantes a los que utilizan la Camorra o la Mafia italianas. Además de los juramentos secretos, se cree que poseía juramentos de sangre y la amenaza concreta y real de penas de muerte para quienes los vulneraran. Además tenía una estructura muy llamativa, había cargos y nombres muy rimbombantes, y todo era renombrado.

La curiosidad de sus acompañantes parecía insuflar aún mayor entusiasmo en el detective, que en el fondo estaba entusiasmado ante la posibilidad de poder hablar de un tema que siempre le había fascinado. Además, le provocaba cierta satisfacción extra que él también pudiera demostrarles a todos —y en especial a la periodista — que era un hombre culto, quizá no tanto como el cura, que

parecía estar siempre dispuesto a entregar su inagotable conocimiento sobre casi todo, pero esta vez era su ocasión y la aprovechó.

Saavedra comenzó su relato sobre la Recta Provincia y de cómo se pudo saber de su funcionamiento a través de las actas del juicio que se le siguió en 1880, cuando un juez investigó a los brujos por una serie de homicidios. De ahí surgieron los nombres que utilizaban para designar sus cargos y los distintos lugares. Por ejemplo, el líder máximo del grupo era llamado «Rey de España», «Rey sobre la Tierra» o «Rey de Lima», seudónimos que en realidad eran tres formas de referirse al caserío de Quicaví, que para ellos resultaba ser de suma importancia, el centro de su universo. Había otros cargos, como el de «Comandante de la Tierra» y, por supuesto, estaba el «Comandante de la Recta Provincia».

Las preguntas de Sandra y del propio Prat fueron un aliciente para que el subcomisario entregara más detalles en su relato. Contó que los brujos chilotes tenían un «juez componedor» y que estaba «la Recta Provincia de arriba»; que había un «visitador general» y un «presidente debajo de la Tierra», un «presidente de la República del Norte de la raza indígena» y hasta diputados y jueces. Los «componedores», les explicó, eran personas que estaban encargadas de reprimir a los demás brujos de la zona en que desempeñaban sus funciones. Del mismo modo, contó que creían que cualquier mal que se produjera, como una enfermedad, era producto de alguna acción mágica. Así, cuando alguien era víctima de una enfermedad inexplicable, el «componedor» iba donde el supuesto causante del maleficio y lo conminaba a terminar con este. Si el enfermo se salvaba, todo estaba bien, pero de lo contrario, el sospechoso moría repentinamente.

Saavedra dijo que, a pesar de que todos los integrantes de la Recta Provincia eran indígenas, utilizaban los nombres de ciudades españolas o de las colonias para referirse en forma clave para citar a los lugares donde vivían. Para ello aprovechaban ciertas

correspondencias fonéticas, como en el caso del pueblo chilote de Conao, al que ellos llamaban «Concepción».

Así era también con el pueblo de Quetalco, que llamaban «Talca», o Chelín, al que le decían «Chillán». Lo mismo ocurría con Aucar, al que designaran como «Antofagasta». Curiosamente, como toda su nomenclatura, había otros nombres que no se parecían para nada a la palabra clave. Uno de sus centros neurálgicos era Tenaun, y quizá por ello lo llamaban «Santiago», pero a Abtao le decían «Norteamérica» y a Dalcahue «Villarrica».

—Curiosa la mezcla de nombres —dijo Sandra, muy interesada.

—Y no solo es curiosa la mezcla de nombres, sino la de creencias. Era un extraño ejemplo de sincretismo… —complementó Saavedra, antes de ser interrumpido por el cura:

—Es algo similar a lo que pasó en el Caribe, cuando se mezcló el catolicismo con las culturas locales y las africanas que derivaban de los esclavos —aportó Prat, incapaz de no hacerlo con sus enciclopédicos conocimientos, pero Saavedra no estaba dispuesto a perder el protagonismo que estaba teniendo debido a su discurso. Este era su tema.

—Hay muchas cosas más muy curiosas respecto de la Recta Provincia y sus miembros. Por ejemplo, estos se jactaban de conocer la fórmula de un veneno terrible: el bocado —continuó, retomando su relato.

—¿El bocado? ¿Cómo el helado de bocado? —se burló el cura.

—Parece que el efecto era bien distinto. Era un veneno que usaban para causar una hemorragia digestiva tremenda. Daba mucha sed, vómitos e inflamación. Ni hablemos de la diarrea que debe haber provocado. Uf. Ah, y aquí viene la mejor parte: decían que se hacía con sapos y lagartijas.

—¿De ahí vendrá entonces esa vieja exclamación chilena sobre comer sapos y lagartijas? —preguntó la periodista.

—Positivo. Según lo que se relata en el proceso, los sapos y las lagartijas se dejaban secar al sol y luego, con sus restos, se hacía un polvo que se le daba a la víctima en algún bebestible. Para curarla,

en todo caso, se usaba el mismo procedimiento: se le daba polvo de bocado. Pero, claro, tenía que tomárselo con agua bendita. Ahí aparece la cuestión católica, tan arraigada en esa zona. Con tanta iglesia y las misiones jesuitas, ¿o no, padre?

—Seguro. Pero en todo proceso de transculturación, sincretismo o como lo quiera llamar, existen esos rasgos de fusión. Sin embargo, aunque no conozco muchos detalles, sé que la mayoría de la tradición chilota es totalmente propia —retrucó Prat.

—Al menos en lo que respecta a la organización de la Recta Provincia, todas las leyendas parecen ser exclusivas del lugar. De hecho, lo es la leyenda fundacional. Cuentan que un navegante de apellido Moraleda llegó a Chiloé buscando esclavos, pero no pudo encontrar. Así que decidió bajarse en Tenaun…

—O sea, ¡en Santiago! —dijo en voz alta la periodista por el intercomunicador.

—¡Positivo! Eso está bien cerca de Quicaví. Fue allí en Tenaun, o Santiago, donde Moraleda se presentó diciendo que era hechicero. Hizo un montón de actos frente a los chilotes. Según consta en el proceso, dijeron que lo habían visto convertirse en pescado, lobo y paloma. Una bruja local llamada Chillpila lo retó a una especie de duelo de hechicería. Adivinen qué sucedió.

—¿Qué? —preguntó la periodista, intrigada.

—La bruja local arrasó con el afuerino.

—Pobre tipo —dijo el cura con sarcasmo.

—Sí, pero el pobre Moraleda aceptó su derrota y de paso le regaló a la hechicera un libro misterioso. Se supone que tiene una serie de fórmulas de encantamientos poderosísimos que, vaya uno a saber por qué, Moraleda nunca utilizó. El dichoso libro aquel pasó a convertirse en la posesión importante de la Recta Provincia y aunque en el juicio de 1880 uno de los brujos dijo tenerlo en su poder, nunca fue hallado.

—Pff, siempre tiene que haber un libro perdido… —resopló Sandra.

Como el propio detective les explicó también, José de Moraleda y Montero existió en realidad, aunque es poco probable que haya sido un brujo. Fue un eximio cartógrafo y destacado navegante. Él fue quien, a partir de 1786, describió casi con absoluto detalle la morfología de Chiloé. Al sur de la Isla Grande existe el canal de Moraleda, bautizado en su honor.

—Fascinante historia, pero no nos ha explicado de dónde surge la Recta Provincia —se quejó el cura.

—Es que nadie lo sabe con certeza. Se supone que el libro de conjuros que manejaba la organización es el que les había legado Moraleda, pero cómo se formó el grupo es algo desconocido. Sí sabemos bastante de sus creencias: por ejemplo, que existía un lugar llamado «la Cueva de Quicaví», pueblo al cual llegan cientos de turistas cada verano buscando la famosa caverna. Y eso que en el mismo proceso judicial los acusados explicaron que la cueva no era tal, sino una casa subterránea ubicada en una quebrada. Se sabe que tenía habitaciones recubiertas de madera y que al centro poseía una mesa, cuatro sillas principales y tres bancos de madera.

—Disculpe, pero ¿dónde queda exactamente Quicaví? —preguntó Guzmán.

—Ah, mis disculpas. Quicaví es apenas un caserío que se ubica en la zona norte de la isla, en el lado oriental, entre Ancud y Castro. ¿Se ubican?

—Sí, claro. Continúe, por favor —pidió el religioso.

Esa solicitud bastó para que el detective y licenciado en historia se largara a relatar más de las increíbles historias en torno a la misteriosa sociedad secreta de brujos chilotes, relativa a dos seres que supuestamente cuidan la cueva: el imbunche y el chivato. Los relatos afirman que la Recta Provincia tenía un consejo de gobierno, que cada cuarenta o cincuenta años determinaba quiénes debían ser el imbunche y el chivato. Es decir, escogían a dos hombres a quienes secuestraban y encerraban en la cueva, y los alimentaban con carne de chivo o de niños difuntos que robaban del cementerio. En función de esa macabra «dieta», al imbunche le salía una especie de tercera

pierna en su espalda, transformándolo en un monstruo que caminaba hacia atrás, de una manera totalmente antinatura. El chivato, en tanto, dice la leyenda que era algo más normal. Solo se trataba de un viejo que tenía una barba blanca que le llegaba hasta la cintura y que lloraba constantemente pidiendo que le llevaran carne de niño recién nacido.

—Todo el misticismo que rodeaba a la Recta Provincia era muy violento y bien asqueroso. Por algún motivo, en Chile son más conocidos mitos como el del Caleuche o la Pincoya, pero lo vinculado a los brujos es mucho más terrorífico. Por ejemplo, dicen que antes de entrar a la cueva los brujos debían cumplir el rito de besarle el culo al imbunche —dijo el oficial.

—¡Puaj! —reclamaron al mismo tiempo sus interlocutores.

—Y eso no es nada. Ahí tienen el ejemplo de los macuñ —dijo Saavedra.

—¿Los macú qué? —preguntó la periodista.

—Macuñ —respondió, tratando de pronunciar bien la letra «ñ»—. El macuñ era una parte de la piel de los brujos que morían. Para tener uno había que desenterrar a un brujo fallecido y cortarle la piel de la parte izquierda del pecho, desde arriba hacia abajo. Luego había que curtir esa piel con diversas hierbas y colgársela del pecho con varios cordones, siempre al lado izquierdo, gracias a lo cual se generaba una especie de luz incandescente que, además de iluminar el camino, era al mismo tiempo un aviso para los demás. Cuando detuvieron a los brujos en 1880, casi todos ellos tenían un macuñ en sus casas. Funcionaran como linternas o no, el hecho es que casi todos ellos habían desenterrado a algún exmiembro de la Recta Provincia, imagino recién muerto, y le habían seccionado la piel del pecho para fabricarse su respectivo chaleco luminoso que decía «Cuidado, brujo al volante» —bromeó.

—¡Chilotes *on fire*! —replicó la reportera, divertida.

—Pero quizá lo más intrigante es que, pese a todas estas ideas absurdas, a la mezcla de nombres de ciudades, a los rituales y a los homicidios que ciertamente cometía, por lo general con venenos, la

Recta Provincia escribía decretos, bandos y comunicados de una forma muy especial, muy semejante a las comunicaciones oficiales del reino de España. Eso siempre me ha llamado mucho la atención. En el juicio figuran varios documentos que les fueron incautados y la redacción es muy rara. No recuerdo los detalles exactos, pero había una carta enviada a un «juez» de la Recta Provincia, donde el encabezado decía algo así como «De mi orden, por la facultad que me confiere la raza indígena». Podrían pasar por documentos oficiales de cualquier país: «En la nueva capital de Santiago, en el año de mil ochocientos setenta y seis, en el mes de mayo con fecha 04 del actual, sesionando estos ilustres cabildos y diputados, sentado en la silla presidencial y en acuerdo con el señor no sé cuánto, hemos decidido que»… Ese era el estilo de redacción. Y era gente que técnicamente ni siquiera debía haber sabido leer —razonaba, cuando el Gringo Viejo los interrumpió por el intercomunicador.

—Estamos prontos a llegar a Concepción. Si miran a su izquierda verán las luces de Dichato, Tomé y Penco.

El extranjero les explicó que se había comunicado con alguien que le debía un favor en Concepción, y que los estaría esperando en la losa del aeródromo para cargar combustible. Aunque no esperaba ningún problema, les conminó a mantener las cortinas de las ventanas abajo. Les comentó que en el manifiesto del viaje había indicado que volaba solo y que dudaba que hubiese gente a esa hora, pero siempre existía la posibilidad de que algún miembro de la seguridad aeronáutica pudiera acercarse al helicóptero.

—En todo caso, no deberían ser más de veinte minutos los que estaremos allí. Luego vamos a volar directo hasta Puerto Montt, y allí también nos aprovisionaremos de combustible. Estimo que estaremos llegando a Castro a eso de las cinco o seis de la mañana —explicó el piloto.

Tal como lo había previsto, el abastecimiento se produjo sin ningún incidente, pero Saavedra no pudo dejar de notar, con

inquietud, que su amigo firmaba la guía de compra del combustible que le ofrecía el encargado de la máquina expendedora.

—El problema es más serio de lo que piensas, Gringo Viejo. No deberías dejar nada firmado —le dijo, luego de que este subiera de nuevo a la cabina.

—No hay problema. El viaje de este helicóptero es innegable y si ustedes hacen bien lo que sea que están haciendo, supongo que no tendré mayores dificultades. Si no… a la mierda, no importa. Te debía un favor y ahora lo pago con el mayor de los gustos.

Un poco más de tres horas después, y en medio de una lluvia torrencial, aterrizaron en El Tepual de Puerto Montt.

—Con esta lluvia será imposible cruzar el canal de Chacao —opinó el gringo.

—¿Y no se despejará más tarde? —interrogó Saavedra.

—Según la previsión meteorológica habría, al parecer, una posibilidad de que se abra a eso de las ocho de la mañana, pero eso es algo tan incierto como saber si el Calbuco estallará de nuevo. En esta zona nunca se sabe. He venido varias veces y les aviso que intentar cruzar el canal con este tiempo es un acto suicida.

Saavedra miró a Prat, como esperando la reacción de este.

—¿Sería mucho problema si esperáramos hasta las ocho de la mañana a ver si escampa?

—No, para nada. El problema es que si no se despeja temprano, les aseguro que seguirá lloviendo todo el día.

—Entendido. Entonces, si a las ocho no se ha despejado deberíamos buscar otra forma de llegar a la isla. Tal vez tomar un bus o ver si existe alguna posibilidad de conseguir un vehículo. Un auto ojalá —precisó el religioso.

—Tengo un buen amigo en Puerto Montt, que quizá nos pueda facilitar su auto —dijo Saavedra.

—¿Alguien más que te debe un favor? —le preguntó Sandra.

—Ja, no se trata de eso. Es un amigo de la infancia, alguien que no tiene nada que ver con el mundo de la Inteligencia, las sectas o los símbolos. Es un compañero de liceo con quien nos hicimos muy

amigos y con quien siempre estoy en contacto. Seguramente ni siquiera ha escuchado lo que está pasando. Es un médico. Déjenme llamarlo a las ocho.

—Excelentes noticias. Creo que ahora es momento más que adecuado para que todos durmamos un poco —opinó el norteamericano, quien se arrebujó en medio del asiento del piloto y se puso a roncar de inmediato. No obstante, Saavedra tenía una inquietud.

—Yo ya le expliqué, padre, todo lo que sabía de la Recta Provincia, pero usted no nos ha dicho ni jota por qué estamos en camino a Castro, ni cómo se interpreta aquello de «la bota verde y dorada».

—Tiene toda la razón. Pero el asunto es muy simple. Imagino que en más de alguna oportunidad, en alguna iglesia, habrá visto alguna imagen o estatua de san Miguel Arcángel…

—Positivo, pero continúe, por favor.

—San Miguel es, cómo explicarlo, el capitán de las tropas celestiales. Es uno de los siete arcángeles mencionados en el Antiguo Testamento y nada menos que el encargado de derrotar al demonio, según el Libro del Apocalipsis. En algunas de las líneas más dramáticas de ese texto, del capítulo 12, versículos del 7 al 9, dice: «Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón, y luchaban el dragón y sus ángeles, pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero. Fue arrojado a la tierra y sus ángeles fueron arrojados con él» —recitó con un indisimulado orgullo, que Sandra no pudo definir si era a causa de su buena memoria y la exhibición que había efectuado al respecto, o si era debido a que la figura casi infantil de la derrota del demonio por parte de un ángel le producía algún tipo de placer.

Para su horror, y por lo que dijo después, parecía ser lo último:

—San Miguel Arcángel es un tipo fascinante tanto dentro del Antiguo como del Nuevo Testamento. Es como si fuera «el jovencito

de la película» y así se lo reproduce en todas partes, como un guerrero joven y esbelto, que en una mano sostiene una balanza de justicia, en la otra una espada, y que tiene al demonio en el suelo, aplastado con su pie —relató entusiasmado.

—Ya, muy linda la historia tipo hermanos Grimm. Ahora, en serio ¿qué tiene que ver el angelito este con los brujos? —le preguntó Sandra en forma bastante brusca.

—El texto decía que la bota verde y dorada estaba sobre la Recta Provincia. Pues bien, la iglesia chilota más famosa de todas y en el centro de la polémica por el *mall* que instalaron detrás de ella es la iglesia San Francisco de Castro, que está en plena plaza de la ciudad. Muchos se refieren a ella equívocamente como la catedral de Castro, en circunstancias de que el obispado de Chiloé se encuentra en Ancud, donde está la correspondiente catedral. Pero en fin, eso es harina de otro costal. Chiloé está lleno de iglesias de construcción muy singular, que fueron levantadas por los antiguos misioneros jesuitas hacia el siglo XVIII. De hecho, una de las más antiguas es justamente la de Quicaví…

—O Santiago, que vendría siendo casi lo mismo —se rio el subcomisario.

—Tiene toda la razón. Todas esas iglesias comparten varias cosas en común, la principal es el uso del alerce, el ciprés, la teja y otros elementos típicos de la zona. Y también, la forma de la construcción: las uniones de las distintas piezas de madera se hacen generando ensambles entre ellas, las que se afianzan con tarugos de madera. No hay un solo clavo en esas magníficas construcciones, de las cuales dieciséis son patrimonio de la humanidad. Un dato curioso es que todas están orientadas hacia el lado oriente.

—Muy interesante, pero aún no entiendo la relación —se quejó el policía, bostezando fuertemente.

—Me apuro entonces. Dentro de todas estas iglesias, de un modo u otro, se han ido adaptando las leyendas locales al cristianismo, lo que se observa, por ejemplo, en la iconografía. A ello obedece el que en uno de los cuatro altares laterales que posee la iglesia de San

Francisco en Castro, uno de ellos muestre a un san Miguel aplastando al demonio, pero no al demonio clásico. Bajo la bota de este arcángel no se encuentra un macho cabrío, propio de las culturas occidentales, como el que vimos en la basílica del Salvador, sino un monstruo distinto, un ser oscuro, que tiene colmillos de vampiro, al cual le salen dos deformidades verdes que le han roto las mejillas, pues estas sangran. Es un monstruo que posee alas como de murciélago, orejas puntiagudas de animal, dos cuernos pequeños sobre la cabeza, brazos musculosos y un torso deforme, que es imposible de entender como algo humano…

—Un imbunche —opinó la periodista.

—No me cabe duda de que es eso. Ese ser monstruoso, a mi entender y seguramente al de tu abuelo, es la representación de los brujos y las bestias fabulosas del imaginario de la Recta Provincia, y es aplastado por ese san Miguel Arcángel que calza botas de estilo románico, botas doradas con incrustaciones de color verde. Lo recuerdo muy bien pues un par de veranos, siendo seminarista, viajé a misiones en Chiloé y, como se darán cuenta, soy un poco fanático de san Miguel… Bueno, no pasaría por alto ese detalle —explicó el sacerdote, un tanto sonrojado por la declaración de su idolatría hacia un personaje bíblico.

—Entonces, ¿lo que buscamos debería estar allí mismo? —interrogó el oficial de la PDI.

—No lo sé. Quizá el bueno del abuelo de Sandra nos haga correr a otro lado más, o puede que no encontremos nada. Vaya uno a saber. Sí tengo claro que es un punto de referencia ideal, pues son monumentos de un gran valor, que nadie cambiaría. De hecho, no se les puede hacer nada, debido a su carácter de patrimonio de la humanidad.

—Pero algo habrá hecho mi abuelo, presumo.

—Puede ser, en unas horas más lo sabremos. Creo que lo mejor que podemos hacer por ahora es dormir —respondió el sacerdote, acomodándose en uno de los asientos, lo mismo que hizo el detective, quien, sin embargo, puso un nuevo cargador en su

pistola. Luego, cayeron en un profundo sueño. Media hora después, el cansancio y el ruido de la lluvia les impidió percatarse del silencioso aterrizaje de un jet Citation. Pasó por delante de ellos y se detuvo un par de losas más allá, conteniendo a Stangl y a un pequeño ejército a su servicio.

Capítulo 57

A las nueve de la mañana, y luego de despedirse de Gringo Viejo, el subcomisario, el cura y la periodista salieron desde Puerto Montt hacia Pargua, en el moderno Mitsubishi Montero del médico, quien no preguntó absolutamente nada al ir a dejárselo a la salida de El Tepual, en medio de una lluvia de los mil demonios.

—Ahora que ya no está su amigo Gringo Viejo, ¿nos contará cuál era el favor que debía? Debe haber sido bastante grande —pidió Sandra a Saavedra.

—No puedo dar detalles al respecto. Solo te puedo decir que la… ¿cómo llamarla? La línea de negocios del gringo es cuestionable y siempre está al filo de lo legal. Por eso lo conocíamos. Sabíamos que se movía mucho en el ambiente de las ventas de armas, de la aviación. Siempre estaba en la Fidae o en cualquier parte de Sudamérica donde se transara tecnología militar. En algún momento recibimos información relativa a que alguien quería sacarlo de en medio por un asunto netamente comercial.

—¿Sacarlo del medio es un eufemismo para no decir asesinarlo? —preguntó la periodista.

—Positivo, es una forma más elegante pero sí, a eso me refiero. En fin. Podríamos habernos desentendido, porque la verdad no era nuestro problema, pero mi jefe decidió comunicárselo. El gringo se lo agradeció mucho, pero no se lo creyó. Recién vino a convencerse diez días después, cuando trataron de matarlo en una emboscada en el Cajón del Maipo. Solo salió con vida gracias a que los ocupantes del automóvil que venía detrás eran de nuestra unidad y pudieron

repeler a los atacantes, que eran más y tenían mayor potencia de fuego. Como sabíamos que el atentado iba a ocurrir sí o sí, el prefecto había dispuesto una «cola», una vigilancia discreta para el gringo. La idea era que no se diera cuenta y pudiéramos actuar a su favor en el momento necesario, como ocurrió.

—Entiendo el agradecimiento hacia su jefe. Pero él parecía especialmente agradecido de usted, subcomisario, como algo personal.

—Yo estaba a cargo de esa escolta indirecta. Además, ya se habrá dado cuenta de que soy un tirador más o menos bueno —se rio.

—¿Fueron los de La Cofradía? —preguntó la reportera.

—Eso es lo que creo, pero no tenemos cómo probarlo, ya le expliqué que no era mucho lo que podría decir. Lo que les acabo de contar, además, es totalmente en off. Ese tiroteo en la montaña nunca se supo en la prensa y hasta el día de hoy existe una investigación en contra de los sujetos que atacaron al gringo. Si algún día puedo volver a mi trabajo, le prometo la exclusiva —le replicó, guiñando el ojo y frenando al mismo tiempo, ante una señal de detención que le hacía alguien cubierto con un impermeable verde.

—Mierda, los pacos —dijo el cura.

—No, tranquilo. Es de vialidad. Hay un montón de trabajos en el camino y seguramente nos vamos a encontrar con más detenciones. Y si es que logramos llegar a Pargua tenemos que rogar para que estén permitiendo el paso de los transbordadores —explicó el subcomisario, poniendo el freno de mano.

Prat aseveró entonces que no había ningún apuro.

—¿Cómo? —le preguntó alarmado el oficial.

—Que no tenemos ningún apuro. Una cosa es ir a manosear estatuas o frisos en un cementerio inmenso, y otra muy distinta es meterse a revisar una estatua dentro de una iglesia que es patrimonio de la humanidad. Eso, sin mencionar que está todo el día llena de cientos de turistas que sacan fotos y graban todo con sus

teléfonos y cámaras. Para serle franco, Saavedra, es mejor que lleguemos tarde, esperemos que cierren y que usted utilice ese don que tiene para la cerrajería para poder entrar y revisar el lugar tranquilamente.

—No tengo problema en intentarlo, padre. Pero como usted mismo lo dijo, una cosa es hacer eso frente a un cementerio y otra en una plaza llena de gente.

—Alguna puerta lateral debe haber. No se me ponga negativo a estas alturas del asunto —contestó el cura, riéndose.

Ya era pasado el mediodía cuando lograron aproximarse a la entrada a Pargua, luego de haber sido detenidos en tres puntos del camino, por distintos trabajos. No obstante, ese no era el principal problema, sino el hecho de que por la carretera, hacia el mar, había una cola de cientos de autos, camiones y buses que llevaban horas esperando que la capitanía de puerto autorizara el zarpe de los transbordadores.

—Vaya que será buena cosa ese puente —afirmó Saavedra. Al fondo se apreciaba, casi como un punto, una de las inmensas plataformas marinas que estaban comenzando a horadar el subsuelo del canal, con el fin de instalar los pilotes del puente que uniría la isla con el continente.

—No me parece, para nada. Creo que la cultura de Chiloé debe preservarse tal como está. Ahí tiene esa aberración de *mall* que hicieron a dos cuadras de la iglesia —respondió el sacerdote.

—Con todo respeto, padre, usted habla como cualquier persona del barrio alto que quiere venir de vacaciones a Chiloé a tener una experiencia de turismo aventura, pero no es así para alguien que vive acá todo el año y que en invierno debe viajar ocho horas a Puerto Montt para conseguir atención médica, o que no encuentra verduras en el almacén. Cuando egresé de la Escuela de Oficiales pasé un año en la Brigada de Investigaciones Criminales de Castro y, créame, es bien distinto vivir aquí que venir de vez en cuando. Y le insisto, con todo respeto… —decía, cuando golpearon la ventanilla

del conductor. Ahora sí era un carabinero, enfundado en una capa plástica verde.

—Tranquilos, debe ser rutina —dijo Saavedra, bajando la ventanilla y mostrando su placa al uniformado. Este movió la cabeza como diciéndole que su identificación valía nada y le preguntó hacia dónde se dirigían.

—Castro —respondió secamente el subcomisario.

—Van a abrir el canal en diez minutos, porque se está despejando del otro lado. Andamos avisando a la gente, porque conociendo el clima de por acá, lo más probable es que si cruzan ahora no puedan regresar hoy —dijo el carabinero.

—Muchas gracias por la cortesía, suboficial. Seguiremos.

—Bueno. Ese es problema suyo. Que tengan buen viaje —respondió el otro policía.

—Uf. Estuvimos cerca —opinó Sandra.

—Sí, pero ahora estamos más cerca. Los de adelante ya se están moviendo —precisó el cura.

Casi tres horas más tarde estaban por fin en Chiloé. El cruce por el canal de Chacao fue extremadamente tranquilo y placentero. En el momento en que por fin pudieron tomar el transbordador la lluvia había cesado, por lo tanto pudieron apreciar sin dificultad las manadas de lobos marinos que hacían maromas en el agua al paso de los navíos. También vieron pasar las lanchas menores que salían a tratar de pescar algo y la silueta de un enorme barco factoría que parecía dominar el horizonte.

En Ancud pasaron a comprar algo para comer y luego enfilaron rumbo a Castro, a una lentitud casi exasperante, a juicio de Sandra.

—Lo peor que uno puede hacer en estas circunstancias es cometer un error infantil, como ser detenido por exceso de velocidad —le explicó el oficial, ante sus quejas.

Ya eran cerca de las cinco de la tarde cuando debajo de una cortina de lluvia aparecieron ante ellos los primeros palafitos, al ingresar por avenida Pedro Montt. Detrás de aquellas magníficas construcciones se apreciaba la inmensa mole del centro comercial.

—¿Ve? Allí está esa porquería —se quejó el cura.

—Voy manejando, padre, no mirando hacia arriba —le respondió el subcomisario.

Enfilaron hacia el centro y pese a la congestión eterna que ahora afectaba a Castro, encontraron un estacionamiento casi al frente de la plaza. Bajaron rápidamente y se dirigieron a la iglesia. En un supermercado de Ancud el sacerdote había comprado una cámara digital, que ahora llevaba ostentosamente en las manos, sacando fotos hacia cualquier dirección, con el fin de parecer turista.

—Todos los turistas sacan fotos o toman videos. El que no hace eso en una ciudad turística, y que además no parece ser de allí, llama de inmediato la atención —explicó a Sandra y al subcomisario cuando les dijo que compraría una cámara. La reportera estuvo particularmente de acuerdo, pues aunque no lo verbalizó, pensó que cualquier imagen que quedara grabada en esa cámara sería extremadamente útil para el libro que esperaba escribir apenas regresara a Santiago.

Antes de entrar al templo de San Francisco, a efectuar un chequeo previo, el religioso se quedó mirando absorto esa gran obra de arquitectura. Las puntas de las dos torres, de cuarenta y dos metros de altura, estaban pintadas de morado, y la estructura, en dos tonos de amarillo: uno bastante furioso y otro más suave, estilo pastel. Los marcos de las ventanas eran blancos.

Si bien había una evidente remembranza con las demás iglesias chilotas, el estilo neogótico que el arquitecto italiano Eduardo Provasoli había impuesto a esta construcción la emparentaba mucho más con la iglesia de San Francisco, en Santiago. Su torre y fachada también eran obra suya, al igual que los templos de la Divina Providencia, en la avenida del mismo nombre, o la iglesia San Francisco de Chillán.

—Revisemos el contorno —propuso el sacerdote, siempre tomando fotografías. No estaba totalmente seguro, pero creía que hacia el lado de calle San Martín había una puerta que daba a uno de los altares laterales de la iglesia. Efectivamente, así era. El

antejardín que protegía ese acceso de la calle era una reja de un metro de altura.

—¿Cree que pueda abrir esa puerta desde afuera? —preguntó al detective.

—Sí, no es problema. El verdadero problema es que esta es la calle más transitada de la comuna y la iglesia su máximo mayor ícono…

—Junto con el *mall* —retrucó el sacerdote, mirando hacia el edificio, a doscientos metros de ellos.

—Como quiera. Lo que le trato de decir es que si alguien nos ve saltando la reja o entrando aquí de noche llamará de inmediato a Carabineros o Investigaciones, y eso será todo.

—Lo tengo presente, pero de algún modo deberemos correr el riesgo —dijo, mientras su voz se perdía debido al sonido ensordecedor de un avión jet Citation que emergía de entre las nubes y enfilaba hacia el norte, seguramente con el fin de aterrizar en el aeropuerto de Mocopulli, en Dalcahue.

—Ahí tiene otro signo de los tiempos pues, padre. No hay nada que hacer —le sonrió el policía al cura, mientras retornaban al acceso principal de la iglesia, ubicado en calle Latorre.

Pese al clima del día y a que estaban en pleno invierno, al menos unos treinta turistas deambulaban por dentro de la iglesia, tomando imágenes y videos con cámaras de todos los tamaños, con teléfonos y con *tablets*. Se escuchaba en cada rincón un suave murmullo formado por voces que hablaban en español, en inglés, en alemán y en portugués.

En la entrada, carteles escritos con plumón y a mano advertían en distintos idiomas de la toma de fotografías con *flash* y el ingreso de animales. Otro cartel decía «Dios quiere hablarte hoy… pero no te llamará al celular… ¡Por favor apágalo!».

A unos centímetros de allí una placa de madera recordaba a Provasoli y también el hecho de que esa iglesia era monumento nacional y patrimonio de la humanidad. Y vaya que tenía méritos para serlo, pensó Sandra al mirar por primera vez el conjunto que

tenía delante de sus ojos. La nave central y las laterales, pensó, eran muy semejantes en su morfología con la basílica de los Sacramentinos. La diferencia es que aquí las columnas, los arcos ojivales, las paredes, la cúpula sobre el altar central, todo, todo, era de madera, una madera que se apreciaba finísima a la vista y que encajaba a la perfección, especialmente en las zonas donde había ángulos o curvas, a tal punto que parecía una ilusión óptica que todo fuera tan perfecto.

Dos brasileños fotografiaban el altar central, sobre el cual caía un fuerte haz de luz, proveniente de las ocho ventanas que había en la cúpula.

A la izquierda del templo, en el primer altar lateral, estaba lo que buscaban: la estatua de san Miguel Arcángel aplastando al demonio chilote.

Era una figura de madera, de tamaño casi real, como si el ángel fuera realmente un humano. El justiciero celestial vestía un peto plateado y llevaba una especie de faldón rojo, además de un casco con penacho y las botas doradas y verdes, bajo una de las cuales descansaba ese diablo, mezcla de cuanto monstruo ha creado la imaginación chilota.

—Voy a tener que revisar esto con cuidado. Necesito que ustedes dos se pongan delante de mí y hagan cualquier cosa para cubrirme —dijo el cura a Sandra y al subcomisario. Este propuso hacer como que chequeaban algo en una libreta que portaban. Si alguien miraba hacia ellos, la atención se centraría en eso, más que en el hombre ubicado detrás, que auscultaba atentamente cada detalle de la escultura de madera.

De ese modo, el subcomisario y la periodista pasaron los siguientes diez minutos repasando con extremo detalle la agenda donde el policía llevaba sus cuentas. De ese modo, y como debían parecer estar absortos en algo, la reportera se enteró de que el subcomisario también estaba separado y tenía una niñita a la que adoraba. Así también supo que gastaba bastante dinero comprando

libros en Amazon y que llevaba dos años pagando un viaje de turismo a Europa, del cual aún le quedaban doce cuotas.

—Valió la pena, en todo caso. Además de los países clásicos de los *tours*, conocí lugares que no son frecuentes en esas rutas, como Polonia, República Checa, Hungría, Rumania —se justificó cuando la periodista le hizo ver lo abultado de las cuotas.

Estaban en eso cuando el sacerdote, que se encontraba hincado haciendo como que tomaba una fotografía de la cara del imbunche o lo que fuera aquello que san Miguel Arcángel tenía debajo de su pie, se incorporó y se dirigió hacia ellos.

—Lo tengo. Encontré lo que buscaba. Esta noche procederemos —les dijo lo más bajo que pudo, pero no pudo evitar ser escuchado por un hombre de aspecto alemán que tomaba fotografías en el altar mayor. El tipo llevaba un aparato de manos libres en el oído, pero era, en realidad, el audífono del micrófono direccional con el que hacía rato oía las conversaciones de todos allí.

Ya era la una de la mañana cuando Saavedra, tras cerciorarse de que nadie los estaba mirando, saltó la reja. En la revisión de la tarde habían comprobado que la puerta daba hacia el interior del templo y que su mecanismo de cerrajería era muy simple. En menos de un minuto ya la tenía abierta. Sabían, asimismo, que el lugar quedaba sin cuidadores en la noche y que, si bien había una alarma, esta solo controlaba el acceso principal.

—Entren, rápido —susurró a sus compañeros. Habían pasado la tarde en una cabaña de las afueras, alquilada con el poco dinero que le quedaba al detective.

Allí el cura les había explicado que en la base del pedestal donde se encontraba san Miguel había algo, una especie de compartimento secreto, que tenía una pequeña chapa. Creía que ahí dentro se ocultaba el libro.

—Si usted no está equivocado, significa entonces que el señor Hess conocía a alguien en la iglesia, alguien que le permitió

esconder eso. No es llegar y hacer un forado en un monumento así —opinó el subcomisario.

—Así debe haber sido. Como lamentablemente ya lo descubrió su nieta, hay muchos episodios de la vida del señor Hess que desconocemos —complementó el sacerdote, quien luego propuso que en la noche entraran solo él y el detective al templo, y que Sandra se quedara afuera.

—¿Me quieres dejar de sapa? —preguntó ella.

—Positivo, aunque no usaría esa palabra. De todos modos, qué quiere que le diga: los delincuentes llevan miles de años haciendo esto y sí, siempre dejan a alguien afuera, para que advierta si viene la policía. Es algo bastante conocido y que tiene lógica —replicó el subcomisario.

—Ah. No. Uno de ustedes, si quiere, se puede quedar afuera de sapo. Lo que es yo, voy a entrar. Si ese libro está allí, quiero verlo cuando aparezca —reclamó, ante lo cual el cura consintió en que entrara también.

Así fue como esa madrugada, una vez dentro y provistos con linternas, los tres caminaron directamente hacia la estatua de san Miguel Arcángel.

—Su turno, subcomisario. Haga su magia —dijo Prat a Saavedra, quien se tendió en el piso, en medio de las patas que sostenían el pedestal, encima del cual estaban a su vez el arcángel y el demonio achilotado.

—Uf, esto va a ser complejo —exclamó el detective, mirando una pequeña trampilla del tamaño de un libro, provista de dos bisagras muy sencillas, pero de una cerradura alemana ya algo antigua y con doble seguro. Suponiendo que algo así podía suceder, en una librería ubicada a dos cuadras de la plaza había comprado un set de clips y un juego de microdestornilladores, a 990 pesos.

Durante un par de minutos forcejeó con la chapa, hasta que finalmente se rindió.

—Eso va a ser imposible. Lo más sencillo es simplemente desarmar las bisagras y remover la tapa. El problema es que

después no voy a poder ponerla de nuevo en su lugar —advirtió.

—¿Y eso qué? —preguntó Guzmán.

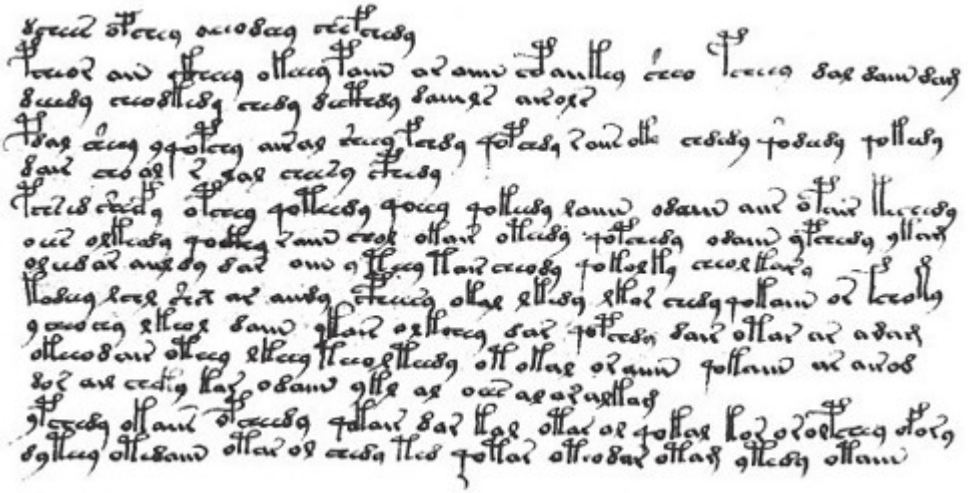
—Es probable que más de alguien sepa de la existencia de esa puerta y va a llamar la atención que ya no esté.

—Haga lo que sea necesario, hombre —le urgió el sacerdote y así fue como, en menos de un minuto, el subcomisario Saavedra removió la tapa. Sobre su cara y envuelto en una nube de polvo, cayó un libro envuelto en un género muy antiguo y sedoso.

Capítulo 58

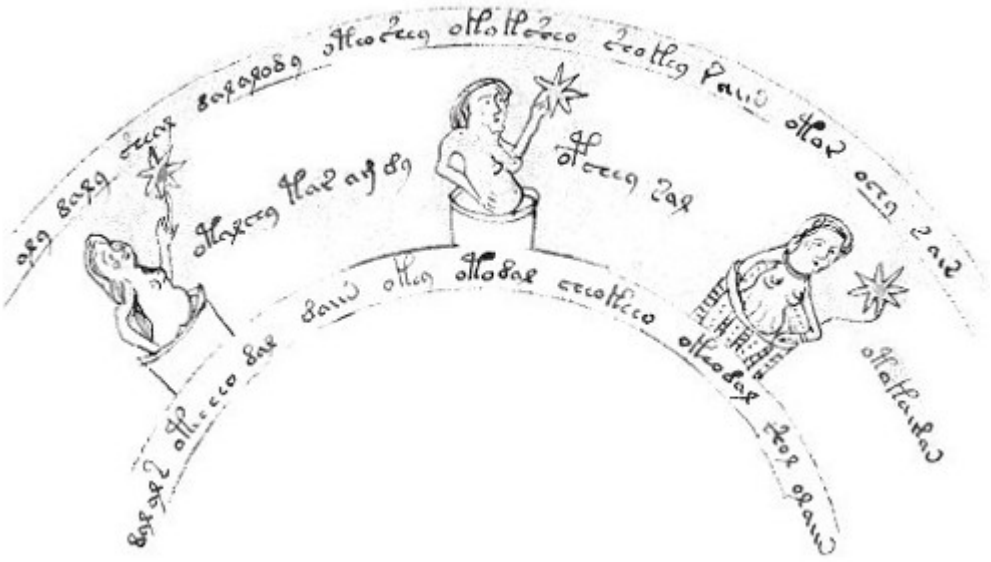
—¡El manuscrito Voynich! —gritó el cura, al tomar el texto a toda velocidad, olvidando las premisas básicas del trabajo con objetos antiguos.

Ante sus asombrados ojos, efectivamente se hallaba una edición completa del preciado libro. Pero no era una copia, sino un original, en perfecto estado de conservación. Ahora, ya con delicadeza, abrió las páginas y vio cómo esos rarísimos símbolos comenzaban a desfilar ante sus ojos:



—Esto es increíble, asombroso… no hay palabras para describir tanta belleza —mascullaba el cura, mientras abría páginas y páginas. Frente a él aparecieron constelaciones, imágenes de mujeres que practicaban algún tipo de suicidio ritual, animales desconocidos, mapas cósmicos y miles y miles de caracteres mezclados con esos

grabados dibujados con algo como la acuarela aunque, a diferencia de esta, al tacto, las pinturas eran suaves, como si hubieran utilizado mármol para pintarlas.



Con ansiedad, corrió hacia las últimas páginas y lo comprobó. En una hoja suelta, que estaba adherida de algún modo a la contratapa, había algo escrito con una tinta distinta a la usada en el resto de las páginas.

Allí estaban las claves secretas. La correspondencia entre un alfabeto latino y los extraños jeroglíficos que había dentro.

Prat sintió que su corazón estaba a punto de estallar. Esa tarde, luego de tener la certeza de que el libro se encontraba en esa iglesia, utilizó uno de sus teléfonos Nokia para hacer un llamado a un número de Santiago, pero en realidad fue redirigido a otro teléfono, situado en Roma, a un par de cuadras del Vaticano.

A su interlocutor explicó la situación y le dijo lo que necesitaba: una forma eficaz de salir de allí esa misma noche. Aunque hacía varias horas que no se topaban con la gente de La Cofradía, no cabían dudas de que aparecerían en cualquier momento.

Le dijeron que esperara y que lo llamarían dos horas después. En efecto, ciento veinte minutos exactos más tarde le indicaron que a contar de las dos de la mañana habría un yate a su disposición en el

muelle de un pequeño pueblo ubicado al norte de Castro. Le costó un poco entender, pero al final Prat cayó en la cuenta de que le hablaban de Dalcahue.

Según le explicaron, era lo mejor que habían podido conseguir. Se trataba de un yate particular, propiedad de un empresario de conocida militancia ultracatólica, que lo ponía a disposición de ellos, sin hacer preguntas y con tripulación incluida. Con esa embarcación podrían llegar a Valparaíso o San Antonio, si querían.

Prat envolvió el libro en el mismo género en el que estaba y ordenó salir de allí. El subcomisario, una vez más, partió adelante. Empujó levemente la puerta, pero la cerró con rapidez, al percibir los ecos rojos de una baliza policial.

—Los carabineros —musitó, temiendo que alguien hubiera advertido de la presencia de ellos.

—Esperen —dijo el cura, asomándose levemente por una ventana, que daba hacia Latorre. Desde allí vio cómo una patrulla de Carabineros tenía contra la pared a unos seis hombres, a quienes registraban. Un segundo móvil policial apareció en ese mismo momento, descendiendo otros tres policías.

—Están ocupados en un procedimiento, a media cuadra de aquí —explicó el religioso, aliviado.

—De todos modos no podremos movernos de este lugar hasta que no hayan terminado. De lo contrario… —opinaba Saavedra, cuando se escucharon varios disparos muy fuertes.

Fue recién entonces cuando el sacerdote comprendió que los fiscalizados debían ser hombres de La Cofradía y que los carabineros tuvieron la mala idea de hacerles un control de identidad.

El subcomisario corrió hacia la ventana, con su arma desenfundada. A unos ochenta metros de allí distinguió un bulto tirado en el suelo, un carabinero. Poco más allá había alguien más, quizá uno de los sujetos de La Cofradía, también en el suelo. Los carabineros restantes se habían parapetado detrás de las patrullas y uno de ellos disparaba con una Uzi, mientras que los delincuentes corrían en dirección opuesta a la de la iglesia y les respondían con

armas que, por la cadencia de tiro, indudablemente eran pistolas Glock.

—¡Tenemos que irnos ahora! —gritó el detective, pateando la puerta. Tras él salieron corriendo Sandra y Prat. El Montero estaba estacionado a casi una cuadra de allí, en dirección al *mall*. Mientras se dirigían hacia allá, Sandra vio que uno de los sujetos que se batía con los carabineros trataba de avanzar hacia ellos, siendo abatido por un disparo de la policía.

—Mierda, eso estuvo muy cerca —dijo el subcomisario, mientras encendía el jeep.

—Debe haber muchos más de ellos por aquí. Tenemos que llegar rápido a Dalcahue.

—¡Positivo! —gritó el policía, acelerando a fondo. Sabía además que si no salían rápido de allí, en breve todas las salidas y entradas de Castro estarían copadas de policías.

Veinte minutos después entraban a Dalcahue, antiguo pueblo bucólico, hoy convertido en un polo turístico, gracias a la venta de artesanías, a su iglesia —por supuesto— y a la caleta de pescadores, ubicada al lado de la feria artesanal, donde los estaría esperando el yate *Camille*.

El jeep quedó casi al frente de la embarcación. Era un yate bastante lujoso, por cierto, el cual se encontraba iluminado y con los motores encendidos. Apenas se estacionaron, un hombre de mediana edad se les acercó, surgiendo de la nada.

—¿El señor Engels? —preguntó a Prat, al verlo descender. Ese era el apellido que habían acordado que usaría.

—El mismo. ¿El capitán González?

—Mucho gusto —le dijo el hombre—. Tengo un bote a remos para que suban. Por acá —le indicó, llevándolos a una rampa de cemento que se hundía en el mar. Allí había un botero que los esperaba.

Abordaron de inmediato y algunos minutos más tarde llegaron al yate, que se encontraba recalado a unos ochenta metros de la orilla.

Después del capitán, el padre Prat fue el primero en subir por la escalerilla, olvidando todas sus buenas costumbres.

Apenas puso el primer pie sobre la cubierta se escuchó un disparo y el cura se lanzó al suelo.

Sandra, que estaba a punto de tomar la escalerilla, quedó paralizada, mientras que el subcomisario tomó su arma y comenzó a escudriñar desde dónde venía el disparo. No demoró mucho en averiguarlo, pues el punto rojo de una mira telescópica resaltaba sobre el pecho de Sandra, al mismo tiempo que una voz retumbó en medio de la caleta.

—¡Prat! ¡Entrega el libro o le disparo a la mujer! —vociferó Stangl desde la orilla. Estaba vestido enteramente de negro y apuntaba una Glock con mira láser hacia ellos.

El cura se puso de pie. Sandra intentó agacharse, pero el punto rojo la siguió, situándose esta vez sobre su frente.

—¡Jamás te entregaré el libro! —gritó el cura al líder de La Cofradía, haciendo un gesto al capitán para que se pusiera en marcha. Saavedra, en tanto, intentaba calcular la posibilidad de hacer un disparo que diera en el blanco, pero además de la distancia, estaba la oscuridad. Sería difícil.

—¡Voy a disparar! —gritó Stangl.

Prat aspiró profundo. Había vivido las cuarenta y ocho horas más intensas de su vida y había dado con aquello que tantos habían buscado por tanto tiempo. Por otro lado, allí estaba esa mujer que tanto lo había exasperado, pero de quien se había descubierto pensando en varias ocasiones. Recordó el aroma de su pelo recién lavado y el brillo de su piel en la mañana. Pensó en todo lo que había dejado atrás, y tomó una decisión.

—Capitán, acelere los motores —ordenó a González, reprimiendo las ganas de llorar y pensando que, mal que mal, él era un soldado, y los soldados no lloran.

Solo dejan atrás.

El sonido de un disparo cruzó la noche, y Alberto Prat, cerrando los ojos, apretó el preciado libro sobre su pecho.